

La crisis económica azota Estados Unidos. Joe Harper acaba de perder su empleo y decide abandonar Baltimore y mudarse a la cabaña que su abuelo, el mítico Cerón Harper, le dejó en herencia cerca de Sulphur Creek, en las montañas de Canadá. Es un lugar remoto y aislado, al lado de un parque natural, ideal para vivir con poco dinero mientras espera a que todo mejore.

La cabaña está prácticamente en ruinas, pero Joe no se desanima. Reconvertido en pionero, arregla el tejado, repara con tablones el porche y consigue hacerla habitable. Casi enfebrecido por el cansancio, se siente vivo.

Para su sorpresa, pronto descubre que Sulphur Creek se vacía durante los duros meses de invierno. Con cualquier excusa, los lugareños abandonan el pueblo para mudarse temporalmente. Un hecho curioso, que Joe atribuye a las extremas temperaturas, pero que parece adquirir otro significado cuando uno de sus vecinos le susurra: «No pase aquí el invierno. Ellos vienen. Vienen cuando hace frío».



Carlos Sisí

Vienen cuando hace frío

ePub r1.1 Titivillus 24.03.2019 Título original: *Vienen cuando hace frío* Carlos Sisí, 2017

Ilustración de cubierta: Yuly Alejo

Editor digital: Titivillus ePub base r2.0





Para Raquel, Sonia, Susana, Kiko e Inma Sisí, por aguantarme cuando era un torbellino

Capítulo 1

Joe Harper

Joe Harper recibió la llamada el dieciséis de junio, tan solo ocho días después de que perdiera su trabajo. Era, como habría dicho su padre, «un trabajito de mierda»: apenas un puesto como reponedor en un modesto supermercado de la cadena Double Save. Ingresos modestos, sí, pero aparecían en su banco el día cuatro de cada mes y eso era mucho. Ahora que sabía que dejarían de llegar, que cuando mirara su cuenta a primeros de mes la encontraría más deslucida que de costumbre, todo su pequeño mundo empezó a tambalearse. Pensaba en el alquiler. Pensaba en facturas. Dos días en el paro bastaron para que su nivel de inquietud le impidiera conciliar el sueño.

Eran malos tiempos para perder un trabajo. Estados Unidos se enfrentaba a una crisis internacional que hacía caer a grandes bancos y corporaciones, y la intranquilidad se respiraba a pie de calle, como el vaho rancio que emana de una prenda de licra en un día de calor. Había escuchado cosas sobre el resto del mundo y, por lo que sabía, al otro lado del charco las cosas estaban peor aún; pero a Joe le importaba más su realidad que los entresijos de la economía internacional. Pagar el alquiler y las facturas, y contar con algo de dinero de bolsillo para darse un garbeo de tanto en cuando.

Lo bueno de no necesitar mucho era que cualquier cosa le servía, y siempre había trabajos que nadie quería hacer. Siempre. Había trabajado de comercial en diferentes gremios, preparado decenas de miles de Big Mac en un McDonald's de Baltimore, vendido Biblias («¡con exquisita encuadernación de piel, señora, ahora de oferta!») y hasta limpiado retretes. Jesús, había limpiado tantos retretes que hasta había perdido el olfato por el amoniaco y los desinfectantes. Sin embargo, cuando empezó a buscar trabajo y las chicas de Recursos Humanos le enseñaban las pilas de solicitudes de empleo que acumulaban polvo en las mesas, empezó a asustarse. Hasta había tipos con formación universitaria, buena presencia y varios idiomas haciendo cola para destrozarse la nariz con productos de limpieza.

Estaba asustado de veras.

Joe recurrió a un abogado; uno barato que parecía subsistir en una pequeña oficina de aspecto mugriento en el peor barrio de la ciudad. No inspiraba mucha confianza, pero era un abogado al fin y al cabo, y era lo mejor que podía pagar. Quería que revisara su caso, que estudiase la posibilidad de que hubiera alguna irregularidad en el proceso de despido. Si así fuera, Joe quería saber si existía alguna forma de recuperar el empleo, más que percibir una indemnización. El abogado, un tipo de panza prominente y una chaqueta un par de tallas demasiado pequeña, levantó

una ceja de incredulidad, asintió con un gesto vago y le pidió un anticipo de doscientos treinta dólares. Era una cantidad considerable teniendo en cuenta que sus ahorros apenas llegaban a un par de miles, pero aceptó de todas maneras. Joe pagó en metálico, se dieron la mano brevemente y el abogado le dijo que esperara su llamada.

La llamada llegó a las once y veinte de la mañana del octavo día, irrumpiendo de una forma bastante estridente en la quietud de su salón.

- —¿Señor Harper? —preguntó una voz. Joe, todavía con los ojos pegados por el sueño, no consiguió identificarla, así que tardó unos instantes en responder.
 - —Sí... Soy Harper.
 - —Soy Wickham, señor Harper. Su abogado.

La panza del señor Wickham inundó de pronto su mente, y Joe, con una mueca de disgusto, cerró los ojos y se dejó caer en el sofá. Se había acostado tarde la noche anterior, demasiado tarde. Si mal no recordaba, el cielo ya clareaba cuando cerró los ojos, agotado. Pero últimamente todas las noches acababan igual.

- —Sí... Claro. Yo... Dígame —balbuceó Joe, carraspeando para aclarar la voz. Notaba la garganta horriblemente seca.
- —¿Puedo llamarlo Joe? Me gustaría que me llamara Mike, si no le importa. Después de todo, parece que tenemos caso.

Joe pestañeó.

- —¿Quiere decir…?
- —Tutéeme, por favor. Sí, he estado mirando su caso y todas las notas que me pasó. Naturalmente, tenemos que sentarnos y repasar todo esto minuciosamente, pero si todo es tal como lo cuenta, creo que podemos optar por una reclamación de diez mil dólares.

Joe pestañeó, incorporándose sin ser consciente de ello. La cabeza le daba vueltas y el corazón empezó a galopar en su pecho. «Diez mil dólares». La cifra era tan preciosa como redonda, inabarcable en su cabeza acostumbrada a sueldos mínimos que se esfumaban rápidamente a medida que transcurría el mes.

- —Esa cantidad está asegurada, Joe. Sin embargo, creo que podemos sacarles bastante más. Podemos jugar un poco, ¿sabe? Aducir que, debido a la situación económica actual, usted ha caído en una depresión de caballo, o que rechazó una propuesta de trabajo porque le aseguraron que tenía perspectivas de futuro en ese puesto.
 - —Pero...
- —No se preocupe. Usted no deberá decir nada, yo lo haré por usted. Le enviaré a un médico, un buen amigo mío. Cuando salga de la consulta, tendrá un documento firmado donde se certificará que su depresión va subida en un fórmula uno y circula por una carretera que desemboca en un maldito precipicio, si sabe lo que quiero decir.

Joe escuchaba con atención, intentando asimilar todo lo que el abogado le estaba diciendo. El tipo hablaba deprisa, como si hubiera repetido todo aquel rollo varias miles de veces, y probablemente así era.

- —Eso ¿puede hacerse? —preguntó al fin.
- —Puede intentarse.
- —¿Cuánto podríamos pedir si tomamos ese camino?
- —Cincuenta, sesenta mil dólares, aproximadamente.

Joe se puso en pie. En realidad, saltó como si un muelle del sofá hubiera escapado de la estructura y lo hubiera catapultado de repente. Quiso decir algo, pero las palabras daban vueltas en su cabeza, imprecisas y esquivas.

- —¿Sigue usted ahí, Joe? —preguntó el abogado.
- —Sí... —contestó tras unos instantes.
- —No me lo diga: le ha dado un subidón, ¿eh?

Joe soltó un bufido y asintió con la cabeza.

- —Es un buen montón de pasta —dijo llanamente el abogado, como si le hubiera visto mover la cabeza—. Pero no quiero que se cree falsas expectativas. Aunque el caso es factible, también depende del juez que lo lleve. Existe un riesgo, ¿sabe? Generalmente, los abogados de Double Save querrán llegar a un acuerdo antes de entrar en la sala cuando empiece todo el jaleo. Olerán que pueden perder, y no arriesgarán. Le ofrecerán una cantidad para olvidarse de todo, una... resolución amistosa.
 - —Pero no tanto como cincuenta mil... —aventuró Joe.
- —Veo que lo va pillando. Naturalmente que no. La cifra que manejarán podría estar entre los veinte y los treinta mil, pero también es dinero, sin riesgos.

Joe no dijo nada durante unos instantes. Al otro lado del aparato, el sonido inequívoco de un encendedor resonó en la quietud de la línea. No recordaba haber visto fumar a Wickham, pero recordaba vagamente que su oficina olía ligeramente a humo; humo de cigarro puro. Imaginaba a Wickham encendiendo uno cada vez que se topaba con un caso genuinamente bueno; no una de esas demandas baratas que podrían reportarle un par de cientos de dólares, sino una buena de verdad. Una como la suya. ¿A cuánto ascendían sus honorarios? Estaba seguro que en algún momento habló de ello, pero no podía recordarlo en ese instante. ¿Un diez por ciento del total, quizá? Eso podía significar tres de los grandes solo por redactar un par de documentos. Aunque dudaba que Wickham pudiera distinguir un habano de un puro de a dólar aunque un cubano se lo estuviera metiendo en el culo, creía que era eso lo que estaba fumando: uno de cincuenta u ochenta dólares.

- Sí, tres de los grandes podían justificar encender un buen puro.
- —¿Cuánto tardará todo? —preguntó al fin.
- —Eso depende. Podremos tener la primera vista en un mes. Si ganamos, ellos recurrirán, lo que llevará aún más tiempo, puede que uno o dos meses más. Esta vez sacarán artillería nueva. Es posible que usen un truquito o dos, ya sabe, similares a los nuestros. Podrían decir que fue amonestado varias veces, que se le advirtió que limpiara su jodida taquilla o que no meara fuera de la taza en el lavabo de empleados. Joder, hasta podrían decir que apagaba cigarros en las nalgas de su supervisora. Sin

embargo... Sin embargo, para entonces habrán olido el peligro como un conejo huele al zorro trepando por la colina donde tiene su madriguera. Y será entonces cuando le ofrezcan el trato.

- —Pero eso nos pone en unos tres meses...
- —Más o menos.
- —No dispongo de tanto tiempo.

Wickham se tomó un momento antes de responder.

- —¿Por qué no, Joe? ¿Necesita el dinero?
- —Sí. Lo necesito. Mi situación... no es demasiado buena.
- —Entiendo —dijo Wickham. Joe pudo imaginarlo soltando una vaharada de denso humo blanco en el pequeño despacho—. Lamento oír eso. Podemos perder una buena oportunidad por ese inconveniente.
- «Jesús —pensó Joe—. No es un inconveniente, jodido fumador de puros de ochenta dólares. Es una puta tragedia. Hablamos de perder mi casa. De comer en comedores sociales. De eso hablamos. No es un inconveniente, no es un tecnicismo. Es una mierda».
- —Supongo que hay algo que podemos hacer. Podemos esperar ese mes y ofrecerles un trato nosotros. Hablaré con su abogado. Le diré que mi cliente está interesado en una resolución temprana. Aún podremos sacar unos quince mil, probablemente. Si juego bien mis cartas. ¿Qué tal le suena eso?
 - —Me suena bien. Muy bien. Me ayudará a ir tirando.
- «Ir tirando» era, por supuesto, un eufemismo para lo que quince mil dólares representaban en esos momentos. Esa cantidad era el equivalente a un año de trabajo después de impuestos, y eso sonaba más que tranquilizador. Las letras aparecían flotando en su mente en mayúsculas. QUINCE MIL DÓLARES.
- —De acuerdo —contestó Wickham—. ¿Por qué no se pasa por mi oficina mañana? Quiero que me cuente algunas cosas. Prepararemos unos documentos.
- —Me parece bien —respondió Joe, y después de intercambiar una despedida cordial, colgó el teléfono.

Se quedó de pie en mitad de la habitación, tan inmóvil y silencioso que parecía una escultura de sí mismo. Había estado teniendo ensoñaciones terribles. Ni siquiera eran pesadillas, sino imágenes que le sobrevenían en los momentos más inesperados. Por ejemplo, se lavaba los dientes en el cuarto de baño y, de pronto, imaginaba que una fuerza invisible arrancaba la pared donde estaba emplazado el espejo y la arrastraba a una vorágine turbulenta similar a un tornado. Y casi al mismo tiempo, unas raíces negras irrumpían desde debajo de las baldosas y se elevaban a su alrededor, arrancando de cuajo el techo y destruyendo el resto de las paredes. Y él caía hasta el nivel de la calle, donde se quedaba en medio de un torrente de gente que circulaba a su alrededor cargando bolsas de compra.

Pero nadie lo veía.

El señor Wickham, de «Wickham Tax & Law», resultó ser mucho más eficaz de lo que parecía al principio. El proceso duró un poco más de lo esperado, casi dos meses, pero justo cuando Joe pensaba que tendría que negociar con el casero una pequeña demora en el pago del alquiler, Wickham le llamó de nuevo anunciándole que Double Save había aceptado el acuerdo amistoso. Joe recibiría un pago de diecisiete mil doscientos cuarenta dólares, deducidos los honorarios del abogado.

—Tuvimos mucha suerte —explicó Wickham—. El juez Papadoumian simpatiza bastante con los derechos de los trabajadores. Si nos hubiera tocado otro, quizá las cosas habrían salido de un modo diferente.

—¿En serio se basa todo en eso?

Al otro lado de la línea, Wickham soltó una sonora carcajada seguida de un pavoroso acceso de tos y colgó.

Joe sabía que habían apañado las cosas. Bueno, un poco. Lo cierto era que el supervisor lo había despedido con motivos. Cometió errores, como no retirar productos caducados a tiempo, y Dios sabe cuántas veces le pidió que utilizara la zona destinada a desembalaje de mercancías en lugar del área de recepción de proveedores. A Joe le parecía una norma estúpida. Recibía la mercancía, la desembalaba allí mismo y la llevaba directamente al almacén o a los estantes, según correspondiese.

—Puede que, en ocasiones, eso te venga bien —explicaba el supervisor con infinita paciencia—. Pero tú no tienes ni puñetera idea de cuándo vendrá otro camión, ¿verdad? ¿Y si vienen dos seguidos? Los chicos no podrán manejar los palés con las carretillas elevadoras porque tú estarás en medio. Estará todo lleno de material de embalaje y será un puto desastre. ¿Lo entiendes?

Joe lo entendía, pero en los largos años que estuvo trabajando en Double Save solo había visto llegar varios camiones juntos en... ¿diez, quince ocasiones quizá? Era un montón de tiempo desperdiciado. El área de desembalaje estaba a unos jodidos veinte metros en dirección opuesta al almacén, pero había que emplear carretillas y doblar una esquina que dificultaba todo el proceso. Quizá tardase solo unos minutos en hacer todo eso, pero vaya si le tocaba las narices.

El caso era que Wickham negó todo aquello. Habló de excusas inventadas para deshacerse de empleados que empezaban a tener un más que interesante historial laboral. Explicó que Double Save empleaba la política habitual de reemplazar personal con antigüedad por trabajadores jóvenes, explotados con contratos basura. De alguna forma, Wickham había conseguido un historial de contratación en Double Save en el último año y medio que mostraba claramente que solo estaban interesados en contratos pequeños con salarios mínimos. Nada de indemnizaciones. Nada de antigüedad.

La cosa funcionó. Para cuando la defensa quiso exponer las auténticas razones del despido, ya nadie prestaba atención. El jurado escuchaba con una ceja levantada. La auténtica razón de que los argumentos de Wickham hubieran funcionado era que la mayoría de ellos tenía hijos, hermanos o amigos en situaciones laborales precarias.

Se pronunciaron a favor del pobre Joe Harper.

Técnicamente, pensaba Joe, parte de aquel dinero no era suyo. No le correspondía. Que lo tuviera en su poder atendía a la habilidad de un abogado y de unas circunstancias favorables; pero, qué coño... Si un juez había determinado que podía quedárselo, a él le parecía tan bueno como si lo hubiera ganado talando árboles en Oregón.

Con diecisiete mil doscientos cuarenta dólares en la cuenta, las cosas se veían diferentes. Sin embargo, Joe sabía que el dinero no duraría eternamente. Tenía que maximizar su rentabilidad; recoger velas y esperar a que la tormenta pasase para empezar a buscar un empleo. Tal como estaban las cosas, el año habría pasado mucho antes de que se diese cuenta, y él seguiría en paro.

La carga más grave era el alquiler: unos seiscientos dólares al mes. Con la crisis, había excelentes oportunidades para negociar con los caseros, sobre todo si estaba dispuesto a pagar entre tres y seis meses por adelantado, pero el suyo se negaba a renegociar; decía que tenía un comprador interesado en la propiedad cuando se fuese, así que tenía la puerta abierta. Podría, sin embargo, buscar en barrios más modestos de la ciudad. Eso a menudo significaba que los supermercados y negocios del barrio podrían ser también más asequibles. Sabía que había bloques de apartamentos donde alquilaban habitaciones por unos cincuenta o sesenta pavos. Si controlaba el gasto, quizá no tuviera que volver a trabajar en cinco o seis años, lo que le sonaba como música celestial.

Esa noche, sin embargo, Joe quería celebrarlo. Compró un buen filete de veinte dólares, unas cuantas latas de cerveza de calidad y un paquete de Marlboro. Luego pasó por un centro comercial y consiguió unas cuantas películas del cajón de las ofertas: apenas tres dólares por cinta. Hacía siglos que no disfrutaba de una buena película y terminó llevándose cuatro de ellas. Algunas no le sonaban en absoluto (¿Fargo?, ¿qué clase de título era ese para una película de asesinatos?) pero otras tenían buena pinta, incluyendo una de la trilogía de Jason Bourne. El filete resultó estar delicioso, y las cervezas... Bueno, al menos estaban frías, pero muy a su pesar descubrió que no tenía demasiado paladar para las marcas. Los cigarrillos, sin embargo, no lo decepcionaron; llevaba tanto tiempo sin echarse uno al pecho que los diez primeros tuvieron el efecto embriagador de un buen porro.

Hacia las tres y media de la mañana le tocó el turno a *Fargo*. Al principio pensó que no iba a ser muy de su estilo... Los personajes eran raros, y el ritmo distaba mucho de ser el propio de una película de acción, pero sin embargo, al poco tiempo encontró en ella algo que lo mantuvo cautivado. Hasta olvidó por un momento el

paquete de cigarros. En un momento dado, y pese a que una ligera modorra empezaba ya a invadirlo, sus ojos se abrieron de par en par.

En la película, unos tipos se escondían en una pequeña cabaña. Una cabaña en la nieve.

Joe se llevó una mano a la cabeza.

¡La propiedad del abuelo Cerón!

La había olvidado por completo en todos aquellos años. Una robusta cabaña de madera de la época del Klondike, probablemente de alrededor de 1890, que su padre había heredado de su abuelo, y este del legendario abuelo Cerón Harper, un hombre de montaña que, por lo que contaban las leyendas familiares, cazaba osos desnudo armado únicamente con un cuchillo de un tamaño impresionante. Joe nunca había creído esa parte de la mitología familiar, pero la casa existía. Vaya si existía.

Era una casa construida con sólidos troncos de madera. Nada de tablones; Cerón Harper había usado directamente gruesos troncos de roble para levantar una construcción que dejaba unos noventa metros habitables. La casa formaba parte de una pequeña comunidad de viviendas de similares características en Oak Creek, en Canadá, que quedaba bastante alejada de la población más cercana. Todas esas casas estaban emplazadas en el linde de una reserva natural, así que los intentos de su padre por venderla, o vender el suelo donde estaba construida, quedaron rápidamente frustrados.

—Qué coño —dijo su padre—. Venderemos la madera. Cada uno de esos troncos puede valer quince o veinte mil dólares en el mercado. Incluso deduciendo el dinero del equipo que desmonte la casa y arrastre los troncos a un aserradero, todavía podemos obtener una cantidad suficiente para volvernos rematadamente locos.

La perspectiva de dinero contante y sonante tuvo un efecto milagroso en su padre. En las dos semanas que estuvo haciendo cálculos y hablando con unos y con otros, iba por la casa con una gran sonrisa, hacía bromas e incluso regaló un hermoso ramo de flores a su mujer, cosa que no ocurría, probablemente, desde que Joe vino al mundo. Hasta pudo escuchar la Canción Más Vieja del Mundo a través de la pared del cuarto de sus padres, el éxito internacional que unos cantaban más y otros menos, pero que todos conocían: el *Ñaca-Ñaca*.

Sin embargo, las cosas no acabaron demasiado bien. Informaron a su padre de que la propiedad estaba protegida por las leyes de patrimonio histórico de Yukón: podía venderse, y podía comprarse, pero no estaba permitido alterar su estructura exterior. Y mucho menos desmontarla como si fuera un juego de Lego. Su padre le gritó al teléfono durante horas, y le gritó a un montón de gente distinta, pero no consiguió nada. Las leyes eran muy estrictas y claras al respecto, y protegían a cualquier cosa que se hubiera construido utilizando madera antes de mil novecientos.

—Ese viejo cabrón podía haber esperado a construir la jodida casa diez años. ¡Solo diez años, joder!

Ese mismo día sintonizó su viejo programa habitual: No Me Toques Los Cojones, exhibiendo un ceño fruncido y un gruñido como toda respuesta a casi cualquier comentario.

Pero a Joe se le había encendido una bombilla en la cabeza. Estaba dispuesto a vivir en el peor barrio de la ciudad para ahorrar dinero y aguantar el periodo de crisis (las crisis eran cíclicas, todo el mundo lo sabía), pero... ¿qué tal sonaba cambiar de aires?, ¿cambiar totalmente de aires?

Estuvo dando vueltas por el salón hasta que amaneció, e incluso horas después seguía siendo incapaz de meterse en la cama. Su cabeza bullía de actividad. ¿En serio estaba hablando de mudarse a ese... esa especie de retiro de meditación? ¿De vivir en una casa de madera donde, probablemente, no había electricidad ni agua corriente? Seguramente podía arreglar eso. Al fin y al cabo había otras casas alrededor donde vivía gente, gente moderna que seguramente se conectaba a Internet y conducía todoterrenos para ir a Sulphur Creek a ver la última película de quien fuera el director de moda en ese momento. Pero ¿qué había de todo lo demás? Naturaleza, naturaleza y más naturaleza. No más cervezas en el tugurio de la esquina, no más paseos por el centro curioseando por las tiendas regentadas por chinos que te vendían cosas como semen de rana en tarros de veinte mililitros.

¿Y qué más debía considerar? Una casa tan vieja tenía que necesitar reformas, algún arreglo, cosas como reparar el techo, pintura, filtraciones... Y tratándose de madera con unos ciento veinte años de antigüedad, seguramente había que hablar de tratamiento de hongos, humedades y un largo etcétera. Todo eso necesitaría pasta, bastante pasta.

Pasó el resto de aquel día dándole vueltas al tema. Estaba tan ensimismado que incluso olvidó ir a la compra, así que bajó a por unos perritos. Hacía calor, demasiado calor, y el rebufo del carrito de comida rápida le hizo sudar mientras esperaba. Joe pasó todo el tiempo pensando en la nieve, y cuando le tocó el turno, pidió un Klondike Especial.

- —¿Qué dice, amigo? —preguntó el vendedor.
- —Oh. Perdona, hombre. Quiero decir un Especial.
- —Un Klondike —rio el vendedor mientras sacaba una salchicha—. Tiene gracia, ¿no? Amigo, ¿en qué estaba pensando?
 - —Bueno, cosas que tiene uno en la cabeza.
- —Klondike, como en la Fiebre del Oro, ¿no? He visto algunas películas. ¡Vaya locura! No crea que las cosas han cambiado tanto. Todos seguimos siendo buscadores de oro. Cada uno hace lo que tiene que hacer para conseguir su parte. ¿Qué cree que hace toda esta gente alrededor?

Joe miró. Había gente que caminaba con paso presuroso hablando por el móvil, gente que transportaba maletines de ejecutivo mirando el reloj, gente, gente, gente, ocupada en accionar las palancas inmateriales del éxito profesional, de la infatigable consecución de pasta.

—Buscan oro, amigo —añadió riendo—. Eso es lo que hacen. ¿Cree que hemos cambiado mucho desde aquellos lunáticos que arriesgaban sus vidas y su salud buscando oro? Nah. Ni mucho menos.

Y mientras el vendedor ponía un buen montón de cebolla sobre la humeante salchicha, Joe pensó que aquel hombre tenía razón. Y eso, de alguna forma, lo ayudó a decidirse.

Capítulo 2

La cabaña Harper

Joe llegó a Yukón el 29 de julio a las diez cuarenta y cinco de la mañana. Llevaba un par de maletas con ropa, equipaje de mano con cosas como documentos y algo de dinero en efectivo, y nada más. El resto lo había vendido todo.

Allí le esperaba un Chevrolet, uno en propiedad, que había comprado desde Baltimore a un negocio de alquiler de coches. No tenía tan buena pinta como en la foto que le enseñaron, pero por mil doscientos dólares no podía pedir más. Al menos las ruedas eran nuevas, eso podía verlo, y el motor no tenía mal aspecto. También tenía tracción a las cuatro ruedas y un espacioso compartimento de carga, y cuando apretó el acelerador en la autopista, el Chevrolet se comportó estupendamente. Sin embargo, para cuando llegó a Sulphur Creek ya estaba anocheciendo, y todavía tardó un par de horas más en llegar a la vieja casa de su abuelo.

El camino que llevaba hasta ella estaba echado a perder: los deshielos y las lluvias habían arrastrado piedras de gran tamaño, y los arbustos habían extendido sus ramas haciendo que el trazado del camino fuera difuso, particularmente en la oscuridad, a la luz de los focos. En un par de ocasiones notó cómo las ramas más gruesas producían arañazos en los laterales de la carrocería, pero se limitó a sonreír. Esas cosas eran importantes en la ciudad. En aquel sitio, no tanto.

Por fin, después de un rato, los haces de luz de los focos iluminaron la casa. Dejó que el coche rodara lentamente hasta la puerta y apagó el motor, aunque dejó las luces encendidas para admirar el legado del abuelo Cerón.

Tenía, a decir verdad, mejor aspecto de lo que había imaginado. Las ventanas estaban protegidas por batientes de madera, y la pintura hacía mucho tiempo que había desaparecido, castigada por el sol. Pero la madera tenía buena pinta todavía, y lo mismo podía decirse de los troncos de color oscuro que conformaban las paredes. La puerta principal tenía un porche con un techo de madera sustentado por delgadas columnas. Eran tan delgadas que Joe se descubrió pensando que tenían más de cien años, que habían resistido la nieve y el sol del verano. Por lo demás, los haces de luz no llegaban más allá. El techo podría estar derrumbado y la parte de atrás haber sido pasto de las llamas a consecuencia de algún rayo fortuito, así que apagó las luces y soltó un sonoro suspiro.

Había... algo.

Sacudió la cabeza y echó el asiento hacia atrás. No iba a entrar en esa casa a esas horas. Podía haber bichos dormitando dentro (¿habría zarigüeyas en Yukón? Quizá sí, o quizá no, pero podía imaginar una familia de coyotes que se hubiera colado por

algún resquicio, con sus ojos brillando en la oscuridad). Así que se subió la cremallera del anorak y bostezó pesadamente.

De pronto, a través de la ventanilla, vislumbró un trozo de cielo, y casi da un brinco cuando una miríada de pequeñas y centelleantes estrellas lo saludaron. Pegó la cabeza al cristal y miró hacia arriba, con la boca abierta. Jamás en su vida había visto un cielo como ese... Era como si alguien hubiera colgado un millón de guirnaldas navideñas cuajadas de pequeñas luces frías. Sin ninguna contaminación lumínica, el cielo nocturno se revelaba en todo su maravilloso esplendor. Después de un rato, hasta le parecía distinguir una suerte de neblina blancuzca que atravesaba el firmamento; comenzaba a poca altura sobre el horizonte oriental, luego se elevaba majestuosamente y culminaba recostándose sobre el oeste, desapareciendo por un rato para reaparecer de nuevo, como si fuera un aro de estrellas que giraba. Vio regiones de apariencia algo difusa, como nebulosas, y cúmulos estelares donde la profusión de astros era tan apabullante como hermosa.

Era precioso, y lo tomó como un pequeño anticipo de las muchas cosas hermosas que vería en su nueva vida.

Se quedó dormido con una pequeña sonrisa impresa en el rostro, mirando las estrellas.

Al día siguiente, Joe se despertó con los primeros rayos del sol. No había esperado dormir sin interrupciones en un sitio tan incómodo, pero supuso que el viaje lo había agotado mucho más de lo que pensaba.

Salió del Chevrolet, que estaba completamente recubierto por una fina capa de humedad, y se enfrentó a la casa por primera vez a la luz del día. Lo primero que le llamó la atención fue el tupido bosque que se levantaba en el margen occidental; este le había pasado desapercibido en la oscuridad. Estaba tan cerca que era una suerte que ninguno de aquellos troncos hubiera caído sobre el tejado en mitad de algún vendaval. Luego se fijó en la casa. A la luz de la mañana, parecía un poco más pequeña de lo que había imaginado, y el color de la madera se veía algo más deslucido. El musgo se había encaramado en cada una de las rendijas, y algunos troncos presentaban surcos donde las arañas habían tejido complicados diseños con sus redes. Además, algunos tablones del porche se habían levantado y mostraban una curvatura preocupante. Joe no sabía mucho de madera ni de construcción, pero sabía que si quería que el porche volviese a su ser, tendría que reemplazar esos tablones.

A continuación empezó a rodear la casa para observar el exterior. En la parte de atrás encontró (gracias a Dios por los pequeños favores) un pozo de piedra que alguien había cubierto con tablones y rocas pesadas, y también una desvencijada mesa de trabajo que el tiempo había arruinado completamente. También encontró los restos de un cobertizo, o acaso una caseta de herramientas, que se había venido abajo

en algún momento. Joe no necesitaba un cobertizo; pensó que toda aquella madera ardería bien en el invierno.

Después se enfrentó a la puerta principal. Tenía un juego de tres llaves que los años habían vuelto quebradizas y herrumbrosas, y allí había un candado que parecía sacado de una máquina del tiempo. Era grande, grueso y oxidado, pero para su sorpresa, el mecanismo interior reaccionó inmediatamente cuando introdujo la llave. Mientras retiraba la cadena del asa se dijo que ninguno de los candados modernos que había tenido había aguantado más de un par de años; ¡bravo por la tecnología de engranajes y muellecitos de finales de 1800!

La puerta fue otra cosa. La humedad había hinchado la madera, y aunque la segunda llave se ocupó de la cerradura también sin problemas, tuvo que golpearla fuertemente con el hombro, hasta cuatro veces, para que la hoja girara sobre las crujientes bisagras. En cuanto se abrió, un olor penetrante a humedad, a sótano oscuro y a polvo le atizó en la nariz como una bofetada.

Tosió dos y tres veces y se pasó la mano por la nariz como haría un gato que intenta asearse. Esta protestó con un picor hormigueante. Demasiado polvo, sin duda, y demasiada humedad. Tendría que ventilar la casa y mantenerla abierta varios días seguidos. Seguramente no podría dormir en ella en todo ese tiempo, pero tampoco le importaba: el interior del coche había demostrado ser suficientemente cómodo y estaban en la temporada cálida. El frío y la nieve no llegarían hasta después del verano.

El interior, como descubrió a continuación, no estaba demasiado mal, aunque olía como una tumba. Después de abrir todas las ventanas se encontró admirando una casa práctica, sin apenas elementos decorativos a excepción de algunas cornamentas de aspecto macilento y viejos cuchillos colgando de ganchos en las paredes. Después de retirar las viejas y raídas sábanas que los cubrían, descubrió que no había un solo mueble que no tuviera una finalidad, aunque fuera la de descansar el trasero cerca de la chimenea. Eran muebles antiguos y parecían construidos por el propio abuelo Cerón. Casi podía imaginarlo tallándolos cuidadosamente, extrayendo sus delicadas formas de la madera bruta. El único mueble que debía haber traído de alguna parte era una especie de sofá de aspecto cochambroso lleno de manchas oscuras.

Pasó la mañana curioseando por la casa, entretenido con las cosas que encontraba. Había lámparas de aceite, una plancha de carbón, una cocina de leña, cazos y cacerolas de hierro y platos de latón, y unos armarios con bastante ropa. Ropa extraña de 1800, que le resultaba más divertida que práctica.

Cuando terminó de curiosear se dio cuenta de que en la casa faltaba una habitación que no había echado de menos hasta que tuvo necesidad de ella: el cuarto de baño.

—Oh, vamos. No me jodas —soltó.

La idea de salir en mitad de la noche cuando llegara el frío intenso no le hizo mucha gracia. Supuso que la gente de 1800 debía tener culos especiales, porque

estaba seguro que el suyo se congelaría tan pronto lo colocara a escasos centímetros de la nieve.

«También puedes usar uno de esos cazos y sacarlo fuera por la mañana, imbécil».

—Vaya puta mierda —masculló.

Sin embargo, a pesar de aquellos detalles, se sentía extrañamente animado. Se había dicho a sí mismo que si las cosas estaban muy mal volvería a Baltimore. Simplemente. Cuando cogió el avión no sabía si se encontraría con un montón de madera medio enterrada por un alud o cuatro paredes medio derruidas sin ningún techo sobre ellas, y si fuera el caso volvería a la ciudad con aeropuerto más cercana y saltaría al primer avión disponible que volase de vuelta a casa. Habría perdido unos trescientos cincuenta dólares, sí, pero no era una cifra demasiado elevada, y en cuanto al coche... Bueno, siempre podía volver a venderlo. Ahora, en cambio, pese a que sabía que tendría que trabajar como un mulo para poder llegar al momento de sentarse en su salón a disfrutar de un libro sin gran cosa que hacer, la nueva situación le parecía excitante.

«Vamos a por ello, tío. Al viejo estilo de 1800. La Fiebre del Oro, el Viejo Oeste, el Klondike y todo lo demás. ¡Yeah!».

Se puso a andar por la casa, pero esta vez haciendo una lista de cosas. Cosas que necesitaba.

Joe gastó doscientos cuarenta y tres dólares con cincuenta centavos en su primera compra en Sulphur Creek. Cuando miró el maletero del coche, se quedó admirado de que esa cantidad hubiera dado para tanto. Estaba seguro de que en Baltimore habría invertido al menos el doble de esa cifra para hacerse con todo aquel material. Había de todo: enormes latas de barniz para madera, utensilios de cocina, pastillas para encender fuego, un rascador, un martillo, un serrucho, un par de hachas de diferentes tamaños, toneladas de clavos y recargas de aceite para las lámparas. También compró productos de limpieza variados, linternas, baterías, una pequeña radio, unas cuantas revistas y un libro de Philip K. Dick cuya portada le había parecido bonita.

«Vaya, amigo. Con este nivel de gastos te puede salir el tiro por la culata», se dijo cuando se sentó en el asiento del conductor. Y aún le faltaba hacer una segunda compra, esta vez de alimentos. Sin embargo, estaba satisfecho y hasta ilusionado. Era dinero bien invertido. Si estuviera aún en la ciudad, una simple avería en el frigorífico le habría costado entre trescientos y cuatrocientos dólares, y allí podía hacer todas esas cosas él mismo. A tomar por culo el frigorífico. Esas herramientas serían sus nuevos juguetes en las próximas semanas, y después... Después solo tendría que preocuparse de ir a por suministros una vez por semana, o cada quince días; entonces los gastos se controlarían. Lo del frigorífico era una pena, sí, pero cuando cayera la nieve podría tener cerveza fría siempre que le apeteciese simplemente con dejarla en el porche. La sola idea le parecía fascinante.

Los siguientes días fueron de trabajo intensivo. Era duro, pero cuanto más trabajaba, más a gusto se sentía. Pintó, claveteó, limpió y reparó en la medida de sus posibilidades. Para no estropear y mancharse la ropa (lo cual podía ser un problema, habida cuenta de que tenía que lavar a mano) utilizaba la vieja ropa del abuelo Cerón. No había ni un solo espejo en toda la casa, pero intuyó que debía tener una pinta extraordinariamente divertida con aquellos pantalones negros llenos de remiendos. Se caló un sombrero de color oscuro y, durante un rato, estuvo dando brincos por la casa cantando trozos de todas las canciones country que pudo recordar.

Pero esos momentos no hacían justicia al duro trabajo al que se entregaba. Para cuando el atardecer se apoderaba de la casa, bañándolo todo de esa tonalidad crepuscular, Joe estaba tan exhausto que se metía en el coche y dormía profundamente.

Sudaba mucho, y por lo tanto bebía mucho también. Acarrear el agua desde Sulphur Creek no solo era trabajoso, era caro en gasolina. La comida duraba más. Aún no se había atrevido a trastear con la cocina, así que consumía latas de conservas, embutidos, bocadillos y cosas preparadas, pero el asunto del agua estaba convirtiéndose en un infierno. En un momento dado, sin embargo, recordó el viejo pozo de la parte trasera.

Retirar las pesadas piedras requirió un gran esfuerzo. Apenas alcanzaba a empujarlas hacia el borde del pozo y dejar que cayeran pesadamente al suelo, así que no podía imaginar al abuelo Cerón arrastrándolas hasta allí desde Dios sabía dónde y levantándolas hasta la parte superior sin ayuda de algún ingenio mecánico.

—Hombres de montaña, tío. Ya no los hacen.

Cuando retiró el tablón, se enfrentó a un pozo oscuro y profundo cuyo fondo no alcanzaba a ver. Sin embargo, olfateó claramente el agua fresca. ¿Era eso posible? Aquel pozo tenía ciento veinte años por lo menos. No había esperado más que un fondo ligeramente barroso en el mejor de los casos, pero aquel olor evocaba los ríos que descienden de las montañas.

Para comprobarlo, Joe cogió una piedra pequeña y la tiró al fondo. Tardó un rato, pero al final, el sonido inequívoco y refrescante de un chapoteo le llegó a los oídos.

¡Era agua! Joe se quedó allí unos instantes, intentando decidir si aquella agua sería potable o no. Igual podría hacer un apaño comprando pastillas potabilizadoras, si es que podía encontrarlas en un sitio como Sulphur Creek. Luego se descubrió pensando qué habría hecho el abuelo Cerón cuando llegara el frío y la nieve. A buen seguro, aquel pozo se congelaría completamente.

«Fundiría la nieve —dijo su mente—. En invierno fundía la nieve en un cazo y la bebía».

Joe asintió lentamente, pensativo. Se daba cuenta de que después del verano, a medida que el frío llegara, las cosas serían aún más duras. Al menos estaba seguro de que tendría la casa habilitada para entonces. Casi seguro.

Al finalizar el quinto día, la vivienda estaba ya lo suficientemente aireada para dormir en ella por primera vez, y eso hizo, abrigado con las viejas mantas del abuelo. Calentaban como si estuviera rodeado de ovejas en los días previos a la temporada de esquileo, y aunque al principio temió que pudieran tener chinches o algún otro parásito similar, lo cierto es que la casa había estado abandonada durante demasiado tiempo incluso para esos insectos, y durmió como un bendito, mecido por la quietud de la noche.

Al día siguiente, mientras cortaba los tablones que habían quedado del cobertizo para hacer reparaciones en el porche, un ruido lejano le llamó la atención. Al principio no pudo identificarlo, pero cuando aguzó el oído se le reveló como un sonido conocido. Era el ruido de un motor, aunque algo traqueteante y grave. Cuando rodeó la casa para ver de qué se trataba, vio una vieja camioneta Ford que se acercaba por el camino. Era un modelo del ochenta y nueve, pero parecía aún más antigua de lo que ya era. Los bajos de la carrocería estaban castigados y herrumbrosos, y la chapa lucía un color desvaído con manchas claras producidas por el sol. Era igualmente difícil decir cómo el conductor podía ver algo con todo el polvo y la suciedad que cubría el cristal delantero.

Joe esperó de pie a que el vehículo se detuviese. Cuando lo hizo, un hombre de unos sesenta años tocado con un gorro tejano y un peto vaquero descendió del vehículo. Parecía una especie de granjero, un hombre de campo.

- —¡Buenos días! —exclamó, levantando una mano.
- —Buenos días —respondió Joe, divertido por el acento arrastrado del visitante.
- —Aguarde un momento, ¿quiere?

El hombre volvió a introducir el cuerpo en la furgoneta y estuvo enredando unos instantes, como si buscara algo. Joe se rascó la nuca, expectante. Por fin, el desconocido volvió a salir con un paquete en la mano. Un paquete envuelto en papel marrón atado con cuerdas blancas.

Joe esperó a que se acercara. Cuando llegó a su lado, el hombre le tendió el paquete.

- —Mi mujer insistió en que no hay que descuidar las viejas costumbres —dijo—. Esto es para usted.
 - —¿Para mí? —preguntó Joe.
- —Ande, cójalo. Son tres kilos de bizcocho casero; está duro como un tronco, pero si lo moja en leche se ablanda y llena la barriga.

Joe sonrió. Había vivido toda la vida en Baltimore, generalmente en barrios donde la interacción con los vecinos se reducía a mirar sus manos de reojo al encontrarse accidentalmente en la escalera, por si llevaban un puñal o algo peor. Si llamabas a la puerta de alguien, se asumía que ese alguien iba a chillar a través de ella para que te largaras con viento fresco, y si por un casual la puerta se abría, podías encontrarte con ciento veinte kilos de carne negra clavándote unos ojos inquisitivos y furibundos. Pero aquello era... Bueno, era encantador. Era como las películas.

Suponía que ese tipo de cosas ocurrían también en la ciudad, pero quizá en otro tipo de barrios, uno de esos barrios donde los servicios operativos todavía se molestan por mantener las calles limpias y cada uno tiene su plaza de garaje.

- —Vaya. Muchas gracias —consiguió decir al fin. Sostuvo el paquete en las manos y se quedó mirando al hombre sin saber qué más añadir.
- —Bueno, me llamo Pete Herron —dijo el hombre—, por si quiere saberlo. Soy su vecino más cercano, estoy al otro lado de la colina. Una casa vieja con más remiendos que ese pantalón que lleva usted, si me permite decirlo.

Joe se miró los pantalones como si no comprendiera, hasta que recordó que llevaba puestos los viejos harapos del abuelo Cerón. Estaban en tan mal estado que, comparado con el peto de Pete, este parecía un traje de etiqueta.

- —Ah, bueno... Es ropa de trabajo —explicó—. Estaba haciendo algunos arreglos por aquí. Yo me llamo Joe.
- —¡Joe! Me gusta. Un buen nombre. La gente ya no llama a sus hijos así. Es un nombre en desuso... ¡Bueno, como casi todo por esta parte!

Joe sonrió de nuevo. Aquel hombre le estaba cayendo bien. Estaba mirando la casa por encima de su hombro, y puso los labios como si fuera a silbar antes de continuar.

—Ya veo lo que dice de los arreglillos —dijo—. Parece que tendrá bastante trabajo por un tiempo, aunque la casa es tan sólida como se puede esperar. Ya no se hacen así; no, señor. Ahora todos son tablones más delgados que la tela de mis calzoncillos, y prefabricados. ¡Porquería! ¿Qué planes tiene, amigo? Para la casa, quiero decir.

Joe se dio la vuelta para mirar la casa. Parte de la fachada estaba pintada, pero solo con una capa. Era un trabajo agotador, en parte porque se le cansaba el brazo, pero también porque se resistía a comprar herramientas costosas, así que en lugar de emplear una escalera para acceder a la parte más alta había arrastrado una de las viejas mesas para encaramarse encima. Los cubos estaban también allí mismo, a la intemperie, esperando que acabase el trabajo.

- —Planes... Bueno, no tengo ningún plan en especial. Hacer la casa habitable, supongo.
- —¡Vaya! —exclamó Pete, cauteloso—. Pues le espera un buen trabajo. Esa es la casa de uno de los pioneros de la zona. Lleva ahí desde mucho antes de que yo naciera, y seguirá ahí mucho después de que yo me haya ido.

Joe sonrió, asintiendo.

—Sí. Es de mi familia... Que yo sepa, la construyó mi abuelo con sus manos.

El hombre le dedicó una mirada suspicaz.

—¿Cómo se llamaba su abuelo?

Cuando Joe pronunció el nombre, Pete se sacó el sombrero de la cabeza y se rascó la nuca, visiblemente sorprendido.

—Caramba… No puedo creerlo. Un descendiente de Cerón Harper. ¡Esta sí que es buena!

Joe inclinó la cabeza mientras varios pensamientos se agolpaban en su mente. Escuchar su apellido y el nombre de su abuelo en boca de alguien a quien no había visto en su vida, en un país diferente al suyo, le causó una sensación extraña.

—¿Lo conocía? —preguntó al fin.

Pete arrugó la cara y enseñó unos dientes gastados, decolorados por el paso del tiempo. Parecía un intento de risa, aunque no emitió sonido alguno.

—¡Demonios, no! Soy viejo, pero no tanto. Sin embargo, Cerón Harper es una leyenda por aquí. Le aseguro que no hay nadie en la zona que no haya oído hablar de él. ¡Vaya! —continuó diciendo, sacudiendo la cabeza—. ¡Un descendiente de Cerón Harper! Se lo aseguro, hasta hemos mantenido su casa, esta casa, en un estado más o menos decente. Hace diez años, por ejemplo, tuvimos un vendaval de mil narices. Se llevó tejados y muchos de los árboles más jóvenes. También arrancó los batientes de las ventanas y estrelló rocas contra el tejado y la parte de atrás. Algunos de nosotros ayudamos a hacer esas reparaciones.

Joe pestañeó. Ni en un millón de años habría podido imaginar que su abuelo hubiera dejado una impronta tan honda en aquel lugar.

- —¿En serio? —preguntó, tan asombrado como complacido.
- —No me lo diga, ya se lo digo yo. ¡Esta sí que es buena!
- —Se lo agradezco... —exclamó Joe—. La verdad es que la casa está en muy buen estado. Hasta llegué a pensar que era lógico... Debí figurarme que alguien había estado ocupándose de las cosas.
- —No me lo agradezca. Cerón Harper ayudó a construir la mayor parte de las casas que verá por la zona. Y no solo eso: cualquier familia que lleve aquí dos o tres generaciones debe su existencia a su abuelo. ¡Eso se lo dirá cualquiera! Cuando había problemas..., todos llamaban a Cerón Harper. Si un oso bajaba demasiado de las montañas, llamaban a Harper. Si había que construir una rueda de agua en el río y no estaban muy seguros de cómo funcionaba, llamaban a Cerón Harper.
- —Creo que sabe usted más de mi abuelo que yo mismo —admitió Joe, abrumado por las noticias que estaba recibiendo.
- —Mmm. Es posible. ¿Sabe? La gente olvida con facilidad, sobre todo los favores que le hacen los demás. Mucha gente se marchó y se olvidó de todo esto. Pero otros... Otros nos quedamos...

De repente se calló, como si hubiera perdido el hilo de su propio monólogo. Estaba mirando la casa, pensativo, y arrugaba la nariz mientras en su cabeza bullían los recuerdos.

- —Arrea —soltó de pronto—. No me deje divagar demasiado. Se haría de noche y seguiríamos aquí como dos tontos.
- —Perdone... —se apresuró a decir Joe—. No puedo ofrecerle gran cosa. ¿Quiere...? No sé, a lo mejor le apetece echar un vistazo a la casa. Tengo agua. Me

temo que no tengo ni frigorífico.

- —Vaya, amigo. Cualquiera diría que ha venido aquí a reunirse con el espíritu de su abuelo... ¡en cuerpo y alma! La vida moderna ofrece algunas comodidades, ¿sabe?, y no está mal aprovecharlas.
- —¿Cree que podría conseguir que pusieran electricidad aquí? —preguntó Joe, esperanzado—. La verdad es que me vendría bien.
- —No veo por qué no. La Compañía Eléctrica de Yukón empezó a suministrar electricidad a principios de siglo. Por aquel entonces usaban un motor de pistones que funcionaba con leña, pero las cosas fueron progresando. Hay un tendido que da suministro a la zona no demasiado lejos de aquí. —Se rascó la barbilla, pensativo—. ¿Sabe qué? Déjeme que hable con Williams. Se ocupa de esas cosas. Puede que le cueste un par de cientos, pero creo que puede hacerse.
 - —Eso sería... —dijo Joe—. Sensacional. Se lo agradecería mucho.

El señor Herron le dedicó una mirada apreciativa. Joe no lo sabía, pero cuando le daba vueltas a las cosas en la cabeza, siempre se frotaba los labios uno contra el otro, como estaba haciendo en ese momento.

- —¿Piensa quedarse mucho tiempo? —preguntó al fin.
- —Todo depende de cómo me vayan las cosas —contestó Joe, encogiéndose de hombros—. En principio pasaré aquí una buena temporada, sí.
 - —¿El invierno también?
 - —También.

Herron agachó la cabeza y se miró los pies.

—El invierno es duro —dijo despacio—. Muy duro.

Joe asintió, sin saber qué decir. Aún tenía el paquete en la mano y comenzaba a pesarle de verdad. Estaba a punto de hacer un comentario al respecto cuando Herron continuó hablando:

- —Bien, debo marcharme.
- —Oh, de acuerdo. Le agradezco... la bienvenida, el pastel y todo lo demás. Ha sido muy amable, de veras.

Herron sacudió la cabeza mientras se giraba para volver a su vehículo.

—¡No tiene nada que agradecer! Espere a que le diga a mi mujer que aquí vive un descendiente de Cerón Harper. Va a alucinar pepinillos, se lo aseguro. Probablemente me haga volver otro día con un pastel aún mayor.

Joe soltó una pequeña carcajada.

- —¡Intentaré acabarme este pronto, en ese caso! —exclamó—. En serio, vuelva siempre que quiera. Si sabe usted de reparaciones, puede sentarse en una silla y ayudarme con algo de teoría, si le parece bien. Agradeceré un consejo o dos.
- —¡Trato hecho! —dijo Herron, dejándose caer en el asiento del conductor. Lo hizo con un pequeño resoplido, como si su cuerpo empezara a tener tendencia a quedarse agarrotado en ciertas posturas—. Desde luego, hay un par de cosas que tendremos que hablar usted y yo si piensa pasar aquí el invierno.

Joe asintió, algo intrigado por el comentario, pero salvo por un breve saludo con la mano, eso fue todo. El coche se alejó por el camino, circulando despacio pero esquivando los baches y los socavones con una pericia inimitable. Casi parecía que era el viejo Herron quien vivía allí.

El pastel de la señora Herron resultó mucho más digerible de lo que el propio Pete Herron había auspiciado. De hecho, Joe lo encontró delicioso, con un regusto a ron añejo y mermelada de frambuesa. Lo comió solo y lo comió con un par de lonchas de jamón embutidas en su interior, pero sobre todo, lo comió día y noche durante dos días hasta acabarlo.

Pero el señor Herron no se había equivocado en todo: al tercer día regresó con otro paquete, esta vez aún más pesado a juzgar por el esfuerzo con que lo sacó del coche. Era otro pastel, todavía más grande, con un delicioso mensaje escrito en su superficie que decía: AMAMOS A HARPER.

- —¿«Amamos a Harper»? —preguntó Joe, divertido.
- —Ya se lo dije —respondió Herron—. Mi mujer, Betsy, se volvió literalmente loca cuando le dije que aquí volvía a vivir un Harper. Llamó a sus amigas y la noticia se propaga ahora por el valle como un puñetero resfriado.

Joe soltó una carcajada.

—No puedo creerlo… ¿Le ha dicho que tengo muy poco que ver con aquel mítico superhéroe del Klondike?

Pete Herron se encogió de hombros, arrugando el entrecejo.

—Le juré por mis esculturales nalgas que tiene usted solo dos brazos y dos piernas, que no lanza bendiciones por los ojos ni caga dólares de plata, pero... ¡vaya! No me hizo caso.

Joe rio con ganas otra vez, y rio tanto y durante tanto tiempo que cuando pudo por fin secarse las lágrimas que le humedecían las mejillas y volver a mantenerse más o menos erguido, se sintió inmediatamente a gusto con Pete. Si hubo algún momento que marcase el inicio de aquella amistad, fue sin duda aquel.

Así fue cada vez que volvieron a reunirse durante aquel verano, casi todos los fines de semana al principio, y prácticamente a diario para cuando el mes de agosto avanzaba de prisa y comenzaba a dejar un poso de aire frío al atardecer, anunciando que el otoño estaba llamando a la puerta.

Las reparaciones en la casa fueron, desde luego, el motivo principal de la mayor parte de las visitas de Herron. El hombre trabajaba despacio, pero emprendía cualquier tarea imprimiendo el máximo cuidado, amor y disciplina, como si en su sangre canadiense corriese un vestigio de las viejas enseñanzas japonesas. A menudo, Joe se sorprendía a sí mismo espiando por encima del hombro, embelesado sin ser realmente consciente mientras observaba cómo el viejo Herron aplicaba una simple capa de barniz a una pared. Metía la brocha en el bote, siempre hasta la misma línea,

lo dejaba allí durante tres segundos exactos, lo aliviaba de exceso de pintura deslizándolo por los bordes (siempre con la misma cadencia y velocidad) y procedía a impregnar la madera con una suerte de parsimonia que resultaba tan revestida de elegancia como fascinante. Movimientos limpios y precisos, como los pasos de un baile.

Resultaba relajante verlo trabajar de esa forma, como un virtuoso maestro de orquesta dirigiendo un grupo de músicos con una curiosa batuta.

- —Eso está quedando muy bien, Pete —dijo Joe, sintiendo la necesidad de comentar algo.
- —Gracias —respondió Pete—. ¿Sabes? He estado trabajando toda mi vida, y vaya si he trabajado duro. El trabajo me cansaba y me hastiaba, como a cualquier hijo de vecino, supongo, pero un día, ocurrió algo.
 - —¿Qué ocurrió?
- —Entré en la cocina de mi mujer. La cocina es su feudo, y yo no entraba más que a arreglar un grifo o hacer cualquier otra cosa necesaria. Cocina muy bien, como sabes, pero no tiene nada que ver con sus recetas, es su manera de hacer las cosas. Cocina con amor. No se me ocurre otra forma de expresarlo. Cuando la vi cocinar aprendí mucho de su manera de hacer las cosas. Su pulcritud, su esmero. Dedicaba tiempo a cada cosa, ¿sabes? Incluso abrir un bote de eneldo se convertía en una tarea especial si era lo que tocaba hacer en ese momento.
 - —Eso es... interesante.
- —Es una manera de ver las cosas. Yo aprendí mucho de mi mujer aquel día. Empecé a hacer lo mismo con mi trabajo. Desde entonces he trabajado feliz cada día de mi vida.

Pete pensó que debía añadir algo a la conversación tras las palabras del viejo Herron, pero se limitó a asentir en silencio y continuar con su trabajo. A partir de ese momento, dedicó un poco más de tiempo a cada pequeña tarea. Cuando acabó la jornada, encontró que los clavos estaban mejor alineados, las tablas casaban mejor, estaba mucho menos cansado y se sentía bastante más satisfecho de sí mismo y de lo que había hecho.

La pared se veía hermosa, como el barniz de Pete.

—Creo que esta noche toca brindar por Betsy —opinó Joe.

Así acababan, invariablemente, casi todas las jornadas en la vieja residencia Harper: con los dos personajes sentados en el porche, tomando café, té o cerveza caliente con canela. Esperaban, por supuesto, la llegada de las primeras auroras boreales, las célebres auroras del Yukón. Joe no había visto ninguna excepto en documentales televisivos o fotografías, y aunque esperaba con interés el día en que el cielo nocturno reflejara semejante espectáculo, disfrutaba cada noche de cualquier modo hablando de mil temas diferentes.

Parecía que al fin venían los buenos tiempos, pero lo malo de los buenos tiempos es que uno no tenía manera de saber que lo eran hasta que acababan.

Capítulo 3

El Pozo

Para el veintidós de agosto, las reformas de la casa estaban prácticamente terminadas. Joe casi nunca trabajó solo, aunque la mayor parte del tiempo él fuera un mero operario y Pete Herron una especie de capataz que le indicaba cuál era la mejor manera de hacer las cosas. Pero, de una forma o de otra, entre los dos habían instalado aislante en todas las paredes exteriores, lijado y tratado la totalidad de las puertas e instalado vidrios nuevos en las ventanas. Habían reconstruido la chimenea en su práctica totalidad, y Herron en persona se había ocupado de arreglar las canalizaciones para el agua en todos los aleros. La casa disfrutaba también de suministro eléctrico básico; suficiente para iluminar las habitaciones y dar cobertura a un pequeño fogón de cocina tipo camping. El fogón fue un obsequio de Betsy, por cierto, y aunque era un viejo cacharro con demasiados años encima, funcionaba a la perfección. Joe lo celebró enormemente; el porche de la pequeña Residencia Harper no tardó en llenarse del apetitoso aroma de salchichas con mostaza.

El viejo Pete consiguió también un pequeño motor para el pozo. Extraía agua y la canalizaba por unas tuberías hasta la casa, aunque le llevase un tiempo y el ruido hiciera parecer que había un utilitario asentado en la habitación. Hacía traquetear los tubos contra la pared de tal manera que casi parecía que iban a salirse de sus guías, pero no había mucho más que hacer: era el motor, un modelo antiguo, el que transmitía la vibración. Entre medias, instalaron un rudimentario calentador.

—¿Funcionará esto cuando llegue el invierno, Pete? Imagino que no...

Herron pestañeó varias veces antes de responder. Lo cierto es que parecía algo distante aquella mañana.

- —El invierno...
- —El invierno, sí. Con el agua congelándose y todo eso.

Otra vez Herron permaneció callado unos instantes antes de responder. Era bastante inusual. Generalmente, Pete era como un campeón de *ping-pong*; pese a su edad, siempre respondía con la rapidez y la contundencia de un cerebro bien engrasado.

- —¿Sigues pensando pasar aquí el invierno, Joe?
- —Sí, desde luego.

Pete Herron sacudió la cabeza.

- —El invierno es duro. Aquí es muy duro.
- —¿Qué ocurre, Pete? —preguntó Joe, divertido—. ¿No crees que podré aguantar un poco de nieve?

- —¿Nieve? —preguntó Herron, como si hablara desde un lugar muy lejano sepultado en el fondo de su mente—. No se trata de la nieve.
 - —¿De qué se trata entonces?
- —Imagino que no has notado nada... —añadió al fin, después de resoplar largamente.
- —¿Notar? —preguntó Joe, algo confuso—. ¿A qué te refieres? ¿Va todo bien, Pete?
- —Bueno... —dijo, despacio—. Las cosas solo pueden ir de un modo, siguiendo su cauce natural. Así ha sido siempre, y probablemente así seguirán. Uno solo puede apartarse un poco del camino y esquivar algunos de los obstáculos, si puede. Y... y de eso va un poco todo esto.

Joe dejó la llave inglesa que tenía en la mano en la repisa de la pared.

—Caramba, Pete —exclamó—. Sí que estás enigmático hoy. Perdóname, no he entendido nada de lo que has dicho. ¿Qué es lo que ocurre, amigo?

Pete introdujo las manos en los largos bolsillos del pantalón de pana que vestía habitualmente.

- —Podría tratar de explicártelo, pero... dudo que me creyeses. Me gustaría llevarte primero a un sitio. Hay algo que me gustaría que vieras...
 - —Eh... Claro. ¿Dónde quieres que vayamos?
- —Hoy no. Soy viejo y camino despacio, y está bastante lejos. Será una especie de excursión. Traeré unos bocadillos. Vendré temprano, mañana por la mañana.

Joe iba a decir algo, pero el señor Herron empezaba a avanzar ya hacia la puerta de salida sin dar lugar a que ninguno de los dos añadiese nada más. Joe esperó hasta escuchar el sonido inconfundible de la puerta del coche (que sonaba a hojalata barata), y luego permaneció en silencio dejando que el runrún del motor se alejara. Se hizo cada vez menos audible hasta que, después de unos instantes, tan solo fue un recuerdo que flotaba en el camino.

Joe se quedó pensando durante un tiempo, observando el calentador que colgaba de la pared de madera centenaria como si estuviera fuera de lugar, como si se tratase de un extraño visitante del futuro. Aún le faltaba la tapa, y el serpentín se revelaba como los intestinos metálicos de un robot. Lo miró durante un rato mientras repasaba mentalmente las palabras de Pete, pero como no les encontró ningún sentido, al cabo de un rato empezó a trabajar en él.

«Imagino que no has notado nada».

¿Qué era lo que debía notar? No, no había notado nada en particular, como no fuera que los días eran cada vez más cortos y por las noches, cuando se arrebujaba en la cama, daba gracias en silencio por los vidrios nuevos de las ventanas que mantenían fuera el frío. Pero intentar colocar la tapa del calentador era un ejercicio fútil; las palabras de Herron seguían regresando a su mente consciente como un eco molesto.

«¿Sigues pensando pasar aquí el invierno, Joe?».

Demonios, sí. Ahora que lo pensaba, aquella había sido una pregunta recurrente en las últimas semanas. Pete no dejaba de hacérsela una y otra vez, como si tuviera una especie de preocupación vital por el invierno. Joe contestaba siempre lo mismo: no iba a volver a la ciudad, de ninguna de las maneras; sencillamente, no estaba en sus planes. A pesar de que gran parte de las herramientas y algunos materiales los había puesto el propio Pete, había gastado ya unos dos mil cuatrocientos dólares en las reparaciones, así que ahora que por fin tenía un hogar habitable se concentraría en rentabilizar la inversión. Lo más difícil estaba hecho. Hasta tenía algunos planes para cuando llegase el invierno y las carreteras se volvieran intransitables incluso para las autoridades: podría cazar coyotes, ciervos y hasta un oso si se le ponía a tiro, para alimentarse.

«El invierno es duro. Es muy duro».

«Bueno, ya veremos».

Pete apareció más temprano de lo que Joe se hubiera atrevido a imaginar. Había pasado la noche dando vueltas en la cama, enredado con sueños intranquilos en los que la nieve empezaba a caer sobre la casa y acababa por cubrirlo todo. Entonces los cristales cedían rompiéndose en mil pedazos, y la nieve irrumpía en su dormitorio como un alud terrible y lo sepultaba completamente. Le entraba por los orificios nasales y la boca abierta, congelada en un grito mudo. Dicen que la nieve fría es como un sedante en el momento de la muerte, pero si era así, en el sueño de Joe no había nada de eso.

- —¿Estás bien, muchacho? —preguntó Pete desde la puerta de la habitación—. Se diría que no has dormido bien.
 - —Jesús, Pete... —protestó Joe, frío y sudoroso—. ¿Qué hora es?
 - —Casi las cinco.
 - —Jesús. Tenemos que dejar de vernos así.

Se dio la vuelta para intentar conciliar el sueño.

—Vamos, gandul —espetó Pete—. Hoy es nuestra excursión.

Joe dejó caer algunos argumentos, pero ninguno le sirvió de nada. En media hora se encontró vestido y colocándose una pequeña mochila que el viejo Herron había traído para él. Era de loneta dura, como de carromato viejo, sin ninguna marca visible. Parecía diseñada para resistir los envites de una guerra.

—Sé que no tienes ropa de abrigo, así que tengo para ti en el coche —dijo Pete.

La excursión, sin embargo, no comenzó con una caminata como Joe había esperado. En lugar de eso, cogieron el coche y marcharon por carreteras secundarias. La agradable temperatura en el interior del vehículo y el viejo runrún del motor hicieron que Joe pasara la primera parte del viaje dormitando.

Cuando abrió los ojos y miró el reloj del coche, habían pasado casi dos horas y media.

—¡Cielos, Pete! ¿Aún no hemos llegado? —preguntó, algo malhumorado. Le dolían la espalda y el culo; el asiento de aquel viejo coche no era lo que se consideraría ergonómico hoy en día. Además, dos horas y media de ida significaban, al menos, otras tantas de vuelta, y empezaba a preguntarse si merecía la pena... ¿Dónde demonios estaban?, ¿qué habían ido a ver? Por lo que podía distinguir a través de los cristales algo rallados del coche, había abetos y rocas al borde de la carretera que ascendía perezosamente haciendo un suave zigzag, y se vislumbraban unas montañas lejanas. Ya vivía en mitad de la naturaleza, no le hacían falta tantas horas de viaje para ver un poco más de lo mismo.

Pete no dijo nada. Le dirigió una breve mirada y se limitó a conducir durante unos instantes más hasta que, de repente, detuvo el vehículo en el arcén.

- —Ya está —dijo—. No podemos seguir con el coche. Ahora queda un trecho en el que hay que caminar.
- —Desde luego, te gusta el misterio —protestó Joe saliendo del coche. Cuando estuvo fuera, una brisa helada lo golpeó en el rostro, y el paisaje se reveló ante él con una fuerza abrumadora.

Se encontraban en una carretera de montaña que serpenteaba suavemente hacia la cima. No reconocía ninguna de las montañas que tenía alrededor, pero eran indescriptiblemente hermosas, coronadas por nieves eternas. Se extendían hasta donde alcanzaba la vista. Las nubes bajas flotaban perezosamente en los anchos valles que se abrían entre los brazos montañosos, como algodones deshilachados que el viento hubiera esparcido por todas partes. Arriba, en el cielo, colgaban penachos retorcidos de nubes de un desvaído azul grisáceo. Un ejército de abetos había ocupado la ladera que descendía hacia el valle; parecían encaramarse con testaruda vehemencia a las paredes de piedra. Desde la carretera, Joe podía oler su embriagadora fragancia. Era tan aromática como fresca.

—Qué... hermoso —acertó a decir al final.

Pete se puso a su lado.

- —Las montañas Mackenzie. Este es un espectáculo que he admirado muchísimas veces. Es particularmente sobrecogedor desde aquí.
 - —Gracias por traerme, Pete.
 - —Oh, no te he traído para esto, Joe. Ahora... Ahora tenemos que andar.

Anduvieron durante lo que pareció ser una eternidad, siempre ascendiendo. Pete subía despacio, colocando con cuidado los pies entre las rocas sueltas para no perder el equilibrio. Despacio, sí, pero sin detenerse un solo instante. Joe estaba menos acostumbrado a esas altitudes y resoplaba pesadamente. Cada cierto tiempo adelantaba un buen trecho y luego tenía que detenerse a resoplar pesadamente, como una vieja locomotora de vapor. El aire era tan frío que la nariz se le había convertido en un manantial descontrolado: tenía que sonarse a menudo.

Cuando miraba hacia arriba, la ladera de la montaña parecía cada vez más escarpada.

—¿Cuánto más tenemos que subir, Pete?

Pero Pete guardaba todo su aliento y se limitaba a hacer un gesto vago con la mano, difícil de interpretar.

- —Supongo que eso quiere decir que todavía queda un trecho. ¡Maldita sea, Pete! Estoy cansado y sediento. ¿No podemos descansar un rato?
 - —Aún no —dijo al fin.

Joe estaba cada vez más enfadado. Debido a la altitud, casi todo lo que veía eran rocas desnudas con alguna hierba rala, y hacer cualquier movimiento representaba un tremendo esfuerzo. El paisaje ya no era bonito, era de una desolación espeluznante. La montaña parecía un monstruo de piedra herido del que hubieran descarnado un alud de rocas irregulares.

Sin embargo, después de un rato dejaron de subir. Caminaron en línea recta hacia el borde de la ladera y allí encontraron un valle sombrío entre dos picos, repleto de nieve.

—He ahí la Planicie. Es, básicamente, un nevero gigante; nieves permanentes.
 Aquí nunca da el sol —explicó Pete.

Joe miró, resoplando con esfuerzo por la boca. Sentía las mejillas doloridas y los labios cortados, pero la visión de lo que tenía delante había capturado su atención.

Joe había visto nieve muchas veces en su vida, pero aquel valle tenía una majestuosidad especial; resultaba tan impresionante a la vista que durante unos instantes no pudo decir nada, cautivado como estaba por el color del hielo y por las lenguas heladas que descendían de los picos formando esculturas imposibles. Se admiraba ante el resplandor trémulo de los picos helados recortados contra el cielo límpido, y no pudo evitar dejarse seducir por el silencio sepulcral del lugar, roto tan solo por los lejanos quejidos de los bloques de hielo asentándose contra la tierra. Una especie de tinte azulado teñía toda la escena, dándole una apariencia como de cuento de hadas. El viento había moldeado formas redondeadas en las laderas de las montañas circundantes, de manera que estas parecían las almenas de algún fantástico castillo. Joe casi podía imaginar Damas Heladas durmiendo en lápidas de hielo en su interior, arrulladas por el tintineo de una miríada de cristales congelados.

- —La Planicie... —murmuró Joe.
- —La tristemente conocida Planicie.

Pete se dejó caer en el suelo, visiblemente fatigado. Se quedó sentado mirándose las manos. De repente parecía envejecido, tanto que se diría que tenía diez años más.

- —Juré que nunca volvería aquí —dijo al fin.
- —¿Lo juraste? —preguntó Joe—. Pero ¿por qué?

Pete lo miró brevemente.

—¿No lo notas? Dime que no lo notas.

—¿Notar el qué, Pete? —preguntó Joe, ceñudo—. Ayer dijiste lo mismo. ¡Estás de un misterioso…! Me has levantado a unas horas intempestivas, me has arrastrado en un trayecto de dos horas y media y luego me has hecho andar entre rocas durante un par de horas más. Y aún no me has dicho nada de nada. Maldita sea, ¿me puedes decir para qué hemos venido?

Pete asintió despacio.

- —Mírate. Vaya si lo notas. Quizá no tengas una percepción consciente, pero ya está haciendo mella en ti.
 - —¿De qué estás hablando?

Pete levantó la cabeza y miró a lo lejos, hacia el valle nevado.

—Mira allí —dijo—. ¿Ves ese brazo donde la nieve ha formado una especie de O perfecta?

Joe miró y asintió con la cabeza.

- —Al pie de esa formación hay una oquedad... ¿La ves?
- —Sí.
- —Es un agujero que se adentra en la tierra. Gran parte es una caverna natural, pero hay ramales que fueron abiertos hace más de cien años, durante la Fiebre del Oro. Algunos de esos ramales se retuercen en la oscuridad varios kilómetros tierra adentro.

Joe miraba la abertura con fascinación. Ya la había visto, por supuesto; era imposible no reparar en ella. De toda la reluciente magnificencia del valle, aquel parecía ser un punto focal, un lugar que reclamaba la atención como con un grito desesperado. Era imposible ver desde allí cómo la nieve se retiraba y dejaba paso a una suerte de túnel vertical, oscuro como una boca abierta, pero la nieve tenía un color más oscuro y pétreo a su alrededor.

Joe sintió un súbito escalofrío.

- —Ahora sí lo notas, ¿verdad? —preguntó Pete.
- —¿El qué? —preguntó Joe a su vez—. Hace bastante frío aquí arriba, si es a lo que te refieres.

Pero lo cierto es que no era el frío. Su cuerpo aún estaba bastante acalorado debido al esfuerzo, y se encontraban todavía en una parte donde el sol los bendecía con sus rayos. No era frío. Era aquel agujero. Visualmente era como si estuviera emplazado en una capa diferente, como si alguien hubiera cogido la imagen y hubiera pegado un elemento con una luz y una textura ligeramente distintas. Joe se obligó a pestañear varias veces, pero la ilusión no desaparecía.

No, no era el frío.

«Ahora sí lo notas».

—Ya sabes a qué me refiero. No conozco a nadie que no haya subido hasta aquí y se haya enfrentado al Pozo sin sentir que algo se le revolvía por dentro. Y si no lo notas demasiado todavía, te aseguro que dentro de un rato me pedirás que nos vayamos.

- —Pero... ¿qué ocurre, Pete? —preguntó Joe. Su voz sonaba ahora lastimera.
- —El Pozo —comenzó diciendo Pete—. Su historia se remonta probablemente a mucho antes, pero las primeras referencias que he podido encontrar datan de 1918. Durante la Revolución Republicana Rusa, un grupo de trescientos alaskos escondieron aquí cierta cantidad de provisiones y resistieron el sitio de los estadounidenses durante varias semanas. Hay unas enormes y preciosas cavernas naturales ahí abajo, como te he dicho. Los estadounidenses no eran demasiados, así que esperaron la llegada de un numeroso grupo de rusos blancos y texanos para que les dieran cobertura. Cuando se decidieron a entrar, los alaskos se habían matado unos a otros.
 - —Esas cosas ocurren en la guerra... —dijo Joe.
- —Puede ser. Estos se destriparon. Encontraron cabezas cercenadas, miembros amputados y cavernas tan impregnadas de sangre que aquello se convirtió en un festival de vómitos. Los que aún conservaban las tripas en su sitio carecían de ojos y de lengua, y la mayor parte de los cadáveres estaban tronchados por varios sitios.
 - —¡Pete, qué horror!
- —En 1958 la cueva llamó la atención de los espeleólogos. Hubo un grupo canadiense que formó coalición con un grupo coreano, y trasladaron aquí numerosos equipos, incluyendo vehículos y no sé qué más. Eran diecisiete personas, casi todos con formación universitaria, y al menos diez tenían más experiencia explorando cuevas que yo meando en la nieve. La primera noche tuvieron que trasladar a dos de ellos en un camión. Uno le había clavado una cuchara de postre a otro por un tema de raciones, y luego se tiró por un abismo de doce metros. Se rompió las dos piernas.

Joe dejó escapar un pequeño bufido.

- —Pero...
- —Déjame continuar —pidió Pete—. Al día siguiente, por la noche, seis de ellos cogieron los vehículos y se fueron dejando todas sus cosas. Al parecer, habían discutido de una manera terrible con el resto del equipo. El periódico local publicó una breve nota: uno de ellos había ingresado con un grave ataque de nervios; a otro se le había puesto el pelo blanco, literalmente, y del resto, dos tenían heridas graves en la cara y las manos, presumiblemente como resultado de alguna pelea. Cuatro días después, encontraron a uno de los coreanos tambaleándose en la carretera por la que hemos venido. Tenía sangre seca en la cara y las manos.
 - —No puede ser...
- —No volvió a decir nada coherente. Cuando no estaba sedado, gritaba como si le estuvieran arrancando las entrañas. Murió de un infarto varios días después, en mitad de un ataque de pánico.
 - —Jesús —soltó—. Pero ¿qué pasó con el resto?
- —Los encontraron muertos a gran profundidad, colgados de un saliente. Se habían ahorcado con sus cuerdas.
 - —Joder...

- —Eso hizo que un comité de investigación llegara a la cueva un par de semanas después. Había cierta presión por parte de Estados Unidos y Corea para que se arrojara alguna luz sobre lo que había ocurrido allí abajo, y no es de extrañar, porque allí había gente muy capaz. Algunos escribían en los boletines científicos de la época y hacían estudios sobre... —Hizo un gesto vago con la mano—. No sé; modelos climáticos y cosas así.
 - —¿Y qué descubrieron? ¿Se volvieron locos de repente?
- —En realidad no descubrieron nada. Las cosas no fueron bien. Naturalmente, esta vez se trataba de las autoridades locales, así que la prensa no publicó apenas nada, pero hubo problemas similares a los que encontraron los alaskos y nuestros amigos los espeleólogos. Lo que se pudo saber se comentaba a pie de calle. Los agentes que intervinieron eran locales, así que la noticia no tardó en llegar a los bares donde los lugareños pasaban la mayor parte del día bebiendo.
 - —Pero... ¿qué ocurrió?
- —La mayor parte del equipo se volvió loco. Hubo gente que vino de Washington, especialistas en obtención de pruebas, análisis de campo y cosas así. Gente muy capaz con muchos años de experiencia a su espalda, y grandes equipos técnicos, al menos considerando la época. Era el tipo de gente que podía desayunar café y hamburguesas sobre el estómago abierto en canal de un negro de Harlem sin inmutarse. Pero enloquecieron también. Los devolvieron en cajas negras. Unos estaban acribillados a balazos, y otro acabó con un piolet clavado en el cráneo, por lo que se decía.

Joe estaba lívido. De repente le parecía que el sol ya no calentaba tanto.

—Pero... ¿por qué? —preguntó con un hilo de voz.

Pete siguió hablando como si no le hubiera escuchado.

- —En los años posteriores, nadie más se interesó por la cueva, principalmente porque las autoridades del Yukón deniegan cualquier permiso para acometer estudios o incursiones en su interior. Sin embargo, sus efectos empezaron a hacerse sentir en las poblaciones colindantes desde el año 77 más o menos. Es como si allí hubiera un generador que despide algún tipo de ondas o vibraciones. En el invierno de aquel año, dos parejas de ancianos desaparecieron misteriosamente. Hubo un diecisiete por ciento más de divorcios, y el índice de disturbios registrados subió al treinta y dos por ciento.
 - —¿Cómo? ¿Achacas todo eso a la cueva? —preguntó Joe—. ¿Por qué?
- —Puedo enseñarte gráficos que tengo en casa. Los he hecho yo mismo. Desde ese año, no dejan de producirse sucesos alrededor del Pozo. Forman círculos perfectos, alcanzando las diferentes poblaciones, y cada vez llegan más lejos.
- —¿En serio? Eso es... difícil de creer, Pete. Si eso fuera así, alguien lo habría notado.
- —Créeme: lo han notado. Todo el mundo lo ha notado. Desde aquel año, los inviernos han sido bastante peculiares. Todos los incidentes, Joe, ocurren en los

meses de invierno, describiendo una curva. Comienzan en septiembre y acaban en marzo o abril.

—¿Por qué en invierno?

Pete se quedó mirando el valle nevado.

- —No lo sé. Por el hielo, quizá. El hielo es un recipiente de muchas cosas. Los científicos extraen en la Antártida muestras de hielo a kilómetros de profundidad para estudiarlas, y así pueden remontarse unos ciento cincuenta mil años. El hielo lo absorbe todo... Estudiando sus múltiples capas pueden conocer por ejemplo qué temperatura hacía hace ochenta mil años.
- —No te sigo, Pete —dijo Joe. Estaba mirándole la hilera de dientes mientras hablaba. De alguna manera no podía evitar mirarlos: no se había dado cuenta de lo repugnantes que eran, torcidos y punteados de inmundicia de tonos pardos.
- —No me hagas mucho caso. Solo soy un viejo que vive en una pequeña casa lejos de la civilización. No sé lo que es... No sé si el hielo actúa de catalizador de todo lo malo que hay en el mundo y lo devuelve cuando llega el invierno. Es una teoría mía. Las cosas han cambiado mucho en este último siglo... Hay mucha locura y mucha maldad en el aire, e imagino que eso debe ir a alguna parte. O quizá hay algo oculto en esas galerías subterráneas. ¿Sabes lo que dijo antes de morir uno de los detectives del incidente del 58?

Joe pestañeó; había estado absorto mirando los dientes del viejo Herron. Eran pequeños y puntiagudos, como los de una hiena.

- —¿Qué dijo? —preguntó.
- —Dijo: «Vienen. Vienen cuando hace frío».
- —¿Quién viene?

Pete se encogió de hombros.

—Sabes, creo que todo esto no son más que chorradas —dijo Joe. En alguna parte, una repentina brisa arrancó una fina capa de polvo de nieve y la espolvoreó en el aire como una mano fantasmal.

Pete no dijo nada.

- —No puedo creer que me hayas traído aquí para esto —continuó diciendo Joe—. Para toda esta… mierda. Es una condenada gilipollez.
 - —Joe...
- —Ahí dentro puede haber emanaciones de algún tipo de gas que afecte al sistema nervioso —continuó diciendo Joe, ahora visiblemente encendido—. Quién sabe, joder. La gente se ha vuelto loca, sí, qué putada… Pero apuesto a que debe haber alguna explicación.
 - —Pero, Joe...
- —¡Cállate! Es una mierda, Pete. Estás chaveta. Eres un alucinado, un condenado chiflado.
 - —Joe...

—¡Cállate! —dijo, llevándose el pliegue del brazo a la nariz—. ¡Dios, no lo soporto, el aliento te huele a culo de mono! ¡No digas ni una palabra más!

De repente, Joe se calló. Se había acercado unos pasos a Pete y estaba prácticamente encima de él con los puños cerrados. Ni siquiera sabía cuándo se había movido hacia el anciano. Le miraba la boca con concentración obsesiva, tan asqueado como se podía estar. Odiaba los restos de saliva seca en aquellos labios, la piel arrugada, la suave forma de la mandíbula, demasiado picuda para su gusto. Pero Pete ni siquiera había levantado las manos para protegerse, se limitaba a mirarlo con una expresión de profunda tristeza. Eso hizo que el velo blanco de ira repentina se retirase de nuevo. Era Pete, por el amor de Dios, solo Pete. Tenía la dentadura de un anciano de setenta años que ha ido poco al dentista, pero eso no quería decir nada. Era un buen hombre, y le había ayudado tanto...

De pronto, Joe se sintió confundido y avergonzado.

- —Pete... —susurró al fin, con la voz quebrada.
- —No pasa nada —se apresuró a decir el señor Herron.
- —Pete, yo... Lo... Lo siento.
- —Por esto te he hecho venir, Joe. Yo ya lo sabía. No te preocupes. Quería que lo sintieras por ti mismo.
 - —Es...¿Es el Pozo? —preguntó, abriendo mucho los ojos.

Pete asintió con la cabeza.

—Es... Es terrorífico, Pete... Iba a... No sé lo que habría hecho. Creo que habría podido golpearte.

Lo imaginó rodando por la ladera convertido en un confuso fardo, con los brazos y las piernas moviéndose como los de un muñeco de trapo. Podría haberse golpeado la cabeza con una piedra. Podía haberse roto la cadera. O algo peor.

Pete se levantó, no sin cierto esfuerzo, y comenzó a ajustarse la mochila a la espalda.

—Ahora ya lo sabes —dijo—. Será mejor que nos vayamos. Cuanto antes.

Joe estuvo inmediatamente de acuerdo. Ni siquiera se volvió para mirar la abyecta abertura en la tierra. No quería recordar su forma, no quería volver a sentir su extraña irrealidad ni soportar otra vez el tono inusual de la nieve a su alrededor. Luego, mientras comenzaban el descenso, una frase revoloteó por su cabeza como un ave de presa imprecisa y desdibujada.

«Vienen. Vienen cuando hace frío».

Aquella noche, Joe se fue temprano a la cama. Estaba cansado y no solo por el esfuerzo físico, sino por la dura prueba anímica a la que se había enfrentado. Sin embargo, no podía conciliar el sueño. Se tocaba la piel de la cara en la semioscuridad y la notaba tirante y extraña, como si fuera de cuero.

«La mayoría de los lugareños evitamos pasar aquí los meses de invierno, Joe —le había dicho Pete en el coche—. Siempre nos vamos. Unos vuelven con sus hijos o sus familias. Otros tienen casas en el sur y se retiran allí. Casi nadie menciona el verdadero motivo, pero casi todos se van. En realidad da lo mismo. Lo importante es irse lejos. Quedarse aquí... es mala idea».

Herron mencionó una pequeña casita al norte de California donde él y Betsy pasaban esos cuatro meses de invierno. La compraron hacía unos años a buen precio, y decía que era el motivo por el que aún seguían juntos. Herron le había insistido para que pasara con ellos esos cuatro meses. «Pete, amigo, en realidad no quieres que vaya con vosotros. Ronco bastante y me tiro pedos», le había dicho, francamente halagado por la propuesta. «Si crees que unos pedos nocturnos pueden asustar a un viejo de casi setenta años, es que no sabes nada de la vida», había respondido Pete. Habían reído, pero sobre todo, habían reído porque se encontraban ya a bastante distancia de la Planicie.

El tema se acabó olvidando, sepultado en un sinfín de conversaciones triviales. Joe, que conducía de vuelta, dejó que el sol del atardecer le calentara los brazos. «Ya no se nota», había dicho entonces, más para sí mismo que para iniciar una conversación con Pete. «No tanto, desde luego», contestó Herron. «¿En invierno es peor? —quiso saber Joe—. Quiero decir... ¿es como allí arriba?». «No, ciertamente no. ¡Por Dios! La mayor parte del tiempo está todo bien, gracias al cielo, de lo contrario estoy seguro de que el gobierno habría volado esa condenada cueva hace tiempo. Pero cuando sopla el viento desde la Planicie, cuando la nieve arrecia con fuerza y casi no puedes ver a cinco metros de distancia..., entonces... Entonces se apodera de ti. Los ánimos se encienden, y no sabes cómo. Es como si te volvieras un poco loco. Lo que más le preocupa a mi mujer, sin embargo, son las desapariciones. La gente hace locuras cuando se vuelve loca, pero no desaparece. Ninguno de los alaskos desapareció, ninguno de los coreanos, ninguno de los investigadores veteranos. Se mataron entre ellos, y algunos se mataron a sí mismos. Pero ¿desaparecer?».

«¿Y qué crees que quiere decir eso?», había preguntado Joe.

«Bueno, hijo. Un loco es un loco. Quién sabe lo que un loco puede hacer. Podría darles por actuar en plan lemming y tirarse desde lo alto de una cima. Podría acabar sepultado en la nieve. Para cuando llega el deshielo, los animales salvajes han dado buena cuenta de ellos y esparcido sus huesos por todas las jodidas madrigueras del país. Así que no sé muy bien qué significa».

Joe asintió, y ahora, tumbado en la cama, las palabras volvían una y otra vez a su mente. No podía aceptar la invitación de Pete... No quería ser una carga para la pareja de ancianos, y su economía no podría resistir el envite de pasar cuatro meses en la Alta California, de todas maneras. Pero empezaba a estar asustado. Un poco.

Capítulo 4

El secreto de Cerón Harper

Las semanas pasaron, y el buen tiempo, acompañado de un par de barbacoas con excelente carne, hizo que todo acabara olvidándose. No del todo, pero casi. Hasta que llegó septiembre, con días cada vez más cortos y vientos helados que comenzaron a soplar a traición prácticamente a todas horas.

Las temperaturas disminuyeron drásticamente. Por las mañanas, el rocío se helaba y los cristales de las ventanas amanecían con una fina capa rígida que los volvía opacos. La madera del porche había perdido su natural elasticidad y se sentía como vigas de hierro bajo los pies, y el calentador parecía tener problemas para calentar el agua como antaño. Todo eso anunciaba algo, y en la mañana del veintisiete de septiembre, Pete Herron apareció de improviso (como de costumbre) para decirle que se marchaban a California.

Joe recibió la noticia con una sonrisa, al principio. Luego, aunque era un anuncio esperado, experimentó un desánimo tan grande que se le cortó la respiración. Se abrazaron torpemente durante algunos instantes.

Naturalmente, hicieron una cena de despedida. Betsy llenó tanto la mesa que parecía Acción de Gracias: había puré de patatas y de zanahoria, salsa de arándanos, humeantes judías verdes, sidra de manzana, pastel de carne, sopa de guisantes y patatas fritas con requesón. Y tres bandejas llenas de ese pan de centeno con pepinillos que tanto celebraba Joe. Tuvo que desabrocharse el cinturón para poder seguir engullendo. Todo estaba delicioso, y durante la mayor parte de la cena hubo anécdotas y risas como de costumbre. Hacia el final, sin embargo, la señora Herron rompió a llorar. Le dijo a Joe que reconsiderara ir con ellos, que estaba preocupada. Pete puso algunas cifras sobre la mesa para intentar tranquilizar a su esposa; habló de sus cálculos y de probabilidades, de cientos de miles de habitantes y de un porcentaje increíblemente pequeño de sucesos. Sin embargo, eso no ayudó a aliviar la carga sentimental del momento.

Para Joe, las cosas habían cambiado un poco. Habían pasado las semanas y ya no estaba tan seguro de lo que había experimentado aquel día en la Planicie. Era un recuerdo borroso, impreciso; había empezado a descartar que aquella entrada en la nieve le hubiera despertado instintos agresivos, o que tal cosa fuese remotamente posible. Si hubieran vuelto allí esa misma noche, Joe probablemente habría volado con los Herron a California aunque hubiera tenido que alimentarse exclusivamente de nueces los cuatro meses.

Pero no fue así. Se despidieron por fin con abrazos y buenos deseos.

- —Recuerde que tengo sangre Harper, Betsy —dijo Joe, intentando componer una sonrisa de galán.
- —Más te vale seguir aquí cuando volvamos, con la cabeza en su sitio —le dijo Pete en voz baja.
 - —Si escucho voces, meteré la cabeza en la nieve.
 - —Eso.

Joe se fue, contento de haber establecido aquella amistad. Había tenido suerte, mucha suerte, desde luego, y los iba a echar de menos. Se dijo que cuatro meses pasaban volando, que ocuparía su tiempo en hacer arreglos, dar largos paseos y cazar un par de bichos si le era posible. Pero ni el tiempo pasó volando, ni Joe tuvo la oportunidad de hacer nada de eso.

La primera nevada cayó el 2 de octubre. Empezó después del mediodía, alrededor de las tres y cuarto, y ya no paró.

Los primeros copos eran delicados y pequeños; imposible distinguirlos a menos que cayesen en una superficie manifiestamente oscura. Para cuando la luz empezó a retirarse y a dejar un atardecer tempestuoso y oscuro, el cielo desgranaba ya cantidades ingentes de nieve. Todo lo teñía, cubriéndolo con una suerte de velo blanco ondulante, siempre en movimiento. Joe no podía ver el exterior porque había protegido los cristales con los nuevos batientes de madera, pero podía escuchar el viento arremetiendo contra la casa, despertando crujidos secos en las grietas y ululando entre los árboles. Solo esperaba que no nevase tanto que encontrase por la mañana una pared de hielo bloqueando la puerta.

En el interior, cálido y confortable, Joe colocaba las pilas de leña alrededor de una resplandeciente chimenea. Había acumulado una buena cantidad, y miraba los troncos con el amor con el que mira alguien que ha llevado a cabo el trabajo con sus propias manos. Sus tajos aún no eran perfectos, pero iba mejorando, y suponía que los cortes serían mucho más limpios para cuando acabase el invierno. Era cuestión de práctica.

—Unos troncos más —dijo a la habitación vacía.

El sonido de su propia voz le hizo dar un respingo. La frase había salido de forma natural, sin que pudiera dedicarle un pensamiento consciente. Suponía que en las muchas semanas que estaban por venir hablaría cada vez más, siempre solo, siempre a la misma habitación. No sabía si estaba preparado para tanta soledad. En la ciudad, las cosas eran diferentes. Uno podía bajar a por una hamburguesa, o ir al supermercado a comprar cualquier cosa y sentir un poco de compañía, aunque no llegase a interactuar realmente con nadie. Uno podía incluso caminar calle arriba y cruzarse con una buena colección de personas. Ninguno invertiría ni dos segundos en un breve intercambio de miradas pero, de alguna forma, uno podía sentirse acompañado aunque no pronunciase palabra y supiese que al final del día lo esperaba

la quietud y la soledad de su pequeño apartamento. La televisión era otra buena manera de sentirse conectado con el mundo, pero en Villa Harper no había nada de eso. Ni siquiera tenía una mala radio donde escuchar una voz humana.

Eran cosas en las que no había caído.

Estaba ensimismado con esos pensamientos cuando, transportando un tronco especialmente voluminoso, perdió apoyo y se vio proyectado hacia delante. El tronco voló por el aire y cayó pesadamente al suelo, donde se hundió parcialmente con un crujido desgarrador. Joe dio con la rodilla en el suelo, lo que le arrancó un destello blancuzco de un dolor tan intenso como inesperado y casi tan agudo como la incisión de un estilete. Joe aulló brevemente, desparramó algunos juramentos por la habitación y luego se quedó mirando el tronco, semienterrado en el suelo.

—Oh... ¡Mierda! —soltó.

¿Había roto el suelo? No podía creer que el tronco hubiese partido la vieja puta tabla del suelo. El señor Herron lo había mencionado alguna vez, en una de las muchas ocasiones que anduvo por allí trasteando con las reparaciones: «Joe, el suelo está muy mal. Deberíamos cambiar esas tablas. No suena igual en todas partes... Suena como si estuviera hueco y se fuese a hundir en cualquier momento». Pero Joe no quería invertir ni tanto dinero ni tanto esfuerzo. El suelo se veía deslucido, pero no le parecía que aquellas viejas tablas tuvieran un aspecto tan malo. Comentó que, cuando terminara el invierno, habría tiempo de pensar en ello otra vez, pero que por aquella temporada ya estaba bien. Herron se encogió de hombros.

Ahora lamentaba no haberle hecho caso.

Lentamente se incorporó de nuevo. El dolor de la rodilla estaba remitiendo, gracias al Señor por los pequeños favores, pero miraba malhumorado la tabla partida. Había polvo y astillas en la superficie, aunque el tronco impedía ver el alcance de los daños. El polvo blanco de madera tenía mala pinta; significaba que la madera había perdido su natural consistencia. Se había podrido con el tiempo.

No sin esfuerzo, retiró el tronco y echó un vistazo.

—Mierda... puta...

Había armado un buen estropicio, desde luego. El tronco había partido tres tablas, dejando un hermoso agujero de unos quince centímetros de diámetro. Los bordes eran irregulares, como los dientes de una boca monstruosa, y más allá solo había oscuridad, un parche oscuro como la brea en mitad del entarimado.

Joe estaba cabreado. Apretaba tanto los puños que volver a estirar los dedos le exigió un esfuerzo. En un momento dado, los dientes le rechinaron con un desagradable chasquido. Sin poder evitarlo, cogió el tronco y lo arrojó contra la chimenea encendida, donde golpeó brutalmente los troncos en llamas y despertó un huracán de chispas incandescentes. Joe aulló. El tronco rebotó y volvió a caer al suelo, donde rodó un par de veces. El fuego remitió brevemente y luego recuperó otra vez su antigua potencia, lamiendo la madera con avidez.

Se quedó mirando el montón de ascuas, ahora desparramado por el suelo de la chimenea. ¿Qué había sido eso?, ¿un ataque de cólera? Joe era un hombre pacífico; ni siquiera recordaba haber tenido un ataque como aquel desde los tiempos en los que iba al colegio, cuando las hormonas estaban en ebullición. Arrepentido, cerró los ojos e inhaló y espiró varias veces intentando calmarse.

¿Era cosa de... la Planicie? ¿Era eso? Quizá fuese algo mucho más mundano, como la soledad o el ulular del viento en el exterior. Sabía que la soledad causaba estragos en las mentes más equilibradas y que el sonido del viento podía volver loca a la gente; le parecía haber leído o visto un documental sobre eso en alguna parte.

Miró otra vez el agujero, y la impenetrable oscuridad le hizo arrugar la nariz. Las casas solían tener una cámara de aire entre el suelo y la madera para mantener la estructura principal alejada de la humedad del terreno, y eso era perfectamente normal. Pero allí parecía haber una profundidad inusual.

Ceñudo, fue a buscar la linterna.

El haz de luz reveló algo totalmente inesperado. Al fondo se veía otro suelo de madera, idéntico al del piso superior. Estaba tan polvoriento que casi parecía tierra batida, aunque de vez en cuando aún se adivinaban las líneas de separación de las tablas. Estaba quizá a metro y medio de distancia.

—¿Qué es esto? —se dijo.

Introdujo la mano e hizo girar la linterna para intentar obtener una visión más completa de lo que había ahí debajo, y cuando lo hizo, se le encogió el estómago. El haz estaba iluminando lo que parecían las patas de una silla y, un poco más allá, una especie de mesa. Una mesa de trabajo.

Joe se incorporó, con la cabeza dándole vueltas.

¿Un sótano? ¿Era un sótano lo que ocultaba el viejo abuelo Cerón Harper?

Joe se pasó ambas manos por el pelo, intentando poner en orden sus sensaciones. De pronto sentía una extraña excitación. La cuestión principal, por supuesto, era cómo se le había podido pasar por alto un sótano en una casa tan pequeña y que había sido su objeto de atención durante tantas semanas. Y si era en efecto un sótano, ¿dónde estaba la entrada? ¿Se trataba quizá de una vieja habitación llena de trastos que el propio Cerón Harper había quizá condenado, suprimiendo el acceso por no necesitarlo?

Miró alrededor y buscó, incluso debajo del sofá y el pequeño armario donde guardaba el hacha, la pala, las botas de agua y otras herramientas. Pero después de pasar un rato buscando, resolvió que no había ningún acceso en toda la casa, ninguna parte móvil en el suelo. Era tan sólido como se podía esperar.

¿Quizá estaba fuera? ¿Habría una trampilla en alguna parte? Imaginaba que algo así, alguna suerte de acceso que hubiera estado cubierto por la tierra y la maleza cuando él llegó, podía haberlo pasado por alto. Ahora era ya imposible buscarla, con la ventisca aullando en el exterior. Aparte de la capa de nieve, la temperatura debía de estar bastantes grados bajo cero.

Se dejó caer en el sofá sin poder apartar la mirada del hueco en el suelo. La cabeza le daba vueltas mientras imaginaba algún tipo de tesoro oculto; los hallazgos del viejo abuelo Cerón Harper, cuidadosamente amontonados en algún vetusto arcón que hubiera estado esos cien años acumulando polvo. Oro. Oro en pequeñas formaciones irregulares caprichosamente moldeadas por la naturaleza. Al fin y al cabo, el viejo Cerón Harper había acudido a la zona en plena Fiebre, como casi todo el mundo en aquella época, y solo había una cosa que todas aquellas personas buscaban desesperadamente.

Ese pensamiento lo animó. La teoría del oro oculto en un sótano sin entrada evidente le parecía plausible, así que se levantó de nuevo y empezó a tantear con la mano los bordes del agujero. Imaginaba que podría agrandarlo sin mucha dificultad, lo suficiente para poder introducir la escalera de mano. La madera estaba en verdad vieja y descuidada y se deshacía en la mano con suma facilidad, pero aun así se sirvió del hacha de mano para asegurarse de que dejaba los bordes lo más limpios posible. Al fin y al cabo, lo último que deseaba era cortarse con la madera o clavarse alguna astilla.

Después de solo unos instantes, Joe había dejado una abertura más o menos cuadrada. Era una monstruosidad en mitad de la habitación, un pozo terrible, y tendría que pensar cómo cubriría más tarde el agujero si no quería caer por el hueco cuando se levantara en mitad de la noche a orinar.

La escalera entró bien, incluso había hueco suficiente para pasar con cierta holgura. Afortunadamente, Joe era delgado, y en el tiempo que llevaba en el Yukón, a pesar de los esfuerzos de Betsy, sospechaba que había perdido cuatro o cinco kilos. Descender en la oscuridad con la linterna apresada entre los dientes, sin embargo, le hizo sentirse extraño. ¿Cuánto tiempo hacía que nadie pisaba aquel sótano? Ni siquiera podía ver las paredes, como si estuvieran alejadas muchos metros, consumidas por una oscuridad casi tangible. Su mente, de pronto, invocó amenazas invisibles del tipo que crecen entre las sombras, como las pesadillas que un niño imaginaría desde su cama en un cuarto oscuro. Pero luego conjuró también miedos más adultos, como alimañas que hubieran encontrado una forma de acceder desde el exterior, buscando calor y cobijo. Era más probable, pero no menos aterrador, sobre todo teniendo un botiquín bastante rudimentario y tan alejado como estaba de cualquier ayuda médica. Imaginó que algún animal le daba una fuerte dentellada en la pierna, y casi de inmediato experimentó una acuciante premura por llegar abajo. En cuanto puso los pies en el suelo barrió la habitación con la linterna. Cuando las sombras se disiparon y el haz reveló muebles, cajas y estantes abarrotados de cachivaches se sintió mucho mejor. No había monstruos abyectos ocultos en la penumbra. No había nada, ni nadie, que viniese cuando hace frío.

Se rio de su propia ocurrencia.

Era un sótano, en efecto, y no tan grande como parecía. Estaba dividido en dos áreas: en un extremo había trastos viejos, muebles y sillas diversas (la mayoría en

muy mal estado), y en el otro había una mesa de trabajo con algunas herramientas pulcramente ordenadas en una estantería. Esa zona estaba totalmente despejada, como si el viejo abuelo Cerón hubiera dedicado tiempo a trabajar allí.

Joe buscó con cuidado entre los trastos. Había ropa echada a perder y cosas como botas viejas y raquetas para la nieve. Aunque la mayoría de estas últimas mostraban desperfectos, eran trabajos puramente artesanales, y Joe las sostuvo un rato entre las manos, admirando el talento y el esfuerzo que había implícito en ellas. Casi podía imaginar al abuelo Cerón Harper trabajando la madera y la tripa para componer el delicado entramado que tenía delante. Encontró también lámparas de aceite, jarras de latón, una caña de pescar y un buen montón de libros. La mayoría estaban en francés y tenían títulos extraños, pero otros eran obras clásicas. *La Odisea* de Homero, *La Eneida* o la *Divina Comedia* de Dante Alighieri. Este último volumen tenía una tapa fea, oscura y rugosa, como una especie de cuero antiguo que alguien hubiera tratado con aceite. Joe arrugó la nariz.

Las demás cosas eran mucho más mundanas, como una plétora de restos de madera, varillas y tablones de los tamaños más dispares, metros de soga colgando de las paredes, piquetas rudimentarias y un largo etcétera de cachivaches y utensilios.

Algo desencantado por no haber encontrado bolsitas repletas de pepitas de oro, Joe dirigió su atención a la mesa de trabajo. Allí había muchas más cosas, cuidadosamente ordenadas en los estantes. Había serruchos oxidados, martillos y, algo sorprendente, varias cajas llenas de clavos. Los clavos eran caros y difíciles de conseguir en la época del abuelo Harper; normalmente, cuando se demolía una casa, los clavos se retiraban cuidadosamente para usarlos otra vez en la nueva construcción.

Estaba pensando en eso cuando reparó en algo más: todos los clavos estaban impregnados de lo que parecían los restos de una sustancia de un oscuro tono de verde. Primero pensó que sería moho, pero luego descubrió que debían de haber sido «pintados», porque solo las puntas habían sido tratadas. La pintura, si es que era eso, se había agrietado y desaparecido en gran parte de la superficie.

Joe desechó finalmente los clavos, incapaz de averiguar nada más de ellos, y entonces se fijó en otra cosa: un bulto, algo cuidadosamente envuelto en una especie de manta polvorienta que el tiempo se había ocupado de convertir en harapos. Cuando se deshizo de esta, miró lo que escondía con ambas cejas levantadas. Al principio no comprendió lo que estaba mirando. ¿Era una especie de... motor? ¿Un motor de 1800? No; parecía más bien algún tipo de arma, como sugería el largo cañón de metal fruncido y el gatillo que presentaba en su base. Un rifle extraño; un fusil sacado de la imaginación desbocada de algún cineasta. Pesaba como un niño de once años, olía a diez kilos de hierro y mostraba un complicado y desproporcionado mecanismo en un extremo.

—Joder.

Joe lo sostuvo en las manos sujetándolo por el largo mango de madera. Era realmente pesado; le costaba bastante esfuerzo imaginar a su abuelo cazando animales con semejante artefacto. Parecía una especie de invento casero: hasta el metal estaba lijado a mano sin que nadie se hubiera preocupado de darle un acabado lustroso, las juntas eran bastas y el aspecto general, sumamente horrible. Joe no sabía mucho de armas, pero creía recordar que hasta 1900 no habían aparecido los primeros rifles con una capacidad ofensiva realmente práctica, «el arma que conquistó el Oeste», el Winchester. Le sonaba también que los primeros cartuchos aparecieron a mitad de 1800 o un poco antes, así que... ¿Qué tipo de munición disparaba aquella cosa? ¿Cómo funcionaba? ¿Disparaba con pólvora?

Hasta empezaba a dudar que fuese un arma.

Trasteó con el gigantesco dispositivo mecánico, y después de un rato descubrió que una parte se desprendía como el cajetín de una mesita de noche. Unos rieles mecánicos a los lados parecían diseñados para desplazar el cajetín en sentido vertical, y Joe pensó que aquello debía ser, sin duda, una especie de cargador.

—Espera... —dijo al polvoriento sótano. Le daba vueltas la cabeza. ¿Cargadores en la época de la Fiebre del Oro del Klondike? ¿En qué momento de la historia se habían inventado los cargadores? Lamentó no disponer de una mala conexión a Internet para comprobarlo, pero empezaba a sospechar que aquella arma era posterior a la época de su abuelo. Tenía que serlo, a la fuerza. Pero si era posterior, ¿quién había estado ocupando la casa? ¿Y quién en su sano juicio construía un arma como aquella cuando se podían comprar fusiles y rifles a precios tan económicos en cualquier armería de Canadá?

El cargador, si es que era un cargador, era tanto o más misterioso todavía. Mostraba una hilera de ranuras pequeñas y poco profundas, perfectamente alineadas. Demasiado estrechas para cualquier tipo de proyectil, sin embargo, aunque si en efecto esas ranuras estaban diseñadas para albergar proyectiles debía de haber espacio suficiente para cien de ellos. Joe no conocía proyectiles que tuvieran un ancho tan menudo. Imaginó que aquella arma debía de disparar algún tipo de dardo.

Joe daba vueltas sobre sus talones cargando con el arma entre las manos; la sujetaba como si fuera un extraño bebé. Ensimismado, se entretenía en extraer el cajetín y volverlo a meter hasta que, de pronto, la forma de los proyectiles le evocó algo.

Su mirada saltó rápidamente a los clavos.

Clavos grandes de nueve pulgadas, todos parcialmente cubiertos de aquella sustancia verdosa.

Con infinita parsimonia, se acercó dubitativo al contenedor y extrajo uno. Luego, lo colocó en uno de los huecos del cajetín. Encajaba perfectamente, como si el clavo fuera una delicada joya en un estuche acolchado.

Joe soltó una pequeña carcajada.

¿De eso se trataba? ¿De una pistola de clavos casera?

Sacudió la cabeza, divertido. La idea del abuelo Harper cazando osos con aquella especie de mecanismo de diseño retrofuturista le parecía ahora bastante descabellada. ¡Una pistola de clavos! Se preguntó si funcionaría todavía. Si era capaz de manejar clavos como uno de los modelos modernos, a lo mejor sería capaz de venderlo como curiosidad en eBay.

Joe añadió una docena de clavos al cargador y luego trasteó un poco buscando la manera de hacerlo funcionar. Desconocía en qué se basaba; naturalmente, no había ningún cable ni batería sobresaliendo por ninguna parte. Le divirtió la posibilidad de que funcionara con pólvora o algo parecido; al fin y al cabo tenía entre manos tecnología de 1800. La idea lo hizo sonreír. Era un cacharro espantoso, por cierto, casi amenazador en su aspecto y antigüedad. Se descubrió considerando la idea de que quizá le explotase en las manos incrustándole trozos de metal retorcido en la carne. Sería, sin duda, una situación divertida para alguien que está aislado en una cabaña en la nieve.

Después de un rato, sin embargo, teniendo cuidado de mantener la pistola lejos del cuerpo, se decidió a probar el gatillo.

Fue como si nunca hubiera sido diseñado para accionarse; como si fuese una parte integrante de la estructura. El dedo le temblaba por el esfuerzo, pero cuando estaba ya a punto de abandonar, el gatillo cedió a la presión. El aparato pareció cobrar vida, soltó un bufido hidráulico seguido de un chorro de aire, y uno de los clavos salió expulsado por el cañón con un ruido sibilante. Cruzó la habitación y terminó clavándose en uno de los tablones de la pared.

—¡Jesús! —soltó, impresionado.

Se acercó a la pared y descubrió que el clavo había desaparecido en la madera, incrustado totalmente hasta la cabeza. Pasó el dedo por el agujero, como para constatar que estaba ahí dentro, y soltó un bufido cuando la yema tocó el hierro.

Ahora, la vieja máquina parecía haber adquirido otro aspecto en sus manos. ¿Cómo pudo siquiera llegar a pensar que se trataba de una simple pistola, con ese manifiesto y largo cañón? Resultaba ahora tan ominosa y basta. Tan fría. Tan... bestial.

Sin apenas pensarlo, la dejó en la mesa de trabajo y se quedó mirándola. ¿Cómo era posible que algo así existiese? ¿De qué año era exactamente? Si de algo estaba seguro... o casi seguro al menos, era que algo así no podía haberse fabricado en 1800. De pronto recordó un comentario que Pete había dejado caer cuando se conocieron, a propósito del estado de la casa.

«Hace diez años tuvimos un vendaval de mil narices. Se llevó tejados y muchos de los árboles más jóvenes. Algunos de nosotros ayudamos a hacer esas reparaciones».

¿Tenía sentido pensar que el bueno de Pete podría haber llegado a conocer la existencia del sótano?, ¿qué él o alguno de los otros hubiera podido llegar a utilizar el sótano como almacén para guardar trastos como la pistola de clavos? ¿Era posible

que Pete hubiera olvidado mencionarlo? Pete era mayor, pero parecía capaz de recordar qué había desayunado cada día en los últimos cuarenta años.

Estaba dando vueltas a todas esas posibilidades cuando, de pronto, reparó en algo más. Era una especie de caja de madera oscura, tan negra que parecía tiznada de hollín. Estaba parcialmente oculta por la banda inferior de la estantería.

Joe inclinó la cabeza; parecía un perro grande que intenta comprender a su dueño.

Muy pronto descubrió que la caja estaba cerrada a cal y canto. No tenía cerradura ni bisagras, pero la tapa había sido claveteada cada pocos centímetros. Lo que hubiera dentro, se dijo, había sido guardado allí para ser olvidado. Al fin se puso a la tarea de extraer los clavos, sirviéndose de unas grandes tenazas. Le costó bastante esfuerzo, y cuando hacía salir cada clavo, la madera de la caja se deshacía en pequeñas y afiladas esquirlas que le producían pequeños cortes en las manos.

Al arrancar uno de los últimos clavos, de hecho, un gran trozo de madera se desprendió de la caja y fue a clavársele en la palma de la mano. El latigazo de dolor fue abrumador, y la sangre tibia empezó a manar en abundancia.

—¡COÑO, JODER! —bramó a la habitación vacía.

Revestido de un inesperado brote de cólera, Joe lanzó las tenazas con extremada violencia hacia el estante. Golpearon otras herramientas y cayeron todas al suelo, donde rebotaron con una algarabía metálica. El ruido le hizo encenderse aún más.

—¡PUTA…! ¡PUTA MIERDA!

Goterones de sangre cayeron en el suelo de madera, y al verlos, Joe no pudo evitar darle una fuerte patada a la caja. Esta salió despedida contra la pared, donde terminó por romperse en varios trozos. Un bulto informe, envuelto en un pañuelo negro, quedó entonces a la vista.

Joe se quedó mirando el bulto, con las sienes palpitantes. Tenía los dientes tan apretados que las encías le dolían. De pronto empezó a notar un fuerte mal olor, una pestilencia nauseabunda que parecía ir *in crescendo*. Pestañeó, contrariado. Al menos, el hedor parecía haber conseguido que la nube de rabia que lo había asaltado de repente se disipara.

«Me ha vuelto a pasar? ¿Es eso?».

Agachó la cabeza, avergonzado por el arrebato. Tenía la respiración agitada y hasta le dolía un poco la cabeza.

«No, no es... eso. No es el Pozo de mierda, es la puta herida. Es la soledad. Es... Tiene que ser otra cosa».

Y el olor...

Lo cierto era que empezaba a apestar como si tuviera un animal muerto en la habitación, uno en avanzado estado de descomposición, devorado por gusanos y podredumbre.

—¡Dios!

Joe estiró el jersey que llevaba puesto para taparse la nariz. ¿Qué era esa peste? Su atención se dirigió directamente al bulto negro, y de pronto se sobresaltó. Por un

infinitesimal segundo le había parecido que su vista periférica percibía un pequeño movimiento, tan vago como impreciso. Se había movido, levemente, o eso creía. Se quedó mirándolo como congelado, esperando que volviera a ocurrir.

Pero no se movió.

«Porque solo es un bulto».

«Un bulto que lleva años guardado».

«Estoy alucinando. Me he envenenado comiendo algo, eso es todo. O eso, o es el mal de la montaña. Es...».

«El Pozo. El Pozo».

Joe se acercó con prudencia al extraño bulto. Desde luego, ahora que tenía la certeza de que la pestilencia venía de la caja, el paquete negro le recordó a la forma ligeramente achatada que deja un envoltorio de papel con dos kilos de picadillo de carne, como una albóndiga gigante aplastada.

No quería tocarlo con las manos. Ahí dentro debía de haber algo podrido.

«Carne picada de cien años —pensó, delirante—. Si puedes creer eso, puedes creer cualquier cosa».

—Oh, abuelo...

Después de mirar alrededor, utilizó una de las palas colgadas de la pared para moverlo. A cada vuelta, el pañuelo negro que lo envolvía se iba soltando más y más. El hedor era ya insoportable. Por fin, uno de los pliegues se deslizó suavemente y cayó flácido a un lado.

Joe se acercó, ceñudo.

¿Qué demonios era eso?

Hurgó un poco más con la pala, dejando el contenido expuesto hasta que pudo observarlo en su totalidad. Definitivamente, el olor salía de ahí...

Era una especie de... cosa, alguna suerte de materia orgánica de un profundo color negro, visceral, como el hígado de un pollo. Unas pequeñas estrías blancas lo recorrían de lado a lado dándole un aspecto repulsivo. Parecía un pulmón por su forma, aunque algo hinchado por el centro. Varias arterias, grandes como macarrones enchumbados en demasiada agua, sobresalían como tuberías abyectas, deformes, en cuyo interior reinaba una oscuridad tan profunda como infame.

Joe retrocedió un par de pasos, asqueado. Vivía solo, el agua caliente se había vuelto una quimera con las bajas temperaturas y además trataba de ahorrar, por lo que cosas como el desodorante habían pasado a la historia. Como consecuencia, el olor corporal dentro del jersey había adquirido lentamente ese penetrante aroma a masculinidad. A pesar de eso, la pestilencia que emanaba aquel órgano repulsivo conseguía imponerse. Resultaba tan nauseabundo que tuvo un acceso de arcadas.

Sin darse mucho tiempo, tomó la manta que protegía la pistola lanzaclavos y la tiró encima de aquella aberración podrida. Luego ascendió rápidamente por la escalera y regresó al salón. Los pulmones le abrasaban, reclamaban aire fresco, así que se precipitó hacia la puerta, la abrió de par en par e inspiró una buena bocanada.

¡Oh, el aire era tan delicioso! Era frío, era puro, e invadió sus pulmones como un bálsamo reparador. No lo había notado, pero tenía las mejillas ardiendo y la frente roja, y el viento normalmente inhóspito y hostil le acarició dulcemente mientras arrastraba copos de nieve hacia sus mejillas y su cabello.

Una vez que se sintió mejor, volvió a cerrar la puerta y resopló pesadamente, arrugando la nariz. El mal olor... ese mal olor, parecía estar ascendiendo pesadamente desde el sótano e impregnándolo todo.

Joe trató de pensar con rapidez. Podía coger esa cosa con la pala y llevarla fuera, enterrarla en la nieve y olvidarse de ella; pero en su cabeza, una pequeña voz le susurraba ideas muy diferentes. Esa voz le decía que allí abajo tenía un trozo de carne que, al menos a simple vista, había pasado años sin agusanarse envuelta únicamente por una tela negra. Si Pete Herron y sus vecinos no habían tenido nada que ver (¿quién guardaría una guarrada como aquella en el sótano de otra persona, por el amor de Dios?), aquella cosa era casi un milagro de la momificación, era el maldito órgano incorrupto de algún santo que merecería ser canonizado.

«Excepto que no se parece ni remotamente a ningún órgano humano que haya visto jamás», se dijo.

Sin embargo, comprendía que la voz que susurraba en su cabeza tenía razón. No debía desechar aquella cosa tan rápidamente; no podía enterrarla sin más en la nieve y orinar encima al día siguiente. No sin averiguar un poco más.

El zumbido que bramaba en segundo plano y que acompañaba a la voz en su mente, sin embargo, murmuraba otro tipo de cosas, mucho más oscuras. Le hablaba de su abuelo, el mítico Cerón Harper. Cerón Harper «el Santo», el que ayudaba a todos y cada uno, el Padre del Klondike. Le recordaba que ahí abajo había libros con títulos extraños y cubiertas terroríficas y un arma que disparaba clavos como si fuesen balas de un maldito fusil. Lo que le preocupaba, por supuesto, era que el viejo Harper hubiera estado metido en temas extraños. Pensaba concretamente en ritos extraños, quizá relacionados con asuntos satánicos. Vudú, magia negra, brujería... Cosas relacionadas con vísceras, pollos sin cabeza, sangre negra coagulada en un vaso y lo que quiera que eso implicase.

Pero luego sacudió la cabeza.

Eso eran conjeturas.

Lo único real que había allí era la maldita peste (que ya estaba llenando todo el salón), y podía ocuparse de eso con facilidad si iba a la parte de atrás y traía algunos de los tablones grandes. Taparía el agujero con ellos y luego echaría hierbas aromáticas a la chimenea. Hasta abriría la ventana si hacía falta; el frío era más soportable que aquella podredumbre. Haría lo que fuese... menos bajar al sótano y enfrentarse con aquella cosa.

«Porque... por mucho que quieras ignorarlo, Joe, esa mierda de órgano se movió. Y eso es lo que en realidad te preocupa de todo esto. Sabes que se movió, que se

contrajo como un latido, el latido de un corazón, aunque sea uno tan grande y deforme que no cabría en el tórax de un puto buey».

Aquella noche, Joe Harper durmió poco y mal. En los pocos periodos en los que sí logró el descanso, además, tuvo que enfrentarse a sueños densos y confusos llenos de cosas que palpitaban en la oscuridad; sueños como los que produce la fiebre.

La fiebre y la locura.

Capítulo 5

Malos vecinos

Al día siguiente, el cielo amaneció encapotado y recorrido por claroscuros que hacían de él una deslumbrante y enigmática pintura impresionista. Diferentes capas de nubes parecían moverse a distinta velocidad: unas evolucionaban con rapidez, otras, más lejanas y oscuras, se arrastraban pesarosas y amenazantes. Abajo, el viento había amainado casi por completo, sin embargo, y la nieve descendía mansamente, como meciéndose al son de una tonada inaudible.

Joe, parado junto a la puerta de la cabaña, admiraba totalmente embelesado el paisaje que tenía ante los ojos. Parecía una postal navideña. Los árboles lucían sus mejores galas, tocados por blancos imposibles y fulgurantes azules, y el suelo, cubierto de nieve virgen, parecía de nácar. El coche estaba a un lado, con las ruedas ocultas por un manto bordado de débiles destellos producidos por la luz. El techo y el capó estaban cuajados de nieve.

En un momento dado, Joe cerró los ojos y dejó que el aire gélido entrara lentamente en sus pulmones, una y otra vez. Concentrado tan solo en respirar, Joe parecía un sumiller degustando una nueva remesa de vinos.

Ante semejante belleza, el trasiego de la noche anterior cayó lentamente en las neblinas del olvido. Joe había relegado las malas sensaciones y los delirantes descubrimientos al fondo de su mente, donde aún repiqueteaban los tambores de la incertidumbre pero a un nivel apenas audible. Por fin se animó a abrigarse y dar un paseo por los alrededores de la cabaña, siguiendo el camino hacia el valle. Era una senda que zigzagueaba entre las colinas siguiendo el lindero de un bosque, y aunque lo había recorrido en numerosas ocasiones desde que vivía allí, encontró el paisaje transmutado por la presencia de nieve, embriagado de belleza, exultante de vida y de fría serenidad.

Hacia el mediodía, sin embargo, Joe empezó a sentir hambre y se forzó a regresar. Se sentía otra vez estupendamente, aunque los músculos de las piernas parecieran arderle debido al esfuerzo de caminar por la nieve hundido casi hasta las rodillas. Llegó eufórico y muy cansado, así que engulló una comida fugaz, encendió la chimenea y se recostó en el sofá, donde, esta vez sí, tuvo un sueño reparador y tranquilo.

Hasta que llegó la noche.

Se despertó sobresaltado, sobrecogido por un ruido inesperado. La oscuridad era casi total; el fuego de la chimenea era ya unas ascuas rebozadas en cenizas, así que miró hacia su izquierda por puro instinto. Su mente dormida esperaba encontrar su viejo despertador, aullando como lo había hecho durante tantos años. Pero allí no había despertador; ni siquiera había mesilla de noche, porque ya no estaba en la ciudad, sino en la cabaña del

escalofriante hechicero vudú mítico cazador Cerón Harper.

Joe pestañeó, confuso, hasta que la realidad lo inundó de nuevo. Oh, desde luego, estaba en la cabaña, pero... ¿qué lo había despertado? Había sido una especie de golpe, aunque el sonido estaba mezclado con sensaciones puramente oníricas. Pudiera ser que hubiera soñado todo el asunto; al fin y al cabo, la noche anterior le habían asaltado toda clase de imágenes tenebrosas.

Se incorporó torpemente y encendió la luz. Se había quedado completamente helado mientras dormía y las piernas protestaron. Le dolían, y no solo por el esfuerzo de caminar durante horas por la nieve sino por el frío que lo atenazaba. El pequeño termómetro de la pared (uno de los muchos regalos de Pete Herron) denunciaba que la temperatura había caído a ocho grados. ¡Ocho grados en el interior de la cabaña, con el rescoldo de las brasas dibujando formas anaranjadas entre las cenizas! Ahí fuera debía hacer por lo menos diez por debajo de cero. Joe silbó.

Aterido, iba ya a colocar algunos troncos cuando, de pronto, escuchó un ruido en el exterior.

PLAC.

Joe se quedó paralizado.

PLAC, PLAC.

No era un alarido, era un sonido metálico. Sin embargo, aunque estaba seguro que había escuchado antes un ruido como aquel, fue incapaz de determinar de qué se trataba.

«El coche, eso es. La carrocería hace ese ruido cuando la golpean».

«Sí, pero ¿qué puede golpear la carroce...?».

Joe sintió un escalofrío mientras ideas extrañas se formaban en su mente. Inquieto, dejó los troncos en el suelo, con cuidado de no hacer ruido, y se acercó a la puerta. Se encontró a sí mismo haciéndose preguntas extrañas, y eso le molestó; lo hizo sentirse como una anciana temerosa cuyo ritmo cardiaco se acelera cuando llaman a la puerta.

«Debe ser un estúpido animal, solo eso. La casa siempre ha estado vacía, así que quizá estén acostumbrados a buscar refugio para protegerse del frío. Quizá ha visto el coche parcialmente enterrado en la nieve, y eso le ha llamado la atención».

```
«Quizá».
```

«O quizá sea otra cosa...».

PLAC.

«Como esas cosas que vienen cuando hace frío...».

Sacudió la cabeza enérgicamente; estaba muy cansado de dejarse influir por aquel cuento. Había olvidado abrir los batientes de la ventana antes de dormirse, así que tuvo que deslizar la hoja con infinito cuidado para ver el exterior, pero cuando por fin pudo mirar, descubrió que había estado equivocado.

No era un animal. Era un hombre vestido con un abrigo marrón que le cubría casi todo el cuerpo. Quizá por eso, cuando la luz de la cabaña lo bañó de forma inesperada le pareció una suerte de oso erguido sobre los cuartos traseros.

El desconocido trasteaba junto al coche, apartando la nieve con una pala pequeña. Cada vez que golpeaba, producía un sonido contra la chapa.

PLAC.

Joe arrugó el entrecejo. Era la primera vez que veía a alguien en aquella zona. Había visto las casas de algunos vecinos en el camino que recorría el lindero, y calculaba que debía de haber como una docena solamente en la periferia, pero nunca había hablado con ninguno. Y además, ¿qué diablos hacía con su coche?

Por un momento pensó en el arma que guardaba en el sótano, la Fabulosa Pistola de Clavos Harper.

—¡Eh! —soltó de pronto, casi sin proponérselo.

El hombre se detuvo, dio un respingo y se quedó mirándolo sin decir nada. Así permanecieron durante lo que pareció ser una eternidad, envueltos en un incómodo y expectante silencio, como dos animales enfrentados que se estudian y valoran desde una amenazante quietud.

La cabeza de Joe era un torbellino de sensaciones.

—¡Eh! —exclamó de pronto el desconocido. Había levantado una mano y estaba señalando a Joe, con los ojos abiertos como platos—. ¡Eh!

```
—¡Eh! —repitió Joe—. ¿Qué…? ¿Qué está haciendo?
```

El hombre echó a correr hacia él. Joe retrocedió un par de pasos, sintiendo que la adrenalina lo encendía como una antorcha impregnada de brea.

```
—¡Eh! ¡Oiga!
```

—¡No se mueva, amigo! —exclamó Joe, proyectando las palmas hacia delante—. ¡Quédese ahí!

El desconocido estaba ya a pocos metros de él. Había algo en su expresión que resultaba desconcertante; los ojos encendidos, vidriosos, tan abiertos y dilatados que parecían dos círculos en una máscara de cera. El pelo pegado a la frente. Y algo más: una especie de marca oscura que le recorría la mejilla; quizá un corte, o un rastro de algo que podría ser...

```
«Sangre. Es sangre».
```

—El... El coche... —decía—. Necesito el coche... ¿Es suyo? ¿Tiene las... tiene las llaves?

```
—¿El coche? Pero ¿cómo quiere que...?
```

Pero el desconocido ya estaba junto a él. Se había acercado tanto que Joe se sintió invadido en su espacio vital. Recorrido por una suerte de arco eléctrico que le erizaba el vello de la nuca, Joe levantó ligeramente los brazos mientras mantenía los puños apretados.

- —¡Por favor! —dijo el extraño, y de repente su voz se cargó de un tono de súplica anhelante que hizo que Joe pestañeara como las luces de un árbol de Navidad —. ¡Necesito el coche!
- —Espere un momento... —exclamó Joe, visiblemente enfadado—. ¿Qué iba a hacer, robarme el coche?, ¿es eso? ¿Es usted imbécil?, ¿no ve que está atrapado por la nieve?

Joe descubrió algo: la línea oscura que cruzaba la cara de aquel hombre era definitivamente sangre; sangre reseca de un color tan oscuro que casi parecía salsa barbacoa.

El desconocido se dio la vuelta y miró hacia la línea de árboles que se arremolinaban más allá de la pequeña zona diáfana donde el coche invernaba. Aún jadeaba como un pequeño animal fatigado.

- —Por Dios... —exclamó sin volverse, ahora en voz baja—. Creo que los he oído...
 - —Pero...
 - —Ssshhh... —interrumpió el desconocido.

Joe siguió su línea de visión, inquieto. En las tinieblas de la noche rasgadas por la trémula luz de la luna, los árboles, todavía revestidos de la última nevada, adquirían una palidez casi etérea, como la de un ejército de acechantes espectros. Más allá de los primeros troncos, sin embargo, la oscuridad era impenetrable. Las formas borrosas que allí se adivinaban sugerían figuras imprecisas que parecían moverse en los márgenes de la visión periférica.

Pero no escuchó nada más que el sonido de la respiración agitada del extraño.

—Oiga, ¿quiere explicarme qué demonios le ocurre? ¿Está herido? Tiene... parece sangre, lo que tiene en...

El extraño se volvió con un violento giro de cabeza. En ese momento, se abalanzó hacia Joe y le agarró del jersey con ambas manos.

- —¡DEME LAS LLAVES DEL COCHE! —bramó.
- —Pero ¡qué coño! —exclamó Joe. Con las sienes palpitándole, se zafó del agarrón del extraño. La adrenalina que lo consumía estaba empezando a hacer que le temblara la mandíbula—. ¡Suélteme, JODER!

El extraño miró entonces por encima de su hombro, hacia el interior de la cabaña, y sus ojos, que eran ya dos lunas redondas donde titilaba un deje de locura, se abrieron más todavía. A continuación se escabulló con un movimiento imprevisto y se lanzó hacia la puerta.

—¡Eh! —exclamó Joe, demasiado tarde sin embargo para que pudiera detenerlo; el desconocido había entrado ya en la casa.

Joe se lanzó tras él. El intruso había corrido hasta la mitad de la habitación y miraba alrededor moviendo la cabeza como si buscara algo desesperadamente. Joe lo agarró del abrigo y tiró de él con tanta fuerza como pudo. Estaba tenso como un cable de acero, así que el resultado fue algo exagerado: el hombre tropezó con sus propios pies y cayó al suelo, donde quedó tendido boca abajo con las manos debajo del cuerpo.

—¿Qué coño hace? —soltó Joe—. ¡Qué está haciendo!

Sin embargo, en ese preciso instante, los dos hombres se quedaron congelados.

Ahí fuera, en algún lugar, alguien o algo aullaba.

El sonido era como el lamento de una hiena, pero más agudo; como el aullido de un lobo, pero estridente. Era un sonido arrastrado y casi sobrenatural, algo que Joe no había escuchado en su vida pero que le recordaba a los gruñidos desesperados de un cerdo en un matadero. Pero había algo más; el alarido poseía una dimensión vibratoria insoportable, un trasfondo grave y amenazador que tuvo un efecto inmediato en los dos hombres. Joe se llevó las manos a los oídos, como si no pudiera soportar el sonido ni un segundo más. Enseñaba los dientes apretados y entrecerraba los ojos, que se rodearon de un millar de pequeñas arrugas. El intruso, por su parte, se incorporó de un salto gritando como enloquecido, saltó hacia la puerta y la cerró con un golpe rápido y seco.

El aullido paró.

- —¿Qué...? ¿Qué ha sido eso? —preguntó Joe, con la frente cubierta de sudor frío. Miraba al intruso, vuelto contra la puerta con los brazos y piernas abiertos. Tenía la expresión desencajada, retorcida por un desmedido rictus de terror. Sostenía la puerta como si al otro lado hubiera una jauría de lobos hambrientos.
 - —Nononononono... —decía.
- —Por el amor de Dios —insistió Joe, ahora en voz baja—. ¿Qué ha sido ese... grito?
- —¡NO! —gritó el extraño. Su cara era una máscara de terror y angustia. Casi al instante echó a correr, pasó al lado de Joe como una centella y se dirigió al dormitorio por la única puerta que pudo encontrar.
- —¡Eh! —gritó Joe, saliendo tras él. Para cuando llegó al dormitorio, sin embargo, el extraño ya salía otra vez. Parecía un animal acorralado que intenta huir. Joe le dio un empellón en los hombros y lo hizo retroceder.
 - —¡BASTA! —exclamó.
 - -¡NO, NO, NO!

De pronto, Joe lanzó el brazo hacia atrás y lo proyectó hacia delante, sacudiéndole una sonora bofetada en la cara. El hombre retrocedió un par de pasos, con ojos despavoridos, y terminó cayendo en la cama, perplejo y boquiabierto. Joe iba a decir algo cuando, de pronto, el extraño se abalanzó hacia él gruñendo como una bestia mitológica. El impacto lo hizo retroceder hasta la pared, al otro lado de la puerta, donde se vio obligado a soltar todo el aire de sus pulmones con un sonoro

bufido. El hombre seguía encima de él, descargando golpes bastante torpes que no parecían dirigidos a ningún lugar en concreto; casi todos fallaban y acababan golpeando la pared de madera. En medio del vendaval de brazos y puños, una mano crispada cruzó la cara de Joe dejando una serie de marcas de uñas. Joe cerró los ojos a tiempo.

—¡NO, NO, NO! —bramaba el intruso sin parar.

Joe se zafó como pudo, intentando poner distancia. Necesitaba un poco de espacio; el intruso atacaba como si fuera un gato salvaje, lanzándole zarpazos a la cara.

Por fin, utilizando las piernas, Joe consiguió apartar a su atacante. El golpe lo alcanzó en pleno estómago, y el desconocido se quedó en el suelo, arrodillado, incapaz de regular el nivel de aire que entraba en sus pulmones. Joe lo dejó allí, afectado por quejidos y sibilancias, y fue a buscar una de las palas al salón. El mango era de madera recia, y la pala en sí, de hierro de más de cien años, pesada y contundente. Con algo así entre las manos, creía que podría frenar a aquel tipo.

—¡NO TE MUEVAS! —soltó cuando se puso a unos pocos pasos de él, con las piernas ligeramente abiertas y la pala en las manos.

El hombre levantó la cabeza y lo miró brevemente, pero Joe pudo ver en el acto que su expresión no había cambiado, que aquella locura que había detectado seguía allí, intacta. Sus carrillos se inflaban y distendían al ritmo de la respiración fatigosa, y tenía una mano sobre el estómago denunciando el dolor que sentía, pero sus ojos... Sus ojos seguían contando historias sobre la locura.

Joe agarró el mango de la pala con más fuerza.

—No te levantes o te tumbo con esto. Te lo juro, tío. Te daré en tu puta...

No pudo terminar. Inesperadamente, el desconocido se lanzó de nuevo hacia él, desplazándose casi a cuatro patas como un perro de presa. Aullaba como la sirena de un viejo coche de policía. Joe respondió en el acto; la pala silbó al cortar el aire y lo golpeó en la cabeza. Sonó un insoportable crujir de huesos que resultó, a la vez, extrañamente metálico. El intruso fue desviado hacia un lado, dio contra la pared y resbaló hasta el suelo, donde se dio media vuelta y se quedó tendido, inmóvil.

Joe dejó caer la pala al suelo, súbitamente horrorizado. La pala repiqueteó brevemente y después un súbito silencio llenó la habitación. ¿Qué había hecho? ¿Qué había pasado? El sonido del cráneo resquebrajándose resonaba todavía en su cabeza como el eco de un tambor de guerra, ominoso y acuciante. Joe se limitó a permanecer en el sitio, silencioso, concentrado tan solo en la figura inerte que yacía junto a sus pies, intentando descubrir algún movimiento del pecho o los párpados. ¿Se estaba moviendo? «Por Dios, que se mueva, que empiece a subir y a bajar como un fuelle, aunque suene como el tubo de una pipa empapado de residuos de alquitrán».

Pero no se movió.

Joe se pasó una mano temblorosa por la frente. Estaba empapada de sudor, pero no reparó en ello.

Solo podía pensar en el cuerpo, el cuerpo inerte.

Demasiado inerte...

Se agachó lentamente y trató de zarandearlo. Suavemente al principio, luego con más ímpetu.

```
—¡Eh! —exclamaba—. ¡Eh, tío!
```

Ninguna respuesta.

«Lo he matado —se dijo—. Está muerto. Muerto».

La sola idea le hizo sentir una fuerte opresión en la boca del estómago, una suerte de pinzamiento que no tardó en extenderse a los pulmones. Retrocedió unos pasos tambaleándose hasta llegar a la pared, donde se dejó resbalar hasta el suelo. Una sensación de ahogo se apoderó de él, nublándole la vista. Después de unos instantes, sin embargo, abrió la boca y se forzó a inspirar una bocanada de aire, lo que le trajo un alivio inmediato: al menos ahora podía enfocar otra vez la escena, que naturalmente no había cambiado en absoluto. El cuerpo seguía allí. Y, de repente, hacía calor; demasiado calor.

«Pero ¿está muerto de verdad, Joe? ¿Lo está?».

Estaba pensando en tomarle el pulso. Había visto cómo lo hacían en mil películas diferentes, y en todas lo hacían de manera que siempre parecía un procedimiento sencillo; todo el proceso duraba apenas unos pocos segundos. «Está muerto», decía el detective con gravedad tras poner la mano en el cuello o la muñeca. Sin embargo, él nunca había sido capaz siquiera de tomar su propio pulso.

Por fin, reptando por el suelo como un gigantesco escarabajo, se situó al lado del cuerpo. Entonces le puso una mano en el cuello y buscó la yugular, explorando con las yemas de unos dedos temblorosos. El cuerpo estaba frío, y aunque eso lo asustó un poco, luego pensó que los cadáveres no se quedan fríos con tanta rapidez: su temperatura corporal debía deberse, sin duda, a las inclemencias del frío exterior.

«Es el frío. Es solo el frío...».

Pero lo cierto era que, después de dedicar casi un minuto y medio a buscarle el pulso, tuvo que rendirse a la evidencia: lo había matado. Prueba quizá de ello era el hilo de sangre que manaba quedamente por la oreja derecha.

```
—Joder...—soltó.
```

«Ha sido en defensa propia —se precipitó a aullar su mente—. Era un alucinado, un loco peligroso… Entró en casa y tuviste que frenarlo; y de todas maneras, fue un accidente. Todo el mundo puede ver eso. Ssshhh. Ssshhh».

De pronto lo abordó un pensamiento. Recordó que Pete le había hablado brevemente de sus vecinos. Matrimonios casi todos ellos, algunos con hijos, pero todos gente curtida, con sobrada experiencia para sobrevivir a un invierno en Yukón. Porque la experiencia cuenta, había dicho, pero más cuenta la compañía. Si estás solo, la crudeza y la soledad se convierten en una dentellada mortal de la que no se sale sin secuelas mentales.

Entonces, la línea de sangre que cruzaba la cara del extraño destacó en su rostro como un signo de exclamación. Y recordó el viento; el viento frío que provenía de las latitudes donde se asentaba el Pozo, la Planicie helada que tanto lo había afectado cuando la visitó en compañía de Herron, y una idea pavorosa germinó en su mente: si el hombre estaba tan visiblemente fuera de sí, ¿de quién era la sangre?

«Matrimonios con hijos, Joe. Gente acompañada».

Joe buscó en los pantalones del cadáver y no tardó en localizar lo que intentaba encontrar: su cartera. Allí descubrió que se llamaba David Wright y que vivía en Oakfield Road. La foto del documento de identidad mostraba un tipo sonriente con arrugas alrededor de los ojos, muy distinta de la expresión enloquecida que lo había visitado esa noche. También averiguó que estaba casado, y en el interior de la cartera, junto a algunas tarjetas de crédito, de almacenes DIY y de descuentos de gasolineras, encontró una foto familiar.

—Oh, Dios.

Allí estaban papá, mamá y el pequeño David Junior o como quiera que se llamase, un precioso niño de cabello pajizo y ojos de un vívido tono de celeste. Sostenía con una radiante sonrisa un pequeño muñeco espacial.

Los miró durante un rato, con una suerte de congoja asomando en la garganta, hasta que resolvió devolver la foto a su sitio. Lo cierto era que conocía el camino; debía de estar como a unos dos kilómetros de allí. No era demasiada distancia ni aunque la nieve lo sorprendiera en el camino.

A Joe le latía con fuerza el corazón. Un solo pensamiento tamborileaba con terrible persistencia en su cabeza: «¿De quién es la sangre? ¿De quién?».

Pensó que podría acercarse a Oakfield Road y asegurarse de que allí estaba todo bien. Se imaginó llamando a la puerta con los nudillos, y se imaginó a mamá Wright abriendo con el pequeño David Junior, con la mirada llena de cándida inocencia, mirándolo desde el suelo. «¿Quién es, mamá?, ¿es papá?». «No cariño, no es papá. Vuelve junto a la chimenea, cariño». Pero si era así, ¿qué les diría? «Señora, tengo a su marido en mi casa. No ha podido venir porque está muerto ¿sabe?, pero no se preocupe, porque solo ha sido un accidente».

¿Y si no abría nadie? Esa posibilidad era aún peor. Si no abría nadie, podía significar que quizá, solo quizá, encontraría al pequeño David Junior boca abajo, con un brazo torcido en un ángulo imposible, empapado en su propia sangre. Lo miraría con sus ojos azules, acusadores y muertos, dejando una huella en su memoria que se mantendría intacta hasta el fin de sus días.

Sacudió la cabeza.

Sabía que tendría que ir, de todas formas, aunque solo fuera para tener acceso a un teléfono. Tenía que avisar a las autoridades e informar de lo ocurrido, y cuanto antes mejor.

Lo inquietaba, no obstante, el hecho de que fuera de noche. Los caminos estaban marcados con varas en los laterales que indicaban la profundidad de la nieve, así que estaba seguro de que podría llegar hasta allí sin perder el rumbo. No era tanto eso como todo lo demás: el hecho de que hubiera un cadáver en su casa, por ejemplo, y el que todavía se le erizase el vello cuando recordaba el aullido atroz y desgarrado de hacía unos instantes. Joe no era un experto en la fauna local, pero no recordaba haber escuchado nada que sonase así. Pensaba que algunos animales podían descender a cotas más bajas a causa del frío pero, de cualquier modo, ¿qué otra explicación había?

De una cosa estaba seguro: no iba a pasar la noche en la cabaña con aquel desconocido manchando el suelo de madera con la sangre que le manaba de las orejas.

Así que, después de abrigarse, Joe salió al exterior y empezó a andar por el camino. En su cabeza flotaban imágenes que intentaba apartar, pero sin éxito. Los ojos azules de David Junior, inexplicablemente luminosos a pesar de atisbar desde los campos yermos de la muerte, la boca inmunda y hedionda del Pozo, el órgano que pulsaba casi imperceptiblemente en la oscuridad...

«Estarán bien —se decía mientras andaba, intentando concentrar sus pensamientos en algo positivo—. No hay viento que sople desde la Planicie, yo he estado bien, todo está bien. Es solo…».

Pero de repente, cuando sin saber por qué giraba la cabeza hacia el este, una repentina e inesperada ráfaga de viento helado le hizo entrecerrar los ojos.

Joe sintió tanto miedo que, por unos instantes, fue incapaz de dar un solo paso.

Capítulo 6

Aullidos

Oakfield Road discurría mansamente entre unas colinas gibosas, bordeando el linde del bosque. Algunos altivos pinos y abetos se desparramaban por el terreno intermedio, tan cubiertos de nieve que parecían extrañas y delicadas esculturas de hielo. El viento hacía sonar los carámbanos que pendían de las ramas, creando una suerte de música tintineante que resultaba tan hipnótica como evocadora.

Joe había estado caminando sirviéndose tan solo de la luz de la luna, pero en la última media hora, el cielo se había encapotado progresivamente. Las nubes, oscuras y henchidas, no tardaron en ocultar la luna. Entonces, todo se volvió mucho más oscuro, y la apariencia mágica de postal navideña se desvaneció por completo. De pronto, el frío parecía más intenso, y Joe se vio obligado a sacar la linterna para hacer barridos de vez en cuando, tan solo para asegurarse que no perdía el camino.

Casi enseguida, el viento comenzó a soplar con más fuerza.

Una cosa lo preocupaba: estaba casi seguro de que en alguna parte al otro extremo del páramo debía de haber algunas casas. No sabía qué hora era, pero imaginaba que, al menos, debería haber avistado luz en alguna ventana, aunque fuera el resplandor de las llamas en los grandes hogares. Pero no había nada de eso, ningún resplandor lejano, nada en absoluto.

«Como si se hubieran ido todos. Como Pete».

Un poco más adelante, el camino se adentraba en el bosque y discurría entre los árboles con apenas unos metros a cada lado. Imaginó que los vetustos abetos lo protegerían del viento racheado, pero internarse en aquella ominosa oscuridad no le hacía mucha gracia, dadas las circunstancias. De pronto, todo el asunto le estaba produciendo cierto resquemor, como si ya no fuese tan buena idea. Hasta le parecía que los árboles que se arremolinaban a ambos lados del camino se inclinaban sobre este como garras oscuras y amenazantes. Con una amarga sonrisa, pensó que si había habido alguna vez un camino que llevase a la Casa de la Bruja, era aquel.

Esa sensación se intensificó cuando estuvo recorriendo el camino ya rodeado por los árboles. Sin luna que iluminase su avance, parecían mastodontes negros que el viento hacía susurrar en un idioma desconocido, como si conspirasen contra él. Joe decidió andar tan rápido como su fatiga le permitiese y concentrarse en mirar el suelo. Un paso tras otro, y nada más. En un momento dado, sin embargo, se detuvo en seco, quedándose inmóvil. Intentaba escuchar. Le parecía que había un sonido extraño en el aire, como el de un ventilador, o quizá un torbellino.

Quedarse así, parado, le confirmó que estaba en lo cierto.

Joe se giró, visiblemente nervioso. Lo acuciaba una repentina sensación de peligro que el sonido acentuaba a medida que crecía en intensidad. No parecía cosa del viento, era diferente, como un coro de voces, el sonido de una algarabía mezclada con un runrún metálico... o quizá un enjambre. Sí, una especie de enjambre monstruoso. A ratos también parecía arrastrar un deje metálico, como el de un motor.

Fuera lo que fuese, se estaba acercando. Eso podía sentirlo por el mero sonido, y también por una sensación extraña en la base del cuello. Un instinto ancestral le gritaba: «¡Corre!».

Joe, golpeado por la adrenalina, dio un salto hacia atrás.

Se dio la vuelta, pero cada vez que lo hacía, el sonido parecía provenir del lado contrario. Pronto se encontró dando vueltas sobre sí mismo, frenético, esperando ver aparecer algo por el camino. Sin embargo, la oscuridad era impenetrable, y todavía tardó unos buenos instantes en pensar en la linterna. La sacó del bolsillo del abrigo con manos temblorosas y casi estuvo a punto de dejarla caer en la nieve. Por fin, con la respiración agitada, lanzó el haz a su alrededor. Apuntaba a todas direcciones de manera aleatoria, intentando hacer huir las tinieblas de la noche. No sabía qué esperar en realidad, si un vehículo, una nube de insectos u otra cosa, pero su cabeza tejía inevitables conexiones con el misterioso alarido que escuchara en la cabaña. Lo que vio, finalmente, hizo que soltara un grito desgarrador.

Era una especie de oscuridad concentrada, de un tono tan intenso y profundo que destacaba incluso en la noche, como si allí no hubiese absolutamente nada. Era la ausencia absoluta de realidad, un agujero en mitad del camino. Y se movía, cimbreaba como si diese vueltas sobre sí mismo, desenredando una especie de bucles redondeados que giraban a toda velocidad. Mientras lo miraba, incapaz incluso de pestañear, Joe recordó uno de esos viejísimos dibujos animados que echaban todavía por televisión: el diablo de Tasmania. Sin embargo, la visión que tenía delante evocaba algo terriblemente distinto. Despertaba un miedo ancestral, como si su conciencia hubiera invocado una imagen primigenia enterrada en las capas más bajas de su memoria evolutiva. Y esa parte de su cerebro le chillaba que había reconocido la imagen; que aquello era, sencillamente, el Mal. Solo el Mal, o uno de sus custodios. Mal en estado puro, sin máscara ni disfraces, el Mal no revestido por el corazón ni el alma humanas, solo la esencia pura y descarnada, insoportablemente física.

Y entonces, la sombra chilló.

Era el mismo alarido que había escuchado en la cabaña, pero más agudo y pavorosamente más cercano. Le perforó los tímpanos como una taladradora industrial, y el lacerante dolor le hizo llevarse las manos a los oídos. Abrió la boca y soltó una vaharada de vapor caliente, pero muda, porque sus pulmones estaban vacíos por la impresión. Y dolía; el estridente sonido lo desgarraba por dentro como si alguien estuviera jugando con un berbiquí en su cerebro.

Cuando el sonido remitió, Joe se quedó tan estupefacto y bloqueado que parecía plantado en mitad del camino. Como uno de los árboles que tenía alrededor. Ni siquiera temblaba, superado por el miedo que lo atenazaba y le oprimía el corazón y el pecho. Sin embargo, sus piernas parecían listas para salir corriendo, movidas quizá por un inconsciente sentido de la supervivencia. Finalmente, como si alguien hubiera dado un pistoletazo, se puso en marcha y se encontró a sí mismo batiendo la nieve con tanta fuerza que esta salía despedida como afectada por pequeñas explosiones. Corría, sí, y le daba igual hacia dónde; solo deseaba escapar, escapar tan rápidamente y tan lejos como le fuera posible.

Corrió y corrió, envuelto en el sonido estridente y sobrenatural que lo llenaba todo, gritando como un poseso y ciego en su insondable terror. En un momento dado se encontró avanzando entre los árboles, aunque no recordaba cómo había llegado allí. Las ramas y el hielo duro y punzante le abrieron pequeñas heridas sangrantes en la cara y las manos, aunque en ningún momento reparó en ellas. Mientras corría movía los brazos de forma alocada, como un espantajo relleno únicamente de paja. El corazón le latía con fuerza y el pecho le dolía al respirar el aire helado de la noche, pero eso no le obligó a detenerse. En un par de ocasiones cayó al suelo de bruces, solo para levantarse con tanta celeridad que parecía un muñeco del que hubiesen tirado de una cuerda.

En algún momento, Joe dejó atrás la maraña de árboles: salió a un páramo nevado que descendía suavemente hacia el sur y, por pura inercia, se encontró corriendo por él más allá de su capacidad para detenerse. El aire era más fresco y el aroma de los árboles no era tan intenso, y sus pulmones agradecieron algo el cambio; no mucho, sin embargo. Para entonces, su respiración estaba demasiado alterada para que pudiera reparar en ello.

De pronto cayó de bruces y se encontró rodando por la nieve. Gritó, sumido en una confusión y una incertidumbre espantosa, con la vista velada por una profusión de fotogramas que iban del negro espantoso del cielo a la pureza blanquísima de la nieve. Notó frío en la cara y dentro de la ropa, y aun sin saber qué podía depararle la caída, su mente se trabó en un solo pensamiento: el hermoso sonido de su cuerpo rozando contra la nieve. El sonido lo consoló porque era lo único que alcanzaba a escuchar: no había vorágines de torbellinos, ni aullidos, ni nada más que la nieve fría y dura siendo arrancada del suelo.

Cuando por fin se detuvo, tuvo todavía energías para ponerse en pie como accionado por un resorte. Miró alrededor, tan jadeante y fatigado que parecía el motor de un coche al ralentí. Sin embargo, solo pudo echar un rápido vistazo alrededor antes de que las rodillas le fallaran y cayera al suelo como un fardo. Quedó allí tendido, con los brazos estirados, intentando recuperar el aliento. Las piernas parecían dos duras columnas y el pecho subía y bajaba como un fuelle enloquecido. Sin embargo, nada de eso lo preocupaba.

Lo único cierto y verdadero, lo único que le importaba de verdad en aquellos momentos, era que el páramo estaba tan quedo y despejado como se suponía que debía estar, y sin poder controlarse, Joe empezó a sollozar.

Algunos instantes después, Joe conseguía incorporarse de nuevo, mirando todavía alrededor y a lo lejos, como si esperara que algo saliera del lindero arrastrando un remolino de ramas y hojas muertas. Su cabeza era una marejada de imágenes, sensaciones y pensamientos encontrados. Una parte insistía en que todo había sido una alucinación, y aunque todo él se desvivía por dar crédito a esa línea de razonamiento, lo cierto es que la imagen se le había grabado a fuego en la cabeza, y resultaba tan vívida y terrible como hacía unos instantes. Resultaba fútil intentar convencerse de que aquello había sido solo una alucinación, aunque hubiera sido engendrada por el Pozo; una especie de demencia transitoria, del tipo que hace que la gente se vuelva loca, como de hecho ocurría. Era, a su manera, un testimonio irrefutable de inequívoca y contundente realidad.

—Lo he visto —se dijo mientras se masajeaba las sienes—. Lo he visto. ¡Sé lo que he visto!

Pero si aquello había sido real, ¿qué significaba?

—No lo sé —soltó a la noche.

Joe miró entonces tras él y pestañeó un par de veces, visiblemente sorprendido. Debía de haber tomado algún atajo a través del bosque, porque allí, a cierta distancia, el camino describía una curva bien conocida: era una de las tres que precedían a su propia casa.

Ese descubrimiento, sin embargo, le produjo cierto alivio. Después de lo que acababa de vivir, no quería realmente enfrentarse a la tesitura de llamar a la puerta de la casa del señor Wright. No quería saber nada. Quería volver, sacar el muerto al exterior y tratar de dormir. Cuando fuese otra vez de día, las cosas serían diferentes, sin duda.

Sin duda.

Joe regresó por el camino, intentando andar tan rápido como podía, pero las piernas parecían ancladas al suelo y las rodillas se comportaban como si nunca hubieran sido diseñadas para doblarse. Las heridas de la cara y las manos empezaban también a escocer, y descubrió que su abrigo se había desgarrado por la parte de abajo, dejando huir el calor de su cuerpo. Aun así, consiguió llegar de algún modo hasta su casa. Cuando pudo cerrar la puerta tras de sí y empezó a notar el agradable calor del interior, dejó escapar un sonoro suspiro.

«Por Dios, ¿qué está pasando? —chillaba el fondo de su mente con enervante insistencia—. ¿Qué está pasando? ¿Qué está pasando?».

De pronto, la imagen del cadáver de David Wright restalló en su cabeza con una especie de explosión mental. En ella, el cadáver se incorporaba lentamente hasta

quedar sentado como una L gigantesca, como los vampiros de las viejas películas, y era entonces cuando movía el labio superior en una especie de acto reflejo, casi imperceptible, hasta que los ojos se abrían inesperadamente y revelaban un universo de una negrura abominable. Pero no fue así. El cadáver seguía exactamente donde lo había dejado, con esa apariencia serena y apacible que lo hacía parecer dormido.

Joe se quedó mirándolo unos instantes, con la cabeza ligeramente inclinada. Seguía pensando en todo lo ocurrido, incapaz de resolver nada. En su línea de pensamiento, su atención se centraba sobre todo en el único elemento que había resultado ser una posible amenaza: la criatura del bosque. Naturalmente, a medida que el tiempo iba pasando, Joe se inclinaba cada vez más hacia un enfoque más racional de las cosas. Ahora ni siquiera estaba seguro de querer llamar *criatura* a lo que había visto, o al menos, encontraba reconfortante resistirse a ello. Pensaba incluso en fenómenos meteorológicos, hasta que el eco lejano del aullido destrozó esa idea en tantos pedazos que terminó por desaparecer.

No, el aullido también había sido muy real.

Entonces recordó que lo había escuchado antes, cuando el señor Wright estaba en la puerta mirándole con sus ojos de lunático. Cerca de su casa.

Se dio la vuelta de un brinco, como si esperara sorprender a la puerta abriéndose sin hacer ruido, poco a poco. Pero la puerta, como el cadáver, estaba como la había dejado. Cerrada.

«Un arma. Necesito un arma».

Apretó los dientes. ¿Cuántas veces se había planteado ir a la ciudad a por un rifle de caza? Muchas. Demasiadas. Las primeras veces pensó que el coste del rifle no justificaba cobrar unas cuantas piezas en todo el invierno, pero incluso cuando se animó pensando que podría adquirir uno de segunda o tercera mano en una tienda de empeños (por un buen precio, además) fue aplazando el momento de conducir hasta que las nieves se le echaron encima. Ahora no tenía nada con lo que...

«Sí, sí que tienes. Hay un arma. El arma».

Joe pestañeó.

La pistola de clavos, naturalmente. La vieja arma de su abuelo, o de quien fuera que hubiese dejado allí aquel artefacto remendado y artesanal.

La idea lo reconfortó. En su atribulada cabeza, resultaba brillante y clara como un manantial silencioso en una cueva inundada por rayos de luna. La sola palabra sonaba potente, como un bálsamo: un arma era, en definitiva, algo que podía sostener entre las manos, una manera de dar una respuesta a una amenaza aunque fuera extraña y en apariencia tan sobrenatural como el remolino del bosque. Era algo que, en su cabeza de norteamericano educado en un estado donde la posesión de armas era algo natural, tenía sentido. Ni siquiera había considerado la posibilidad de que los disparos lo atravesasen como a la brisa; era tan solo una manera de reafirmarse. Al menos podía serlo si conseguía constatar que funcionaba correctamente. Había disparado un clavo

que era en sí mismo un proyectil fenomenal, pero ignoraba si sería capaz de disparar más de uno. Necesitaba cierta cadencia.

Antes de que quisiera darse cuenta, Joe había descendido ya al sótano. Estaba mirando alrededor para ubicarse cuando, de pronto, un viejo conocido que creía olvidado lo asaltó con la repentina contundencia de un bofetón. La peste. La peste en mayúsculas. Su garganta se cerró, y se encontró abriendo la boca para intentar tragar una buena bocanada de aire. Parecía haber empeorado desde la última vez, como si el hedor se hubiera concentrado hasta llenar el último rincón de la habitación. Resultaba tan denso e insoportable que tuvo un acceso de arcadas; finalmente se dobló por la mitad como si le hubieran dado un hachazo y vomitó parte de la cena.

Después tuvo el tiempo justo de ocultar la nariz dentro de la camiseta. Su olor corporal resultaba, en comparación, dulce y reconfortante.

Moviéndose con rapidez, Joe tomó la pistola y la caja de clavos. Tenía que salir de allí enseguida, el aire en el interior de la camiseta era a todas luces insuficiente y el pecho le pedía dar una segunda bocanada. Todavía encontró un par de segundos para desviar la mirada hacia el bulto donde estaba el extraño órgano. Seguía allí, desde luego, pero retiró la mirada antes de que sus ojos registrasen algún movimiento; al fin y al cabo, tenía la sensación de que su salud mental pendía ya de un hilo.

El corazón se le había acelerado en el pecho otra vez; con la glotis cerrada, los pulmones demandaban un riego mayor. Esa sensación encendía de nuevo en él la llama del pánico. Por fin, colocó como pudo la pistola encima de la caja y esta contra su pecho, y regresó a la escalera con manos temblorosas. ¡Aire, aire! Casi estuvo a punto de tirarla al suelo. En un momento dado, mientras trataba de ascender, perdió pie y la caja estuvo a punto de caérsele; los clavos tintinearon y saltaron como si estuvieran vivos, pero de alguna manera se las compuso para apretar los brazos contra los laterales hasta recobrar el control. Pronto se encontró otra vez arriba, ocupado tan solo en respirar en una habitación que, le parecía, olía a aire de montaña.

Joe cerró el agujero.

La pistola era algo, desde luego, y a pesar del ahogo y la tensión recién vivida, lo reconfortaba tenerla allí a su lado. A la luz de la electricidad, lejos al fin de aquel sótano inmundo, no parecía tan grande, sino más manejable y no tan extraña. Después de solo unos instantes, Joe ya estaba seleccionando clavos para ponerlos en el cargador.

Los que no tenían la sustancia verde fueron los primeros que seleccionó. Los otros parecían más endebles, como afectados por el moho. Resultaban incluso desagradables, pero al acabarse los clavos limpios terminó de rellenar el cargador con ellos, de todas formas. Cuando hubo acabado, cerró el cajetín y sostuvo el arma en las manos, algo más satisfecho.

«Si la hubiera tenido antes...».

«Si la hubieras tenido antes —respondió una voz dentro de su cabeza—, David Wright tendría un agujero de nueve pulgadas entre los ojos».

«No, no. Habría podido intimidarle. No habría entrado en casa».

«Uno o dos agujeros —dijo de nuevo la voz, ahora más severa—. Y David no sería un cadáver estéril, sino que estaría muerto boca abajo bañado en su propia sangre. Y la sangre huele, y su olor te vuelve loco. Como el Pozo, Joe».

Inesperadamente, como empujado por un súbito arrebato que lo moviera a alejar las voces de su cabeza, Joe apuntó la pistola hacia la pared, apretando los dientes, y disparó. El gatillo estaba tan duro como la primera vez, pero enervado como estaba, lo apretó con tanta fuerza que la pistola rechistó con un siseo vaporoso y expulsó tres clavos a la vez. Se clavaron en la pared hasta desaparecer, describiendo una suerte de línea irregular.

—Jesús —soltó, abriendo mucho los ojos.

La máquina traqueteó brevemente y quedó muda.

«Cadencia», pensó.

Vaya si funcionaba.

Joe esbozó un amago de sonrisa, pero a la luz de la chimenea resultaba tan fría y artificial como una pálida sombra de sí misma; y en sus ojos, un deje de locura la acompañaba.

Sentado en el suelo y con la espalda contra la pared, Joe canturreaba. Tenía la pistola de clavos en el regazo y la sujetaba con una mano, mientras con la otra recorría distraídamente su superficie de metal. En la penumbra, un ojo poco atento habría confundido el aparato con una mascota.

Pero Joe buscaba paz en el silencio de la cabaña, intentando mantener la mente vacía. Quizá en lo más profundo sí que se sintiera como si acariciara un pequeño gatito mientras esperaba pacientemente al amanecer. Hubiera nieve o un día despejado, la luz alejaría la mayoría de las sombras de la noche y se sentiría con fuerzas para intentar llegar a la casa de algún vecino para telefonear. En las tres últimas horas no había pasado absolutamente nada, y eso lo ayudaba bastante a sentirse arrullado por el sonido del viento que llegaba del exterior, transformado en una suerte de melodía discordante. No había habido alaridos, ni el cadáver del señor Wright se había levantado del suelo con los ojos blancos, velados por la muerte.

Todo eso cambió de repente.

Empezó como una especie de rumor de fondo, grave y confuso. Joe tuvo que enmudecer, sin atreverse a cerrar siquiera la boca; intentaba confirmar que estaba escuchando algo realmente. Sin embargo, el ruido fue creciendo en intensidad con tanta rapidez que en pocos segundos se encontró a sí mismo levantado y alerta. Definitivamente, ahí fuera pasaba algo: el sonido era similar al que produce una ola gigante avanzando por la costa; se acercaba desgarrando los árboles más pequeños y

generando un tumulto estrepitoso. Empezaba a tener la fuerza suficiente como para que una repentina oleada de pánico le recorriera todo el cuerpo.

Joe agarró la pistola con fuerza. Bien fuera por el cansancio o por otra cosa, de repente todo su miedo se había transmutado en una rabia encendida, acompasada por un ruido que era ya una algarabía estridente que hacía temblar el suelo de madera. Joe se lanzó hacia la puerta de la casa con el dedo en el gatillo y el rostro encendido por una furia repentina. Cuando la abrió, sin embargo, se encontró con un espectáculo totalmente inesperado.

Era una estampida, si alguna vez había visto una. Ciervos y coyotes corriendo juntos en dinámica confusión en una cantidad tan impresionante que la nieve conformaba una especie de nube de polvo tan fino que parecía una lluvia de harina. Los ciervos parecían entregados a alguna danza enloquecedora, con sus ojos negros centelleando en sus cabezas adelantadas como arietes. Había un temor profundo en su manera desbocada de correr, en la forma en que saltaban por encima del capó del coche para sortearlo, en su avance trepidante. En un momento dado apareció una pareja de pumas. Joe trastabilló, súbitamente asustado; sin embargo, el miedo duró apenas unos instantes. Enseguida comprendió que los pumas no estaban interesados en él; ni siquiera en los ciervos. La única realidad era que tanto depredador como presa corrían juntos con el único objetivo de poner tierra por medio.

Joe los admiró hasta que desaparecieron por el camino, con su marcada musculatura y su pelaje negro en contraste con la nieve límpida, tan blanca. Cuando la fascinación hubo pasado, Joe descubrió que la estampida incluía ahora también lobos; lobos y cabras montesas que avanzaban dando prodigiosos saltos entre los alces y los ciervos. Todos corrían.

Huían de algo.

Joe permaneció allí varios minutos, absorto en lo que veía. Había mirado hacia el horizonte buscando señales de fuego o columnas de humo, pero el aire era fresco y limpio y en el cielo no había más que nubes y estrellas; un incendio cercano habría dibujado un resplandor rojizo en la noche. Para entonces empezaron a aparecer otros animales, como ovejas, y un poco después, animales pequeños: castores, ardillas y otros que no supo reconocer. Era un auténtico éxodo, y una sola pregunta lo sobrevolaba como un ave de presa: ¿por qué?

«Huyen —se dijo—. Huyen de la Planicie».

Joe recordó las bandadas de pájaros que a veces emprenden el vuelo en masa justo antes de un terremoto. Recordó a los perros que sienten el peligro, y tan pronto como ese pensamiento anidó en su cabeza, recordó el extraño remolino del bosque. La asociación fue tan directa que sintió escalofríos; en algún lugar de su interior sabía que aquella era la causa y no otra, y lo sentía de una forma tan inequívoca y certera que cuando intentó tragar, no lo consiguió: tenía la garganta seca.

```
—No —graznó—. Calma...
```

«Es... Debe ser otra cosa».

«No es otra cosa. Es eso. Es ellos. Los que vienen cuando...».

De pronto, un soplo de brisa helada lo hizo encogerse.

«... cuando hace frío».

Joe se retiró al interior y cerró la puerta con un solo movimiento rápido. Tenía la respiración agitada y, pese al frío, sudaba.

«Amanecerá dentro de poco, ¿vale? Solo hay que esperar. Entonces las cosas serán de otro modo. Todo volverá a la normalidad».

Sin embargo, un familiar sonido brotó de la nada y restalló como un látigo en su cabeza. Joe lo reconoció al instante, más por el efecto que tuvo en él que por el sonido en sí. Dejó caer el arma al suelo y se agachó hasta encogerse con las piernas flexionadas y los brazos apretados contra las rodillas.

Era el alarido. Lejano, sí, pero indudablemente el mismo alarido que había escuchado en esa misma cabaña y en el bosque, horas antes.

Joe saltó desde su posición en el suelo como un muelle. El corazón le latía con fuerza y los ojos se movían con rapidez en sus cuencas, como si buscaran con verdadera ansiedad una salida alternativa de aquel sitio. Cuando empezó a dar vueltas sobre sí mismo parecía un perro enjaulado.

```
—¡No! —gritó—. No... Basta...
```

Tenía las manos extendidas ante sí, de manera que parecía un prestidigitador a punto de hacer un truco de magia.

«Solo es un grito, ya está, solo eso. Un sonido. Un sonido que, por algún motivo, te vuelve del revés».

«No, es el recuerdo del remolino, porque la primera vez no pasó nada. Al señor Wright tampoco».

«Pero ahora...».

De pronto, el chillido volvió a sonar, ahora desde una dirección diferente, como si llegara desde algún lugar por detrás de la casa. Joe sintió que se le partía la cabeza. Duró toda una eternidad, y el sonido pareció retorcerse en el aire, subiendo y bajando de intensidad, aparentemente aleatorio en sus modulaciones, terrible como un taladro mental. Las lágrimas se precipitaron por sus mejillas. Cuando terminó, estaba encogido contra una pared del dormitorio. Había pasado por encima del cadáver y no se había dado cuenta.

—Oh, señor... —lloriqueó, tembloroso.

Ahora ni siquiera sabía si podría ser capaz de aguantar un envite similar: la cabeza le retumbaba con un eco atroz, como si tuviera vida propia. Estaba bastante seguro de que, más tarde, degeneraría en una migraña terrible.

«Es solo un sonido...».

De repente, una idea afloró en su mente como el estallido de unos fuegos artificiales en mitad de la noche, y Joe se lanzó hacia el salón con un brillo especial en los ojos. Sí, el sonido era lo que le torturaba... y vaya si podía hacer frente a eso.

Moviéndose con rapidez, Joe hurgó en el armario de las herramientas. Se había aprovisionado de una buena cantidad de velas para cuando la electricidad fallase, lo que, según le había dicho Pete, podía ocurrir durante los días más duros del invierno. Tomó una y la encendió con ayuda del mechero que usaba para el fogón y la chimenea, y comenzó a derretir cera en la palma de la mano. El proceso fue lento al principio, pero después las gotas comenzaron a manar con cierta cadencia. En ese momento, sin embargo, el chillido terrible volvió a sonar, y Joe no pudo evitar dejar caer la vela para taparse los oídos con ambas manos; era un acto reflejo imposible de evitar. Soltó un alarido mientras lo hacía, apretando los párpados. La vela rodó por el suelo dejando un tibio reguero de gotitas calientes. Esta vez, sin embargo, el grito fue breve, y cuando hubo pasado, Joe se lanzó de nuevo a recuperar la vela. La cera pronto estuvo cayendo sobre su palma otra vez.

Joe tomó la cera aún caliente con los dedos y la modeló para crear una pequeña bolita, que acabó introduciendo en el orificio auditivo. Para entonces, la cera estaba tibia y se dejó amoldar con facilidad. El resultado pareció funcionar, pero sabía que la cera podría contraerse al secarse, y que el propio calor corporal haría que se cayera en un rato, así que introdujo un poco más en el pabellón interior. Después, lo apretó bien.

—Te juro que vas a gritarle a tu puta madre —exclamó de pronto. Su propia voz le sonó extraña y apagada; definitivamente la cera estaba dando resultado, y eso encendió una nueva chispa de ánimo en su interior.

Cuando terminó de taponarse el otro oído, se quedó quieto, escuchando. El único sonido que le llegaba era el de su propia respiración, con el aire resonando en el interior de su nariz a un ritmo desenfrenado y hueco. Entonces contuvo la respiración unos instantes, cerró los ojos, y escuchó.

Nada.

Henchido de optimismo y renovada energía, Joe se lanzó hacia la puerta, con la pistola entre las manos a modo de ariete. Estaba a solo unos metros cuando, de pronto, la puerta estalló.

Joe chilló.

Un puñado de trozos de madera voló por los aires, lanzando una lluvia contra Joe. Algunos de esos pedazos le impactaron en la cara y en los brazos, pero ninguno provocó heridas, y en solo un par de segundos todo había terminado. Joe miró hacia delante por entre la neblina difusa de unos ojos entrecerrados.

Y ahí estaba, ocupando todo el marco de la puerta: un agujero imposible colmado de una oscuridad impenetrable, una atrocidad visual que el cerebro insistía en rechazar; la ausencia de todo, rematada por aureolas borrosas de jirones de un negro absoluto que daban vueltas en torno a aquella forma indescriptible.

Y... chillaba. Joe podía oírlo a través de la cera, pero el grito llegaba tan deformado y grave que lo único que conseguía era ponerle la piel de gallina. Ese

descubrimiento lo liberó de aquella visión hipnótica; con una expresión de triunfo iluminando su rostro, Joe apretó el gatillo.

La pistola despertó entre siseos y un par de clics metálicos. Una pequeña vaharada de aire salió abruptamente por el lateral y los clavos volaron, tan raudos que Joe apenas pudo verlos. La andanada liberó casi una decena de ellos, pero todos se perdieron en la oscuridad sin que tuvieran ningún efecto aparente. Ninguno en absoluto. La oscuridad seguía allí, cimbreante y anómala, como desafiante. Entonces empezó a avanzar, deslizándose por el aire.

Joe se quedó inmóvil, permitiéndose apenas un par de pestañeos. De alguna forma, había esperado que algo así sucediese. Los clavos no habían funcionado, como no habrían funcionado las balas de una pistola o los cartuchos de una escopeta. Lo había sabido, sí, pero a pesar de todo se había agarrado a esa loca posibilidad porque, de alguna forma, era la única con la que contaba. Ahora comprendía lo equivocado que había estado. Su cabello empezó a agitarse como sacudido por un secador de pelo.

«Ya está. Seré uno de esos jodidos desaparecidos de cada año, como dijo Pete. Porque esto es lo que pasaba: que Ellos vienen cuando hace frío... Realmente vienen y te tragan en ese agujero de mil pares de narices...».

Ahora miraba con fascinada confusión el aura extraña que rodeaba aquella cosa; parecía absorber los colores de manera que la pared de madera y el suelo se asemejaban a una fotografía antigua en blanco y negro. En la repisa de la chimenea, y sin que nadie lo viera, un pequeño adorno de hojalata se contrajo como atenazado por una mano invisible y terminó por colapsarse, quedando reducido a un amasijo informe de metal.

La forma avanzaba.

El pecho empezó a arderle, pero también los brazos y la cabeza. Era como si algo tirara de él. Hasta le costaba trabajo respirar. Notaba la carne de la cara tirante. El cabello era un torbellino en movimiento.

Joe trastabilló. Estaba pensando que el viejo dicho de que la vida pasaba por la mente de uno en los últimos momentos no era cierto; apenas sentía más que una indolente indiferencia.

Entonces, casi sin pensarlo, apretó el gatillo de nuevo.

Tres clavos salieron en línea hacia la forma oscura, cruzando los dos metros que lo separaban de ella. El efecto fue casi inmediato, y Joe percibió el estruendoso alarido incluso a través de los tapones de cera. Aquella cosa chillaba como si la estuvieran quemando en la hoguera.

Al mismo tiempo, la forma empezó a encogerse sobre sí misma. Extendía hilachos de un negro alquitranado hacia todas partes, como si quisiera agarrarse desesperadamente a algo. Luego tembló y se sacudió, como arrebatada por un estertor de dolor, y por fin, con un estruendoso sonido de desgarro, se deshizo en el aire en un

millar de pequeños parches oscuros. Joe, ahora con la boca abierta, contempló cómo se desvanecían en el aire como si fueran volutas de humo.

Luego... Luego, el silencio.

Joe se llevó una mano temblorosa a la cara; necesitaba frotarse los ojos. Ahora que la forma había desaparecido, su mente occidental del siglo XXI le chillaba con cierta desesperación que, en realidad, nunca había estado ahí; que tanto las paredes como el suelo volvían a tener color; que no quedaba ni un solo rastro de aquella viscosidad negruzca y que el pelo estaba otra vez en su sitio. Sin embargo, Joe sabía lo que había visto. Acababa de pasar. Y si había desaparecido había sido...

«Por los clavos».

¿Había sido la pistola? Entonces, ¿por qué de repente había funcionado? Joe la contempló como si aquella pieza artesanal y de aspecto descuidado acabara de obrar un milagro. Y entonces, se le ocurrió algo.

«Los clavos... Los...».

Abrió el cajetín del cargador y miró los clavos. Eran todos verdes. Los clavos normales habían desaparecido, seguramente en la primera andanada.

«Oh, abuelo...».

¿Había sido eso?

—Oh, Jesús... —exclamó, intentando deshacer el nudo que estaba formándosele en la garganta. Se sentó en el suelo y se abrazó, notando que lo zarandeaban unos espasmos incontenibles. Su cabeza, sin embargo, funcionaba en segundo plano a toda potencia.

¿Cuánto tiempo llevaba el abuelo Cerón Harper viviendo allí? Bastante, se dijo. ¿A dónde iba el abuelo cuando llegaba el invierno? A ningún lado, probablemente. No creía que el abuelo tuviera una segunda residencia en la soleada California, como no creía que la merluza pudiera volar. No, el abuelo Harper se quedaba allí todo el tiempo, incluso en invierno. Cada año.

«Tuvo que verlos. Tuvo que verlos porque yo llevo aquí unos pocos meses de mierda y vaya si los he visto. Tuvo que verlos si es que andaban ya por aquí, si tienen que ver con el Pozo, porque el Pozo es de mucho antes, el Pozo ya era una mierda mucho antes de que el abuelo echara aquí su primera meada.

»¿Y si encontró una manera de hacerles frente? —se preguntó después—. ¿Y si descubrió una forma de... de pararlos? ¿De qué otra manera podría haber vivido...?».

Entonces, una pregunta afloró en su mente.

«¿Cómo había muerto el abuelo Cerón?». No recordaba haberlo sabido nunca... Los abuelos mueren, eso es todo; lo hacen incluso antes de que uno venga al mundo, así que no se menciona. Ni siquiera podía recordar a su padre contando la anécdota, si es que existía alguna... Cerón Harper, había supuesto siempre, podía haber muerto por causas naturales en un mundo donde llegar a los setenta años era algo meritorio. En su cama, probablemente, quizá en aquella misma cabaña, tosiendo sus miasmas por la noche.

Pero ¿y si no había sido así?

¿Y si había sido otra cosa?, ¿otro tipo de muerte?

¿Había desaparecido también el abuelo Harper?

Lamentó entonces no haberle preguntado a Pete cuando tuvo la oportunidad. Seguramente, su muerte era algo que todo el mundo en aquel lugar recordaba; al fin y al cabo, su abuelo era el mítico Cerón Harper.

Miró el arma, que ahora había caído a sus pies.

«¿La hiciste tú entonces, abuelo? ¿Fabricaste una puta pistola neumática en 1800? ¿Encontraste algo, alguna sustancia extraña, con la que embadurnar los clavos y librarte de esas cosas, sean lo que sean?».

La respuesta tronó en su mente.

«Te estás volviendo loco».

Y cuando miró el marco de la puerta, ahora abierta, con los goznes colgando y los restos de madera tirados por el suelo, empezó a llorar.

—Ojalá —barbotó, intentando apartar las lágrimas de sus mejillas—. Ojalá.

Capítulo 7

Una visita inesperada

El amanecer llegó, y sorprendió a un Joe Harper aterido de frío sentado en el suelo de la cabaña. Había empezado a nevar otra vez y una brisa helada entraba por el marco de la puerta, extendiendo una lengua de nieve por el suelo de madera. El fuego en el hogar hacía tiempo que se había apagado, y sus mejillas parecían tener el color azulado de la carne congelada.

La claridad del nuevo día, sin embargo, hizo que Joe levantara lentamente la cabeza. Lo hizo poco a poco, como si tuviera que acostumbrar su cuerpo al movimiento; aún le costó unos buenos diez minutos incorporarse y empezar a recobrar el control de su cuerpo.

Joe no había dormido. Había estado pensando, sobre todo en el cadáver que tenía en el dormitorio. Lo que había ocurrido durante la noche cambiaba bastante las cosas; ahora pensaba que aquel pobre diablo podía haberse encontrado en estado de shock cuando irrumpió en su casa, si había visto lo mismo que él. Uno no se enfrentaba a algo como aquello sin perder un poco de cordura. De repente, todas sus acciones tenían sentido, incluso el hecho de que quisiera sacar el coche de la nieve. Nadie en su sano juicio lo habría intentado siquiera.

David Wright estaba trastornado, enfermo de miedo y de locura, y él lo había matado.

Una de las primeras cosas que hizo, después de asegurarse de que en el exterior de la cabaña no había nada ni nadie, fue sacar el cuerpo de Wright. Lo llevó a la parte de atrás, cavó de forma superficial en la nieve y lo metió allí. Ni siquiera le importó su cercanía al pozo de agua: Joe solo quería quitar su rostro sereno de la vista, ponerlo en algún sitio donde el frío de la nieve y el hielo lo preservaran. Más tarde daría cuenta a las autoridades de su paradero; les explicaría lo que había pasado y todo saldría bien.

Joe miró entonces el camino. Se dijo que empezaría a andar hasta que viera algún coche, cualquier coche... Uno que le llevara a la ciudad o cualquier otro destino alejado de allí. Ya había tenido bastante Yukón para toda una vida, prefería volver a la ciudad y vivir en una caja de cartón en alguna estación de metro que pasar un solo minuto más en aquel lugar. Sin embargo, la nieve caía en abundancia y el viento empezaba a soplar con fuerza; con seguridad habría caído vencido por el frío y la extenuación antes de llegar a la carretera principal. El agotamiento era ya más que evidente, de todas formas, y no solo en un plano físico, sino también mental. Había estado expuesto a demasiado terror, demasiada excitación, involucrado en cosas que

todavía no aceptaba ni comprendía, y eso por no hablar del frío y la nieve. Ya le había costado bastante cavar la improvisada tumba del señor Wright; mientras trabajaba había tenido la sensación de que el agujero se llenaba más rápidamente de lo que él lo vaciaba. Pero si intentaba caminar por ahí, acabaría enterrado hasta la cintura. El esfuerzo que tendría que hacer se multiplicaría por un número demasiado descabellado para pensar en ello.

«En cuanto descanse y deje de nevar, me pondré en marcha —se dijo—. Solo el tiempo de comer un poco, y puede que dormir una o dos horas. Porque... no puedo... más».

Joe ignoraba si había un solo monstruo o varios; no sabía si la criatura que había matado era la misma que había visto en el bosque. Ni siquiera sabía si la había matado realmente o la había expulsado de alguna forma, ni si volvería de nuevo a por su alma inmortal. Desconocía también si aquellos monstruos salían solo de noche, como en los cuentos, o también de día, pero estaba tan cansado que dormiría igualmente, aunque eso significase no despertar más. Se arrastró al dormitorio, se cubrió con todas las mantas que pudo y se quedó dormido al instante.

Durmió abrazado a la pistola de clavos.

Joe abrió los ojos, y cuando descubrió que la oscuridad lo rodeaba, gritó tan fuerte y durante tanto tiempo que acabó tosiendo. Solo después de eso comprendió que no había sido tragado por ningún monstruo; era solo la oscuridad de la noche.

Ese conocimiento, sin embargo, le hizo dar un respingo. Buscó a tientas la pistola de clavos y se plantó junto a la cama, alerta. ¿Cómo era posible que hubiera dormido todo el día? Los días eran más cortos en esos meses del año, pero aun así tenía que haber dormido casi diez horas.

Incluso en estado de alerta, Joe recordó haber leído sobre eso en alguna parte. Llega un momento, cuando el estrés es demasiado intenso, que el cerebro se desconecta, como cuando un motorista que está a punto de estrellarse sufre un desmayo.

«Era para que murieras en la cama, Joe —dijo una voz burlona en su cabeza—. Para que no te dieras cuenta de nada».

Y hacía frío: hacía tanto frío que le costaba trabajo pestañear.

Joe salió al salón. Había olvidado que ya no tenía puerta; la nieve se había extendido por el interior formando un pequeño montículo. Era tan pura y estaba tan llena de matices y destellos que parecía algún tipo de sedimento calcáreo. El viento nocturno atravesaba el umbral cargado de un frío intenso y agudo como un estilete.

Joe no sabía si el monstruo (o los monstruos) volvería también esa noche. Había una posibilidad de que hubiera vencido al invierno, después de todo; que la pesadilla hubiera terminado. Si ese era el caso, aún podía arreglarlo todo.

Debía... Necesitaba agarrarse a eso.

Dedicó las tres horas siguientes a trabajar. Lo primero que hizo fue encender un buen fuego; las llamas prendieron con dificultad (utilizó toda la madera de la puerta que el monstruo había hecho estallar y un par de troncos), pero acabaron altas y majestuosas, y pasó unos buenos diez minutos sintiendo cómo el calor penetraba a través del abrigo, tan embriagador como esencial. No se había dado cuenta de cuánto frío había soportado hasta que sintió el calor en los dedos; casi tuvo que rozar las llamas para volver a sentir la calidez del fuego.

Luego se apresuró a fabricarse una especie de cabestrillo para la pistola. No quería separarse de ella en ningún momento, igual que tampoco se quitó los tapones de cera de los oídos. Quedó sujeta por el hombro, siempre a mano, de una forma que no le entorpecía continuar con el trabajo. Luego sacó fuera toda la nieve con ayuda de una pala y se ocupó de la puerta. Pete y él habían construido una para el dormitorio, y aunque no tenía el mismo tamaño, la recortó y la limó para hacerla encajar, y le colocó las antiguas bisagras que había rescatado. Cuando la tuvo colocada y delante de él, empezó a sentirse mejor: trabajar en la puerta con el bosque oscuro y ominoso a unos cincuenta metros le había hecho estar en alerta constante.

El resto de la noche transcurrió en una apacible calma. Joe la pasó en el sofá, mirando cómo las llamas consumían los troncos y los trozos de madera, dejando que las imágenes de los recuerdos deambularan por su mente. Flotaban al azar, y las repasaba una y otra vez buscando quizá una explicación, un vínculo, algo que pudiera servirle. En la mano sostenía uno de los clavos. Le dio mil vueltas, lo olisqueó y hasta intentó rascar la cobertura verdosa sin que consiguiera averiguar nada. Sin embargo, fuera lo que fuese, estaba bastante seguro de que aquella sustancia había hecho que el monstruo desapareciese.

Pero ¿qué era? ¿Qué... demonios... había cocinado el abuelo Cerón en aquella vieja cabaña de Yukón?

Joe se incorporó con un solo movimiento, hastiado de estar sentado y de tanto pensar. Aún faltaban un par de horas para el amanecer, pero necesitaba un poco de aire fresco para despejarse. Además, los batientes seguían cerrados y no tenía otra forma de saber si había dejado de nevar. Si al amanecer había cesado, emprendería el camino, y si encontraba un coche en alguna vivienda cercana, lo tomaría.

«Como David Wright, ¿eh, Joe?», se burló la voz en su mente.

Joe tomó la pistola y abrió la puerta, y cuando lo hizo, el sobresalto casi le hizo soltarla. El pecho se le encogió de tal manera que, sin poder evitarlo, exhaló todo el aire de los pulmones, y su visión hizo un ligero fundido a negro por un par de segundos, como en una lipotimia. Un viento inesperado que parecía venir de todas partes a la vez le revolvió el cabello en todas direcciones.

Eran esas cosas.

Estaban ahí delante, rodeando la casa: las mismas formas oscuras e imposibles de la noche anterior. Había tres justo enfrente, en el borde mismo del lindero, y dos más a la izquierda, cerca del vehículo, y todas tenían aquellos círculos imprecisos que daban vueltas a su alrededor de una manera casi hipnótica. Tan pronto como Joe las tuvo delante, comenzaron a chillar.

Joe cayó de espaldas, recorrido por un súbito ramalazo de dolor en la cabeza, tan intenso y demoledor que parecía que alguien le hubiera clavado un hierro candente en el cerebro. Mientras caía, abrió la boca para gritar, pero no tenía aire en los pulmones; para cuando golpeó el suelo parecía un muñeco de cera con una expresión atroz. La cabeza cayó en primer lugar y desgranó un sonido grave y duro. ¡BLOM!

Nonononononono

El espectral alarido subía y bajaba de tono, haciendo crecer o menguar la intensidad del dolor. Joe se retorció en el suelo como un presidiario sometido al antiguo tormento final de la silla eléctrica. Ahora chillaba, con una especie de graznido animal que producía con la garganta.

Nonononononono

De alguna manera, Joe consiguió llevarse ambas manos a los oídos, y cuando lo hizo, descubrió con horror que los tapones ya no estaban allí. Estaba preguntándose qué había pasado con ellos cuando el espeluznante alarido se redobló en intensidad.

-;DIOS!

Era como si la tapa del cráneo fuese a saltarle de un momento a otro. Los dientes expuestos y apretados comenzaron a teñirse de rojo: las encías empezaban a sangrar por la fuerza con la que apretaba las mandíbulas. Y en los raros momentos en los que encontraba fuerzas para abrir los ojos, estos se veían inyectados en sangre.

Sin embargo, después de unos instantes, el trauma inicial pareció remitir. Los aullidos seguían ahí, y aún sentía los latidos de su propio corazón en la cabeza; lo atenazaban como el abrazo de un oso y experimentaba un mareo tan grande que cuando miraba alrededor le parecía estar subido a un tiovivo. Pero, sin embargo, ahora parecía capaz de pensar... un poco.

En la pistola, por ejemplo.

Tenía que hacerlo. La pistola era su única oportunidad. Si conseguía hacer una serie de disparos a través de la puerta, estaba seguro que podría acallar aquellos monstruos. Sin embargo, el cabestrillo colgaba como un trapo inservible a un lado, y aunque movió los brazos desesperadamente para intentar palparla a su alrededor, no la encontró cerca.

¿Qué había pasado con ella?

Como pudo, con la cabeza ardiendo y dolorida como si se hubiera dado un mazazo, Joe se incorporó ligeramente. No se había dado cuenta, pero había reculado con los pies hacia el fondo de la casa, pasando por delante de la puerta del dormitorio. El suelo estaba recorrido por las pequeñas marcas negras de la suela de sus botas. Ese era, sin duda, el motivo por el que los alaridos ya no resultaban tan insoportables.

Pero la pistola era un problema: podía verla allí al fondo, sí, en el umbral de la entrada. Pero eso suponía unos buenos cuatro metros. Más allá, en el exterior, las

formas de un negro absoluto evolucionaban dando vueltas sobre sí mismas.

Joe intentó avanzar hacia la pistola, dándose la vuelta sin incorporarse. Se movía agazapado, sirviéndose de los pies y las manos para progresar, pero a cada paso que daba, la intensidad del alarido parecía multiplicarse.

Brazo adelante.

Los músculos del cuello empezaban a temblar.

Brazo adelante.

El dolor era ahora tan intenso que parecía que el cerebro se le estaba resquebrajando. El aullido sonaba como una enloquecedora sirena de policía que se hubiera ido de rango en la escala de agudos.

Brazo adelante...

Joe se mordió la lengua, pero estaba tan concentrado en el agudo dolor de cabeza que no fue consciente hasta que notó el sabor inconfundible, como a cobre viejo. Cuando abrió la boca para respirar, un esputo de sangre cayó al suelo de madera y dejó una mancha con forma de pera.

Lanzó el brazo hacia delante de nuevo, pero su propio cuerpo parecía rechazar la idea, como el perro apaleado que se encoge cuando le enseñas un periódico enrollado. Entonces comprendió que nunca conseguiría llegar a la pistola, y aunque lo lograse, no se veía capaz de aplicar la fuerza necesaria para disparar el arma con cierta puntería.

«Los tapones, Joe».

Los tapones. Si podía recuperarlos tendría una posibilidad de hacer frente a aquellas cosas.

¿Dónde había dejado los tapones? ¿Cuándo se los había quitado? No había sido de una manera consciente, de eso estaba bastante seguro... Debía de haber sido...

«Mientras dormías, Joe. ¡En el dormitorio!».

El dormitorio estaba allí mismo; de hecho, solo tuvo que rodar sobre un costado para colarse por el marco y acabar junto a la cama. Allí, el aullido no resultaba tan atroz, así que en apenas unos segundos se encontró rebuscando en la cama.

Diosdiosdiosdios

Mientras se movía sobre el colchón como una inquieta mascota, una parte de su mente imaginaba a las formas acercándose a la cabaña. Si habían hecho explotar la puerta de aquella forma, podían también hacer volar las paredes del salón.

«Jesús, podrían echar abajo la cabaña entera si quisieran».

Un lío de sábanas y mantas; si la cera estaba allí dentro, en algún lugar, podía haber quedado aplastada. Podía haberse deformado, derretido, quebrado...

Como respuesta a su línea de pensamiento, Joe encontró un trozo de cera, aunque estaba muy lejos de ser lo que debía. En realidad tenía la forma de un huevo aplastado, como si hubiera dormido encima.

—No...—soltó.

Se quedó mirándolo, intentando concentrarse en lo que hacer a continuación, pero los chillidos se retorcían a su alrededor, invisibles, emponzoñando su mente.

«Si pudiera... tan solo... pensar...».

El pegote aún seguía tibio por haber estado entre las mantas, pero había perdido la forma adecuada. Joe, que aún tenía las manos calientes de la excitación y la proximidad a la chimenea, lo rodeó con sus palmas para intentar imprimirle algo más de temperatura. Quizá aún pudiera moldearlo de alguna manera. En su boca, la lengua empezaba a hincharse por la herida.

—Oh, Dios...;DIOS!

Los gritos (porque eran varios, ahora podía identificarlos) lo estaban matando. No eran tan intensos, eso era cierto, pero seguían jugando con su cerebro como si fuera una masa de gelatina. Empezaba a sentir dolor con solo intentar abrir la boca para acomodar la lengua. Las manos le temblaban. Sin embargo, de alguna forma volvió a hacer maleable la cera. No había tiempo de buscar ningún otro pedazo, sin embargo, así que lo dividió en dos y trató de adaptarlos al pabellón auditivo de cada oreja.

Esta vez el resultado no fue tan notable, pero creía que sería suficiente. Todavía podía escuchar los gritos, y aunque seguían resultando tan enervantes como la fricción de unas uñas en una pizarra, al menos ya no parecían taladros.

«Ahora, Joe. Ahora o nunca. Hazlo rápido, corre tanto como puedas... Porque si no lo consigues estás muerto muerto muerto».

Joe miró hacia el umbral, apretó los dientes, suspiró hondo, y se lanzó a la carrera.

Tardó apenas unos segundos en llegar hasta la pistola, aunque cuando llegó a ella los ojos se le salían de las órbitas y la mandíbula se le inclinaba hacia un lado, como desencajada. Lo que percibía ahora era una especie de trepidante vibración que lo hacía moverse como si estuviera aquejado de convulsiones. Le dolía cada músculo de la cara y las encías protestaban como si hubiera estado masticando hielo. Era como si aquellas cosas hubieran aumentado la intensidad de sus ataques mentales. Para superar el último metro, Joe tuvo que lanzarse en el aire.

Cuando su mano tocó el frío metal de la pistola, Joe dejó escapar un grito de triunfo.

Rodar hacia un lado y empezar a disparar fue todo uno. Los clavos volaron por el exterior de la cabaña, acompañados por los bufidos de aire de la pistola. La primera andanada se perdió entre los árboles y la nieve, pero la segunda dio de lleno en una de las formas. El efecto fue inmediato: otra vez el fenómeno comenzó a desplegar una suerte de apéndices oscuros, largos y delgados como lianas, mientras parpadeaba y se desvanecía, como si se retorciera en mitad de un dolor insoportable.

Joe aulló, henchido de una sensación de júbilo abrumador.

—¡HIJOS DE PUTA! ¡HIJOS... DE PUTA!

La pistola cantó varias veces más. Ahora emitía un sonido que recordaba al de un antiguo VHS rebobinando una cinta. Joe se había incorporado y había avanzado tres

o cuatro pasos en el exterior de la cabaña. Disparaba como un poseso. En un momento dado, las formas comenzaron a moverse hacia él, y un fuerte soplo de viento se levantó de la nada, creando un remolino en la explanada. Los copos de nieve volaban por el aire formando círculos enloquecidos. Al mismo tiempo, el coche se sacudió sin que nadie lo tocase y emitió un estertor metálico mientras el techo se hundía hacia el interior.

Las formas comenzaron entonces a encogerse, como succionadas hacia algún agujero invisible. Cuando desaparecían, producían un sonido como de desagüe, y el viento soplaba con tanta intensidad que los árboles cercanos parecían entregados a alguna extraña danza tribal. Joe siguió disparando, de todas formas, empujado más por el miedo que por otra cosa, hasta que la explanada se quedó tan vacía como siempre debió estar. El viento cesó de repente y la nieve comenzó a caer otra vez con normalidad.

```
—Dios... —murmuró.
```

Joe se dejó caer al suelo, hincando las rodillas. El dedo parecía agarrotado cuando lo retiró del gatillo, y la cabeza... La cabeza era una masa palpitante que irradiaba oleadas de dolor. Recordaba algunas buenas resacas de juventud en las que solo quería tumbarse en la cama, quedarse completamente a oscuras y pasar el día durmiendo, pero no era nada comparado con aquello. Estaba exhausto.

Entonces se echó a reír.

Y luego lloró.

Permaneció allí hasta que el cabello se le cubrió de nieve, demasiado aturdido para hacer otra cosa. Cuando levantó la cabeza, el alba clareaba ya por el este.

«La segunda noche y casi no lo cuentas, Joe. Esta vez han venido con algunos amiguitos, ¡caramba! Espero que estés preparado para el tercer acto…», rio la voz en su cabeza.

Joe se incorporó con lentitud, entró en la cabaña y cerró la puerta con cierta parsimonia tras de sí. Luego se retiró al dormitorio, arrastrando los pies por la casa, y tan pronto su cuerpo rozó la cama, se quedó dormido.

```
«¡Joe!».
«Eh, Joe».
«Déjame... La pendiente... La pendiente de hielo...».
«¡Despierta, Joe!».
«¡JOE!».
```

Joe abrió los ojos, confuso, agitando las manos en el aire como si quisiera agarrarse a algo. A una pendiente de hielo; pero no estaba allí, era solo algo con lo que había estado soñando. No, aquello era solo su habitación, aunque el tono de luz que se

desplegaba ante sus ojos, preñado de un hermoso color azul, pudiera hacer pensar en hielos invernales. La temperatura de la habitación también.

—¡Joe!

Joe dio un respingo al escuchar la voz, intentando comprender.

- —Qué... Qué...
- —¡Dios mío, Joe! ¿Estás bien?

Joe giró la cabeza y tardó un par de segundos en comprender lo que estaba viendo. ¡Era Pete! Pete, con un grueso abrigo de piel marrón y las manos extendidas hacia él. Pete, con el ceño fruncido de preocupación. Pete.

- —¿Pete? —susurró.
- —¡Sí, hijo! Soy yo, tu vecino Pete Herron. Por los dioses, Joe, ¿estás bien?
- —Sí... sí...
- —Duermes como un bendito ceporro, hijo. Creía que había llegado tarde. ¿Desde cuando duermes vestido? Mírate, llevas las botas puestas... ¿Seguro que estás bien?
- —Sí... —exclamó Joe, pero luego pestañeó y añadió—. No. Pete... ¡Tenemos que irnos de aquí!
 - —¿Has tenido problemas?

Joe asintió, sintiendo que un nudo le crecía en la garganta. En realidad, ahora que empezaba a deshacerse de las telarañas del sueño, una cálida sensación de gratitud comenzaba a abrirse paso en su interior. ¡Pete! No podía creer que estuviera allí, como tampoco podía explicar con palabras lo mucho que había anhelado un poco de compañía humana. Ahora podría marcharse, alejarse de allí para siempre y olvidar todo lo que había visto.

Entonces, como si le hubiera leído el pensamiento, Pete le pasó un brazo por la espalda y le dio un par de palmadas. Era un gesto cariñoso, desde luego, y Joe agradeció el contacto y la muestra de afecto.

- —He venido en cuanto he podido —explicó Pete.
- —Yo... ¿Lo sabes? No... No sabes lo que...
- —Ssshhh —interrumpió Pete—. Termina de despertarte. Haré café, si es que queda algo de leche en esta casa, y si no queda lo beberemos solo. Y entonces hablamos. ¿De acuerdo?
 - —Pero, Pete —protestó Joe—. Tenemos que irnos.
 - —Ya hablaremos de eso —respondió Pete—. Primero el café.

Joe asintió.

El café, por cierto, estaba caliente y delicioso. Joe descubrió que su estómago respondía con verdadera avidez; llevaba... ¿dos, tres días sin probar bocado? Devoró un par de bollos que Pete pudo encontrar en la despensa como si fuesen la *delicatessen* más celebrada del sur de Francia.

Mientras tanto, hablaron. Joe se deslizó por una especie de montaña rusa emocional mientras le explicaba a Pete todo lo que había pasado. Todo, o casi todo, porque el nerviosismo lo superaba y, de todas maneras, nunca había sido demasiado bueno contando historias. Fue particularmente descriptivo con aquella imposibilidad oscura, eso sí, y aunque en ningún momento consideró la idea de que su vecino pudiera pensar que había perdido la cabeza, le gustó ilustrar su relato con sus pequeñas heridas de guerra: el corte de la mano cuando la puerta explotó, las heridas superficiales de la cara del episodio en el bosque y todo lo demás. En todo ese tiempo, Pete Herron escuchó con el rostro sereno y concentrado.

Cuando terminó de describir la aventura de su primera noche, sin embargo, se encontraba demasiado exhausto para continuar y se quedó mirando la taza de café con aire ausente.

Pete guardó silencio unos instantes.

- —Vaya... —dijo al fin.
- —No quería matar a ese hombre —se apresuró a decir Joe.
- —Fue un acto de defensa propia, hijo —replicó Pete.
- —Pero él...
- —Sé cómo te sientes, pero todo el mundo en tu lugar habría hecho lo mismo.
- —Ni siquiera había visto todavía esas cosas —continuó diciendo Joe—. Si lo hubiera sabido…

Pete permaneció callado; hacía bailar los dedos de la mano sobre la mesa, pensativo.

- —Sé como suena —añadió Joe—. Lo de esas cosas. Pero...
- —Te creo, Joe —se apresuró a decir Pete—. Por eso estoy aquí.
- —¿Qué quieres decir?
- —Te dije que te compraras una radio al menos, Joe. No te habrías sentido tan solo y, lo que es más importante, habrías salido de aquí cagando leches.
- —¿Qué quieres decir? ¿Qué pasa? —preguntó Joe, alarmado. Hizo un ademán de levantarse—. Pete, ¿nos vamos? Por favor, tenemos que irnos. ¿Has traído tu coche? Has traído tu coche, ¿verdad? ¡Vámonos de aquí, Pete!
- —Me temo que no es posible —dijo Pete entonces—. Cogí un vuelo desde California y saqué el coche del garaje donde tenía contratada una plaza para estos meses, pero... No sé, estaba preocupado y supongo que no revisé bien las cadenas para la nieve cuando las coloqué. Llámame viejo idiota, pero patiné en la curva a un par de kilómetros de aquí.
 - —¡Pete! —exclamó Joe.
- —Me salí de la carretera. El coche ha quedado para el arrastre, ¡vaya que sí!, con el morro abrazado a un árbol.

Joe recibió la noticia como un jarro de agua fría. No podía creerlo. Dejó escapar el aire de los pulmones en forma de bufido y se quedó mirando a su viejo amigo como si acabara de decirle que acababa de echarle veneno en el café.

Luego hundió el rostro entre las manos.

—Está bien —dijo entonces, intentando recomponerse—. Tiene que haber otros coches en alguna casa cercana, ¿no? ¿A quién conoces que viva cerca de aquí...? Le diremos lo que ocurre y nos iremos. Todos nos iremos, ellos y nosotros. ¿Eh, Pete?

Pete negó con la cabeza.

- —Joe, cuando te dije lo de la radio...
- —¿Qué pasa, Pete?
- —Imagino que la radio local habrá dado más importancia a lo que ha estado ocurriendo por aquí. Para el resto del mundo solo ha sido una pequeña mención, una curiosidad para rellenar el espacio de los laterales de los periódicos pequeños; no lo habría visto si no hubiera sido porque mi mujer tardaba demasiado en volver de la compra y tuve que volver a empezar a leer el periódico con una segunda taza de café. Era una noticia pequeña, apenas seis líneas con solo dos de información útil, pero el titular era bastante contundente: «OLEADA DE VIOLENCIA EN SULPHUR CREEK».

Joe pestañeó.

- —Traía el recorte, pero... Maldita sea, lo puse en la maleta, y la maleta está en el coche. Pero, bueno... Básicamente decía que la policía local había estado desbordada por algunos casos de violencia desmedida entre vecinos. Lo decían así: «violencia desmedida». Hubo varios muertos y heridos. Luego mencionaba explícitamente la palabra *locura* y lo achacaba a la dureza del invierno. Era una noticia de mierda, Joe, no muy diferente a lo que podía pasar en cualquier lugar de Detroit, donde la gente se vuelve loca por la crisis y las duras condiciones de vida, pero unos ojos atentos saben leer entre líneas. En concreto, al mencionar la locura, citaban a uno de los afectados cuando dijo: «Vinieron con el frío y tuve que matar a mi familia para que callasen».
 - —Jesús —soltó Joe.
- —Cuando leí eso me preocupé. Me preocupé mucho. Ya te comenté que algo como esto ocurre todos los años, pero casi siempre son uno o dos casos aislados. Con el tiempo se ha convertido en algo normal. Pero alguien que ha vivido toda su vida en Sulphur Creek sabe que cuando la noticia pasa a los periódicos de otros estados, es por algo. Yo lo supe. Supe que si se mencionan «algunos casos» era porque, en realidad, había «muchos casos». La mayoría de las carreteras están intransitables, y hay muchas casas que se quedan aisladas durante semanas y semanas. Cuando leí eso, supe que ni siquiera la policía local comprendía el alcance de esto todavía, así que besé a mi Betsy, cogí un vuelo y vine a ver cómo estabas. Vine a por ti.

Joe asintió, incapaz de decir nada. En su interior, sin embargo, los hielos del miedo se deshacían rápidamente, alimentados por la calidez del cariño que estaba recibiendo. Se sintió torpe. Le habría gustado que no estuvieran ahí sentados para que un abrazo pareciera natural.

—Pero esa frase, Joe... —continuó diciendo Pete—. «Vinieron con el frío y tuve que matar a mi familia para que callasen», vaya, creo que coincide bastante con tu pequeño relato.

Joe dio un respingo al escuchar la frase por segunda vez.

—Pete, por el amor de Dios —suplicó entonces—. ¡Vámonos ahora, antes de que se haga de noche! Aún es mediodía... ¡Tenemos tiempo de alejarnos de aquí lo bastante para...!

Pete Herron levantó una mano en el aire. Sus ojos relucían con un brillo especial.

- —Joe, quisiera volver un momento a tu relato... —dijo.
- —Sí...
- —Esa pistola que has utilizado contra esa cosa. Dices que le disparaste y desapareció.
- —Oh. Sí. ¡Pete, estoy bastante seguro de que han sido los clavos! Los clavos cubiertos de esa cosa verde. Podemos llevarla con nosotros. Anoche volvieron... Al menos eran seis, y acabé con todos.

Pete pestañeó.

- —¿Seis? Creía que solo había sido uno —dijo.
- —No, eso fue la noche anterior. No había llegado a esa parte —exclamó Joe—. Había seis fuera de la cabaña… No sé qué hacían… ni cuánto tiempo llevaban allí. Salí fuera por casualidad y los vi, y entonces empezaron a chillar.
 - —Espera... ¿Seis de esas formas negras? ¿Estás seguro?

Joe asintió enérgicamente. Ahora lucía una sonrisa en sus labios quemados por el frío.

—Por Dios, Pete, casi me... parten la cabeza. Pero de alguna manera conseguí taparme los oídos. Con la cera, Pete. Esa es la clave... No escucharlos. Si no los escuchas, puedes enfrentarte a ellos.

Pete se recostó en su asiento.

- —Eres un hombre de recursos —comentó, despacio—. Pero, seis... ¿Estaban alrededor de la cabaña?
 - —Ahí fuera.

Pete se pasó una lengua gris y ridículamente pequeña por los labios.

- —Y los hiciste desaparecer.
- —Los jodí a esos cabrones —soltó, exultante.
- —Antes has dicho clavos... verdes.
- —Sí. Creo que te lo comenté antes…
- —No, Joe —replicó Pete.
- —Es... Es igual. Tampoco importa. Mira, cuando encontré la pistola había unos clavos bañados en alguna historia rara de color verde. Cielos, ¡esos fueron los que funcionaron, Pete! Estoy tan seguro de ello como...
 - —¿Puedo verlos? —interrumpió Pete.
 - —Claro —dijo Joe—. Voy a por la pistola.
 - —¿Dónde los encontraste? La pistola y los clavos.
- —Oh... Abajo, en el sótano. ¡Es cierto, había olvidado contarte eso también! Rio entre dientes antes de continuar—. Se me cayó un tronco y rompió la madera del

suelo. Abajo había una habitación, ¿puedes creerlo? Una maldita habitación excavada en la roca.

Pete se quedó inmóvil, como si en su cabeza zumbaran ideas a toda velocidad.

- —Sí, hombre. ¿No sabías nada? —añadió Joe—. Pensé que vosotros la habríais descubierto cuando... lo del techo. Bueno, me comentaste que algunos habíais trabajado en la casa, por la memoria de mi abuelo y todo eso. Pensé que la pistola era cosa vuestra. O sea, está claro que es un invento casero, pero me parece que en 1800 no...
 - —Un sótano… en esta casa… —soltó Pete al fin, como pensando en voz alta.
 - —Debajo mismo del salón.
 - —¿Qué encontraste allí? —preguntó Pete, arrastrando mucho las palabras.
- —La pistola, ya te lo he dicho... Los clavos... Oh... Y otra cosa, una especie de... carne podrida. Huele como mil putos demonios, Pete...

En ese momento, Pete se incorporó del sofá con un rápido movimiento. Lo hizo de una manera tan decidida y enérgica que, de pronto, ya no parecía un anciano de setenta y pico años.

—Dónde, Joe. Dónde está.

Joe lo miró desde su asiento, algo desorientado.

—Ahí mismo —exclamó con cierta prudencia, señalando el suelo de la habitación
—. Bajo esos tablones.

Antes de que pudiera añadir nada más, Pete se lanzó hacia los tablones, se agachó y los retiró limpiamente.

«Ahí abajo huele a cloaca, Pete», pensó en decir, y en circunstancias normales lo habría hecho; en tiempos, habría hecho incluso alguna broma sobre el olor. Pero ahora... Ahora algo le empujaba a quedarse callado. Se sentía extraño. Los oídos le zumbaban. Algo iba mal.

«Oh, Pete».

Pete descendió por el hueco y desapareció de inmediato. Era sorprendente verlo bajar por la rudimentaria escalera sin utilizar las manos, como un virtuoso trapecista. Desde el sofá, Joe podía percibir cómo el mal olor iba extendiéndose por la habitación.

«Oh, Pete».

Silencio.

No quería bajar, no quería acercarse siquiera al hueco, pero tampoco quería dejar a Pete solo con aquella cosa extraña. Se quedó indeciso, esperando ver cómo su cabeza reaparecía por el agujero; lo imaginó desde todos los ángulos posibles, pero no apareció. No se escuchaba nada. Joe empezó a inquietarse. ¿Y si le había ocurrido algo?

—¿Pete?

Silencio.

Por fin, Joe se incorporó. Casi sin pensarlo, se ajustó la parte superior del abrigo para que le cubriese la nariz y se acercó al agujero. Al hacerlo, un tufo espantoso lo golpeó como una bofetada; ahí abajo olía a algo peor que a cadáver en descomposición; olía a tierra fermentada, a humedad, a vísceras agusanadas que han estado pudriéndose en una tumba cerrada. ¿Cómo podía Pete estar ahí abajo?

```
—¡Pete! —exclamó.
```

¿Y si se había desmayado?

—¡PETE!

Inquieto, Joe se asomó por el agujero. Ahí abajo reinaba la oscuridad, así que tuvo que pestañear un par de veces hasta que sus ojos se acostumbraron.

Y allí estaba Pete, de pie en mitad del sótano. Con el órgano horrible entre los brazos, parcialmente cubierto por el mismo trapo con el que él lo cubrió hacía ya una eternidad.

Un espasmo incontenible, como una arcada, lo sacudió de pies a cabeza.

—Por el amor de Dios, Pete...

Pete, con una extraña sonrisa en el rostro, giró la cabeza y lo miró. Antes de hablar, inclinó la cabeza suavemente hacia un lado; parecía un padre orgulloso que ve a su hijo por primera vez.

—Había estado aquí todo este tiempo —dijo.

Y Joe se llevó una mano a la boca para contener la náusea.

Capítulo 8

Cuando todo empezó a cambiar

—Pete... ¿Qué haces, Pete?

El día avanzaba, el mediodía había pasado y la tarde caía rebozada en nieve. La temperatura había descendido un par de grados más hasta llegar a los ocho bajo cero y, a medida que el sol se retiraba por el oeste, el termómetro seguía registrando a la baja. El cielo era una pintura impresionista embadurnada de grises y claroscuros.

—Pete...

Pete miraba ahora alrededor con ojos embargados de emoción. Tenía una expresión que Joe no le había visto nunca.

- —Todo este tiempo... en un sótano... —Soltó una carcajada.
- —Pete, me estás asustando... ¿Qué es eso? ¿Qué es esa cosa?
- —El viejo Harper me engañó bien, el hijo de puta.
- —¿Qué?
- —Construyó el sótano delante de nuestras narices.

Joe sintió que las piernas le flojeaban.

- —Pete, ¿de qué estás…?
- —Debió de empezar a construirlo mucho antes de que nos robara —exclamó, riendo de nuevo—. Y luego nos hizo pensar que se lo había llevado lejos.

La cabeza de Joe daba vueltas, vapuleada por la confusión y la indescriptible pestilencia que salía del sótano.

- —Pete...
- —Lo tenía en esa caja, ¿verdad? Sellada con grasa y lacres... ¡Por eso no podíamos percibirlo!

Una sensación de pinzamiento le atenazó el estómago, fría y estéril como la mano de un muerto. Intentaba comprender lo que estaba pasando, pero en lugar de obtener respuestas, su mente parecía retraerse a un estado de pánico que empezaba a conocer demasiado bien. Los márgenes de su visión se tiñeron de blanco.

—Pete, ¿de qué estás hablando? —preguntó con voz ronca—. ¿Qué...? ¿Qué pasaba con mi abuelo?

Pete empezó a andar hacia él, con los ojos fijos en el órgano inmundo. Cuando llegó a la escalera, Joe creyó que la realidad iba a hacerse añicos en cualquier momento, que se resquebrajaría en un mar de estrías oscuras y que, al caer al suelo, lo haría con un retumbar estridente que sería como un alarido agudo e insoportable, y detrás no habría nada más que un pozo aciago y oscuro como la ausencia de todo lo

demás. Era Pete. Estaba ascendiendo por la escalera sin usar las manos, haciendo alarde de un equilibrio imposible.

Joe retrocedió un par de pasos, los ojos muy abiertos.

—Pete —graznó.

Cuando estuvo arriba, Pete parecía mucho más alto. Ya no era el viejo encorvado que le había traído un pastel de varios kilos, el mismo que pintaba las paredes como si se tratase de una exquisita obra de arte. Incluso sus arrugas parecían más marcadas, como si alguien hubiera acentuado el contraste de su rostro dándole el aspecto de una máscara. Era otro Pete, y en aquel contexto casi onírico resultaba incluso amenazador.

—Joe... —susurró de pronto, con la boca torcida por una sonrisa que era un esbozo esperpéntico—. Gracias, Joe. Gracias. No puedes ni imaginar lo que has conseguido. Siempre me gustaste, Joe, desde el primer momento, porque hay en ti tan poco de tu abuelo... Me emociona ver que la sangre privilegiada y única de aquel Harper, hijo pródigo de una estirpe de dragones, se ha diluido tanto que ha quedado en... esto.

Herron hizo un grandilocuente gesto con la mano.

- —Pete... Por favor... —dijo Joe con un hilo de voz.
- —Reconozco que cuando vi que un Harper venía a ocupar la casa, después de tantos años, creí ver la mano del destino. El destino es caprichoso, Joe, y rara vez interviene... Pero a veces lo hace. Pensé que nos darías problemas, que habías venido a terminar lo que tu abuelo no pudo hacer.
 - —Pete... ¿Es una broma?
- —Pensé que quizá podrías tener... esto —dijo, dedicando una mirada llena de admiración al órgano que llevaba en los brazos—. Lo hemos buscado tanto, Joe. Yo lo he buscado sin parar, cada día, durante decenios. No sabíamos qué había hecho el viejo Cerón con él. Podía haberlo enterrado en cualquier parte, podía haberlo arrojado al río, podía habérselo entregado a alguien con instrucciones para que lo llevara al sótano de alguna iglesia en Palermo. Por eso, cuando te conocí, tuve una idea... ¿Y si Cerón Harper, antes de que lo pilláramos, envió el corazón a algún familiar remoto?

Joe negaba con la cabeza. Estaba aterrorizado, sí, hasta el punto de sentir que las piernas eran incapaces de llevarle un solo paso hacia cualquier dirección; pero al mismo tiempo, todavía albergaba la loca esperanza de que Pete, de pronto, se doblara en dos en medio de una carcajada. Que le mirara con ojos anegados en lágrimas de hilaridad.

- —Por eso te llevé a ver el Pozo, Joe —continuó diciendo Herron—. No estaba seguro de si sabías algo. Quería ver tu reacción, que tuvieras toda la información. Quería que, si tenías el corazón, supieras qué hacer con él.
 - —Pete... por favor... —sollozó Joe—. No tengo ni idea de qué hablas.

Pete volvió a reír, pero la risa se percibía como artificial, sobreactuada, digna de un actor de opereta que ha estudiado demasiado cine clásico.

—Eres un patán, Joe —sentenció—. Pero incluso los patanes tienen su pequeño papel en la Gran Representación, y tú no ibas a ser menos. Tú... Tú nos has devuelto el corazón.

Joe miró el órgano inmundo. Con aquella arteria desproporcionada que asomaba por entre la tela como el muñón amputado de un animal sí que parecía una especie de corazón.

—Apuesto a que no sabes lo que es, Joe.

Joe negó con la cabeza, sin poder apartar la mirada de aquella aberración. Su color pasaba del púrpura encendido a un negro necrosado.

—Creo que mereces una explicación, Joe. Te lo has ganado de alguna manera, aunque tu mérito esté tan sujeto a lo fortuito y al azar que casi da risa. Pero ¿cómo explicarlo para que lo entiendas? Los hombres lo simplificáis todo demasiado, y eso es por algo. ¿Cómo le explicarías a un conejo que sus patas se asientan en un planeta, uno de muchos, que gira danzando por el Universo? ¿O que todo lo que ve se compone de moléculas y átomos? No puedes. La mente del conejo no da para eso. Con vosotros pasa lo mismo, por mucho que en vuestro ego infinito os creáis capacitados para comprenderlo todo. No habéis cambiado tanto desde que mirabais al sol y usabais la misma palabra que para todo lo demás: «¡Dios!». Dios, el ser supremo bondadoso que servía para explicar la caída de un rayo, la muerte de un ser querido o la calidad de la cosecha. ¿Eh, Joe?

Después de reír brevemente entre dientes, Herron suspiró y miró hacia el techo de la habitación. Joe permanecía inmóvil, incapaz de moverse o de pronunciar palabra, tan atónito estaba. Los ojos de Herron se movían de un lado a otro, soñadores, como si se remontaran en el tiempo, buceando en recuerdos lejanos. Cuando al fin los volvió hacia él, Joe vio en ellos una profundidad insondable, un brillo ancestral, la conjura de toda una eternidad.

—Duerme en el Pozo desde el principio de todos los tiempos —empezó a decir, aunque su voz tenía ahora un deje grave y rasposo, como el runrún de un animal que masculla en las tinieblas de su guarida—, pues el Pozo es mucho más profundo y antiguo de lo que ningún hombre puede imaginar. Sus raíces se funden con espacios y recovecos que escapan de la realidad que conocéis, se desdoblan, se escabullen. Son puertas, Joe, accesos ancestrales a lugares que no querrías conocer. Fue excavado por seres que nadie conoce y que nadie recuerda, seres proscritos de todas las crónicas humanas aunque, en un tiempo, convivisteis con ellos.

Joe escuchaba ahora con interés. Algo en el tono de voz que Herron estaba empleando le había hecho olvidarse de toda su confusión y de su pánico y concentrarse en la narración. Era como un cuentacuentos que susurra a los niños una historia de miedo en una esquina de una librería un sábado por la tarde, cuando el sol empieza a desaparecer y las sombras son largas.

—La mayoría de esos accesos, Joe, los abrieron aquellos seres. Sabían que el lugar era propicio, del mismo modo que un prospector petrolífero sabe dónde

emplazar una torre de extracción. Ignoro qué pretendían... Curiosidad esencial, supongo. En ese sentido no eran muy diferentes de vosotros, plagados de extrañas motivaciones, locos sueños, ansia de conocimiento. Lo que sea. Vuestra curiosidad es nuestro alimento. Porque, Joe, cuando rasgaron el velo de este plano..., nosotros entramos.

Joe se llevó una mano a la boca.

- —Los devoramos a todos, Joe. ¡Estábamos tan complacidos! Este plano nos estaba vetado desde hacía tanto, tanto tiempo... Cuando empezamos a movernos aquí, lo hicimos lentamente. Tardamos miles de años, pero nos fortalecíamos un poco cada día, y a medida que pasaba el tiempo, nuestro poder se incrementaba más rápidamente.
 - —Demonios... —soltó Joe casi sin poder evitarlo.

Herron lanzó una carcajada. Tardó un rato todavía en poder hablar, pero antes de continuar, se encogió cómicamente de hombros.

—Claro, Joe. Demonios —dijo con socarronería—. Llámanos así, si quieres, si es lo que has aprendido o te han enseñado. Siempre un solo concepto para todo, ¿eh?, al estilo de los hombres. Como te he dicho, tu mente no ha sido diseñada para comprender de qué va esto realmente. Pero lo cierto es que, como los demonios de tus mitos, nosotros bebimos... ¡Oh, cómo bebimos! Bebimos enormemente de vuestra... humanidad. Como vampiros del alma, Joe, si quieres llamarnos también así. A medida que el hombre se extendía sobre la Tierra y colonizaba territorios mediante la sangre, la guerra y el odio, nosotros encontrábamos nuestra existencia aquí mucho más cómoda y fácil. Sin saberlo, con vuestros actos, los hombres habéis tejido la telaraña de la que ya no podéis escapar.

De pronto, Joe se encontró inhalando una buena cantidad de aire con un gesto casi desesperado; sin darse cuenta, había estado aguantando la respiración, completamente absorto en aquellas palabras.

- —El mal... —dijo—. Os servís del mal.
- —El bien, el mal...;Oh Joe! Todo eso son conceptos humanos, tan aburridos y limitados por sus propios márgenes que resultan hilarantes. —Sacudió la cabeza, reflexivo—. Joe, Joe, Joe... Toda acción tiene un eco en el delicado equilibrio del Universo. Cada acto, por pequeño que sea, hace sonar una nota en la Gran Partitura y genera ondulaciones en el entramado energético, movimientos de los que nosotros, seres de otros planos, nos nutrimos. Los actos que mueven más energía son los que nos permiten crecer más, y... Joe... —Torció la boca para sonreír—. Nada mueve tanta energía como el miedo, el horror, el sufrimiento.

»No tengo tiempo para continuar nuestra pequeña charla metafísica, Joe… — añadió—. Hay cosas que hacer que ya se han demorado mucho.

- —¿Qué…? ¿Qué va a ocurrir ahora? —preguntó Joe, con un hilo de voz.
- —Ahora... Ahora me iré, Joe. ¡Oh, lo dices por ti! ¿Tienes miedo de perder tu vínculo con tu pequeña vida terrenal? —Soltó una carcajada—. Oh, no te preocupes.

Te dejaré vivo, te dejaré aquí mismo, Joe. Porque si supieras... Si supieras lo que os espera cuando abandonáis esta existencia... —dijo riendo—. Si lo supieras, no tendrías miedo, no. Te agarrarías a la vida con uñas y dientes para no trascender. Querrías vivir para siempre.

Joe sintió que las piernas le temblaban, amenazando con no sostenerle por más tiempo. Intentó decir algo, pero solo pudo emitir una especie de graznido que, de todas formas, se confundió con la risa de Herron y se perdió para siempre. Sí, había tenido miedo de perder la vida, o quizá había tenido miedo al dolor físico previo a la muerte, pero el último comentario le había hecho sentir que podía haber cosas peores que eso. Le había agostado la esperanza hasta hacerla desaparecer.

Pete se dirigía ya hacia la puerta, llevando el órgano entre los brazos. Iba sonriendo como si acabara de cruzar unas palabras cordiales con un vecino y ahora se encaminara hacia el parque con su bebé para disfrutar de una agradable mañana. Joe empezó a sentir cierto alivio al verlo alejarse. ¿Estaba canturreando? Eso creía, sí. Canturreaba. Pete se alejaba a hacer lo que fuese que iba a hacer.

¿Ya estaba? ¿Era así como acababa todo?

—Pete —dijo al fin—. ¿Siempre fuiste Pete?

Pete anduvo todavía un par de pasos, ahora más lentamente, y se detuvo sin volver la cabeza.

- —Ah... Pete. Pete Herron. No, Joe. Esta carcasa no es mía. Pete Herron era un hombre que esperaba vivir tranquilo sus últimos años. Tú nunca conociste a Pete. No le habrías gustado.
 - -¿Cómo? ¿Cómo lo hiciste?
 - El cuerpo que una vez fue Pete Herron se dio la vuelta. Sonreía.
- —Pete vino al Pozo hace mucho, mucho tiempo. Vino fascinado por nuestros susurros. Se acercó demasiado... No. Hicimos que se acercara demasiado.
 - —Y lo...
 - —Lo devoramos, Joe.

Joe ya no dijo nada más.

Esperó a que el ser abandonara la cabaña y luego permaneció quieto en la soledad de la habitación, sintiéndose pequeño; muy pequeño y extremadamente frágil.

Joe había entrado en shock.

A pesar de la repugnante pestilencia que había dejado el misterioso órgano, estuvo veinte minutos quieto en mitad de la habitación, sin mover ni un músculo, con la mirada perdida. No pensaba en nada, no acusaba el frío desmesurado que traspasaba el umbral y hacía descender la temperatura en el interior hasta un par de grados bajo cero.

Luego, de repente, se derrumbó.

Cayó al suelo como una marioneta que hubiera estado colgando de un solo hilo, quedando recogido sobre sí mismo, con las piernas plegadas bajo el cuerpo. Los brazos habían quedado fláccidos a un lado. Después, como si hubiera estado aguantando la respiración un largo tiempo, empezó a respirar con rapidez; inhalaciones fuertes en cadena, jadeantes, hasta que la visión empezó a nublársele en los bordes como tintada por un cristal opaco. Un sudor frío corrió a ocupar su frente. Joe se llevó las manos a la cabeza, intentando recuperar el ritmo normal de respiración, pero este no hacía sino empeorar.

Empezó a asustarse de veras.

Joe había padecido asma cuando era pequeño. Vivía pegado a un pequeño aparato de un color azul desvaído que accionaba con una mano. El medicamento iba directamente a la garganta y le producía un alivio casi instantáneo. Con el tiempo se convirtió en una especie de adicción: cuando corría unas cuantas decenas de metros y la respiración se le aceleraba, en lugar de esperar con normalidad a que el ritmo cardiaco se restableciese recurría al prodigioso cacharrito para aliviar los pulmones. Funcionaba, por supuesto, pero por algún motivo, acabó necesitando inhalaciones constantes a poco que notase alguna falta respiratoria.

Un día, mientras almorzaba en un restaurante, sus pulmones se trabaron.

Joe se levantó de la mesa con una expresión asustada desfigurándole el rostro. Era incapaz de inhalar o expulsar aire, como si ahí dentro toda la maquinaria se hubiera detenido. Salió a la calle desabotonándose la camisa y remangándose, presa de una repentina oleada de calor. Era como si cada poro de su piel reclamara aire con urgencia. Recurrió entonces a su inhalador con manos temblorosas, pero en el diseño de la solución había un problema: necesitaba inhalar para que el medicamento penetrase, y él no podía en absoluto, solo conseguía abrir la boca como si fuese a beber agua de manantial después de estar tres meses en el desierto. El chorro blanco escapaba, vaporoso, elevándose hacia el cielo, como el vapor de una tetera que aúlla en el fogón.

El pecho parecía ocupar un volumen tan grande que parecía una especie de hombre lobo en plena mutación.

Se asfixiaba.

En aquellos momentos, ya con la visión desvaneciéndose en sus márgenes y contaminada de un aura espectral blanquecina, Joe no sintió miedo. De alguna forma extraña, y habiendo comprendido que en cualquier momento caería al suelo para abrazar la negrura infinita de la no existencia, descubrió que se sentía casi indiferente, incluso tocado por una sincera curiosidad. Esperaba el momento del desenlace como quien mira una película, intrigado por ver cómo se desarrollaba todo. En algún momento (recordaría luego) miró alrededor y vio gente que apartaba la mirada. Un niño que lo observaba con ojos como platos fue apartado por su padre con un gesto piadoso. Asistió a todo eso sin formular ningún juicio moral, sin valorar la situación o

la indiferencia de aquellas personas; no sintió angustia, ni frustración, ni impotencia o tristeza. Iba a morir. Y eso era todo.

En aquella ocasión, la suerte, o quizá el destino, se puso finalmente de su lado. Tan inesperadamente como había empezado, la crisis pareció remitir: de repente, los pulmones dejaban entrar aire otra vez. En medio de horribles sibilancias, Joe se aferró a ese pequeño aliento como un hombre a la precaria repisa de un abismo. De repente, la esperanza era otra vez su emblema y su lanza, y Joe luchó, aferrándose a la vida con manos trocadas en garras desesperadas. En una de ellas llevaba todavía el inhalador; sorprendentemente, había conseguido no dejarlo caer. Aunque al principio se creyó incapaz de manejarlo y lograr inhalar el medicamento, de alguna manera logró poner los labios alrededor del aparato. La acción del mecanismo casi le hizo verter lágrimas de alegría, pero ni siquiera pudo escuchar el particular siseo del gas; era como si tuviera ya los sentidos embotados. Había estado cerca. Demasiado cerca.

Pero salió de aquella y una semana después visitaba a un alergólogo que le hizo un tratamiento completo. Le pincharon en el brazo y le inocularon todo tipo de sustancias: las múltiples rojeces fueron del todo reveladoras. Su problema resultó ser algo tan simple, en apariencia, como la alergia (desde las más comunes como las gramíneas y ácaros a otras más inusuales pero igualmente peligrosas), así que se vacunó con un tratamiento especial que duró seis meses. Gotas debajo de la lengua tres veces al día y un par de pastillas. Desde entonces, Joe mejoró. Penurias que formaban parte de su vida, como el picor de ojos, de garganta o los resfriados eternos, desaparecieron del todo. Joe dejó de sentir la necesidad de usar el inhalador y, con el devenir de los años, acabó olvidándose de él.

Ahora, sin embargo, sentado en el suelo de la cabaña del abuelo Cerón Harper, Joe revivía aquellos momentos. Las mismas sensaciones volvían otra vez: la bruma blancuzca, el suave y lejano zumbido en los oídos que, de pronto, se convertía en un pesaroso silencio...

Pero no había inhalador.

Hacía muchas décadas que no había habido inhalador en absoluto.

Joe se incorporó, resoplando con vehemencia. Sentía que, cada vez que lo hacía, el aire que quedaba en sus pulmones era cada vez más escaso. Parecía un animal que brama mientras siente la cercanía de la muerte. Cada vez costaba más. Y más. El pecho le dolía, le oprimía. Su cuerpo demandaba un oxígeno que no podía obtener.

En un momento dado, y aunque ni siquiera fue consciente del hecho, Joe cayó de bruces al suelo, incapaz ya de sostenerse. Para entonces, todo lo que veía era un ínfimo punto de luz en medio de una negrura absoluta.

Y luego, ni siquiera eso.

Nada.

Joe dejó de boquear. La forma de su boca recordaba a la de un pez fuera del agua. Estaba muerto.

Capítulo 9 Joe el Muerto

«Joe…». «Oh, Joe».

Un resplandor blanco, cargado con la furia de mil soles. Eso es todo.

Joe intenta cerrar los ojos, pero descubre que, por algún motivo, no puede. Casi en el mismo instante, comprueba además que ni siquiera hace falta; el resplandor es como una bendición. Lo llena todo y le perfora la mente, sí, pero cuando lo acepta, lo embriaga. Lo rodea y hasta se le antoja que, de alguna manera que no puede explicar o comprender, forma parte de él.

Además se siente transportado.

No lo percibe como una sensación física; no lo nota en el estómago o en el pecho, como cuando uno desciende rápidamente por una montaña rusa y tiene la sensación de que deja parte de sí unos metros más arriba. Lo nota en alguna otra parte, lo nota en sus ojos, quizá más como un conocimiento esencial que adquiere de repente que como una percepción en sí misma.

Ahora mira hacia abajo y descubre con infinita sorpresa que allí en la distancia se dibuja un paisaje nevado cuya sola visión le quita el aliento. Ni siquiera le da tiempo a preguntarse cómo es posible ver lo que ve... Sabe que para obtener esa perspectiva aérea tendría que estar suspendido en el aire, volando o ingrávido, pero en lugar de considerar eso se queda embelesado, totalmente absorto por la contundente realidad de ese fascinante manto nevado. Era como si viera un paisaje por primera vez, como si tuviera ojos nuevos: todo estaba tan definido, pese a la distancia, y tan lleno de glorioso color, de abrumador detalle, de esplendor... que por un momento le pareció que estaba en un cine de alta definición con gafas estereoscópicas de una tecnología 3D aún por inventar. Podía percibir la textura de las rocas que conformaban las montañas, el delicado entramado de tonalidades verdosas de las agujas de los abetos y el sinfín de matices que la nieve caída exhibía, sobre todo en las zonas donde aún daba el sol.

Sin darse cuenta, Joe quiso abrir la boca para soltar una exclamación, pero en ese mismo instante fue atraído hacia algún lugar por encima de él. Las nubes lo rodearon, ocultando el paisaje, y mientras evolucionaba a través de jirones brumosos, de pronto se encontró inmerso en un espacio de un blanco inmaculado que se extendía hasta donde alcanzaba la vista.

Joe ni siquiera sabía si seguía moviéndose o no.

De pronto, al encontrarse solo en mitad de la nada, su mente empezó, poco a poco, a recordar, con imágenes que llegaban como a través de un velo, como si llegaran desde un pasado muy atrás en el tiempo. Y recordó al Pete Herron monstruoso, la cabaña y también la sensación de asfixia. Ese recuerdo lo sacudió como una descarga eléctrica. Sí, se acordaba de cómo se había desvanecido hacia...

¿Hacia dónde?

«¿Estoy muerto?».

Ese pensamiento le hizo sentir una extraña expectación, como si al descubrirse muerto fuera a caer por un abismo infinito que iba a abrirse a sus pies en cualquier momento. ¿Estaba muerto entonces, era eso lo que pasaba? Parecía una locura, pero toda aquella situación era tan descabellada y extraña que el esfuerzo consciente de considerar siquiera la posibilidad no le pareció fuera de lugar.

Entonces, las palabras del Herron-monstruo brotaron en su cabeza: «Si supieras... Si supieras lo que os espera cuando abandonáis esta existencia... Si lo supieras no tendrías miedo, no. Te agarrarías a la vida con uñas y dientes para no trascender. Querrías vivir para siempre».

Joe miraba alrededor, cada vez más angustiado. Al menos, lo intentaba. En realidad era difícil decirlo, porque lo único que veía era el espacio vacío que era a la vez el todo y la nada. En ese sentido, Joe empezaba a sentir la misma sensación de claustrofobia que si se hubiera descubierto encerrado en un ataúd, sepultado bajo dos metros de tierra; no había ningún elemento visual que pudiera tomar como referencia. Ninguno en absoluto. Todo estaba tan cerca como lejos. Todo estaba tan vacío como lleno.

La sensación duró poco, sin embargo, porque unas formas vagas y difusas comenzaron a acercarse lentamente desde arriba.

Parecían formas de aspecto vagamente humanoide, pero era difícil estar seguro porque aquellas sombras eran como simples recuerdos brumosos; la forma apenas insinuada de personas. Ahí creía ver a alguien andando, pues el movimiento característico de los brazos era inconfundible, pero allí había apenas una mancha alta y delgada en la que solamente la cabeza era distinguible; si tenía brazos o piernas, era difícil distinguirlo.

Y no se acercaban a él, ahora estaba seguro. En realidad, él se acercaba a ellos desde abajo.

Muy pronto, Joe estuvo rodeado de formas. Algunas se movían con rapidez, otras parecían flotar a la deriva, como algas mecidas por una marea invisible; unas evolucionaban en grupo, y otras se mantenían aisladas del resto. Joe hizo un curioso descubrimiento: cuanto más miraba, más formas veía. No aparecían de repente, era, sencillamente, como si siempre hubieran estado ahí y él no hubiese podido verlas.

Y entonces, el sonido volvió. De repente.

«de se han»

```
«por qué»
«encuentro a mis»
«yudadme ayudadme ayu»
«nonononono»
«aléjate ALÉJATE»
```

Joe habría abierto la boca y apretado los dientes si hubiera tenido; el caudal de información era excesivo. Las voces... Esos llantos, esos lamentos retorcidos que subían y bajaban en la escala de tonos, que se demodulaban o se volvían cantarines, tronaban como pequeñas explosiones mentales; era como tener mil voces diferentes en la cabeza, dentro, muy dentro de su mente, de una manera que jamás hubiera imaginado. Y aunque aún no fuese consciente de ello, hasta tenía cierta capacidad para procesarlas todas a la vez. Intentó entonces cerrar los ojos, hacer un intento por bloquearlas, por apartarlas... Pero aquella era como una retransmisión sin cortes: no había manera de desconectar.

```
«no puedo»
«la niña por favor»
«está pasando»
«puedo mover»
«DEJA DE CHILLAR»
«¡Joe!».
Joe dio un respingo.
«Joe...».
```

Joe se giró otra vez, lo cual le produjo cierta confusión. No se había dado cuenta hasta ahora, pero girar en aquel espacio era algo que se producía de manera instantánea, como si alguien hubiera eliminado las transiciones intermedias. Eso le produjo una notable desorientación. Había formas por todas partes: arriba, abajo, a un lado y al otro, todas moviéndose al unísono, desplazándose a diferentes velocidades. Ni siquiera sabía si estaba moviéndose, ¿cómo podría saber quién o qué había pronunciado su nombre?

```
«Estoy aquí», emitió al fin.
«Joe. ¿Me ves?».
Al instante, un millar de voces respondieron a la vez.
«No».
«¡No!».
«No…».
«¡Háblame!».
«Por favor…».
«No…».
```

Joe emitió un grito desesperado. Las voces revoloteaban en su mente causando un estrépito abrumador.

```
«¡SILENCIO! ¡CALLAOS!», chilló.
```

Y las voces respondieron en el acto, todas a la vez, brotando como una maraña de hormigas cuando se agita la entrada de un hormiguero.

```
«¡SILENCIO!».
«¡CALLAOS!».
«Por favor...».
«¡Basta, basta!».
«¡BASTA!».
```

Joe se sintió entonces desvalido y desconcertado. Giraba y giraba, perdiendo la noción del espacio. Las voces parecían agarrarlo e impedirle la concentración. Ni siquiera sabía si estaba cabeza arriba o cabeza abajo, lo que lo llevó a un nuevo descubrimiento que abrió la puerta a una profunda sensación de pánico. No podía verse. No conseguía ver su cuerpo, ni sus manos, ni nada de todo lo demás. Cuando intentaba girar la cabeza, obtenía una nueva perspectiva de las cosas, y eso era todo.

«Están todos muertos —pensó—. Son fantasmas, como yo. De eso va todo esto».

Joe se rindió a la pesadumbre. De repente se sintió triste, muy triste. Solo, desamparado, confundido y vacío. ¿Eso era lo que le esperaba a uno después de la muerte? ¿Un vacío sobrenatural de una insoportable falta de dimensión? ¿La conexión total con un montón de formas enloquecidas, dementes, que demostraban una falta notable de comprensión de lo que les ocurría y vociferaban sus lastimeras miserias? Y, sobre todo, ¿qué iba a pasar ahora, si es que el concepto de tiempo existía en ese lugar, dimensión, o lo que fuese? ¿Se suponía que debía vagar allí por toda la eternidad? Flotando... Flotando y nada más.

```
«Joe, emite en voz baja», dijo la voz.

«Pero... ¿cómo?», respondió.

«¿CÓMO ME»

«POR DIOS»

«AYÚDAME»

«PARA ESTO»
```

«¡Joe, estoy aquí mismo!», exclamó la voz de nuevo, haciéndose oír por encima de todas las otras voces.

Joe buscaba, pero sin encontrar, hasta que por fin, tras lo que pareció toda una eternidad, descubrió una forma que parecía pulsar con cierta intermitencia en algún punto cercano a él. Era casi un borrón sin sentido, una figura apenas insinuada. Ahí parecía estar lo que semejaba una cabeza, representada por una forma ovalada a la que le hubieran borrado un pedazo con una goma, y ahí los brazos, dos líneas ondulantes de un tono de gris oscuro. Joe pensó en los tentáculos de un pulpo meciéndose al ritmo de las corrientes submarinas.

```
«¿Quién eres?», emitió.
«(QUIÉN SOY, QUIÉN ERA, YO FUI)»
```

«No tenemos tiempo, Joe. Quiero que me sigas, lo más rápido que puedas. Tienes que ver algo».

```
«Pero ¿cómo?», gimió Joe.
«Aún estás débil. Espera...».
«(ESPERAR, JAJAJAJAJA, TAN DÉBIL, ¿ESPERAR?)»
```

Casi al instante, Joe empezó a sentir que algo estaba cambiando. Se sentía diferente, recuperado, como si un diabético con una bajada de azúcar recibiese de repente el aporte que estaba necesitando. Lo notó también en su percepción visual de las cosas, como si de repente el espacio blanco y vacío empezase a adquirir matices tan sutiles que solo podía descubrirlos en los márgenes de la visión periférica. Había volúmenes, como si allí hubiera un mundo invisible por descubrir, velado por un manto opaco. También descubrió que podía ver mucho más lejos; de pronto, todo se había llenado de formas y figuras hasta donde alcanzaba la vista, y las que había cerca eran más definidas.

```
«¿Qué ha pasado?», emitió.
«Te he dado energía».
«¿Puedo...?».
«No. Escucha. No tenemos tiempo. Concéntrate en mí. Voy a moverme».
```

«Pero...».

«Concéntrate. En mí. Sígueme. Solo piensa en seguirme».

La forma empezó entonces a moverse, alejándose de Joe. Resultaba fascinante verla evolucionar, moviéndose con la elegancia de un atleta ejecutando movimientos de natación sincronizada debajo del agua.

Joe se concentró. Solo pensaba en permanecer al lado de aquella figura; en eso y en nada más. Seguir. Seguir. Y aunque había previsto que acabase flotando ingrávido boca abajo o deslizándose suavemente hacia atrás como un astronauta perdido en el espacio, para su sorpresa todo resultó mucho más sencillo: se movía... Estaba realmente moviéndose tras la figura. Se movía porque podía percibir cómo todo a su alrededor avanzaba en dirección opuesta a la suya. Se sabía en movimiento.

«(Espera, cómo has, dame, dame, DAME ENERGÍA, A MÍ)»

En solo unos instantes avanzaban ya a gran velocidad. Las formas que los rodeaban se convirtieron en un vertiginoso borrón horizontal, no muy diferente al garabato salido de un lapicero sobre el que alguien hubiera aplicado un difuminado. Solo entonces, las voces parecieron desaparecer. Primero formaron un extraño conglomerado acústico y luego se convirtieron en una suerte de eco indescifrable.

Joe intentó emitir.

«¿Dónde vamos?», preguntó.

«Ya está. Hemos llegado. Mira».

Y Joe, a medida que desaceleraban, miró.

Nada parecía haber cambiado mucho: estaban todavía rodeados de aquella deslumbrante nada de un inmaculado color blanco. Pero había muchas menos formas, y cuando Joe quiso girar para tener una perspectiva completa, descubrió por qué.

Había un agujero, una especie de rasgadura en el gran telar blanco que era la inmensidad del entorno en el que se movían. Parecía, efectivamente, un agujero practicado en la vela extendida de un barco; pequeños jirones de algo que recordaba vagamente a una medusa tremolaban perezosamente en sus rebordes, como si por él discurriera una corriente de agua invisible. Y al otro lado, Joe vio algo que le recordó muy vivamente a lo que ya había visto en el bosque y alrededor de su cabaña: una negrura tan intensa que más que oscuridad parecía la ausencia de todo.

Como los torbellinos.

Joe reprimió un grito. El contraste entre el blanco y el negro resultaba insoportable a la vista.

«Mira, Joe... El agujero».

Joe estaba demasiado impresionado para contestar.

Parecía haber cierta corriente que circulaba hacia el interior de aquella negrura, después de todo. Algunas de las formas se movían como si estuvieran siendo arrastradas, aunque fuera tan lentamente que costaba aseverarlo.

«¿Qué...? ¿Qué es?», preguntó al fin.

«Es un desgarro, Joe. Un paso a otro plano. Estoy seguro de que te resulta familiar. Yo también vi aquellas criaturas, hace algún tiempo. Como tú las has visto».

«Los torbellinos...».

Y entonces, como si la sola palabra hubiera obrado una suerte de conjuro, el agujero engendró una especie de capullo, una protuberancia pulsante de un tono imposible. En pocos segundos, creció, abyecto a la vista, y vomitó una mancha oscura que empezó a moverse de manera errática. Las formas que había alrededor empezaron a chillar en su cabeza.

«Dios... mío...», emitió Joe, aterrorizado.

Joe reconoció la mancha enseguida: tenía esa especie de jirón estridente que lo rodeaba describiendo círculos ovalados alrededor.

«Un torbellino».

«No te acerques, Joe», dijo la forma.

El torbellino se movía sin rumbo aparente, describiendo giros inesperados o dando la vuelta, comportándose como lo haría un sabueso que olfatea un rastro. Mientras tanto, las voces se revolvían en su cabeza gritando con enervante estridencia.

«(POR FAVOR, ALÉJATE, NONONONO)»

Y entonces, sin previo aviso, el torbellino se lanzó contra una de las formas. Hubo un rechinar imposible seguido de un sonido húmedo, y la forma se sumergió en aquella negrura ancestral que hacía pensar en el espacio en los tiempos en los que aún no había sido poblado de estrellas. Joe, tan fascinado como aterrorizado, vio cómo la absorbía, la tragaba con una gula enfermiza, atroz. Para cuando Joe quiso apartar la vista, la forma había sido ya consumida sin dejar rastro.

Un sepulcral silencio cayó sobre la escena.

Joe sentía un vértigo infinito. Estaba tan conmocionado como asustado.

«Emites tristeza», dijo la voz, suavemente.

Sollozos. Su cabeza estaba llenándose de sollozos.

«Esas cosas —dijo la voz— son seres que una vez pertenecieron a este lugar. Siempre han existido, siempre han tenido su lugar, su propio espacio. Se alimentan de energía, como todos los demás, pero ellos son más antiguos de lo que nadie puede imaginar, y con el tiempo se han vuelto muy poderosos».

«E-energía...».

«Energía, almas... Todo lo devoran».

«Nosotros...».

«Sí, Joe. Nosotros».

Joe se estremeció.

«Antes había una especie de equilibrio, pero ahora, estos depredadores han escapado de su hábitat. De este lugar. Se han hecho fuertes gracias al agujero. Han conseguido pasar a otro lado».

«Pero...».

«¡Escúchame, Joe! El tiempo se agota rápidamente. Dentro de nada no podrás volver, tu cuerpo se habrá deteriorado demasiado».

Joe dio un respingo.

«Volver», exclamó.

«Sí. Tienes que volver. Escucha, por lo que más quieras: el agujero existe en dos planos a la vez. Aquí y en el Pozo. Yo lo vi... Es una boca aciaga, insoportable para la vista humana. No lo mires cuando estés abajo, conduce a la desesperación. Allí están acumulando energía... Milenios de energía astral robada, no solo de este plano, sino de muchos otros, incluyendo el tuyo».

«Espera», suplicó Joe. Sin embargo, la voz continuó hablando. Cada vez emitía más deprisa.

«¡Joe, te mueres! —bramó la voz—. Te estoy viendo en el suelo y tu cuerpo se muere. ¡Escucha! El agujero fue abierto hace mucho tiempo por seres que habitaron la Tierra cuando el hombre apenas empezaba a manejar las primeras herramientas, empleando rituales que se han perdido para siempre en el tiempo, olvidados irremediablemente. Mucho lamentaron estos depredadores haberse alimentado de aquellos seres, portadores del conocimiento necesario para aumentar la brecha; les habría sido mucho más fácil. Sin embargo, con el tiempo, encontraron otros caminos».

«El corazón», exclamó Joe.

«Exacto —confirmó la forma—. De aquellos seres ancestrales quedaba aún un corazón incorrupto que todavía almacenaba la energía esencial para aumentar la brecha, una especie de poder o capacidad, llámalo magia, si quieres. Pero hacía falta mucha energía astral para activarlo. Cuando yo lo encontré, esos monstruos estaban

casi listos. Iban a utilizarlo para desgarrar la brecha por completo. ¿Entiendes lo que pasaría?».

Joe pensó en ello, pero el exceso de información y la premura con la que la entidad le hablaba le impedían hacer ese ejercicio de imaginación. Y había otra cosa. Algo que la forma había dicho. Suponía que esa sospecha ya se había activado en su mente de alguna manera, pero era ahora cuando las conexiones quedaban definidas de una forma tan evidente que podía conjeturar una conclusión.

«¿Eres...? ¿Eres tú, abuelo? ¿Eres... Cerón Harper?».

«Creía que lo habías percibido. Sí, Joe, yo fui Cerón Harper. Por eso debes escucharme, Joe. Sería el fin de todo. No puedes imaginar cuánto y de qué modo, no puedes comprenderlo todavía. Las consecuencias serían... cósmicas. Inimaginables. Tienes que impedirlo».

«Pero... ¿cómo?», lloriqueó Joe.

«Joe...; SE ACABÓ EL TIEMPO!; Te mueres!; Debes irte!».

«No podré... No sé qué...».

«¡Arrebátales el corazón, Joe! ¡Arrebátaselo!».

«No podré», emitió, ahora como un lamento.

Entonces, Cerón Harper se acercó a él, y se acercó tanto que pareció grande y terrible a la vez, y cuando estuvo ya invadiendo su propio espacio de manera que las dos formas se confundían la una con la otra, Cerón gritó:

«¡VUEEELVEEE!».

Y Joe salió despedido. Fue como si todo a su alrededor saliera catapultado hacia arriba, súbita e inesperadamente. Joe cayó a una velocidad imposible, se encontró a sí mismo descendiendo por un túnel de una luz atemporal, y al instante siguiente, estaba golpeando su propio cuerpo. El impacto lo hizo estremecerse.

Joe abrió la boca, su vieja y conocida boca, y después de inhalar una larga y voraz bocanada de aire, empezó a toser.

El atardecer lo sorprendió a las puertas de la cabaña del abuelo Harper. Ya no nevaba. De hecho, el cielo, por fin, estaba tan despejado que parecía que los días de verano habían hecho un regreso triunfal, sin una sola traza de nube a la vista. La temperatura era también un poco más agradable, aunque Joe no había reparado en nada de eso; había salido a tomar aire después de su regreso y, simplemente, se había quedado allí.

Su cabeza era un torrente de sensaciones y pensamientos.

La realidad, por ejemplo. Ahora la observaba con ojos nuevos, como si entretejidos en las cosas que antes parecían mundanas y conocidas se encerrasen profundos enigmas. Sentía, de alguna forma extraña que no podía precisar, que embebidas en las rocas, la tierra y los árboles había líneas invisibles de energía que lo conectaban todo; líneas que subían al cielo lanzando destellos plateados al sol y que

luego descendían a los abismos de la Tierra; líneas que lo atravesaban también a él, pero no de una forma especial, sino como a todo lo demás.

En ese sentido, Joe no se sentía diferente de una piedra.

Joe no veía nada de eso, pero creía poder percibirlo tan claramente como un niño puede ver el vuelo de una paloma en un parque. Y era hermoso... Tan hermoso que, en ocasiones, una tímida lágrima escapaba rodando por su mejilla.

Cuando eso ocurría, el recuerdo de la voz espectral del abuelo Harper tronaba en su mente, ominosa y amenazante.

«Sería el fin de todo, Joe. No puedes imaginar cuánto y de qué modo, no puedes comprenderlo todavía. Las consecuencias serían... cósmicas. Inimaginables. Tienes que impedirlo».

«Pero, abuelo —se respondía Joe a sí mismo, casi suplicante—, solo soy un eslabón más de toda esta cadena infinita. No soy diferente de una hoja o una flor. Ahora lo veo. Ahora lo comprendo. No soy nada…».

Sin embargo, el recuerdo de la voz no tenía respuestas para él, solo la promesa de una amenaza.

«Si no haces nada, Joe —decía otra voz en su mente—, todo esto se consumirá». Pero entonces sacudía la cabeza y entraba en un bucle donde se repetía a sí mismo, una y otra vez, la misma amenaza del abuelo, las mismas protestas, y recordaba las mismas imágenes: el vacío espectral, tan inmaculado, de aquel lugar; la brecha, la forma oscura... Y el sol, que como en el tormento de Sísifo volvió a describir su vieja y conocida trayectoria en el cielo mientras el tiempo pasaba sin que nada cambiase.

«Si no lo haces, morirás igualmente —se dijo al fin—. Quizá no hoy, quizá no mañana o la semana que viene. Pero ocurrirá. Y cuando ocurra, me pregunto qué pasará con tu alma inmortal. Me pregunto si te pasarás la eternidad como energía robada al servicio de esos seres espeluznantes. Será como vivir un grito eterno donde el dolor será la única conciencia posible. Y será así para todo el mundo».

Ese último pensamiento lo sacó de su inmovilidad. Nervioso, empezó a dar vueltas en círculo, sin poder apartar la vista del suelo.

El abuelo lo había sabido. No podía decir cómo averiguó semejante cosa, pero lo había sabido. Seguramente porque, un buen día, un día en el que hacía frío, se topó con uno de aquellos torbellinos en la puerta de su casa. Y a pesar de eso, o precisamente por ello, arriesgó y perdió su vida por haberse inmiscuido en los planes de aquellos... monstruos dimensionales. Y vaya si los frenó al robarles el corazón incorrupto, aquel órgano abyecto. Los había burlado, los había vencido. Habrían podido seguir buscando aquella cosa renegrida durante milenios de no haber sido por...

Joe tragó saliva, no sin dificultad.

«De no haber sido por ti, Joe».

Era cierto. Él había sacado aquella atrocidad de la caja, de aquella especie de protección de madera embadurnada con algún barniz oscuro que no dejaba escapar su

repulsiva pestilencia. La misma protección que impedía que Ellos lo localizaran.

No, no olía. Antes de que yo lo sacara, no olía. Fue cuando rompí la caja cuando empezó a oler.

«¿Y qué pasó entonces, Joe?».

«Entonces... Luego de aquello, las cosas se desmadraron».

Se llevó las manos a la boca, horrorizado.

Sí, todo empezó a torcerse cuando dejó el órgano allí, en el suelo, emitiendo sus feromonas horribles. Quizá latía en silencio, arrojando vibraciones invisibles al aire. Quizá llamaba a casa. ¿No fue más o menos aquella misma noche, o quizá al día siguiente, cuando el señor Wright apareció en su casa intentando huir? Sí. Fue entonces cuando su casa se llenó de torbellinos negros. Aquella noche, cuando descubrió varios de ellos alrededor de la cabaña, ni siquiera supo que lo estaban rodeando. Los descubrió porque salió fuera... Pero no lo atacaron, aunque podían haberlo hecho: el día anterior, al fin y al cabo, habían roto la puerta en mil pequeños pedazos sin esfuerzo alguno. Pero no lo hicieron, se limitaron a quedarse allí, en el exterior, esperando. Quizá, a su manera, señalaban con dedos espectrales la cabaña, susurrando: «Está ahí. Ahí está», como lo hubieran hecho los Nazgûl de Mordor en la obra de Tolkien, los señores oscuros que buscaban el Anillo Único.

Joe se estremeció.

Luego llegó el Maestro. Pete Herron, o lo que fuese que ocupaba el cuerpo de Pete Herron. El único, sin duda, con capacidad para transportar el corazón gracias a su caparazón humano.

«Lo devoramos, Joe».

Entonces rompió a llorar. Se sentía casi tan avergonzado como desvalido. El alcance de lo que había hecho se escapaba de su capacidad de comprensión. Todo había sido por su culpa; había condenado a la humanidad, probablemente de una manera tan atroz que ni siquiera encontraría piedad en la muerte.

El tiempo siguió discurriendo y escapando por los márgenes del día. El sol cultivaba ya sombras alargadas en la planicie delante de la casa, anunciando la llegada de la noche. Joe la enfrentó sin miedo. Sabía demasiado bien que la oscuridad vendría y se marcharía, al alba, sin que ocurriese nada en absoluto; lo sabía porque aquellas cosas... Ellos... tenían ya lo que querían.

Al cabo decidió acostarse.

Ya lo había decidido. El día siguiente iba a ser duro.

Capítulo 10

Allen Bowen

Joe partió de su casa apenas el cielo empezó a clarear por el este. No había conseguido dormir mucho porque tenía demasiadas cosas en la cabeza, pero se quedó en la cama tumbado, mirando el techo, obligándose a descansar al menos el cuerpo.

Su objetivo era la casa de los Herron y, naturalmente, llevaba la pistola de clavos con los cargadores completos, amén de una serie de enseres que creyó útiles para continuar su viaje hacia el Pozo. Todo ello descansaba en una pequeña mochila que llevaba a la espalda.

Sabía que Pete ya no estaba allí. Con toda seguridad había vuelto al Pozo, a ultimar lo que fuera que tuviese que hacer. Quería echar un vistazo... Quería ver cómo era la vida del Pete Herron que habitaba en aquel cuerpo robado. Del ser sobrenatural. Quería ver si la cama estaba deshecha o si el monstruo pasaba las noches en algún agujero excavado en el sótano. Quería ver el interior del frigorífico, descubrir qué cosas comía, si acaso comía algo. Quería saberlo todo. Joe buscaba pistas, quería tener alguna oportunidad cuando lo enfrentase.

La casa de Pete no estaba demasiado lejos. Calculaba que podría tardar un par de horas, y eso cruzando a través de los campos cuajados de nieve. Sería, desde luego, fatigoso, pero era factible.

Joe estaba seguro de que la historia que Pete le había contado antes de revelar su verdadera naturaleza era una mentira, como todo lo demás. Seguramente ni siquiera había estado en California. ¿Para qué? Tanto él como sus malditos torbellinos pasaban el invierno buscando el corazón, por motivos que aún no entendía. Buscando, buscando. El frío; «vienen cuando hace frío…». Era, desde luego, una buena pista. Se preguntó si podría conseguir darles un poco de calor. Calor humano.

Luego estaba ese otro asunto, llegar al Pozo. Su coche estaba inutilizado, y en cuanto al único otro coche en el que podía pensar en ese momento, el todoterreno de Pete, este debía de habérselo llevado para viajar hasta allí, porque la distancia era demasiada para recorrerla andando; tardaría días, y tendría que enfrentarse a problemas tan graves como soportar la intemperie en mitad de la noche, cuando las temperaturas descienden peligrosamente. Sería bastante estúpido morir congelado en mitad de una carretera helada después de todo lo que había pasado.

La casa de los Herron no tardó en aparecer, emergiendo por detrás de la colina a medida que Joe ascendía por el camino. Mostraba un aspecto ominoso, recortada contra el cielo tocado por nubarrones oscuros. No había reparado en ello con anterioridad, pero ahora saltaba a la vista que el viejo Pete Herron, el original, debía

de tener cierta fascinación por la arquitectura gótica; la fachada, sobre todo las ventanas del segundo piso, tenían elementos que no eran muy comunes en la arquitectura de Yukón. A la luz de los acontecimientos resultaban tan tenebrosos como inquietantes, y Joe no pudo evitar pensar en cubiles inmundos que la literatura y el cine habían hecho populares. La Casa Marsten o el desquiciado manicomio de los relatos de Lovecraft aparecían como haces de una linterna en su mente.

Joe se plantó delante de la casa. Si bien estaba razonablemente seguro de que Pete no estaba, la pregunta era, por supuesto, qué había ocurrido con Betsy Herron. ¿Era ella también un monstruo? ¿Lo había sido cuando le servía primorosamente puré de patatas con boniatos y guisantes? O, por el contrario, ¿había estado la pobre mujer acostándose junto a un impostor, un depredador de otra dimensión que movía el cuerpo de su marido como un titiritero, sin que ella lo sospechase?

A juzgar al menos por las ventanas, la historia de Pete parecía ser cierta. Todos los batientes estaban cerrados, hasta los del primer piso. «Casa cerrada», pensó, como se suele hacer cuando uno va a ausentarse una temporada y teme que los vendavales puedan hacer estragos con los cristales. Joe recordaba haber visto a Betsy en el ventanal alargado del ala izquierda, en la primera planta, generalmente entregada a cacerolas y sartenes donde cocinaba la cena con la que luego lo agasajarían. Pero también estaba cerrada.

«Se fueron —se dijo entonces con alivio—. Se fueron de verdad».

«No seas estúpido. Puede que Betsy se haya ido, pero no Pete. Esa cosa no necesita que la luz entre por las ventanas. Has visto su hábitat... Es la noche eterna, la oscuridad absoluta, sin matices. No, Pete se quedó dentro, con todas las persianas bajadas y los batientes asegurados, con la chimenea apagada, a oscuras, esperando a que sus sabuesos le indicasen dónde estaba el corazón».

«O quizá... Quizá Betsy no se haya ido y siga dentro —la idea surgió en su cabeza—. Quizá sea una de ellos, después de todo. Quizá sí, ¿eh?».

Joe se dijo que era hora de averiguarlo. Al fin y al cabo, aún tenía su pistola de clavos. Decidió entonces dar una vuelta a la casa para buscar una entrada trasera. El metal de la pistola de clavos ofrecía un tacto agradable en sus manos, incluso a través de los guantes. Se juró a sí mismo que la usaría si se encontraba a Betsy con los ojos como dos huevos duros, colgando en mitad del salón como una araña vieja e hinchada, enmarañada con un centenar de hilachos oscuros que brotaban de su vientre abyecto.

El jardín trasero era una explanada yerma colmada de nieve. Una pequeña construcción de madera (un almacén de aperos) presentaba signos de abandono, con el techo desplomado bajo la acumulación de nieve. Joe arqueó una ceja. Pete era el hombre que había reparado el techo de la cabaña de su abuelo y que había trabajado con él tan diligentemente para poner todo a punto. Era un hombre que amaba el trabajo con las manos, y un hombre por añadidura que no tenía nada que hacer en

todo el día como no fueran las pequeñas reparaciones domésticas. ¿De verdad había dejado que aquella extensión de su hogar cayera en el olvido?

«No el viejo Pete, eso seguro. El viejo Pete lo habría mantenido en pie aunque solo fuera para entretenerse».

Había algo más allí, y Joe torció el gesto con satisfacción al descubrirlo. Se trataba de una estructura anexa al edificio principal, bastante rudimentaria, que era en realidad un mero armazón para sostener una puerta de madera que la nieve había cubierto solo parcialmente. Joe sabía perfectamente de qué se trataba: era un acceso al sótano, una carbonera tradicional, y contra todo pronóstico, ni siquiera estaba cerrada; únicamente un rudimentario cerrojo de barra mantenía las dos hojas en su sitio.

El acceso, una escalera estrecha con una rampa para carbón y leña a un lado, descendía hacia una oscuridad preñada de volúmenes apenas insinuados. Olía a humedad y a madera, una mezcla que resultaba tan aromática como agradable, lo que contribuía de alguna manera a su tranquilidad. Con ese ánimo, Joe descendió.

El interruptor que encontró en la pared, para su sorpresa, funcionó; dos pequeñas bombillas se encendieron y arrojaron una luz amarillenta sobre el lugar, revelando ordenados estantes, pilas de troncos y cajas cuidadosamente apiladas y clasificadas. Resultaba todo «muy Pete», y aunque no sabía en realidad qué había esperado ver, encontró un alivio cálido en el hecho de que la luz no hubiese revelado sarcófagos de piedra donde los nuevos Pete y Betsy durmiesen el sueño de los muertos, o quizá una crisálida repugnante embadurnada de mucosidades chorreantes como sebo derretido.

Sin embargo, estaba el asunto de la electricidad. El hecho de que no estuviese desconectada, como era previsible en periodos prolongados de ausencia, sin duda espoleaba sus temores.

«No estarán. Se han ido los dos al Pozo», insistía su voz interior. Joe decidió que extremaría las precauciones y se movió por el sótano intentando no hacer ruido.

El suelo, descubrió, tenía una gruesa capa de polvo y tierra, suave y uniforme como una playa virgen. Nadie pasaba por allí en mucho tiempo. Los estantes revelaban cosas como provisiones, con cajas de leche, alimentos enlatados y garrafas de agua, pero no había huellas de ningún tipo en el suelo.

«Oh, Pete. ¿De qué has estado alimentando tu carcasa humana?». Pete bien pudiera tener dentro un demonio ancestral, pero estaba razonablemente seguro de que el envoltorio seguía necesitando los aportes nutritivos esenciales para su funcionamiento.

En un momento dado, la madera del suelo crujió como si amenazara con romperse, y Joe se detuvo y contuvo el aliento. Se concentró solo en escuchar. Solo eso. Pero arriba, en la casa, todo parecía en silencio; tan solo el rumor apagado del viento llegaba hasta sus oídos desde algún lugar del exterior.

Como había esperado, el sótano comunicaba con la casa, esta vez con una puerta interior sin cerradura. El pomo cedió sin resistencia, y Joe se enfrentó a un escenario

que conocía: el pasillo de la casa, decorado con fotos panorámicas de algunos paisajes emblemáticos del Yukón. En una de ellas había un tipo joven pescando que recordaba vagamente a Pete. La luz, aunque insuficiente, llegaba desde las rendijas de los batientes, creando en la escena una penumbra mortecina; Joe tuvo que esperar unos segundos para que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad. Recordaba, sin embargo, haber pasado por aquel corredor en su camino hacia el cuarto de baño cuando estuvo allí la última vez, en la cena de despedida. Sin ser apenas consciente, los dientes le rechinaron como respuesta al arrebato de rabia que experimentó al despertar esos recuerdos. ¡Oh, habían sido tan amables y hospitalarios!

Joe recorrió el pasillo caminando tan despacio como podía. Parecía un mimo en una película a cámara lenta, levantando la pierna en el aire y dejándola caer con infinito cuidado. La pistola de clavos apuntaba hacia delante; el dedo era un cable tenso y alerta alrededor del gatillo.

El salón estaba oscuro, quizá demasiado. Joe pensó en la linterna que se había quedado en el bosque cuando encontró el vórtice negro. Se le había caído de las manos y la había perdido. ¡Ah, qué estúpido había sido, y qué bien le habría venido en ese momento! El haz de una linterna no era precisamente el ideal del sigilo, pero tampoco podía evitar pensar que aquellos seres quizá podían ser capaces de ver en la oscuridad. Si era así, estaba en auténtico peligro.

Joe entró en el salón intentando contener la respiración. El silencio creaba una sensación incómoda en el aire, desgranando una tensión eléctrica en su ánimo. Joe pensaba que, en cualquier momento, el rostro endemoniado de Betsy se le echaría encima y le arrancaría el alma del cuerpo, y que esa sería la muerte de las muertes, el fin real y absoluto más allá de toda redención. Y eso lo aterrorizaba.

Sin embargo, cuando estuvo plantado en mitad de la habitación y hubo mirado alrededor, vislumbrando a duras penas en la penumbra, se convenció de que estaba solo.

Suspiró, aliviado. Aún quedaba por recorrer el resto de la casa, pero empezaba a convencerse de que Betsy no estaba allí. Joe sacudió los brazos. Estaba sudando, pero empezaba a sonreír.

Luego visitó la cocina. Las rendijas de las ventanas proporcionaban una luz suave y suficiente para hacer lo que tenía que hacer. Con mucho cuidado, comenzó a husmear en los estantes. Estaban vacíos. Todos ellos. El frigorífico fue otra cosa: apenas lo abrió, una bofetada de un hedor indescriptible le golpeó en la cara. Joe cerró la puerta con rapidez, asqueado. Olía a basura, a descomposición sublime, y el hedor tardó todavía un rato en disiparse. Joe se cubrió entonces la nariz y la boca con la ropa; aunque se imaginaba perfectamente el motivo, necesitaba comprobar qué era lo que causaba aquel mal olor.

Abrir la puerta de nuevo reveló de inmediato el problema: había todo tipo de alimentos en mal estado, revueltos en una inmundicia oscura que lo invadía todo, una voraz plaga de moho demasiado antiguo a juzgar por su dispersión y aspecto. La

leche había adquirido una tonalidad oscura en el interior de su envase translúcido, y en el estante inferior había un puré renegrido y lleno de pequeños volúmenes de lo que una vez fue fruta. Había gusanos resbalando por todas partes, blancos y enormes, llenando las latas medio abiertas, trepando por los restos irreconocibles de antiguos manjares. Mientras Joe miraba, uno cayó de un estante a otro, se volteó con torpeza y continuó su camino.

Había visto bastante. Cerró la puerta del frigorífico y se alejó unos pasos.

Aquel no era un frigorífico de alguien que se había ido un tiempo. No había un par de cosas que empezaran a pudrirse y oler mal; aquel nivel de putrefacción era mucho más antiguo, era la Cámara de los Horrores de cualquier podredumbre. Algunas cosas eran muy reveladoras. Joe se había fijado, por ejemplo, en la hilera de yogures, fermentados de manera que los envases de plástico se habían abombado y abierto, esparciendo su infame contenido recubierto de algo de aspecto algodonoso. Esas cosas requerían mucho, muchísimo tiempo para llegar a un estado así. Meses. Muchos más meses de los que él mismo llevaba viviendo en Yukón.

No. Aquel era el frigorífico de los Herron cuando aún eran los Herron, antes de que sus cuerpos fueran tomados por esos seres. Una vez más, recordó la noche de la cena, y en un instante se sintió invadido por un asco infinito. Pensó en Betsy; Betsy en la cocina en penumbra, Betsy flotando a cinco centímetros del suelo con los pies descalzos y los dedos apuntando hacia abajo, flácidos, zumbando como un escarabajo negro y abriendo la puerta para meter los dedos en alguno de aquellos botes; Betsy extrayendo un icor grasiento que chorreaba por la mano, negruzco, aliñado con la baba amarillenta de un gusano aplastado, para darle un toque final al asado. Betsy el demonio. Pero, entonces, ¿de dónde había salido la cena de aquel día, por el amor de Dios? Desde luego, no había sido Betsy quien había cocinado. O quizá sí. Quizá aquellos seres podían acceder a una especie de Biblioteca Mental de Conocimientos de sus cuerpos huésped y ejecutar los movimientos que tantas veces repitieran en vida, como cuando Pete barnizaba con tanta diligencia las paredes de su casa.

Joe estaba pensando en todo eso cuando, de pronto, escuchó una serie de ruidos amortiguados justo encima de él. Inconscientemente, flexionó las rodillas y se quedó agachado, escuchando. Mantuvo la posición, esperando que el sonido se repitiera, agarrado a la pistola de clavos. Quizá no fuese lo mejor, pero sí lo más rápido, lo más sencillo: enfrentarse a Betsy de una vez y que todo acabase; casi esperaba escuchar los proverbiales sonidos de pisadas, luego las escaleras que llevaban al segundo piso chirriarían quejumbrosas y Betsy entraría en la cocina, atroz, iracunda y diabólica, acompañada de un chillido agudo y estridente que lo haría sucumbir y encogerse como un pequeño animal.

Pero no ocurrió nada de eso.

En cambio, un par de golpes breves pero contundentes se abrieron paso a través del silencio. Provenían de algún punto del salón. Joe reconoció el sonido de

inmediato, eran golpes de llamada. Alguien llamaba golpeando con el puño la puerta principal.

Una voz amortiguada llegó hasta sus oídos.

—¿Hola?

La mente de Joe se llenó de pensamientos desbocados que se enredaban atropelladamente en su cabeza. Instintivamente, miró al techo de la cocina y, como si algo hubiera reaccionado a esa mirada, el sonido en el piso de arriba se repitió.

Y otra vez un par de golpes en la puerta.

Joe corrió entonces hacia el salón. No le importaba quién pudiera estar llamando a la puerta, si era amigo o enemigo; lo único que sabía era que si continuaba aporreando de aquella manera, lo que fuera que estuviera moviéndose en el piso de arriba

Betsy

podría decidir bajar a abrir, incluso aunque pretendiese mantenerse oculto.

Joe se encontró con que la puerta no estaba cerrada con llave.

Al otro lado, a punto de golpear de nuevo con los nudillos, Joe encontró a un hombre de cierta edad. Llevaba puesto un grueso abrigo y lo miraba con una expresión de manifiesta sorpresa en sus profundos ojos grises. Retiró la mano como si hubiera recibido una pequeña descarga cuando Joe abrió la puerta con un movimiento rápido, casi violento.

—¡Eh! —exclamó, dubitativo. Había levantado brevemente los brazos como para protegerse.

Joe salió y, rápidamente, cerró la puerta tras él.

- —¿Quién es usted? —preguntó el desconocido.
- —¡Cállese! —dijo Joe. Lo cogió del brazo y lo obligó a seguirlo caminando junto a la fachada.

De pronto, el hombre se revolvió y se apartó de Joe. Parecía tan contrariado como asustado.

—¡Oiga! ¿Qué demonios hace?

Joe se giró para encararlo. Se acercó a su cara para hablar en voz baja.

- —¿Quiere bajar la voz, por el amor de Dios?
- —¿Qué dice? —preguntó el desconocido—. ¡Eh! ¿Quién es usted?
- —No, ¿quién es usted?

El hombre lo miró por un segundo, confundido.

- —¡Soy un vecino del dueño de esta casa, señor, y a usted no lo conozco!
- —Yo también soy su vecino, idiota. Soy amigo de los Herron.
- —¿Ah, sí? —preguntó el hombre, contrariado. Ahora pestañeaba, perplejo—. ¿Qué hacía dentro de la casa? Está cerrada…
 - —Bueno, eso a usted no le importa.
- —¿Y por qué quiere que hable en voz baja? ¿Por qué me ha sacado hasta aquí? Ahora lo miraba de arriba a abajo, como si estuviera haciendo un examen de su

aspecto. De pronto reparó por primera vez en la pistola de clavos, que tenía un aspecto extravagante, demasiado grande para ser un arma aunque lo pareciese.

—¿Qué…? ¿Qué es eso? Por el amor de Dios, ¿está usted loco?

Joe lo miró por unos momentos, pensativo.

- —Oiga, ¿ha venido en coche? —preguntó, mirando a su alrededor por si veía algún vehículo. No había ninguno. Pensaba que, si se hubiera acercado un coche por la carretera hasta la entrada, lo habría escuchado desde el interior.
 - —¿Qué? —preguntó el vecino.
 - —Su coche, ¿ha venido hasta aquí en coche? ¡Rápido! Es una emergencia.
 - —¿Una... emergencia?
 - —¿Tiene su coche por aquí? —preguntó Joe, enérgico.
 - —No, yo... Mi coche... He venido andando...
 - —¿Vive muy lejos? Necesito su coche.
- —Pero... ¿qué dice? Yo... Yo vivo al otro lado del río. Oiga, ¿para qué quiere mi coche? ¡Ni siguiera sé si...!

Joe sacudió la cabeza.

- —Por el amor de Dios —le interrumpió—. ¿Ha venido andando desde el otro lado del río? ¿Cuánto es eso, cuatro kilómetros quizá? ¿Por qué ha hecho eso? Oiga... ¿Es que no ha visto nada?
 - —¡Lo he visto a usted merodear alrededor de la casa! ¡Por eso he llamado!
 - —No me refiero a eso —contestó Joe—. Me refiero a... cosas... Cosas extrañas.

El hombre se sacudió, incómodo.

—¿Qué...? —dijo, dubitativo—. ¿Qué cosas?

Joe se asomó a sus ojos grises. Había rechazo en ellos, pero también había... miedo. Sí, había miedo en su mirada. Joe podía olerlo como las mimosas en un jardín en pleno mes de junio.

- —Sí que las ha visto, ¿eh? —preguntó Joe.
- —¿A qué se refiere?
- —Las ha visto... —dijo despacio—. Sabe de qué estoy hablando, ¿no es así? Ha visto esas cosas negras...

El hombre dio un respingo. De repente, parecía nervioso. Echaba la cabeza hacia atrás como si quisiera apartarse pero no consiguiera mover los pies.

—¿Usted...? ¿Usted lo ha visto? —preguntó, ahora en voz baja.

Joe asintió.

- —Esas cosas imposibles, como torbellinos hechos de un vacío que aunque se mira, no se comprende…
 - El desconocido abrió mucho los ojos.
- —Dios mío —exclamó con un hilo de voz. Estaba lívido—. Creía que estaba volviéndome loco.
 - —¿Las ha oído chillar?
 - —Jesús, sí. Me... Bueno, me metí bajo la cama. No... podía soportarlo.

- —¿Cómo se le ocurrió salir solo, entonces?
- —Hace... Hace días que no... las he vuelto a ver... y pensé... Bueno, quería salir de aquí.
 - —Pero ¿por qué no ha cogido el coche?
 - —Mi coche... amaneció destrozado...

Joe asintió.

- —Ya. Entiendo. Me pasó lo mismo.
- —¿Qué...? ¿Qué son?

Joe sacudió la cabeza y suspiró largamente.

- —Es una historia muy larga, demasiado —contestó, extendiendo la mano hacia él—. Me llamo Joe Harper. ¿Y usted?
- —Allen Bowen... —Hizo una pausa mientras se estrechaban las manos—. ¿Ha dicho Harper?
 - —Sí...
 - —¿Como... Cerón Harper?
 - —Sí, sí.
- —Dios mío. ¿Es usted un familiar suyo? No sabía que hubiera Harpers por aquí...
- —Oiga... No tengo mucho tiempo, ¿sabe? Necesito entrar en esa casa. Necesito algunos materiales, comprobar algo. Y luego... Luego, si salgo vivo, necesitaré un coche, supongo. Tengo que ir a un sitio...
 - —¿En casa de los Herron? ¿Por qué...? ¿Por qué dice «si salgo vivo»?

Joe miró la fachada antes de contestar. Necesitaba un buen lijado y una capa de pintura nueva, eso se veía a la legua. Era curioso que no se hubiera fijado aquella noche en la que todo parecía teñido de una bondad inocente, cuando los demonios y él cenaron y rieron y compartieron anécdotas y buenos deseos; ahora, quizá por la cercanía o por el tono ceniciento del día, la fachada se asemejaba más a la de una casa fantasma en estado de semiabandono. No le gustaba hablar de todo aquello cuando estaban a apenas una decena de metros de la puerta principal. Sin decir nada, empezó a andar para dirigirse otra vez a la puerta de la carbonera. Allen Bowen caminó a su lado sin ser consciente de ello.

- —Porque... Creo que ahí dentro hay una de esas cosas —dijo Joe, ceñudo.
- —Por el amor de Dios… —soltó Allen—. Pero usted… Usted estaba dentro… Joe asintió.
- —Por eso lo sé. Oiga, ¿me ayudará a encontrar un coche?
- —¿Un coche? Pero ¿qué pasa con esa cosa?
- —No se preocupe. No abandonará la casa. No lo creo. ¿Qué hay del coche?
- —Dios mío —exclamó Allen—. Bueno, hay un coche. Podemos usar el de Betsy.
- —¿El de Betsy? —preguntó Joe, perplejo.
- —Venía por él. Sé dónde Pete guarda las llaves.

- —No sabía que Betsy tuviera un coche —dijo Joe, súbitamente animado por el hecho.
- —Aquí todas las familias tienen al menos dos coches. No hay forma de hacer nada si no es conduciendo uno. Pete siempre lleva el suyo al aeropuerto cuando pasa el invierno fuera y guarda el de Betsy en el pequeño almacén anexo a la casa, al otro lado. Bueno, casi todo el mundo hace algo parecido.
- —¿Por qué no se fue usted también? —quiso saber Joe—. Creía que todo el mundo en la zona se marchaba en invierno.

Allen lo miró arrugando la frente.

- —No, no todos —dijo—. Muchos vecinos... Bueno, digamos que viven con esto. Han aprendido a hacerlo. Saben cerrar sus puertas y ventanas cuando el sol desaparece, y callar bajo las mantas cuando empiezan los ruidos. Casi nadie le habría hablado abiertamente de esto si pregunta en un soleado día de primavera, ¿sabe? Incluso los vecinos que han llegado a ver cosas no hablan de ello, aunque puedes ver en sus ojos todo lo que callan. Al final, la cosa siempre se queda en eso: historias... rumores... cuchicheos raros, cosas de pueblos pequeños que el agua del deshielo se lleva con el buen tiempo.
 - —Entiendo —dijo Joe.
- —Yo... Bueno, yo vivo al otro lado del río. Allí nunca hemos tenido problemas con todas esas cosas. Nunca. Hasta este año. Hasta hace poco, de hecho. Este año todo se ha desquiciado bastante. Y no lo soporto. No sé quedarme quieto bajo la manta..., quizá porque vivo solo, y la soledad es muy dura cuando la noche aúlla como un lobo y aparecen... cosas... que aplastan tu coche como una lata de cerveza.
 - —Y ha decidido marcharse.
- —Me voy, sí —contestó Allen—. Tengo las maletas hechas en casa. No sé dónde iré, pero eso da igual. Solo quiero llegar a la ciudad donde los peligros son reales, cosas como un yonqui borracho que quiere tu reloj y está dispuesto a arrancártelo de tus manos muertas si se empeña. Ese tipo de cosas puedo digerirlas. Esto, no.

Joe asintió otra vez. Poco a poco, en el transcurso de la conversación, había empezado a ver a aquel tipo con otros ojos, aunque fuera de una manera inconsciente. Como él mismo, aquel era un hombre que solo quería salir de allí, escapar, huir de los chillidos, los torbellinos negros y las anomalías sobrenaturales. Sobre todo, era alguien (la única persona que conocía) que había visto las mismas cosas extrañas que él había vivido, y eso era importante de alguna manera. A pesar de todo lo vivido y de su experiencia reciente, era una manera de poner los pies en el suelo, una forma de que su cerebro aceptase que todo aquello estaba pasando, que no eran ensoñaciones ni alucinaciones esquizofrénicas.

Sí, todo eso había despertado algún tipo de afinidad especial, sin duda alguna.

Al mismo tiempo, ahora que sabía que había un vehículo en las cercanías, se sintió invadido por un desasosiego extraño, una suerte de urgencia. Pensó en decirle a Allen que cogieran el coche y se marchasen de allí, que podían escapar y dejar que

las cosas, sencillamente, siguieran su curso. La idea centelleó con luz propia en su cabeza por unos instantes, brillante como la Estrella Guía en mitad de una noche clara, hasta que se recordó que, si lo que había aprendido cuando estuvo... ¿inconsciente, muerto?, era verdad, escapar a otro sitio no era ninguna solución.

Joe miró hacia el suelo, confuso.

—Lléveme primero a un lugar —le dijo—. He de hacer algo. Lléveme en el coche y luego podrá irse donde quiera, lejos, a la ciudad o a otro país.

Allen pareció pensar por unos instantes.

- —Claro que sí. Lo llevaré... Pero ¿qué es lo que tiene que hacer?
- —Es... algo complicado de explicar.
- —¿Más complicado que lo hemos hablado ya?
- —Sí...

Allen asintió.

- —Y quiere entrar en la casa, a pesar de que me ha dicho que dentro hay...
- —Sí —terminó Joe.
- —Pero ¿por qué? Por el amor de Dios, ¿por qué quiere hacer eso?
- —Tengo esto —dijo Joe, levantando su pistola de clavos de forma que su vecino pudiera verla.

Allen miró la pistola con una ceja levantada.

- —¿Qué demonios es? —preguntó al fin.
- —Es algo que tenía mi abuelo en casa. Una especie de arma. Dispara clavos.
- —Su abuelo... Un momento, ¿está hablando del viejo Cerón Harper?
- —Sí.
- —Dios mío, ¿en serio? Cerón Harper, ¡vaya! Era una especie de celebridad por aquí, circulan leyendas de todo tipo. ¿Dice que encontró eso en su casa?

Joe asintió.

- —Esa cosa parece fabricada con partes del motor de una motocicleta... Dios, debe de ser muy antiguo... ¿Por qué cree que funcionará?
- —Porque lo he probado ya —dijo Joe, cambiando el peso del cuerpo de un pie a otro—. Y funciona.

Allen pareció estudiar los ojos de su interlocutor. Joe parecía sereno y tranquilo, y su mirada decía que si lo que estaba contando no era verdad, al menos él creía firmemente en su propia historia.

—De acuerdo... —dijo despacio, cubriéndose la boca con la mano—. Así que va a entrar ahí y va a... disparar sobre esa cosa que está dentro. Vale. Pero esa... Esa es la parte que no entiendo. ¿Por qué? ¿Qué es lo que tiene que hacer? ¿A dónde tiene que ir? Amigo..., todo esto es bastante raro, pero los dos hemos visto lo mismo y le aseguro que nunca había visto nada parecido en toda mi vida. Sé lo que pasará si llego a la ciudad y le cuento a alguien cualquiera de las... sensaciones... y experiencias que hemos tenido. Me mirarán con cara de rechazo y me soltarán un dólar para que siga sumergiendo mis paranoias en alcohol. Y sin embargo, usted y yo

sabemos lo que sabemos, y no nos insultaremos dudando el uno del otro. ¿Por qué no me cuenta todo lo que tiene en la cabeza? ¿Lo de ese arma extraña, su abuelo, el equipo que necesita de los Herron y todo lo demás?

Joe suspiró, levantó la cabeza y examinó el cielo. Aún era temprano, aunque el armazón de nubes grises hiciese que la luz adquiriese una tonalidad más propia del atardecer, así que tenía tiempo suficiente para llegar hasta el Pozo con luz natural. Solo le preocupaba eso, porque luego, cuando desapareciese en las profundidades, entonces... Entonces ya daría igual.

—Está bien —dijo Joe.

Y por segunda vez en poco tiempo, Joe empezó a revivir sus recuerdos prácticamente desde el principio.

Allen estaba sentado en un tocón del jardín trasero, a unos cincuenta metros de la carbonera, con la cabeza agachada escondida entre las manos. Joe acababa de relatar sus experiencias, incluida su Experiencia Cercana a la Muerte, y Allen había estado escuchando con atención, a veces con horror, a veces con visible incredulidad. Toda la parte de Pete revelándose como un ser de otra dimensión, sin embargo, le resultó difícil de comprender.

- —No tenía que habérselo contado —reflexionó Joe, contemplando cómo se masajeaba la cabeza con ambas manos—. Sé como suena.
 - —No... Yo... ¿Ha dicho que se llamaba Joe?
 - —Sí...
 - —Escuche... No lo sé. No sé qué pensar, ¿vale?
 - —Está bien. Lo entiendo. Hagamos una cosa. Yo voy a entrar...
 - —Quiere matar a Betsy Herron...
 - —No es Betsy Herron —replicó Joe.

Allen levantó un dedo en el aire.

- —Eso no lo sabe, por el amor de Dios —exclamó, súbitamente ceñudo.
- —Allen... ¿Cree que Betsy estaría ahí dentro, con ese frigorífico de mierda, a oscuras, después de haberle dicho a todo el mundo que se iba al sur? ¿Tiene sentido? ¿Viviría sin saberlo con un demonio como Pete durante tanto tiempo?
- —Eso es… —empezó a decir Allen. De repente se calló y siguió masajeándose la cabeza, ahora con los ojos cerrados—. No lo sé. Necesito pensar…
- —Hágalo, eso está bien... Pero no tengo mucho tiempo, eso creo. Mientras usted ordena sus pensamientos, yo voy a entrar ahí y haré lo que tengo que hacer. Espere aquí, ¿de acuerdo? Solo le pido que no se vaya... No me deje aquí tirado. Si tardo más de media hora, coja el coche y olvide todo lo que he dicho. Hágalo. Pero deme esa media hora, se lo suplico.
- —Oh, Jesús... —lloriqueó Allen. Joe esperó unos instantes, pero su vecino había vuelto a hundir la cabeza entre las manos y no parecía que fuese a añadir nada más.

—Espéreme, por favor. Media hora.

Luego se dio la vuelta y empezó a andar hacia la casa. Había recorrido apenas unos pasos cuando Allen habló a su espalda.

—Señor Harper...

Joe se giró. Allen se había puesto en pie y, con las piernas rectas y los brazos extendidos hacia abajo, pegados al cuerpo, parecía un maniquí exhibiendo ropa de abrigo.

—Prométame que antes se asegurará. Antes de disparar ese cacharro... Prométame que comprobará que no es Betsy. Se asegurará al cien por cien... Prométamelo.

Joe apretó los labios, asintió quedamente y dijo:

—Se lo prometo.

Luego se giró, recorrió a buen paso los últimos metros que lo separaban de la carbonera y se perdió en su interior.

Capítulo 11

El cubil de los Herron

Joe estaba al pie de las escaleras del segundo piso.

Los Herron habían tenido buen gusto decorando la casa. La escalera era de madera delicadamente pulida y adornada con delicadas tallas, con los escalones recubiertos por una hermosa alfombra de un color verde pálido; las paredes estaban empapeladas con discretas y elegantes florituras, y en ellas colgaban cuadros alegres, colmados de verdes paisajes y lagos tocados por los rayos de un sol estival. Todo ello daba a aquel rincón un aspecto cálido y acogedor, pero, sin embargo, la falta de luz y las circunstancias del momento creaban una atmósfera desapacible, tan tétrica como inquietante.

Joe sujetaba la pistola con fuerza, mirando hacia arriba y haciéndose una sola pregunta: ¿estás ahí, Betsy, silenciosa y quieta, esperando a que Pete haga lo que sea que tiene que hacer para empezar a devorar almas, o quizá estás con él y lo que yo escuché desde la cocina eran crujidos normales de la casa?

Joe tenía la sensación de que estaba a las puertas de una trampa, y que aun así tenía que caer en ella para intentar luego escapar. Así que, como Frodo adentrándose en el túnel de Ella-Laraña, comenzó a subir por la escalera.

La madera crujía bajo sus pies, a pesar del empeño de Joe en descargar y distribuir cuidadosamente el peso del cuerpo. Sin embargo, progresó con tanto sigilo que en un corto espacio de tiempo se encontró en el rellano del piso de arriba. Allí la oscuridad era mayor, así que escudriñó con cautela durante un rato hasta distinguir, a duras penas, hasta tres puertas alineadas en la pared. Estaban todas cerradas.

Joe sabía que esas puertas viejas podían chirriar, quejumbrosas, apenas intentara abrirlas; y sabía que ese sería un sonido demasiado identificable en el silencio de la casa, estridente como el de una alarma que, además, lanza destellos de una brillante tonalidad roja. Pero no tenía alternativa, así que caminó despacio hasta la primera e intentó operar el tirador. La puerta cedió sin ruido y empezó a girar sobre sus bisagras.

Y entonces la vio.

La sorpresa fue mayúscula. No había esperado tener éxito en su primer intento; al fin y al cabo, aquella era solo la primera de tres habitaciones. Pero allí estaba, en la cama del dormitorio principal, tumbada sobre un costado y dándole la espalda. Era la figura inconfundible de Betsy, sumida en las tinieblas de la habitación, vestida con ropa de calle y tumbada sobre la colcha como quien duerme una breve siesta.

Joe se quedó quieto, temiendo que cualquier movimiento pudiera despertarla; parecía sumida en un profundo sueño. De todas las cosas que había imaginado (Betsy con la boca llena de dientes pequeños pero afilados, Betsy descolgándose del techo como una araña gorda e hinchada, Betsy, Betsy) aquella era la más inesperada.

Pero era una trampa. Lo sabía. Lo percibía de alguna manera difícil de precisar.

Joe se acercó a Betsy con la pistola preparada. No sabía qué hacer... ¿Despertarla? Pensó en acercarse, zarandearla brevemente y ver qué ocurría a partir de ahí. Sin embargo, no tardó en descubrir que, en realidad, no quería acercarse.

Dudó unos instantes.

—¿Be...? ¿Betsy?

No hubo respuesta. Ninguna en absoluto.

Joe carraspeó tímidamente para aclararse la garganta. Su voz había sonado demasiado débil.

—¿Betsy?

Tampoco esta vez hubo respuesta.

Joe avanzó un paso, solo un paso vacilante y temeroso.

—Betsy...

El dedo acariciaba el gatillo de la pistola.

Otro paso.

—Betsy...

Oh Dios mío oh Dios mío por favor oh Dios mío

Hacía frío en aquella habitación; Joe lo notaba incluso con la ropa de abrigo. Y a pesar de eso, tenía la cara enrojecida y la frente contaminada de un sudor pegajoso. Casi podía oler el aroma dulzón de su propio miedo.

Pero Betsy continuaba tumbada, completamente inmóvil. Estaba oscuro, pero a pesar de ello, Joe reparó en el hecho de que ni siquiera podía registrar el movimiento de su pecho subiendo y bajando, y ese dato confería a la escena cierta irrealidad. Era como observar una fotografía estática.

Joe alargó la mano, y por fin, tras unos instantes, tocó suavemente el hombro de la señora Herron.

No ocurrió nada.

—Betsy…;Betsy!

El sonido de su propia voz, a ese volumen, lo hizo encogerse. No podía dejar de pensar que estaba enredándose en algún tipo de trampa; era una certeza, si bien no sabía aún cómo esa trampa saltaría sobre él. Esa incertidumbre lo recorría en oleadas convertida en sacudidas de puro terror.

Joe se decidió a volver a tocarla, pero cuando tampoco esta vez ocurrió nada, desplazó la mano hacia abajo y le rozó la piel. Y cuando lo hizo, comprendió lo que ocurría.

Betsy estaba fría. Tan fría que parecía una escultura de mármol. Incluso su piel tenía un tacto extraño, como si hubiera tocado cera.

Asqueado y asustado, Joe retiró la mano. Estaba muerta... Tenía que estarlo. Eso era lo que pasaba. Por eso no respiraba, ni se movía, y por eso no había respondido a su voz. Joe se retiró, caminando hacia atrás. Estaba cobrando conciencia del intenso silencio y la asfixiante sensación de claustrofobia que la oscuridad, y aquel cadáver en particular, estaban ejerciendo sobre él. Porque era, además, un cadáver... vacío. La entidad que ocupaba aquel cuerpo se había marchado, se había desecho de la carcasa humana como una mariposa deja atrás el capullo que la había contenido. Betsy Herron, cocinera ejemplar y amante esposa, la mujer de Pete Herron, hacía mucho que había dejado de existir como tal.

Joe no pudo más. Sintió la imperiosa necesidad de salir de allí y no dudó un solo instante: había tenido suficiente. Se giró para dirigirse hacia la puerta del dormitorio. Había conseguido avanzar unos cuantos pasos cuando, de repente, una intensa ráfaga de aire helado le asaltó, silenciosa e intensa, breve y repentina, pero tan fría que sus pulmones se quedaron inesperadamente sin aire. Joe abrió la boca por puro instinto, ávido de oxígeno.

Cuando la sensación de frío y falta de aire pasó, Joe se quedó inmóvil por un par de segundos. Las viejas palabras de Pete, ahora revestidas de venenosa hipocresía, se encendieron de repente en su mente: «Vienen, Joe. Vienen cuando hace frío». El frío. El frío de la habitación, lo que acababa de traspasarle dejándole helado e impregnado de un olor a humedad y sitio cerrado. Joe tenía los ojos tan abiertos como le era posible. Delante de él tenía la puerta. Pensó en salir corriendo, bajar las escaleras saltando los peldaños de cinco en cinco y salir al exterior. Pero algo lo detenía. Una sensación de peligro tan exacerbada que bloqueaba sus piernas.

Una voz grave pero aún femenina y arrastrada brotó a su espalda.

—¿Joe?

Joe se giró con el corazón latiendo a toda velocidad. La visión de Betsy de pie, al lado de la cama, con la cabeza ligeramente inclinada a la derecha y los brazos colgando a ambos lados, le llenó de un pánico tan abrumador que una sensación de pinzamiento le bloqueó el estómago, como si de repente se le hubiera llenado de ladrillos.

Entonces salió corriendo.

Acababa de cruzar el marco de la puerta cuando una especie de viento frío lo golpeó en la nuca. Joe corría con la boca abierta y habría gritado de haber podido, pero el miedo era tan intenso que su garganta no podía articular sonido. De pronto, cuando estaba a punto de doblar a la derecha, algo lo golpeó desde atrás con una fuerza desmedida. Joe se sintió catapultado como si lo hubiera embestido un toro de lidia, atravesó la barandilla de madera y se encontró aleteando en el aire por encima del salón. Cayó pesadamente contra la mesa que presidía el centro de la estancia y la partió por la mitad. Las patas sucumbieron ante su peso, restallando con violencia y lanzando esquirlas de madera en todas direcciones. El choque contra el suelo le arrancó un quejido grave que le desgarró la garganta.

—Dios —soltó entonces. La sangre le manchaba el esmalte de los dientes. Se sentía tan desconcertado que apenas comprendía lo que había ocurrido, y tenía la visión nublada por un velo blancuzco que desteñía la oscuridad de la sala. Ni siquiera sabía si estaba de pie o tumbado, ni si sentía dolor alguno.

De pronto vislumbró a Betsy en lo alto de la pasarela del segundo piso; lo miraba desde la abertura de la barandilla. Parecía una especie de suicida, erguida cuan alta era, con los brazos rendidos y rectos, mirándolo con expresión ausente. Y entonces, sin previo aviso y dando un mínimo brinco, saltó.

Joe tuvo el tiempo justo para rodar a un lado. Apenas pudo dedicar un brevísimo pensamiento a agradecer que no se hubiera roto ningún hueso o que alguna herida interna lo hubiera impedido escapar porque, con un sonido retumbante, Betsy cayó pesadamente justo donde medio segundo antes había estado su cabeza. Joe, ahora boca abajo, intentó ponerse en pie, pero la media vuelta que había dado estaba despertando el dolor en su interior, y ni los brazos ni las piernas parecían muy dispuestos a obedecerlo mucho más.

Cuando consiguió apoyarse en las rodillas y los codos, un nuevo estallido doloroso explotó en su vientre. Betsy le había lanzado una formidable patada contra el estómago que lo hizo elevarse literalmente en el aire unos centímetros. La sensación fue desgarradora, como si la mayor parte de las vísceras fuesen a escapársele por la boca. Joe cayó de nuevo a un lado, se encogió adoptando una postura fetal y vomitó todo el contenido del estómago. El dolor era indescriptible.

—Joe... —dijo Betsy, ahora con un tono suave, conciliador. Su voz llegaba a través de los deslumbrantes relámpagos de dolor que atenazaban el cuerpo de Joe—. ¿Qué haces aquí, Joe?

Joe tosió sangre. El tono de voz de la señora Herron, cargado todavía de su antigua hospitalidad, le estaba taladrando el cerebro.

Joe miró alrededor. ¡La pistola, necesitaba su pistola! La había tenido con él cada maldito momento de los últimos días, pero ahora no la veía por ninguna parte. ¿Adónde había ido a parar? Se le había escapado de las manos cuando fue empujado desde el piso de arriba. Los dos grandes trozos de madera de la mesa parecían ocultar algo debajo, presumiblemente las patas, pero ¿y si la pistola de clavos había ido a parar allí, de alguna manera?

Betsy avanzó hacia él y se agachó para acercar su cara a la de Joe. Allí estaba aquel rostro conocido poblado de pequeñas arrugas, sobre todo alrededor de los ojos y los labios, como si Joe acabara de caerse y ella estuviera genuinamente preocupada. Casi parecía a punto de ofrecerle un trozo de su tradicional bizcocho de tres kilos.

—Joe... ¿No podías haberte quedado en casa? Se te da una oportunidad ¿y la desperdicias?

Entonces alargó la mano y agarró las solapas del abrigo de Joe, que se sintió levantado con una fuerza espectacular. En pocos segundos estaba colgando en el aire, agarrándose con las manos a la muñeca de la señora Herron.

—Be... Betsy.

Betsy inclinó la cabeza a uno y otro lado, escudriñando atentamente los ojos de su presa.

- —Eres débil, Joe... —exclamó al cabo—. Puedo verlo desde aquí.
- —Por... favor... —suplicó Joe. La ropa tiraba de él, la espalda parecía arrancarle llamaradas de suplicio y sentía todo el vientre duro y extraño, como si ni siquiera fuese suyo.
- —Tenías que haberte quedado en casa, Joe —respondió Betsy. Tenía el brazo extendido y levantado hacia arriba, de manera que lo miraba desde abajo—. Nos habría gustado tanto que vieras lo que vamos a hacer... Pero no puedo estar aquí perdiendo el tiempo, y no voy a dejarte solo para que sigas husmeando. Voy a alimentarme contigo, Joe. Serás una especie de aperitivo de honor.

—Be... Por... favor...

Joe empezó a sacudir las piernas en el aire. La golpeaba, sin poder imprimir demasiada fuerza a los golpes, pero Betsy ni siquiera parecía acusarlos. De repente, Joe empezó a sentir que la visión se le nublaba. Una extraña debilidad empezó a consumirlo.

Betsy había puesto los ojos en blanco. La cabeza cayó pesadamente y quedó colgada flácidamente a un lado, como si hubiera caído en un profundo sueño. La boca abierta dejaba ver la dentadura, demasiado perfecta para ser natural. Joe estaba desfalleciendo. Sus brazos cayeron inertes y sus piernas dejaron de moverse. Luego, perforando la oscuridad de la habitación, empezaron a surgir una suerte de jirones luminosos, sutilmente azulados, que manaban del cuerpo de Joe y viajaban hacia el demonio. El aire se llenó de un sonido estridente, parecido al de la estática en un televisor antiguo o un aparato de radio.

La cabeza de Betsy empezó a convulsionarse.

Joe gritaba, pero en su interior. Gritaba mucho. Su cuerpo estaba desconectado, su cerebro no registraba nada, y aun así, el Joe profundo aullaba, consumido por un dolor que escapaba de lo que pueden registrar físicamente las terminaciones nerviosas. Era el dolor de la muerte verdadera, la desaparición absoluta del ser, y ese dolor no puede equipararse a nada. Estaba siendo devorado, absorbido y masticado, y estuvo así durante lo que pareció una eternidad, entregado a un suplicio que habría conducido a cualquiera a la locura, incapaz de obtener el piadoso beneficio del desmayo y la pérdida de consciencia.

Joe se moría lenta y agónicamente, pero además estaba registrando cada instante con el terrible ultrarealismo que le proporcionaba su yo extendido.

De pronto, el aire se llenó con un sonido característico. Una, dos... cinco y hasta diez veces, como el repiqueteo de una ametralladora.

Algunos clavos volaron.

El demonio que habitaba en Betsy salió expulsado del cuerpo junto con los clavos, arrastrado hacia la pared. Era una forma oscura y abyecta, como un agujero en

la realidad. Hubo una especie de aullido imposiblemente agudo y la forma se desdibujó y parpadeó. Betsy y Joe cayeron al suelo como si fuesen marionetas a quien alguien ha cortado los hilos. Betsy quedó en el suelo con una pierna recogida bajo el cuerpo y no se movió más, convertida en una cáscara vacía, pero Joe levantó la cabeza, sirviéndose de sus dos brazos, y terminó de lanzar el grito que había estado resonando en su interior. Cuando se dio cuenta de que estaba otra vez en su cuerpo, tuvo el tiempo justo de mirar hacia la mancha oscura y ver cómo se contraía hasta convertirse en un único punto negro y refulgente como una canica. Antes de desaparecer, la madera de la pared se contrajo y estalló con una sacudida, fuerte y violenta como un latigazo.

Luego no quedó nada más que el silencio.

Joe permaneció en el suelo, jadeando, con una repentina pátina de sudor cubriéndole la frente.

Unos pasos se acercaron hacia él desde el lado contrario. Joe miró de manera inconsciente y vio una forma conocida que se acercaba por el salón caminando con prudencia entre los restos de la mesa. Empuñaba la pistola de clavos.

—¿Sabe qué...? —dijo Allen—. Le creo. Vaya si le creo.

El coche de Betsy había resultado ser toda una sorpresa: un Chevrolet Blazer del 78 de color verde turquesa. Tenía los bajos oxidados, y parte de la chapa amenazaba con venirse abajo con cualquier bache del camino, pero todavía funcionaba bien y devoraba metros con verdadera ansia, como si agradeciese que lo hubieran sacado de su encierro invernal.

La parte trasera iba cargada de equipo, casi todo recogido de la casa de Allen. Cuerdas, material de escalada, linternas y cosas así. Ni siquiera habían buscado en la casa de los Herron: Allen solo quería salir de allí a toda prisa. La única cosa de la que se habían aprovisionado en grandes cantidades era cera para los oídos, por si allí abajo encontraban más torbellinos. Joe había hecho bolas pequeñas del tamaño adecuado para cada uno; eran tan menudas que, con un poco del calor natural de los dedos podrían hacer que encajaran bien en el interior de las orejas.

Joe conducía, agarrado al volante con ambas manos, ceñudo. Iba pensando en los acontecimientos de las últimas horas, y especialmente en lo que tendría que hacer a continuación. Allen, sumido en pensamientos similares, iba a su lado, mirando por la ventana del copiloto. Llevaba la pistola de clavos sobre las piernas, tenía una de las manos sobre ella y, como siempre que estaba demasiado atribulado, mantenía el dedo gordo de la otra entre los dientes, pero suavemente, sin hacer presión. Hacía un buen rato que ninguno decía nada.

Allen rompió el silencio.

—¿Sabes? Todavía... hay algo que me cuesta trabajo creer, de todo lo que me has contado.

- —¿Ajá?
- —Tu... experiencia...

Joe sabía a qué se refería, pero aun así preguntó:

- —¿Qué experiencia?
- —Cuando estuviste inconsciente.

Joe no contestó inmediatamente. Lo cierto era que, ahora que había pasado algún tiempo, él mismo tenía dudas sobre lo que había visto y sentido en ese periodo. Llevaba un rato pensando en eso. Incluso la bestial revelación del ultrarealismo que había experimentado ahora parecía nebulosa, extraña, como si aquella vivencia fuera desdibujándose poco a poco, convirtiéndose en algo de tintes casi oníricos. Pero incluso si aquello había sido una especie de ensoñación proyectada por un cerebro privado de oxígeno, la realidad es que Pete se había llevado el corazón y había anunciado el Fin de Todas las Cosas.

- —Me parece normal —contestó entonces.
- —Es que... siempre he pensado que...
- —No le des más vueltas —dijo Joe—. Tampoco es importante. Yo mismo dudo ya de eso en este momento. Creo que vi cosas que nos están vetadas... Estamos revestidos de materia por algún motivo. No entiendo el esquema general, por supuesto, pero creo que algo está haciendo que lo olvide, que lo ponga en tela de juicio. Y creo que será mejor así.

Allen no contestó.

- —En realidad, no importa —añadió Joe—. Quizá solo deba ir hasta allí y tratar de detener a esas cosas. Y ya está.
- —Supongo que sí —respondió Allen, mirando la pistola—. ¿Qué crees que encontraremos?

Joe no lo sabía, así que no añadió nada más.

Capítulo 12

La Planicie

La Planicie.

El sol del atardecer extendía sombras alargadas, robadas de los picos montañosos, que a los ojos de Joe se asemejaban a los dedos descarnados de una mano amenazante. El cielo, y también la nieve hasta donde alcanzaba la vista, estaban teñidos de una tonalidad rosácea que algodonaba las nubes, grandes e hinchadas como la nata blanca de un plato de postre. Hasta se podría decir que la escena, si no fuera por la ineludible visión del Pozo, resultaba más hermosa de lo que tanto Joe como Allen, en esas circunstancias, podían desear.

—Es aquello, ¿verdad?

Joe asintió.

- —Casi... puedo notarlo —continuó diciendo Allen—. Es increíble.
- —Te lo dije... Y aún no nos hemos acercado...
- —¿Cómo es tan fuerte? —preguntó Allen, quien sentía una suerte de vibración en el estómago que le hacía castañetear los dientes—. Me dijiste que grupos de espeleólogos habían trabajado allí durante algunos días.
 - —No lo sé. Puede que esté empeorando...
 - —Joder, Joe... ¡Joder!

Joe le dirigió una mirada apreciativa.

—Tranquilo... Cálmate —dijo—. Si dejamos que esto nos supere, podemos acabar matándonos ahí abajo, Allen.

Allen apretó los dientes.

- —Dios, es que es...
- —Intenta concentrar esa rabia en otra cosa que no sea yo...
- —¿Qué?
- —Hazlo. Estoy seguro que mis consejos de mierda te están jodiendo, ¿no es verdad?

Allen lo miró brevemente, pero luego asintió. Tenía razón. Ese hombre lo había llevado hasta allí, había transmutado su vida de una manera completamente salvaje, y ahora se permitía darle consejos. No se había dado cuenta, pero tenía razón: estaba cabreándolo. Cabreándolo de veras.

- —Sí —masculló.
- —Eso no lo podemos evitar... A mí empieza a joderme tu voz de capullo.

Allen pestañeó, pero el comentario obró un pequeño milagro y, por un instante, se sintió otra vez mejor. Soltó una pequeña carcajada.

—Lo que te digo —añadió Joe— es que ahora que sabemos lo que pasa, debemos esforzarnos por luchar contra ello. Sientes rabia... Yo también, pero es porque lo que sea que hay ahí dentro la provoca. Si sabemos que es así, ¿por qué no encauzar esa rabia hacia... Ellos?

Allen apretó los dientes y cerró los puños, pero en sus ojos había un destello de comprensión.

- —Hacia Ellos, sí...
- —Esas cosas negras... hijas de puta...
- —Sí...
- —Ellos mataron a los Herron, a Betsy y a Pete...
- -;Sí!
- —Tenlo en cuenta, no se te olvide. Sospecho que cuanto más avancemos, peor será...

Allen asintió. No podía siquiera imaginar que aquello que sentía pudiera ir a peor. Le recordaba a la sensación que tenía cuando, de pequeño, chupaba los extremos de una pila de petaca, una sensación hormigueante que le recorría todo el cuerpo, pero no dijo nada. Joe ya había empezado a bajar la pendiente, de todas maneras, cargado con su mochila. La nieve producía un sonido de fricción bajo sus pies.

Joe fue el primero en reparar en las huellas. Eran dos grandes surcos que bajaban desde algún punto en la carretera y que se dirigían hacia el Pozo. Ninguno dijo nada, pero ambos sospechaban qué los había causado. La confirmación llegó cuando estuvieron a apenas cien metros del Pozo. Los surcos se hacían allí más y más profundos, viraban a la izquierda con inesperada violencia y acababan tras las ruedas del coche de Pete, oculto por un saliente rocoso. Los dos hombres se quedaron mirando el coche, cuya puerta del conductor estaba abierta, asombrados.

- —Lo hizo bajar hasta aquí... —exclamó Allen, pronunciando lentamente.
- —Tenía prisa...
- —Bajar por la pendiente es una cosa. Pero ese coche no volverá a subir por esta nieve sin una cadena que tire de él.

Joe negó con la cabeza.

—Pete no tiene pensado volver a salir de ese agujero —dijo—. Al menos no como lo conocemos.

Allen tragó saliva. En el fondo de su corazón lo había sabido desde el momento que vio el vehículo vacío, con la parte delantera parcialmente cubierta de nieve y la puerta abierta, pero las palabras de Joe acababan de asentar ese temor. Era demasiado evidente que aquel demonio estaba moviendo sus últimas fichas, la mano ganadora. De alguna manera, se dijo, estaban inmersos en algún tipo de loca carrera contra reloj. ¿Sería ya demasiado tarde? Esa duda lo sacudió enérgicamente. ¿Y si lo era? ¿Hacia dónde se encaminaban ellos? ¿Podrían volver a salir del Pozo o estaban jugando también la última mano? Una última mano en un juego cuyo nombre desconocían y del que ignoraban las reglas. Súbitamente desesperado, Allen empezó

a respirar con dificultad. El aire, helado en extremo, penetró en sus pulmones con demasiada rapidez y le produjo un pinchazo doloroso.

Entonces miró a Joe. Inesperadamente, encontró una apacible serenidad en su semblante. Estaba de pie, enfrentado al Pozo, erguido y con las palmas hacia delante, pero no lo miraba; tenía los ojos cerrados y parecía respirar lentamente. Allen lo observó unos instantes; su evidente tranquilidad lo hizo sentirse mejor. Y entonces comprendió lo que estaba haciendo: aquel sentimiento también era el Pozo. El hormigueo nervioso en el estómago estaba allí, la tensión en los brazos, la rabia en su interior, pero también el miedo, un miedo profundo, envenenado de incertidumbre y desasosiego. Sí, aquello era también el Pozo, y Joe parecía estar combatiéndolo.

Allen se puso a su lado y lo imitó, y ambos permanecieron todavía un rato así hasta que empezaron a encontrarse mejor. Cuando ese miedo repentino hubo desaparecido en cierta medida, Allen abrió los ojos y se encontró a Joe frente a él, sonriéndole. Allen asintió, inundado de una repentina camaradería.

—Está bien —dijo Joe suavemente—. Está bien.

Siguieron las huellas en la nieve, esta vez de pisadas: las huellas de Pete. Nacían junto a la puerta del coche e iban derechas al Pozo. En un momento dado, el rastro se volvió difícil de leer: había nieve revuelta por todas partes. Joe examinó la zona con cuidado hasta que súbitamente comprendió lo que había pasado: Pete había debido de resbalar y se había caído. Ese descubrimiento le hizo sonreír; le daba un carácter de manifiesta humanidad, un atisbo de debilidad, a aquel demonio que el día anterior había subido por una escalera de mano haciendo gala de un equilibrio imposible.

Luego llegaron al Pozo.

Era una boca que se abría en el suelo y descendía en diagonal, internándose en la tierra. La roca era negra, antigua, cubierta por un musgo podrido y de aspecto repulsivo que se enredaba sobre sí mismo. En los recovecos de la caverna formaba bolas que recordaban a las marañas de algas. El suelo estaba lleno de charcos de un agua ponzoñosa, con tintes cobrizos, y el olor era desagradable, enrarecido, como el de una cripta recién abierta.

Alguien había instalado una reja junto a la entrada, ahora prácticamente sepultada por la nieve. La puerta de entrada estaba arrancada y tirada a un lado sobre la nieve. Un cartel de madera corrompido por la humedad y las inclemencias rezaba: «ZONA PELIGROSA. TERMINANTEMENTE PROHIBIDO EL PASO».

- —Esto lo han arrancado hace muy poco —comentó Allen, susurrando—. No tiene nieve encima.
- —Sí. De nuevo parece que Pete confía en no tener que guardar más las apariencias.
- —¿Cómo ha arrancado esa verja? —preguntó Allen—. Quiero decir, mira esos goznes...

Las bisagras estaban descoyuntadas; el hierro, agrietado. Los tornillos se habían partido y yacían desperdigados por todas partes, y las placas que unían el conjunto

estaban dobladas. Incluso la puerta había sido arrojada lejos. Uno casi podía imaginarse a Pete, con todas sus arrugas, agarrando la reja con una sola mano y dando un tirón tan prodigioso que todas las piezas habían salido volando en todas direcciones.

- —Ese cabrón parece muy fuerte, Harper.
- —Olvida eso —dijo Joe. Se había descolgado la mochila de la espalda y estaba buscando en los bolsillos—. Saca tu linterna. Ahí dentro está oscuro como boca de lobo.

Allen asintió.

Los haces de las linternas, dos potentes aparatos con un mango grueso y alargado atestado de pilas, comenzaron a recorrer las paredes. Joe agradeció la altitud y el frío intenso; al menos eso garantizaba que no hubiese insectos y alimañas. Tampoco se imaginaba a ningún animal queriendo vivir en un sitio así: a pesar de su pequeño ejercicio mental de relajación, todavía podía percibir claramente una suerte de vibración muda que le recorría el cuerpo.

Empezaron a adentrarse en la cueva. El sonido de gotas de agua cayendo sobre charcos distantes llegaba hasta sus oídos. PLIC. PLOC. PLIC.

- —Es como entrar en un autobús al ralentí —murmuró Allen.
- —Iba a decírtelo. Pero no se mueve nada. Somos nosotros.

Allen asintió. Miró hacia arriba. Las marañas de algas sobre su cabeza, a la luz de la linterna, se asemejaban a los cabellos retorcidos y ásperos de la cabellera de la tradicional bruja de cuento. Allen sintió un asco repentino. Casi esperaba que fuesen a volverse mostrando un rostro cadavérico y hostil.

- —¿Qué son estas... plantas? —preguntó Allen.
- —No lo sé... Algún tipo de... hongos.
- —¿A esta altura?

De pronto, Joe lanzó el brazo hacia Allen y detuvo su avance. Allen dio un respingo, sobresaltado. El haz de la linterna, descontrolado, comenzó a ofrecer instantáneas fugaces de varios ángulos de paredes y techos.

—;Joder! —exclamó Allen.

Joe iluminaba el suelo a sus pies. Allen miró, con la respiración todavía desbocada, y vio un agujero oscuro que se abría ante él, profundo y negro como el petróleo. Allen dirigió su propia linterna hacia él y palideció cuando descubrió que se abría en la tierra como un túnel, sin que llegara a vislumbrarse el fondo. Debía tener medio metro de lado a lado. De haber dado un solo paso más, se lo habría tragado.

- —Vamos a tener que poner cuidado con estas cosas —dijo Joe—. Esto no es precisamente terreno explorado.
 - —Te juro que ni lo había pensado…
- —Ya. Tenemos demasiado en la cabeza. Pero sería triste acabar con los huesos rotos en algún agujero mientras unos demonios consumen el mundo.

Allen soltó una pequeña carcajada nerviosa con el comentario, nacida del puro histerismo, pero su propio sonido le sonó demasiado estridente y se detuvo.

- —Ya —dijo al fin.
- —Haces al suelo.

Siguieron caminando. El túnel empezaba a descender de manera tan abrupta que se encontraron buscando un camino en diagonal que pudieran recorrer haciendo zigzag. El suelo era fangoso y resbaladizo, y las piedras se soltaban bajo su peso y caían rodando por la pendiente. A Joe le preocupaba que su llegada no fuera todo lo sigilosa que le hubiera gustado. Si tenían alguna posibilidad, era la de la sorpresa, precisamente; caminar como elefantes no los iba a ayudar.

La otra pregunta que se hacía, por supuesto, era cuánto. ¿Cuánto tendrían que descender en las profundidades de la Tierra para encontrar a Pete y al resto de aquellos monstruos? Había esperado que, a medida que descendían, la temperatura se suavizara. No hacía el mismo frío intenso que en el exterior, desde luego, pero su aliento agitado todavía desplegaba grandes vaharadas blancas, y la roca estaba cubierta de una fina capa de escarcha.

—Ahí delante —dijo Joe de repente.

Allen miró.

La cueva parecía desembocar en una caverna más grande, aunque el techo se desplomaba con una caída inesperada que mostraba filos dentados y duros de roca madre en sus bordes. Debajo había una cámara grande, tan grande que los haces de luz apenas alcanzaban a acariciar los extremos. Pero tanto Joe como Allen no estaban impresionados por el tamaño, sino por el hecho sorprendente de que ese techo desprendido aparecía sujeto por una enorme cantidad de traviesas y vigas de madera. Columnas de troncos sujetos con cuerdas sustentaban toda la estructura, formando pequeñas torres desmañadas.

- —Dios mío... —musitó Allen, pasando el foco de la linterna de uno a otro lado. A la derecha, parte de una de las torres se había derrumbado, presumiblemente con el devenir del tiempo, y los troncos asomaban desangelados y rotos como las púas de un erizo entre las rocas.
 - —¿Qué es esto? —añadió, en voz baja.
 - —No lo sé...
 - —¿Crees que esto es obra de…?
- —¿De... Ellos? —preguntó, confuso. No sabía de dónde sacaba Allen esa idea—. No... No lo creo...
 - —Para que no se venga abajo, ya sabes.
 - —No, no tiene sentido.

Llegaron hasta el borde del túnel, que se cortaba abruptamente y caía como un abismo unos seis metros. Una vieja estructura de troncos formaba una rampa en dos fases, primero a la izquierda, hasta un rellano a media altura, y luego al otro lado. La luz reveló su aspecto desvencijado y deteriorado, antiguo, desportillado, como si

hubieran arrastrado por ella cosas demasiado pesadas. Había profundas marcas y huecos donde alguna vez debieron saltar astillas. Eso le dio a Joe una idea.

- —Pete no lo mencionó, pero puede que este lugar fuese una mina en algún momento. El Klondike, la Fiebre del Oro y todo eso...
- —Puede ser... —admitió Allen. Estaba mirando una madeja de cuerdas deshilachadas que colgaban de alguna parte, cerca del techo. Estaban mohosas y débiles en apariencia.
 - —O quizá los alaskos —continuó diciendo Joe.
 - —¿Quiénes?
- —Pete mencionó un grupo de soldados durante la Revolución Republicana Rusa. Unos trescientos, me parece. Se escondieron aquí, al parecer. Se mataron todos.
 - —Oh. Sí, me lo contaste.

Joe asintió sin que nadie viese el movimiento.

—Dime una cosa —dijo Allen—. ¿Cómo pudieron construir todo esto sin que les afectase…? Bueno, ya sabes.

Joe pestañeó. Era una buena pregunta. Lo cierto es que había conseguido aparcar de alguna manera aquella sensación de odio profundo; ahora era más bien un desasosiego constante, una sensación de alerta que le hacía tensar los músculos de las piernas incluso sin darse cuenta. Cómo lo habían conseguido, no lo sabía; quizá llevaban poco tiempo, quizá el mero hecho de saber que la cueva era mucho más que una simple cueva era bastante para, de manera inconsciente, estar alerta y filtrar los impulsos. Pero el Pozo seguía emitiendo, sin duda, como una vieja emisora que se obceca en transmitir los mismos viejos éxitos de jazz noche tras noche aun cuando todos sus oyentes se han ido ya a dormir.

—No lo sé —admitió Joe, examinando la enorme cantidad de troncos cuidadosamente cortados y alineados con gruesos cabos de cuerda. Indicaba una increíble cantidad de trabajo, sobre todo si pensaba que aquellos hombres tuvieron que cortar los árboles de la Planicie y arrastrarlos por el túnel hasta allí—. Quizá esté empeorando. Con los años. Quizá entonces era un pulso más lento... Lento, pero constante.

```
—Y aun así se mataron —dijo Allen.
```

- —Sí
- —¿Sabes lo que eso significa?
- —Que va a peor. Que su poder está aumentando.

Joe asintió con expresión preocupada.

- —Significa que no tenemos mucho tiempo —susurró.
- —¿Vamos a sacarnos los ojos, Joe? —preguntó Allen.
- —Ya veremos —contestó.

Allen asintió.

Llevaban un rato dando vueltas, buscando una salida que les permitiera continuar su camino. La caverna era grande; era enorme, de hecho, y tenía una ligera forma de U con las dos galerías llenas de viejas cajas de madera, cubos de metal y barriles echados a perder. Ninguna de las cajas tenía identificación alguna, y si la tuvieron, hacía tiempo que la humedad y el paso del tiempo las habían borrado. En opinión de Joe, debieron contener enseres de guerra: armamento, munición y posiblemente provisiones.

Allen había hecho otros hallazgos que daban al lugar una entidad siniestra: señales de agujeros de bala en algunos de los grandes mástiles, grilletes y cadenas devorados por la herrumbre, e incluso picos abandonados cerca de unas oquedades en la roca, como si los hombres que los manejaban los hubieran olvidado abruptamente.

- —Es increíble que todas estas cosas sigan por aquí —susurró Joe.
- —¿Quién se las iba a llevar?
- —Supongo que... no ha habido mucha gente que se haya atrevido a llegar tan lejos.
- —Tan lejos... —dijo Allen, apretando los dientes—. Casi parece el final del camino. ¿Por dónde... mierdas... se sigue?
 - —Estoy seguro que hemos mirado por todas partes...
 - —¡Algo se nos ha pasado, coño!

Joe lo miró brevemente. Allen estaba agotando su paciencia demasiado deprisa. Caminaba con paso rápido, moviendo la linterna de uno a otro lado, sin método. Tan pronto se detenía como cambiaba de dirección.

- —Tranquilo, hombre —dijo Joe—. Vamos a mirar de nuevo, desde el principio. Con cuidado... y, Allen..., con tranquilidad, ¿vale?
 - —Vale —farfulló este.
 - —Empieza por ese lado, yo miraré por este.
 - —Sí, joder... —contestó Allen, iracundo.
 - —Tranquilo.

Siguieron buscando todavía un rato. Joe descubrió que había algo casi eléctrico en el aire; aparte del zumbido en el umbral de audición estaba el hecho de tener la boca seca, con un regusto metálico extraño pese a que no había hecho un esfuerzo demasiado grande. Pensó entonces en radiaciones. Aquella suerte de vibración podía tener un origen sobrenatural, pero quizá un contador Geiger dijera algo distinto al respecto. Quizá por eso se volvían agresivos.

Sacudió la cabeza: albergar pensamientos negativos era lo último que necesitaba en aquel momento. Además, sin darse cuenta había recorrido veinte o treinta metros y no había prestado atención a la búsqueda; necesitaba inspeccionar bien las paredes. Cualquier oquedad o formación de roca podía ocultar una abertura, un túnel.

Se giró para volver a empezar cuando una voz masculina lo congeló en el sitio.

—¡Joe!

No era la voz de Allen, pero tampoco era la de Pete. Asustado, empezó a mover la linterna hacia todas direcciones buscando la fuente del sonido.

—Joe...

Una roca, una pequeña estalactita, un soporte de madera renegrido por la acción de humos antiguos... La linterna revelaba cosas, pero ninguna de ellas era la fuente del sonido.

—Joe, hijo de mil padres...

Joe se revolvió, inquieto y sobresaltado. Ahora había sonado más cerca. Con un rápido movimiento, cogió la pistola de clavos con la mano izquierda y la apretó contra la cadera para poder accionarla si era necesario.

Pero esa voz...

No era la voz de Pete, eso estaba claro. Y sin embargo, estaba seguro que la había escuchado recientemente. Ese acento vagamente canadiense, demasiado suave, le traía recuerdos... Recuerdos muy específicos que alborotaban en su cabeza sin poder aprehenderlos. Recuerdos de...

De pronto, cayó en la cuenta.

«No puede ser. No puede ser...».

Era imposible, sí, y sin embargo, ahora que había relacionado la voz con la persona, no albergaba ningún género de dudas.

Tenía que ser. Era.

- —¡ALLEN! —gritó, moviendo el haz de luz hacia delante—. ¡ALLEN! —En un momento dado, el veloz y errático movimiento del foco iluminó algo, una forma blancuzca y esquiva que permaneció bajo la luz durante un infinitesimal instante. Joe movió la mano con tanta rapidez como le fue posible, pero no pudo volver a localizar lo que creía haber visto: el cuerpo de alguien que corría en sentido contrario.
- —¡JOE! —respondió Allen a voz en grito desde el fondo de la cueva. Venía corriendo hacia él.
 - —¡AQUÍ!

El haz de la linterna de Allen lo inundó.

- —¿Qué pasa?
- —¡Hay alguien aquí con nosotros!
- —¿Qué?
- —¡JODER, COÑO! ¡ESTÁ AQUÍ MISMO!

Allen llegó a su lado; los haces se cruzaron en la oscuridad, iluminando la caverna sin revelar nada. Los dos hombres giraban uno contra el otro, espalda contra espalda, iluminando alrededor. Cuando se quedaron quietos, después de unos instantes, la quietud de la cueva descendió de nuevo sobre ellos.

- —Pero... ¿quién, Joe? —preguntó Allen por fin.
- —¡Joder! ¡Lo he visto!
- —¿A quién? ¿A quién has visto?

Joe, lívido, iluminó repentinamente el techo como si esperase encontrar allí lo que buscaba, sin resultado.

- —Lo he visto, tío, ¡por un puto segundo! ¡Tiene que estar por aquí, escondido!
- —¡Vale! Pero ¿a quién? —Y añadió en voz baja—: ¿Era...? ¿Era él?

Joe no contestó inmediatamente, seguía intentando agudizar el oído. La impotencia, el miedo y la frustración le recorrían la piel como un ejército de hormigas.

- —He oído su voz… —soltó.
- —¡La de Pete! —exclamó Allen.
- —No, joder. No era Pete. Era... —Suspiró—. Era la voz de David Wright. Silencio.
- —Joe, ¿David Wright? ¿No era... el vecino que se coló en tu casa?
- —Sí...
- —Pero... dijiste que estaba muerto...
- —Sí. Fue un accidente... Yo...
- —Sí, Joe... —insistió Allen—. Un accidente, pero estaba muerto.
- —¡Sí, sí, lo estaba!
- —Dijiste que lo enterraste detrás de tu cabaña.

Joe se daba cuenta de cómo sonaba todo aquello. Oh, la voz había sonado como la de David, pero Allen tenía razón. No era posible en absoluto. Estaba muerto y enterrado. La cueva tenía que haber impreso algún efecto acústico en el sonido, eso era todo; había hecho que aquella voz sonase como la de Wright.

- «Pero yo también volví de la muerte», pensó.
- —Puede ser —admitió—. Pero… te juro que alguien me ha hablado. En eso no puedo equivocarme.
 - —¿Qué te ha dicho?
 - —Me ha llamado por mi nombre. Luego ha dicho: «Joe, hijo de mil padres».
 - —Y... ¿ya está?
 - —Una de las veces sonó más cerca. Por allí.

Los dos hombres miraron hacia donde Joe señalaba. Era la zona de acceso a esa cámara, donde estaba construida la rampa. Allen avanzó unos pasos y estuvo recorriendo toda la zona con ayuda de la linterna mientras Joe se mantenía alerta a cierta distancia. Sin decir nada, repasaron cuidadosamente gran parte del área de la periferia.

- —Nada —dijo Allen, ahora en un susurro, cuando estuvo al lado de Joe.
- —Puede estar en cualquier parte —contestó este.
- —Bueno… Incluso si… aceptamos que hay alguien con nosotros, ¿quién podría ser?
- —Joder, no lo sé. Quién sabe... Pete y Betsy eran demonios... No he querido usar la palabra porque la detesto, pero supongo que estaban como poseídos, ¿no? Allen asintió.

- —Sí, desde luego —dijo.
- —Joder —soltó Joe—. No quería usar esa palabra por el sentido bíblico que encierra. No creo que lo que vi tenga mucho que ver con el Cielo tradicional tal y como lo describe la Iglesia Católica.

Allen no había pensado mucho en eso, pero asintió con la cabeza.

- —Pero es lo que más se parece y tenemos más a mano —dijo entonces—. No importa cómo lo llames: tornados, cosas negras, demonios... Da lo mismo, solo son palabras. Lo que es cierto es que parece que pueden apropiarse de cuerpos humanos. Joder, Joe... Yo mismo vi con mis propios ojos cómo te vaciaba por dentro. Te estaba absorbiendo el... alma, espíritu o como quieras llamarlo.
 - —Sí —dijo Joe con un escalofrío.
- —Así que si creemos que puede ser otro demonio, uno en el cuerpo de otra persona... ¿No crees que en ese caso se habría lanzado contra nosotros? Tanto Pete como Betsy parecían ser jodidamente fuertes... Creo que podrían partirnos en dos si se lo propusieran. Podrían lanzarnos contra las piedras hasta rompernos cada hueso del cuerpo.
 - —Supongo que sí... —dijo Joe.
- —Cabe otra posibilidad —añadió Allen—. Que todo eso lo esté produciendo la cueva…
 - —¿Qué quieres decir?
- —Sabemos que este sitio emite esta... esta cosa... Pero tú y yo lo estamos controlando bien.
 - —Por ahora —dijo Joe.
- —Por ahora, sí...; Pero escucha, hombre! Quiero decir... Toda esa gente se mató de una forma horrible, ¿no? Vamos, construyeron esto. Tuvo que haber algo más.
 - —¿A qué te refieres? —preguntó Joe, algo exasperado.
- —¿Y si vieron cosas? ¿Y si escucharon voces? Si tu experiencia es verdadera, sabemos que hay una especie de Más Allá.
 - —¿Quieres decir... voces fantasmales?
- —Oh, llámalo como quieras —dijo Allen, ahora hablando más rápido. Estaba visiblemente exaltado—. ¡Fantasmas, ilusiones, trucos mentales! Puede que lo que vieras y lo que escuchaste no exista en realidad, que solo esté en tu cabeza. Pero el truco funciona, porque de alguna forma sí es real, ¿me sigues?
 - —Creo que sí, pero...
- —Bueno, me llamaste a gritos —interrumpió Allen—. Pero también podías haber disparado en la oscuridad. Podías haberme dado.
 - ---Eso es... Es interesante ----admitió Joe.
 - —Sí.
 - —Tendremos que tener cuidado con eso.
- —Si fuera un demonio, al fin y al cabo, ¿no crees que te habría atacado en lugar de avisarte con su voz de su presencia?

—Quizá no. Porque aún tengo esto —dijo Joe, levantando la pistola en el aire—.
 Y le tiene miedo.

Allen pensó en ello unos instantes. En realidad, no había dejado de estar inquieto desde que Joe le había llamado. No sabía cómo, pero casi podía sentir una tercera presencia en la caverna, como si unos ojos ocultos estuvieran clavados en su nuca. Podía sentirlos incluso mientras hablaban. No dudaba de la experiencia de Joe, por tanto solo pretendía averiguar por qué seguían vivos, y la presencia de la pistola de clavos parecía una razón tan buena como cualquier otra.

—Pues mantenlo siempre a mano —susurró Allen; de repente, sonaba desesperado—. Por Dios, mantenlo contigo en todo momento.

Y Joe, con el ceño arrugado, asintió.

Capítulo 13

El expreso hacia ninguna parte

—De todas maneras —estaba diciendo Allen— quería enseñarte algo cuando te escuché gritar. Creo que he encontrado por dónde seguir.

Caminaron hacia el extremo más occidental de la caverna, con Allen a la cabeza. Joe no podía evitar dar un giro rápido de vez en cuando e iluminar a un lado y a otro con enérgicos movimientos, pero aunque la cueva parecía tan vacía como la habían encontrado la primera vez, eso no lo tranquilizaba.

—Mira, es esto —dijo Allen.

Joe miró. Había una oquedad entre las rocas, del tamaño de un pequeño utilitario. Podía haber pasado desapercibida a simple vista porque era demasiado suave, nada más que una depresión sin importancia en la pared de piedra. Sin embargo, si uno miraba bien utilizando la linterna, descubría que el suelo se hundía ligeramente hacia abajo y luego hacia la derecha, describiendo un pronunciado túnel que descendía hacia la oscuridad.

- —¿Lo ves? —preguntó Allen—. Ahí.
- —Lo veo. Joder. Parece muy estrecho.
- —No solo eso. Digo ahí mismo.

Joe miró donde Allen señalaba con su haz, y aunque todavía tardó unos segundos en reparar en ello, cuando se dio cuenta de lo que su vecino quería mostrarle dejó escapar una exclamación de sorpresa.

Era una cuerda. Una cuerda sujeta a la pared con ganchos de escalada.

- —Joder —dijo Joe—. ¡Lo veo! Tiene que ser por ahí.
- —Sí.
- —¿Sabes…? Creo que esas cuerdas las instaló el equipo de espeleología que estuvo aquí en último lugar.
 - —Es posible. Esos ganchos parecen... modernos.

Joe se adelantó y escudriñó el túnel. Era angosto de veras y descendía retorciéndose hacia un abismo profundo.

- —¿Aguantará la cuerda? —preguntó Allen.
- —Bueno, ya lo veremos —soltó Joe, tirando brevemente de la cuerda para probar su resistencia. Era gruesa y trenzada, y si realmente llevaba allí sesenta años, parecía encontrarse todavía en perfecto estado. Joe hizo girar el cinto de la pistola de forma que esta quedara a su espalda, se puso la linterna entre los dientes, cogió la cuerda con ambas manos y empezó a descender.

Progresar por el túnel fue menos complicado de lo que parecía. Su verticalidad ayudaba, desde luego, porque los obligaba a moverse con rapidez dando saltos cuando la caída era demasiado pronunciada. Aunque ninguno dijo nada, a medida que se internaban más y más en la gruta, el mismo pensamiento ocupaba sus mentes: volver por aquel camino iba a suponer un enorme esfuerzo si se veían obligados a trepar usando las manos desnudas en aquella cuerda áspera y gruesa. Si aquel pozo no era el camino... Si de repente encontraban el camino bloqueado y no podían continuar, perderían no solo un tiempo precioso tratando de volver arriba, sino que verían drásticamente mermadas sus energías.

Afortunadamente, el túnel pareció agrandarse después de un rato, y eso les infundió nuevas aunque tímidas esperanzas. La cuerda y los ganchos terminaron abruptamente, y eso les hizo pensar que el descenso se suavizaría a partir de ese punto. Así fue: al poco tiempo se encontraron bajando por una rampa natural de pendiente suave en el fondo de una suerte de barranco subterráneo. Las paredes de piedra se levantaban a ambos lados, colosales, megalíticas, recubiertas de la misma vegetación negra y rala que habían encontrado a la entrada de la cueva. Las linternas no alcanzaban a iluminar el techo. Lo peor era sin duda el zumbido que anidaba en el silencio y que ellos percibían como una vibración en el bajo vientre y también en los pómulos y las puntas de los dedos. Allen tenía un pequeño tic en el ojo que insistía en regresar a cada poco. Joe suponía que era la vieja y ponzoñosa emisión del Pozo, pero a esas alturas ni siquiera estaba seguro; podía ser la profundidad, o incluso la falta de oxígeno.

Para complicar las cosas, al poco de andar por aquel paraje descubrieron grandes ventanas naturales en las paredes, a través de las cuales divisaron cámaras de gran tamaño, túneles que escapaban abriéndose paso entre las rocas y galerías colmadas de espeleotemas bellísimos. La cueva se bifurcaba; no había manera de saber si estaban tomando el camino correcto o no. Joe estaba asomándose por debajo de una gigantesca columna a una caverna llena de piletas naturales cuando Allen, que llevaba un rato mascullando entre dientes, empezó a protestar.

- —¡Por Dios! ¿Qué se supone que vamos a hacer ahora?
- —Tranquilo... —dijo Joe, levantando las manos.
- —¿Tranquilo? ¿Por dónde se supone que debemos seguir? ¿Y qué cojones hay de este frío? ¡Los hombres primitivos se metían en cuevas, entre otras cosas, porque son reguladores de la temperatura! ¡Si fuera hace calor, la cueva es fresca; si fuera hace frío, dentro no tanto!

Joe no respondió. Lo cierto era que no sabía la respuesta a ninguna de esas preguntas.

—¿Por dónde, Joe? ¿Por dónde seguimos? ¡Ni siquiera hemos estado atentos a las huellas! ¡Aquí hay polvo, hay agua y barro! ¡Pete ha debido dejar un rastro!

Joe iluminó el suelo. Allen tenía razón: ahí estaban las marcas inconfundibles de sus propias pisadas y las de Allen, yendo y viniendo por el túnel de uno a otro lado.

Formaban un rastro inconfundible. Chasqueó la lengua contra los dientes, súbitamente furioso consigo mismo. ¿Por qué no había pensado en eso antes?

- —Vale... Disculpa, joder —exclamó, huraño—. No tengo mucha experiencia en cuevas, y mucha menos en perseguir demonios.
 - —¿Qué? —exclamó Allen—. ¿Qué se supone que quiere decir eso?
 - —¡Bueno, que hago lo que puedo, por si no te has dado cuenta!

Allen cerró los puños y sus facciones se poblaron de ángulos duros y amenazadores; sus ojos se clavaban como cuchillas heladas. Joe se había incorporado para encararlo, revolviéndose como un animal. Ambos apretaban ya los dientes sosteniendo una lucha visual *in crescendo*, como dos marineros enardecidos por una disputa amorosa. Habrían saltado el uno sobre el otro de no haber restallado un golpe en algún lugar cercano: un sonido fuerte acompañado de un arrastrar de rocas o tierra.

Los dos se giraron para encarar la fuente del sonido, y las linternas volaron para iluminar la gruta. Sin embargo, todo estaba en apariencia en su sitio. Joe no pudo evitar traer a primer plano alguno de sus miedos más recientes e imaginarse a un David Wright agazapado tras cualquiera de las numerosas rocas.

- -¿Qué coño? —soltó Allen.
- —Sí...
- —¿Qué ha sido eso? Ha sonado como...
- —¿Un corrimiento de tierras? —preguntó Joe—. ¿Algún derrumbe en alguna parte?
 - —¿Sabes...? Sonaba como... —Dudó unos instantes—. ¡Oh, yo qué sé!

De pronto, los dos hombres se miraron.

El ruido había eliminado la rabia furiosa que casi los había dominado un momento antes. Allen bajó la cabeza un instante, pero cuando volvió a levantarla, Joe le dio una palmada en el hombro sin añadir nada. No hacía falta; los dos sabían lo que había pasado, y sobre todo, por qué.

Dejaron que pasara un tiempo, manteniendo el oído alerta a cualquier sonido extraño que pudiera llegar por el túnel. Joe cerró los ojos y se entregó a sus ejercicios de respiración. Allen estuvo jugueteando con una roca de fascinante aspecto. Le gustaba sentirla en la mano, grande y dura, también terrible, como un arma arrojadiza; era Joe el que llevaba el arma y se sentía algo desnudo.

- —Bueno —dijo al fin—. ¿Por dónde vamos a seguir?
- —He estado pensando —dijo Joe—. ¿No te parece que... esa cosa... es aquí un poco más fuerte?

Allen se miró las manos. En la derecha llevaba la piedra.

- —Sí... Ahora que lo dices... Sí, definitivamente.
- —Es buena señal, ¿no te parece? Debe haber una fuente. Pete... y el corazón... deben de estar cerca de esa fuente.
 - —Es posible —admitió Allen.
 - —Podemos usar eso.

Allen asintió, despacio al principio; luego lo consideró brevemente y terminó sacudiendo la cabeza de manera entusiasta. Era algo a lo que agarrarse y eso era todo lo que necesitaba por el momento.

Caminaron entonces por los alrededores, asomándose a las ventanas naturales, descendiendo unos metros por los túneles y regresando para probar otro camino. Casi olfateaban cada esquina, intentando discernir dónde sentían con más fuerza aquella vibración inexplicable. Había una cámara que parecía retorcerse sobre sí misma y que descendía suavemente describiendo una ruta errática. No era como las otras; carecía de estalactitas y otras formaciones naturales y casi daba la sensación de que había sido excavada en la roca. El frío ascendía por ella como el viento que se desliza por una cañada, pero la sensación de malestar era sensiblemente más fuerte.

- —Es aquí —dijo Joe.
- —Creo que sí...
- —No… ¡Quiero decir que es aquí realmente! Aunque no fuera por esta sensación… Mira las paredes. No parece natural, sino excavada.

Allen recorrió las paredes con la linterna. El tiempo había suavizado los contornos y la roca aparecía pulida otra vez, pero aún se podían vislumbrar las rocas partidas, desgajadas, y el diámetro regular del túnel.

- —Dios, tienes razón...
- —Pete dijo que había criaturas que habían cavado estos túneles, hace demasiado tiempo para que nadie pueda recordarlo.

Allen sintió un escalofrío.

- —Pues sigamos —dijo al fin—. Sigamos rápido. Tengo esa loca y extraña sensación de que alguien nos sigue.
 - —Yo también —murmuró Joe.

Pero si Allen le escuchó, no dijo nada.

Llevaban tantas horas caminando que habían perdido la noción del tiempo. Los músculos de las piernas quemaban y la sensación de sed empezaba a ocupar una parte importante de sus pensamientos. Echaban de menos las hermosas formaciones naturales de las cuevas superiores, porque aquel era un corredor estéril y monótono en demasía. Durante horas, ninguno dijo nada; en parte porque estaban sumidos en sus propios pensamientos, y en parte porque pensaban que era la mejor manera de descubrir si algo, efectivamente, los seguía.

Estaban tan acostumbrados a caminar por el suelo irregular de la cueva que de pronto se sorprendieron al pisar una superficie lisa y dura. Joe iluminó el suelo con su linterna y se encontró con algo totalmente inesperado.

—Por todos los...

Se giró hacia Allen, pero este ya miraba el suelo con perplejidad.

Eran las vías de un tren, completas con sus rieles, eclisas y traviesas.

Joe miró hacia atrás e iluminó el camino que ya habían recorrido. Las vías continuaban hasta donde alcanzaba la vista, y lo mismo por el otro lado.

- —¿Qué demonios? —exclamó—. ¿Desde cuándo estamos andando sobre una vía sin habernos dado cuenta?
 - —;Joder! Yo...
 - —He estado mirando el suelo todo el rato, Allen.
 - —¡Yo también, lo juro!
- —Te lo digo en serio. No quiero caerme por una abertura, y he estado mirando el suelo todo el puto tiempo.
 - —¡Te digo que yo también! —insistió Allen.

Allen se agachó para tocar los rieles, como si quisiera constatar que estaban realmente allí. El tacto frío y duro del acero le hizo retirar la mano como si acabara de tocar un cable eléctrico.

- —¿Qué cojones hace un tren a esta profundidad?
- —¿Será de la época de la Fiebre del Oro? —preguntó Allen.

Joe sacudió la cabeza.

- —En serio, no hemos hecho más que bajar y bajar. Joder, no me extrañaría que estuviéramos ya por debajo del nivel del mar. ¿Me estás diciendo que a esta profundidad alguien instaló una vía de tren? Porque no son los carriles clásicos de unas vagonetas típicas de minas... Míralos, son grandes... ¡Son vías de tren, pero de uno de los grandes, de un tren comercial o de mercancías!
- —No tengo ni la más remota idea —admitió Allen—. Lo que no me explico es cómo se ha metido debajo de nuestros propios pies…
 - —Se nos ha ido la cabeza, eso es todo. Estas vías llevan tiempo aquí...
- —¿En serio? —preguntó Allen, recorriendo los rieles con su haz—. ¡Porque no veo que haya ni una puta roca encima de las traviesas, ni siquiera un poco de polvo, Joe!

Joe se acercó para comprobarlo, con los ojos muy abiertos. Su amigo tenía razón. Aunque era obvio que las vías habían sido usadas, tenían un aspecto como si acabasen de instalarlas, bien mantenidas, cuidadas y engrasadas. No sabía qué pensar, pero la presencia de aquellas vías en aquel túnel despertaba en él una sensación de miedo, de irrealidad, de manifiesto rechazo. Por más que le daba vueltas no encontraba ninguna explicación.

- —Sigamos —resolvió al fin, echando a andar—. Solo sigamos y ya veremos qué encontramos.
- —Esto es de locos —soltó Allen, pero se descubrió andando detrás de su compañero. Los haces de ambos se dirigían ahora hacia delante, como si esperasen que, en cualquier momento, un tren negro cargado de corazones del tamaño del hígado de una vaca se los fuera a echar encima.

Diez minutos más tarde encontraron algo más: una señal mecánica, un semáforo para trenes. El poste nacía en el suelo, recto como el palo de un espantajo, al lado de

la vía, desplegando un único brazo hacia un lado. El brazo era de un rutilante color rojo con una banda blanca. Aquel semáforo estaba indicando la dirección de la vía, pero esta vez ninguno de los dos dijo nada. Ceñudos y asustados, se limitaron a iluminar la señal con la linterna y continuaron la marcha.

El final de las vías fue más sorprendente de lo que habían esperado. Durante el camino tuvieron claro que los rieles no iban paralelos al túnel, sino que se desviaban sutilmente hacia un lado. Cuando confluyeron finalmente contra la pared, desaparecieron en esta. La traviesa de madera, los rieles de acero... Todo llegaba al pie de la pared y se integraba con ella.

- —¿Qué es esto, Joe? —preguntó Allen, ahora en voz baja.
- -No lo sé.
- —Te juro que no lo entiendo.

Joe no contestó, estaba mirando con evidente fascinación cómo el acero desaparecía al contacto con la roca.

- —¿Qué fue antes, la vía o el túnel, Joe? —preguntaba Allen, como lloriqueando
- —. Porque parece que la vía estaba primero, y eso... eso es imposible, ¿verdad?

Tampoco esta vez dijo Joe nada.

- —¿Verdad, Joe? No se puede cavar un túnel como este con esta vía por medio...
- —No lo sé —dijo Joe.
- —Joe...

Joe sacudió la cabeza.

- —Mira, tampoco importa —dijo al fin—. No tiene sentido, eso es todo.
- —¿Y ya está? —preguntó Allen, con un tono de voz demasiado agudo.
- —Ya está. Vamos a seguir, y eso es todo.

Allen estuvo a punto de decir algo, pero en el fondo sabía que aquella era quizá la acción más sensata. Joe ya continuaba la marcha por el túnel, así que siguió caminando tras él. Empezaba a dolerle la cabeza, tenía sed y estaba cansado, pero sobre todo... Sobre todo, empezaba a tener una sensación de miedo tan fuerte que casi podía olerla a través de la ropa.

Capítulo 14

Bowley Walk

Joe no entendía lo que estaba mirando. Allen tampoco.

—¿Qué es... todo eso...? —gimió Allen. De repente, comenzaba a estar asustado de veras.

Hacía un rato que el corredor había desembocado abruptamente en una caverna natural que discurría como una suave pendiente. Del techo colgaban grandes penachos de roca, puntiagudos como colmillos, que en ocasiones se juntaban con otras formaciones que surgían del suelo formando grandes columnas.

Lo que no entendían Joe y Allen era lo que había en mitad de la caverna: una calle, una intersección completa con la carretera asfaltada y un par de edificios. Tal imagen en mitad de aquella gruta, que había podido permanecer inmutable durante millones de años, creaba un contraste visual difícil de entender.

El asfalto se había agrietado como la superficie de un pastel de chocolate cuya base se hubiera combado por varios lados, y las paredes de los edificios bajos, claramente residenciales, estaban resquebrajadas pero aún en pie. Los cristales de la mayor parte de las ventanas habían saltado por los aires, los adoquines de las aceras se desordenaban como las piezas mal acopladas de un puzzle. Un cartel colgaba de una verja de madera: «BOWLEY WALK». Había farolas caídas sobre el asfalto, y al pie de una de las viviendas, un Rover pequeño, moderno, de color gris metalizado.

- —Por Dios —dijo Joe, tapándose la boca con la mano.
- —¿Qué…? ¿Qué es esto, Joe?

Joe no dijo nada. Caminó hacia la calle y empezó a andar por el asfalto atravesado por enormes grietas. Algunos trozos habían saltado y estaban esparcidos por todas partes, impregnando el aire del olor a bitumen. Era una intersección en T, con una carretera que no iba a ninguna parte; como en el caso de la vía, el asfalto llegaba hasta los márgenes de la cueva y, sencillamente, desaparecía. Lo mismo ocurría con las casas.

—¡JOE! —gritó Allen en ese momento—. ¡JOE, JOE!

Corrió hacia él. Estaba de pie en mitad de la calle, con las piernas separadas y la cabeza inclinada hacia atrás, iluminando algo con la linterna. Era un árbol que crecía entre el césped que bordeaba la acera, rodeado de hojas caídas, justo al borde de la caverna. La mayoría estaban recortadas, pero con una línea tan perfecta que parecía que alguien hubiese aplicado un láser de precisión. Las ramas crecían y se integraban con la pared de piedra.

Joe se quedó mirando las hojas y ramas. Allen respiraba con rapidez, como si acabara de echar una carrera.

- —Dios mío —dijo Joe. Acababa de agacharse y había recogido una de las ramas. Era una rama sana, con un corte limpio en uno de los extremos. Joe miró hacia arriba y creyó comprender—. ¿Te das cuenta?
 - —¿Tú también?
 - —Es como si...
- —¡Como si el puto árbol hubiera aparecido aquí de repente! —aulló Allen, interrumpiéndolo—. ¡Ha aparecido aquí, pero no ha ocupado el espacio donde antes había algo!
 - —Por eso están las ramas y las hojas cortadas tan limpiamente —terminó Joe.
- —¡Como la vía, Joe! —dijo Allen, fuera de sí. Salió corriendo hacia el coche y puso la mano libre en el capó—. ¡Mira este coche! ¡Es un coche moderno, Joe! ¡Explícame cómo ha llegado hasta aquí! ¡Dime de qué otra forma podía haber llegado este coche hasta aquí, sin un roce, sin una sola mota de tierra!

Consumido por un ataque de nervios y riendo como un loco, Allen se agachó para tocar las ruedas, que tenían cierto desgaste pero estaban limpias.

- —¡Este coche nunca ha abandonado el asfalto, Joe!
- —Allen, tranquilízate…
- —¿Y la matrícula? —dijo, rodeando el coche de atrás a delante dando pequeños brincos—. ¡Oh, esto sí que es bueno, es blanca por un lado y amarilla por otro! ¿De dónde será? ¡Mira, Joe! ¡Aquí pone GB!

Joe tragó saliva.

- —¡GB, Joe, y un círculo lleno de estrellas! ¿No será Gran Bretaña? —Soltó una carcajada—. ¡Hemos andado tanto que hemos llegado a Inglaterra, Joe! ¡Subamos a que nos dé el aire y nos tomamos un té en Piccadilly!
 - —¡Allen, por el amor de Dios, tranquilízate!

Pero Allen no le escuchaba, corría ya hacia una de las casas. A Joe le recordaba a las clásicas viviendas de los extrarradios urbanos, de planta baja, con un pequeño jardín delantero y un garaje anexo. Las paredes eran de ladrillo visto, de una tonalidad rojiza; Inglaterra estaba llena de sitios así. La puerta principal estaba desencajada porque coincidía con la línea de desgarro de la fachada principal, y Allen solo tuvo que darle un pequeño empujón para echarla abajo. Joe tuvo un instante de pánico; si la estructura de la casa estaba dañada, podía venirse abajo en cualquier momento.

—¡ALLEN, NO!

Se acercó corriendo a la casa, con el corazón latiéndole con fuerza en el pecho. Si le caía un solo ladrillo en la cabeza en un lugar como aquel, no habría manera de procurarle asistencia.

-;ALLEN!

Pero justo cuando iba a entrar a por él, Allen regresaba ya con un objeto en la mano. Lo miró brevemente antes de extender el objeto hacia él con un brillo de excitación en los ojos. Era un teléfono antiguo, negro, o uno que imitaba los modelos tradicionales que se hicieron populares en los setenta. El plástico del auricular y el dial central estaban recortados con una pequeña curvatura, como las hojas.

—¡Todo está así, Joe! —exclamó, riendo—. ¡Estamos en la Dimensión Desconocida! ¡Es de puta madre!

Y entonces, sin previo aviso, se echó a llorar.

Echaron un último vistazo a la calle antes de continuar por una pendiente empinada entre un bosque de rocas. Si en aquel momento la calle hubiera desaparecido ante sus ojos, a Joe no le habría sorprendido más de lo que ya lo estaba; pero cuando se giraron para continuar, la calle aún seguía allí.

Allen había pasado de una explosión nerviosa a un mutismo absoluto. Siguieron descendiendo entre las rocas, sintiendo que la cabeza iba a explotarles en algún momento. Definitivamente estaban en el camino correcto. El ejercicio físico y la concentración que requería calcular el siguiente movimiento, por otro lado, eran una buena manera de no pensar demasiado. Aun así, Joe no paraba de formularse preguntas. ¿Sería ya demasiado tarde? ¿Qué significaba que una porción de Inglaterra hubiera aparecido de repente en mitad de la cueva? ¿Y la vía del tren? Y si eso era así, ¿qué había quedado en el lugar donde estaba la calle? Joe imaginaba un agujero de un negro intenso, la ausencia de todo, un abismo de nada, tan insoportable a la vista como los tornados negros. Jamás había escuchado que hubiera ocurrido algo similar en ninguna parte, por lo tanto era muy posible que Pete hubiera empezado a hacer lo que planeaba. Pensaba en dimensiones solapadas, en demonios que pasean entre ellas, en portales que conectan realidades tan diferentes como desconocidas y en lugares que de repente están y luego ya no. La pregunta real era: ¿estaría el mundo sumido en el caos ahí fuera? ¿Habían tardado demasiado?

De repente, la pendiente terminó. Estaban mirando ahora una oquedad con forma de cuenco de la que volvía a nacer un nuevo ramal de techo bajo. Este descendía aún más hacia la oscuridad. Al mirar alrededor, Joe estuvo bastante seguro de que en algún momento de la historia de aquella cueva había caído agua por allí. Podía verlo en los surcos entre las rocas y el aspecto suave, resbaladizo y pulido de estas. El agua habría descendido en cascada por entre las piedras, y su fuerza habría ido socavando el cuenco natural, fin de la pendiente, generando espuma blanca y llenando la cueva de un ruido atronador e impetuoso. Joe imaginó insectos y musgo y un ecosistema de vida complejo, pero de aquello no quedaba ya nada más que polvo y piedras. Se preguntó si la cueva habría pasado por un ciclo natural de vida, o si el agua habría sido desviada en algún lugar en la superficie, quizá por acción del hombre. Quizá

aquellos demonios dimensionales habrían tenido que ver, dejando la cueva estéril y muerta, sin vida.

Sacudió la cabeza con un repentino escalofrío y miró a Allen, que apoyaba ambas manos en las rodillas y jadeaba. Estaba exhausto, eso podía verlo, y también él lo estaba. Cuántas horas llevaban descendiendo por túneles y abismos, no lo sabía.

—¿Estás bien? —preguntó Joe.

Allen no contestó.

- —Si quieres podemos descansar —añadió.
- —Joe... Siento que... se me va...
- —¿Qué?
- —Se me va la cabeza, Joe. Lo noto. Créeme, no quieres tumbarte a dormir un poco conmigo al lado.
 - —¿Qué estás…?
- —No digas nada —dijo Allen, aún sin mirarlo—. Es mejor que no digas nada. En estos momentos, tu voz me jode como los latigazos de un... puto patán y me hace sentir como si yo fuese el negro en una plantación antes de la Guerra.
 - —¡Allen!
 - —Calla la... puta boca. En serio.

Joe no dijo nada más. Después de unos instantes, Allen se irguió, se ajustó la mochila, y empezó a caminar hacia el túnel. Andaba con paso errático: tan pronto se desviaba a un lado como a otro. Lo cierto era que Joe también podía sentir cómo esa sensación asfixiante lo consumía lenta pero inexorablemente, como las llamas lamen la carne de un asado. Sin embargo, no creía que un poco de meditación o una charla al respecto fuese a mejorar las cosas. Demasiado bien sabía que lo único que podía ayudar en ese momento era llegar al final de su viaje. Encontrar a Pete, el corazón y el portal, y terminar con todo aquello de una manera o de otra.

El túnel se ramificaba a los pocos metros en una especie de laberinto de corredores. Allen iba delante, y parecía escoger unos u otros aleatoriamente; sin embargo, Joe no dijo nada. En algún momento cambiaron las pilas de las linternas, que iluminaban ya de una manera febril y macilenta. Tenían que llegar a su destino antes de que volvieran a agotarse, porque no tenían más repuestos. Allen no pareció darse cuenta, y si lo hizo, no dijo nada, pero a Joe le temblaban las manos cuando cambiaba las pilas: se daba cuenta de que aquel era un punto de inflexión, de no retorno. Hacía mucho que había comprendido que recorrer la cueva en sentido contrario sería una prueba física durísima, pero hacerlo a oscuras lo convertía en una imposibilidad. Las pilas agotadas en su mano se volvieron, por tanto, un símbolo de su propio destino, y fue incapaz de sostenerlas por más tiempo. Abrió la mano y las dejó caer en el suelo de la cueva, donde aún siguen a día de hoy.

Después de lo que pareció una eternidad, llegaron a otra caverna espaciosa de techo alto. El agua que atravesó la gruta en tiempos remotos había esculpido allí formas exquisitas de elaborados ornamentos, pero ninguno de los dos hombres tenía

ya ojos para esas cosas. Se sentían débiles y mareados, como si les faltara el oxígeno, y el frío era tan intenso que los dedos de las manos se les habían agarrotado.

Estaban ya dirigiéndose hacia lo que parecía una salida cuando escucharon un ruido a su espalda. Allen se giró dando un brinco en el aire. Se quedaron inmóviles, silenciosos y alertas. Joe tenía la pistola de clavos sujeta con ambas manos mientras Allen movía el haz en todas direcciones. La luz era otra vez fría y potente con las pilas nuevas.

—Allí... —dijo Allen de pronto, con la voz ronca y espesa propia de quien lleva mucho tiempo sin pronunciar palabra.

Joe miró, y vio unas formas de un color desvaído. Aunque al principio le costó precisarlo, enseguida estuvo bastante claro qué eran: sacos de dormir, cubiertos de polvo y tierra, que en tiempos debieron de ser de un intenso color naranja. Al lado había restos de material y de basura y envases vacíos. Joe se sorprendió. Habían pasado a su lado pero no los habían visto antes.

Otro ruido, esta vez en el lado contrario. Un ruido metálico. Joe pensó en el sonido que produce un piolet al golpear la roca.

Entonces, al fondo de la cueva, se encendió una luz. Apenas un punto, pero concentrado e intenso como el de una linterna de pequeño tamaño.

Allen soltó una exclamación que pretendía ser un grito pero sonó como el graznido de un pato. Joe apuntaba su arma con manos temblorosas cuando, en otro lugar, apareció una segunda luz, más amarillenta, más débil. La primera parecía moverse; se mecía suavemente mientras el haz se concentraba en ellos.

```
Y entonces...
```

—;Joe!

Joe dejó caer la mandíbula. Una sensación dolorosa le atenazó los testículos.

—¡JOE! —dijo una segunda voz.

—Joe...

Varias luces se encendieron en la oscuridad alrededor de los dos hombres. Los haces se cruzaron y, por primera vez, tanto Joe como Allen pudieron ver de dónde provenían.

Eran lámparas frontales sujetas a unos cascos de espeleólogos. Los hombres que los llevaban caminaban hacia ellos como muertos vivientes, arrastrando los pies. Vestían monos de colores brillantes con bandas reflectantes, botas y guantes, pero sus rostros, fuertemente contrastados por la luz de los frontales, parecían exánimes y lánguidos. Los ojos eran puntos oscuros donde la vida hacía tiempo que se había extinguido. Y se acercaban con los brazos caídos, bamboleándose a un lado y a otro.

Allen gimió, retrocedió un par de pasos y tropezó con una piedra. Cayó al suelo, de espalda. Joe estaba fascinado, hipnotizado y aterrorizado. Su mente se negaba a reaccionar y se regalaba en cuantos detalles veía: el roto en el pantalón a la altura de la rodilla de uno de ellos, el muñón horrible en el que se había convertido la mano de

otro, y sus caras... con sus bocas inmundas moviéndose como si no pararan de hablar.

- —Joe...
- —¡JOE!
- —;Joe!

Entonces, Allen gritó. Fue un grito agudo e intenso que arrancó ecos desaforados del techo de la caverna, pero sirvió para que Joe reaccionase. Empezó a disparar. Los clavos volaron en todas direcciones y alcanzaron a los espeleólogos muertos; perforaban sus trajes, hacían retroceder y bailar sus brazos como si estuviesen rellenos de serrín y arrancaban sonidos metálicos cuando golpeaban sus cascos; pero ninguno sucumbía.

Allen se puso en pie. Aún aullaba cuando se giró para empezar a correr.

Joe seguía disparando. Apretar el gatillo era todo lo que podía hacer, y lo único que aún hacía latir su corazón. Veía los clavos impactando en unos y en otros, y seguía alimentando la esperanza de que el siguiente fuera el que los hiciera caer. Pero eso no ocurría.

—¡JOE! ¡PARA, JOE! ¡PARA!

Era Allen, hablando desde algún punto situado a su espalda. Joe siguió disparando. ZIP, ZIP, los clavos silbaban en el aire mientras los espectros avanzaban, inexorables.

Una mano se posó en su hombro.

—¡JOE, DEJA DE DISPARAR!

Joe giró la cabeza y se encontró con el rostro encendido de Allen, iluminado por la luz de los frontales. Estaba cogiéndole de las solapas del abrigo para hacer que girara su cuerpo hacia él.

—¡JOE, NO SON REALES! ¡NO SON REALES, JOE! ¡DEJA DE GASTAR MUNICIÓN, POR EL AMOR DE DIOS!

Joe pestañeó. Allen enfocaba ahora a los espectros con su linterna y Joe se volvió instintivamente para mirarlos. Allen podía decir lo que quisiera, pero ellos seguían allí, a apenas cinco metros de distancia. Todos los frontales apuntaban hacia ellos, bañándolos de luz; en la oscuridad de la caverna parecían artistas a punto de empezar una representación. Algunos de aquellos monstruos lanzaban ya sus manos hacia ellos, trocadas en garras crispadas y hambrientas. Joe se fijó en sus dedos: la carne se había consumido y dejaba a la vista los huesos blancuzcos. Ristras de piel colgaban de una falange a otra. Y sus caras, esos rostros horribles cubiertos de pellejos tirantes, retraídos, del color de la ceniza, lo congelaban a uno en el sitio.

Negó con la cabeza.

—¡Te equivocas, Allen! —graznó—. ¡Están ahí, joder, ESTÁN AHÍ MISMO!

Si no eran reales, ¿cómo iba él a imaginar aquello? ¿Cómo podía su mente ser capaz de conjurar todas aquellas imágenes llenas de detalles espeluznantes?

—¡Joe, no son reales! ¡Vamos, cierra los ojos un momento y...!

Pero Joe no quería escuchar más. Intentó retroceder, pero Allen lo tenía cogido con ambas manos. Los espeleólogos muertos estaban ya a tres metros. Casi podía oler el hedor pútrido y profundo de su carne.

—¡SUÉLTAME! ¡¿QUÉ HACES, ALLEN?! ¡SUÉLTAME, COÑO!

De pronto se dio cuenta de lo que pasaba. Allen había sucumbido a la paranoia, se había rendido a la cueva y sus emanaciones y quería arrastrarlo con él.

—¡SUÉLTAME, ALLEN, SUÉEELTAAAMEEE!

Dos metros. El sonido de sus gargantas anegadas en sangre le llegaba claramente a los oídos.

```
—¡JOE!
¡JOE, JOE, JOE, JOE!
```

El pánico le insufló nuevas energías. Retrasó un brazo y acertó a Allen en la cara con un desmañado puñetazo. Allen echó la cabeza hacia atrás, pero Joe no consiguió deshacerse de su presa. Las manos de los espectros estaban ya casi encima, y Joe caía en picado por un abismo de terror tan profundo que lo electrizaba. Sentía el aliento de la muerte en la cara y cerró los ojos, apretó los dientes y empezó a descargar golpes en todas direcciones.

```
—¡JOE, BASTA, BASTA!
```

Sus brazos se movían, histéricos.

—¡BASTA, JOE!

De pronto, sintió un golpe en la cara, contundente como una explosión. Joe chilló, perdió pie y cayó al suelo, donde continuó dando patadas aullando como la sirena de una ambulancia.

Luego abrió los ojos.

La única luz provenía de las linternas, que se habían caído al suelo e iluminaban las rocas y las piernas de Allen proyectando sombras alargadas en la pared. Los espeleólogos habían desaparecido. El silencio había regresado, con la notable excepción del sonido de la respiración de Joe; resoplaba como un animal, con el corazón latiéndole con fuerza en el pecho.

Allen se agachó, apoyó las manos en las rodillas y luego se dejó caer en el suelo, visiblemente agotado.

```
—¿Qué...? —preguntó Joe, confuso—. ¿Qué...?
```

—Mierda —dijo Allen, con una mano sobre la mejilla izquierda—. Me has reventado la cara.

```
—Pero ¿qué...?
```

—Tío, no eran reales, joder.

Joe se incorporó de un salto, cogió una linterna y empezó a iluminar alrededor, buscando a los muertos. Pero la cueva estaba tan vacía como cuando llegaron; los sacos de dormir seguían donde estaban.

```
—Dios mío —dijo al fin—. Eran... ¡Era tan real! —Sí...
```

—Pero... ¿Cómo lo supiste? ¿Cómo?

Allen se incorporó trabajosamente, lanzando pequeños quejidos.

- —Me giré para salir por patas, tío, mientras disparabas. Estaba... Bueno, estaba auténticamente acojonado. Creo que me he meado encima, en serio. Salí a la carrera, mirando atrás. Cuando giré la cabeza, me encontré a uno de esos zombis justo delante de mí. No sé... No sé porqué no frené... Mi cabeza estaba en modo pánico. Lo embestí, quizá para intentar apartarlo.
 - —Dios...
- —Sí, pero... tan pronto lo hice, desapareció. Me paré en seco y me giré, pensando que lo tenía a la espalda. No... No entendía. Pero entonces comprobé que no solo esa cosa había desaparecido, todos los demás también.

Joe se tapó la boca con la mano.

- —Tú seguías disparando hacia la oscuridad. Pensé que el pánico te hacía seguir disparando, así que me fui a ti. Pero cuando me miraste, y luego miraste hacia la cueva vacía, supe que tú seguías viéndolos. Que esos monstruos aún eran reales en tu cabeza...
 - —¡Joder, sí!
- —Y entonces comprendí. Supe que era una estratagema de la cueva, una especie de... alucinación conjunta, o como quieras explicar eso. Como cuando he sentido ganas de arrancarte la cabeza solo porque estabas ahí, ¿sabes? Tú aún los veías.
 - —Ya lo creo —murmuró Joe, impresionado—. Así que...
 - —Sí.
 - —Joder..., era tan real. Pero... ¿cómo pudimos ver lo mismo?
- —No digo que fuera una alucinación al uso —contestó Allen—. Creo que esas cosas realmente estaban ahí. Si estuviera aquí mi vieja tía Emma seguramente habría visto lo mismo. Pero no eran... materiales... Eran... No sé, imágenes.
- —Dios mío. ¿Estás bien, tío? —preguntó entonces. Allen estaba moviendo los músculos de la cara. Le empezaba a escocer y a despertar y le arrancaba punzadas de dolor.
 - —Estoy bien, más o menos. Pegas como un puto marica —dijo.

Joe soltó una carcajada, pero sonó extraña y demasiado aguda, y eso hizo que Allen empezara a reír también. Tenía un feo golpe en la mejilla, sin embargo, y el dolor de los músculos forzados empezó a ser demasiado intenso. La risa se mezcló con unos quejidos extraños dando a la escena un aire bastante cómico: los dos hombres se encontraron riendo como hienas, contagiados el uno del otro. Ese pequeño descanso entre tanta tensión, sin embargo, actuó como un bálsamo en su ánimo. Terminaron dándose un pequeño abrazo. Se sentían otra vez fuertes después de haber superado aquella prueba, y en cierta medida aliviados de que la cueva solo pudiera producir imágenes y no amenazas reales, aun cuando estas fueran tan realistas y terribles como lo que habían visto.

Después de un rato, sin embargo, tuvieron que enfrentarse al problema real. Joe había malgastado casi toda la munición. La visión del cargador con apenas veinte clavos resultaba terrible e inquietante, habida cuenta de que aún desconocían lo que iban a encontrar más adelante. Entonces recorrieron la cueva para recuperar todos los clavos que pudieran encontrar, pero aunque las paredes eran de roca madre, demasiado dura como para que los clavos se incrustaran en ella, la mayoría se había doblado de una manera irrecuperable. Al cabo de veinte minutos habían reunido casi quince clavos más.

- —Tendrá que valer —dijo Allen—. ¿Cuántos disparos dijiste que necesitabas para detener uno de esos monstruos?
 - —Un par de disparos —contestó Joe—. Quizá tres.
 - —Pues si ahí abajo encontramos una orgía de tornados, procura afinar la puntería. Joe asintió, y unos minutos más tarde, reanudaban el camino.

Capítulo 15

Anjikuni

Caminaban otra vez por una gruta cuyo techo estaba recubierto de grandes placas de cristales de selenita. Colgaban exuberantes y majestuosas como lámparas imposibles; un delicado trabajo de millones de años que ningún diseñador habría podido concebir ni en el más loco de sus sueños. Inéditas para el ojo humano, permanecieron invisibles sobre las cabezas de los dos hombres que caminaban exhaustos y cabizbajos por debajo.

- —Joe... —dijo Allen.
- —¿Sí?
- —Estaba pensando… ¿Crees que andamos hacia el este, hacia el oeste…? Joe frunció el ceño.
- —Vaya. No lo sé, Allen. Hemos dado mil vueltas en todas direcciones. Creo que, sobre todo, hemos ido hacia abajo, aunque... Pero ¿por qué lo preguntas?
- —En el pueblo se decían muchas cosas —dijo al fin, con los ojos fijos en algún punto indeterminado. Hablaba despacio, como si estuviera recordando o asimilando un nuevo concepto que, de repente, hubiera surgido en su mente—. Corrían rumores. Creo que te lo dije…
 - —Creo que sí.
- —Cosas relacionadas con las desapariciones, con el invierno... Ese tipo de cosas. Como el pueblo de Anjikuni, aquí en Canadá. Es prácticamente la otra punta del país, pero... ¿Conoces la historia?
- —¿Anjikuni? No... No la conozco —dijo Joe, contento de que empezaran a tener algo de conversación de nuevo. Hacía que uno caminara sin concentrarse tanto en la fatiga del camino.
- —No me extraña. Es una de esas historias que incomodan a la gente, porque no se entiende. Creo que acaban olvidadas por salud mental. De todas formas lo miraremos en Internet cuando volvamos, ¿vale? Es una historia fascinante.

Joe experimentó una súbita sensación de congoja. Las palabras permanecieron en su mente arrancando ecos sombríos: «Cuando volvamos, cuando volvamos...».

- —Cuéntamela, Allen —dijo entonces—. Por favor...
- —Vale. Fue en... No sé... 1930, me parece. Antes de la Segunda Guerra Mundial. Un cazador llamado Labelle visita este pueblo, y se lo encuentra vacío. Un pueblo que tenía mil doscientos habitantes, Joe, y desaparece entero de la noche a la mañana...
 - —¿El pueblo entero? O sea...

- —Solo la gente y casi todos los animales —dijo Allen—. Chozas vacías, botes y kayaks amarrados a la orilla, rifles apoyados en las puertas... Eran esquimales, Joe. Ningún esquimal va a ninguna parte sin su rifle en pleno 1930.
 - —Entiendo.
- —En las cabañas había comida preparada que empezaba a descomponerse dentro de las ollas, y había cosas como un anorak a medio remendar sobre una cama, con sus agujas y todo. No había cuerpos, ni siquiera los de los cadáveres en el cementerio. Habían desaparecido, simplemente.
 - —Joder. Vaya historia —dijo Joe—. ¿No tienes algo más alegre para contarme?
- —No te lo cuento por nada —dijo Allen entonces—. Estaba pensando que puedes trazar una línea prácticamente horizontal entre Anjikuni y Sulphur Creek.

Joe asintió, pensativo.

- —¿Y qué pasó con la gente? —preguntó al fin.
- —Nunca se supo. La Policía Montada del Canadá estuvo investigando, y creo que hubo alguna colaboración con Estados Unidos en el caso. Pero no encontraron nada... Ni huellas, ni rastro de ningún éxodo, nada. A día de hoy sigue siendo un misterio. Solo... desaparecieron. Como desaparece gente en Sulphur Creek cada año, y en todo el norte del Canadá.

Joe volvió a asentir, pero esta vez no dijo nada. Siguió caminando en silencio, preguntándose si aquello realmente podría estar relacionado con los torbellinos o no. Mientras tanto, Allen parecía haberse sumido también en sus propias reflexiones, aunque la historia de Anjikuni permaneció un buen rato en sus cabezas.

Hacía frío, un frío intenso y despiadado, y lo hacía contra todo pronóstico. Joe recordaba haber visto un documental donde se mencionaba que algunas de las cuevas más profundas del planeta no habían sido exploradas del todo por las altas temperaturas; pero allí abajo, toda la ropa de abrigo parecía insuficiente. Hasta los pies los tenía helados porque la gelidez despiadada de las piedras calaba a través de las botas. Eso hacía que, en su cabeza, el mismo aire que respiraba tuviese una suerte de aura sobrenatural que les insuflaba un profundo desánimo.

Pensó que, después de todo, era una suerte que las pequeñas botellas de agua que habían traído se hubieran acabado hacía unas horas. Con ese frío, probablemente, estarían congeladas. Mientras tanto, Allen canturreaba, pero su voz casi agónica y entrecortada surgía con una cadencia lastimera, preñada de una honda tristeza.

Estaba pensando en todo eso cuando, de pronto, empezó a sentirse mareado. Era como si la cueva entera girara ante sus ojos. Adelantó una mano, previendo quizá un desvanecimiento.

—Allen...—susurró.

De repente cayó. Cayó horizontalmente hacia la derecha, como si lo hubieran empujado, y se golpeó contra la pared, a unos escasos dos metros, y se quedó allí tendido. Con el frío metido en el cuerpo, ni siquiera acusó el golpe. Se sentía como si

hubiera resbalado, pero algo en su interior chillaba denunciando que algo anómalo estaba pasando.

—Joder —dijo Joe. De pronto miró hacia un lado y vio a Allen. Estaba de pie en la pared, mirándolo con ojos incrédulos.

```
—¿Joe? —exclamó, dubitativo.
```

Se miraron durante unos instantes, incapaces de comprender o asimilar siquiera la situación. Para Allen, Joe estaba simplemente sentado en la pared; sus ojos se negaban a aceptar esa visión irreal, que sobresalía en el entorno como uno de los más ásperos efectos especiales que la industria del cine hubiese concebido jamás. Para Joe, que tenía que levantar la cabeza para mirar, su amigo parecía un vampiro que desafiase las leyes de la gravedad acechándolo desde el cabecero de la cama para saltar sobre él. Luego, Allen se desvaneció y dobló las rodillas. Acabó resbalando suavemente hacia él, como quien se desliza por un tobogán, hasta acabar a su lado.

Joe había tenido bastante. Se levantó como pudo y se quedó mirando el suelo, la pared que antes había sido el suelo, y a su compañero.

```
—¡Dios bendito! —soltó.
```

—¿Qué…? ¿Qué ha pasado, Joe? —preguntó Allen.

Joe iluminaba alrededor.

```
—¡No lo sé!
```

—Es... Estás en la puta pared...

Joe desvió su linterna hacia Allen. Su voz sonaba débil, demasiado cansada.

```
—Tío… —dijo.
```

—Te lo juro. Te he... Te he visto.

Y entonces empezó a reír en voz baja.

—Allen... —susurró, sobrecogido.

Era Allen, y no la cueva o el hecho de que hubieran «caído» hacia la pared, lo que le preocupaba ahora. El hombre parecía superado, derrotado, a punto de refugiarse en algún lugar profundo de su propia mente. Lo cierto era que también él estaba cansado, demasiado; un cansancio profundo que se percibía como una bajada de azúcar. La cueva parecía haber rotado delante de sus propias narices de alguna forma que no podía comprender, pero si no hacía algo por ellos mismos, algo básico como aportar un poco de energía al cuerpo, tanto valdría que el techo se derrumbase sobre sus cabezas.

¿Cuánto tiempo hacía que no se alimentaban?

—Eh, Allen... ¡Allen! Te estás derrumbando, tío. ¿Has traído algo de comer?

Joe había visto cómo preparaban el equipo en la mochila que él llevaba, pero Allen había estado metiendo cosas en la suya en otra habitación.

```
—Comer... Es buena idea, ¿sabes? —respondió.—Sí, tío. ¿Has traído algo?
```

—Sí... —exclamó Allen—. Yo... Me gustaría...

```
—Vamos, déjame ver...
```

Empezó a trastear en los bolsillos exteriores. La mayoría estaban vacíos, y en el resto encontró cosas como hilo, agujas y papel higiénico. Estaba a punto de mirar en el interior cuando, tras la cremallera principal, encontró una tableta de chocolate negro Excellence. Joe la sacó del bolsillo con una expresión de incredulidad y gratitud.

—Oh, Allen, Allen...; Eres un genio! Vamos... Tienes que comer un poco, ¿vale? —Claro...

Partió el chocolate por la mitad y le metió una onza en la boca. Allen empezó a masticar, lentamente al principio, pero enseguida empezó a coger velocidad y acabó tragando el pedazo en pocos segundos. Luego cogió su mitad y empezó a darle bocados con verdadera ansia.

Joe asintió y empezó a comerse su parte, sonriendo.

- —Vale... —dijo Allen, suspirando—. Esto es otra cosa.
- —¿Qué te ha pasado?
- —Uf. No lo sé. Ha sido… —De repente empezó a mirar alrededor—. Tú… tú estabas sentado en…
 - —No lo pienses más —dijo Joe—. No merece la pena. Seguiremos andando.
 - —Pero, Joe... Me... Me deslicé por el suelo hacia ti y...
- —Oye, es igual. En serio. Hace tiempo que pocas cosas tienen sentido, ¿no te parece?
 - —S-sí... —contestó Joe.
 - —Pues ya está. Vamos a seguir y ya veremos qué pasa. Es lo mejor, ¿no crees?
 - —Sí... —admitió Allen.
 - —¿Estás mejor?
 - —Sí, estoy mejor...

Joe asintió. Lo cierto era que ambos se sentían mejor. Hacía tan solo un rato, la debilidad les había impedido incluso levantar los brazos (ahora se daban cuenta) pero la energía del chocolate había obrado un pequeño milagro en su ánimo exánime, e incluso parecía que hacía menos frío.

- —Pero… en serio, ni siquiera sé si ahora estamos en el suelo o… —dijo Allen. Joe lo miró con el gesto torcido y se interrumpió—. ¿Seguimos y ya está?
 - —Hasta el final —sentenció Joe.

Sin embargo, cuando empezaron a andar, y de forma inesperada, todo cambió.

La cueva desapareció a su alrededor, deshaciéndose ante sus ojos. Se rompía por mil fisuras que aparecían de la nada mientras la luz del día empezaba a desbordar por ellas, llenándolo todo de una claridad tan deslumbrante como inesperada. Joe empezó a mover los brazos para buscar el equilibrio al sentir que el suelo desaparecía bajo sus pies. Allen chillaba, aunque sus gritos se eclipsaban por el estruendo insoportable de la cueva desmoronándose. Era como el sonido de una tormenta encadenada reproducido a alta velocidad. Joe miró hacia abajo: parecía que iban a caer a un abismo de cielo abierto, ligeramente anaranjado como el del atardecer, pero cuando

su cuerpo ya empezaba a acusar la inercia de la caída, de repente el suelo había aparecido otra vez, gris y uniforme como el cemento, justo debajo de ellos. Los dos hombres cayeron hacia delante, gritando, hasta que se quedaron postrados con las rodillas y las palmas en el suelo. Un par de segundos más tarde, Allen dejaba de aullar. Joe miraba hacia arriba. Aún podía ver los restos de la gruta desapareciendo allí arriba, recortada contra el cielo, colapsándose sobre sí misma hasta que no quedó nada.

- —¡Basta! —graznó Allen—. ¡Basta, joder!
- —Dios... —añadió Joe. Se había incorporado tan rápido como pudo y estaba mirando alrededor.

Enseguida comprendió que estaban en una ciudad: había edificios alrededor, de los cuales solo veían las plantas más altas, como si estuvieran en la azotea de un rascacielos. Pero todo estaba mal. La barandilla y el muro estaban rotos por muchas partes, el cielo era de un tono anaranjado tan intenso que dolía mirarlo, y en el aire, por todas partes, había partículas que flotaban y se retorcían. El suelo estaba lleno de esas cosas. Joe se miró las manos; habían estado apoyadas en el suelo y estaban manchadas. Supo al instante de qué se trataba: eran cenizas.

—¿Qué…? ¿Dónde estamos? —gemía Allen.

Había otras cosas fuera de lugar. Eran los edificios. La mayor parte parecía en ruinas, con grandes vigas de hierro asomando por entre las fachadas dañadas como los huesos en un cadáver en descomposición, pero lo peor eran las llamas. Había llamas por todas partes, a lo lejos, como si la ciudad entera ardiese en la distancia. El viento estaba arrastrando el humo lejos de ellos, pero era como una garra despiadada cuyos dedos espantosos descendiesen sobre las calles. El espectáculo era desolador. Parecía que había caído una bomba en alguna parte y que la onda expansiva había descarnado aquellas construcciones.

Allen se había asomado a la barandilla.

—¿Qué cojones es esto, tío? —decía. Tenía los brazos extendidos, como un predicador—. ¿Qué ha pasado?

Cuando se volvió, tenía lágrimas en las mejillas. Ahora que lo veía con la luz del día se daba cuenta de lo sucio que estaba. Toda su ropa estaba cubierta de polvo y barro.

—Esto... no puede ser real, Allen —dijo Joe. Pero en su fuero interno sentía otra cosa. Oh, aquello no era como los espeleólogos muertos. Olía el humo, el fuego, sentía el calor abrasador de las llamas y el polvo y el hierro de las vigas.

Porque hacía calor. Mucho. Joe empezaba a notarlo rápidamente. El sol parecía enorme en el cielo, y en la línea del horizonte, los edificios cimbreaban por efecto de la distorsión del calor.

- —¿Hemos perdido, Joe? —dijo Allen—. ¿Es eso lo que ha pasado?
- —No…;No! No digas eso.
- —¿Qué ciudad es esta? ¡Está...! ¡Está arruinada, Joe!

- —Yo...
- —¡Destruida!

Joe empezó a desabrocharse los botones del abrigo. La temperatura se hacía insoportable por momentos.

- —Allen..., esto puede no ser real, como todo lo demás...
- —¿Cómo puede no ser real? —graznó Allen—. ¡Mira ahí arriba, es el sol! ¡Mira las llamas, el humo! ¡Mira allí!

Mientras señalaba, parte de la fachada de un edificio se desplomó y levantó una nube de polvo. Los ladrillos y el hormigón cayeron como a cámara lenta y se perdieron en la neblina amarillenta que cubría la calle. El sonido, amortiguado y retumbante pero aún clamoroso, llegó hasta sus oídos.

- —¿Y eso, Joe? ¿Eso también puede no ser real? ¡Lo has oído como yo!
- —Sí, Allen... —dijo Joe, bajando intencionadamente la voz al ver la excitación de su amigo—. Pero también escuchábamos a los espeleólogos muertos... Hasta podríamos haber escuchado un tren en aquella vía, si el Pozo hubiera querido.
 - —¡Vale! Si no es real... ¿te importa arrojarte a la calle? ¿Eh? ¿Quieres?
 - —Allen...
- —¡No, en serio! ¡Si no es real, nos lanzamos a la calle! A lo mejor rebotamos como en los dibujos animados, ¿eh, tío?

Joe se pasó una mano por la cara. La tenía húmeda, empapada en sudor. Sin decir nada, dejó caer el abrigo al suelo. La brisa, aunque tórrida, resultaba agradable contra el cuerpo.

- —Allen, no lo sé, ¿vale? —dijo—. Solo sospecho que todo esto es un disfraz que la cueva nos muestra. Creo que seguimos aún en ella, bajo tierra. Creo que este edificio representa un abismo que tenemos ante nuestros pies. Si bajamos por la escalera del edificio, seguramente estaremos bajando por la cueva real... Abajo, siempre hacia abajo. Si te tiras, morirás. Así de simple. ¿Entiendes lo que quiero decir?
 - —No —contestó Allen con rapidez.

Joe sacudió la cabeza. Creía que su amigo le había comprendido, aunque estuviese demasiado enfadado para darle la razón.

—Tío... ¿Por qué eres tan... jodidamente cabezota? —preguntó Allen—. ¿Recuerdas aquella intersección? Aquello no era una fantasía, era real. Yo cogí aquel teléfono, eché la puerta abajo. ¡Aquel coche estaba allí, joder, como todo lo demás!

Joe tragó saliva. Allen tenía razón.

- —Aquello no era una fantasía —insistió este.
- —No —admitió Joe—. No lo era...

Miró de nuevo hacia las llamas que se elevaban hacia el cielo en la distancia. Si aquello no era una artimaña de la cueva sino otro trozo de realidad que se había solapado con esta, ¿qué era? ¿Dónde estaban?

Miró hacia arriba, asustado, y contempló el sol. Realmente era de un tamaño prodigioso, mucho más grande de lo que debería ser. Los edificios no despertaban en él ningún recuerdo tampoco, aunque la mayoría estaban tan dañados que aunque la ciudad hubiese sido Baltimore no habría podido reconocerlos. Eran edificios altos, de eso no había duda, como los de los centros financieros de las grandes ciudades. Sin embargo, acabó por descubrir unas letras en relieve en la fachada de uno de los edificios cercanos y, con la boca abierta, comprobó que le era imposible interpretarlos: eran caracteres chinos, o quizá japoneses. ¿Se trataba del presente?, ¿del futuro, quizá? ¿Estaba contemplando el fin de la Humanidad, acaso? ¿El único futuro posible, uno de tantos, o la realidad de alguna dimensión paralela?

Iba a comentárselo a Allen cuando se encontró con su mirada clavada en él. Reconocía esa expresión, era la misma que había marcado sus rasgos cuando se enfadaron el uno con el otro, algunas horas antes.

```
—Todo esto es por tu culpa... —escupió.
```

- —Oh, Allen...
- —Si no fuera por ti, estaría ya en la ciudad, lejos de... de toda esta mierda.

Joe avanzó un par de pasos hacia él.

- —¡Ni te acerques... hijo de puta!
- —¡Allen, vamos!

De pronto, Allen echó a correr hacia la puerta de la azotea, la abrió y desapareció tras ella. Joe se quedó perplejo, incapaz de reaccionar.

```
—¡ALLEN! —gritó al fin. «Joder joder joder ...».
```

Salió corriendo. La pistola de clavos se bamboleaba en su costado, golpeándole la cadera con una intermitencia arrítmica. Fue lo bastante rápido para encontrar la puerta aún abierta, aunque empezaba a cerrarse lentamente con un sistema automático que protestaba con crujidos mecánicos, pero Allen había desaparecido de la vista. Sus pasos golpeando contra los peldaños metálicos sonaban en alguna parte por debajo de Joe.

```
—;Por Dios, Allen, espera!
```

Descendió por los escalones saltándolos de dos en dos. La pared se había agrietado y la luz del día entraba como un dios vengativo que arrojaba con furia llamaradas incandescentes sobre la escalera. Sus pies levantaban nubes de polvo y ceniza.

```
—¡ALLEN!
De pronto, Allen chilló.
—¡ALLEN!
—¡JOE!
```

Saltó los seis escalones del siguiente tramo, y cuando giró, vio a Allen retrocediendo, visiblemente asustado, al final de la siguiente escalera.

```
—¡JOE, SOCORRO!
```

Joe bajó hasta él, con el corazón desbocado. Allen estaba mirando algún punto de la pared desnuda.

-;ALLEN!

Pero Allen seguía retrocediendo, con los brazos extendidos y un rictus de horror en la cara. Ni siquiera lo miró; atravesó la pared andando de espaldas y se esfumó. Joe asistió a su desaparición con los ojos muy abiertos, se quedó quieto un instante y luego se lanzó a la carrera. Sin embargo, cuando llegó al sitio, se encontró con un muro tan sólido y tangible como podía esperarse. Empezó a golpearlo con los puños mientras gritaba el nombre de su amigo, pero Allen ya no estaba allí.

—¡ALLEN!

Joe cerró los ojos, intentando contener las lágrimas. Había estado golpeando la pared hasta que los puños empezaron a pulsar de manera dolorosa. Estaba sofocado, el aire era demasiado caliente para respirar con normalidad, y sudaba por cada poro de su piel, pero apenas era consciente de eso.

Solo pensaba en Allen.

¿Dónde estaría? Se habían separado y él debía de haber «saltado» a alguna otra realidad, una en la que el muro no fuera un muro sino un paso diáfano. Como cuando miraba a la nada con aquella expresión de temor. ¿Qué habría visto? ¿Qué iba a hacer sin Allen?

De pronto, la temperatura empezó a cambiar tan rápidamente que sintió un escalofrío. Abrió los ojos justo cuando su olfato empezaba a registrar olores nuevos, y una oleada de miedo y de inquietud lo asaltó. El muro había desaparecido, y también la escalera. Estaba de pie en el muelle de un puerto pesquero; uno de madera, sustentado por troncos gruesos atados con cuerdas. Era de noche, y a la luna le quedaban aún unos días para que estuviese llena. El olor a mar, a pescado y a madera húmeda lo asaltó como un mazazo.

Joe se giró, perplejo, mirando alrededor. El muelle discurría junto a un espigón de rocas, y a un lado se alzaban unas cuantas construcciones antiguas. Las farolas colgaban de unos toscos postes de madera e iluminaban a duras penas la escena con unas débiles llamas protegidas por un cristal. La principal fuente de luz venía de lo que parecía ser un faro emplazado sobre una atalaya de piedra. Arrojaba una luz tan intensa, blancuzca y uniforme que costaba trabajo imaginar qué tipo de energía lo alimentaba. Había cajas y barriles amontonados por todas partes, y el aire... El aire tenía una transparencia y una frescura como Joe no había conocido nunca. En el mar, junto al muelle, había unos galeones de pequeño tamaño con el velamen recogido sobre los largos mástiles. Se mecían entre crujidos, como gaviotas cabalgando las olas suaves que rompían contra el muelle.

Joe estaba impresionado. ¡Había «saltado» de nuevo! Dónde y a qué época, no lo sabía. Estaba inmerso en una especie de decorado fantástico sacado de una película

de piratas, con sus cabos de cuerda gruesa recubierta de algas recorriendo el suelo de madera. Pero era real. Estaba allí.

Una bandada de gaviotas salió volando y graznando de algún lugar cercano, cruzó por encima de la proa de uno de los galeones y desapareció de su vista. Joe se volvió hacia la fuente del sonido.

```
—¿Allen? —preguntó.
```

¿Habría «saltado» Allen con él? Si era así, ¿qué era lo que lo había asustado?

No. Aquel era un paisaje que parecía sacado de un parque temático de inspiración caribeña. Solo faltaba la música y algún restaurante con camareros tocados con sombreros adornados con calaveras y tibias cruzadas. No había nada allí que diese miedo.

«Excepto la luz —pensó distraídamente—. La luz del faro. Si esto es el siglo XVIII, ¿qué clase de combustible podía hacer por entonces que algo brillase de esa forma?».

Empezó a andar por el puente. Suponía que la clave de todo era... avanzar. No sabía si estaba moviéndose en la dirección correcta, pero no podía hacer otra cosa. Sus pasos eran vacilantes; le preocupaba «saltar» de nuevo y aparecer en la cueva, con medio cuerpo integrado en la roca. Caería como una pieza de carne que alguien hubiera apoyado contra la pared en un matadero, dejando un rastro sangriento contra la pared.

Cuando hubo avanzado unos diez metros escuchó un ruido a su espalda. Joe se giró, esperanzado, pensando en Allen. Alguien había aparecido en el mismo punto que él, pero para su horror, no era Allen, era otra persona.

Alguien que había conocido hacía unos días.

Era David Wright.

—Joe...

David Wright con la tez pálida y la ropa sucia, con un aspecto similar al que tenía Allen en la azotea y al que tenía él mismo.

- —No... —exclamó, con la voz ronca.
- —Llevo mucho tiempo detrás de ti, Joe.
- —No eres real —dijo Joe, hablando despacio—. Estás muerto.

David, con la cabeza enterrada en los hombros, emitió una risa húmeda.

- —Eso es, Joe... —dijo, con una sonrisa torcida en el rostro—. Lo has dicho muy bien. Estoy muerto, ¿verdad?
 - —Eso es —dijo Joe, inquieto.

David empezó a avanzar hacia él. A medida que acortaba la distancia, sus ojos se abrían de manera desproporcionada y los labios se retiraban mostrando una hilera de dientes. Joe se mantuvo en su sitio, intentando convencerse de que el auténtico David Wright estaba enterrado detrás de su cabaña, allí en el bosque, que entonces le parecía a diez millones de años luz de distancia. En el último momento, sin embargo, el

miedo lo superó. Joe se echó hacia atrás. David lo cogió de la ropa en vez de alcanzarle el cuello como era su objetivo.

El contacto de aquellas manos con su cuerpo le produjo un nuevo ramalazo de terror. Joe cayó hacia atrás, con David subido a horcajadas encima de él. En ese momento de confusión, Joe se encontró pensando en la pistola de clavos. Había tenido la oportunidad de dispararle, pero se había traicionado a sí mismo. ¡Oh, había estado tan seguro de haber escuchado su voz cuando entraron en la cueva! ¡Siempre había sido él! Los ruidos que habían escuchado, todo lo demás, ¡siempre había sido David Wright!

—¡NO! —bramó.

Lanzó entonces el puño hacia delante y le alcanzó en la cara. David movió la cabeza por pura inercia, pero no pareció acusar dolor. Sus manos buscaban el cuello de Joe, que intentaba zafarse moviendo los brazos con rapidez como si estuviera intentando alejar un enjambre de insectos. Los músculos del estómago protestaban por la posición.

Por fin se zafó lo suficiente para permitirse apartarlo con un empellón de la pierna. Wright cayó hacia atrás. Joe aprovechó para girarse y salir corriendo. Avanzar. Solo se trataba de eso, de avanzar. Estaba casi convencido de que si podía recorrer tan solo unos metros, acabaría por activar lo que fuese que lo lanzaba de un lugar y tiempo a otro y quizá podría escapar del monstruo que lo perseguía.

Corrió por el muelle hacia los edificios que formaban una pequeña aldea, permitiéndose un pensamiento confuso mientras sentía cómo Wright salía en su persecución: que el faro brillaba con la intensidad de una estrella, casi tan fuerte como aquel sol de la ciudad desolada.

Y entonces empezó a caer. El paisaje desapareció ante sus ojos y se transformó en uno nuevo. Joe cayó sobre una mullida moqueta sin hacer ruido, suavemente. Se quedó de pie, sintiendo que la temperatura cambiaba otra vez y se hacía mucho más cálida. La luz era también diferente, y tuvo que pestañear varias veces para que sus ojos se acostumbrasen.

Ahora estaba en un lujoso dormitorio decorado con muebles de estilo colonial. Frente a él había una enorme cama de matrimonio donde alguien dormía entre grandes almohadones blancos. Y había luz, una luz fuerte que entraba por entre las rendijas de una persiana aderezada con unos delicados visillos y que dibujaba líneas regulares en las paredes y el techo. La intensidad de la luz era deslumbrante. Joe estaba todavía acostumbrándose al nuevo espacio cuando, de pronto, comprobó que la persona que estaba echada, una mujer de un pelo negro, abundante y revuelto, se había incorporado y estaba mirando hacia él con una expresión atónita en el rostro.

Joe se quedó petrificado; era la primera vez que encontraba un ser vivo en uno de los saltos. Estaba a punto de decir algo cuando, inesperadamente, la puerta del dormitorio se abrió. Joe palideció; era otra vez David Wright, sonriente y encorvado.

Entonces, la mujer gritó.

Capítulo 16

Saltos

Se llamaba Cassie Coleman, tenía cincuenta y dos años y era viuda. La vida no le había ido mal: había heredado una considerable fortuna de su marido, fallecido de un ataque al corazón. Una circunstancia desafortunada que podía haberse evitado si hubiera tenido sus pastillas a mano, y en cierto modo lo estaban, pero en la mano equivocada. Cassie se quedó mirando cómo su marido se retorcía en el suelo, rodeado de palomitas de maíz, mientras William Hurt se retorcía en una mesa de comedor en la televisión.

Salió bien. Cassie vivía una buena vida y, en ocasiones, se tiraba a su profesor de tenis, un guapo argentino que le susurraba cosas en español mientras hacían el amor.

Ahora acababa de despertarse sin saber porqué, contaminada de una sensación de inquietud que la inmovilizaba. Tenía en la boca un regusto extraño, y el olor de su propio cuerpo era rancio y antiguo. Aunque la habitación estaba vacía, Cassie sentía que algo estaba fuera de lugar. Se sentía observada, como si allí hubiera alguien más.

Tiró de las sábanas para taparse y, mientras lo hacía, creyó ver algo: una forma, apenas una silueta imprecisa, una mancha oscura hecha de tinieblas que se agolpaban junto a la ventana creando algo que percibía a duras penas. Estaba aún intentando decidir si lo que veía era real o no cuando la puerta se abrió de golpe y, esta vez sí, vislumbró unas tinieblas impenetrables que la luz no conseguía traspasar, hostiles, conformando una figura visiblemente humanoide.

La mente de Cassie se volvió a su marido, el mismo que ella había dejado morir mientras miraba impasible cómo se retorcía en el suelo, recogido sobre sí mismo y agarrotado como un animal. Agarrotado, sí, como aquella sombra imposible que acababa de entrar en su dormitorio.

Porque era él. Era su marido, regresando de entre los muertos para reclamar su venganza.

Y entonces gritó; y mientras lo hacía, el miedo la recorrió con la intensidad de un tsunami. Su cuerpo reaccionó activando todos los sentidos a la vez, una respuesta estándar y normal que el cuerpo humano ha desarrollado con los muchos millones de años de evolución: trataba de reunir toda la información posible para hacer frente a la amenaza. No pudo. Las intensas implicaciones fisiológicas fueron demasiado severas para el cuerpo de Cassie, más acostumbrado a los susurros en español cuando entregaba su cuerpo a un hombre joven. El corazón se enervó con una tetanización cardíaca irreversible y se bloqueó, en una especie de irónico paroxismo de justicia.

Cassie murió mientras miraba con hipnótica fascinación la sombra en el umbral.

Joe se concentró otra vez en Wright.

¿Cómo, en el nombre de Dios, cómo lo hacía? ¿Cómo había podido encontrarlo tan deprisa? Él y Allen no habían coincidido en el mismo sitio, de eso estaba razonablemente seguro, y habían estado tan cerca cuando ocurrió el desfase dimensional... No solo no lo había visto por ninguna parte, Allen había saltado huyendo de algo que solo él veía, y en aquella apacible bahía portuaria no había nada que provocase el más mínimo atisbo de inquietud. No, Allen había ido a parar a algún otro sitio.

Entonces, ¿cómo, cómo conseguía controlar los saltos?

—Joe... —exclamó David—. Esquivo Joe... Dos veces has escapado de mis manos... ¿Crees que...?

Joe no le dio tiempo a continuar. Movió los brazos para coger la pistola de clavos y la apuntó hacia él. Wright abrió mucho los ojos, pero pudo reaccionar a tiempo. Para cuando Joe apretó el gatillo, David se escabullía tras el umbral. El clavo silbó en el aire y desapareció en la oscuridad del pasillo.

Joe intentaba pensar con toda la rapidez que podía, pero mientras consideraba sus opciones, se sentía otra vez mejor por el hecho de tener la pistola entre las manos, lista para funcionar.

—¡Vamos, ven aquí, hijo de puta!

Silencio.

—¡Entra de una vez y TERMINEMOS CON ESTO, CABRÓN!

Otra vez nada.

Con rápidos movimientos, Joe empezó a mirar alrededor.

No había nada que hacer; la única salida era la misma puerta en la que Wright, a buen seguro, lo esperaba. Era imposible salir por ahí. Entonces recordó la ventana, y un destello de esperanza iluminó su mirada. ¿A qué altura estaba ese dormitorio? Era imposible decirlo. Podía estar en el ático de un gran rascacielos en Manhattan o en una preciosa villa en Escocia. Podía comprobarlo abriendo la ventana y descorriendo la persiana, pero no quería arriesgarse a perder ni un segundo de atención sobre la puerta.

Al final decidió echar el brazo hacia atrás con un enérgico movimiento. La culata de la pistola golpeó el cristal, y este se vino abajo con estrépito. Echó un furtivo vistazo a la cama, pero aquella mujer parecía desmayada; no se movió lo más mínimo.

—¿Joe? —preguntó David desde su escondite.

Esta vez fue Joe quien no dijo nada. Siguió golpeando la ventana, intentando echar abajo la persiana. El ruido era seco y sonaba a plástico, pero con cada acometida esperaba descolgar la persiana de sus enganches. La luz bailaba como loca, arrancando sombras alargadas y extrañas en las paredes.

—Joe...

—¡Calla la puta boca! —dijo Joe mientras seguía golpeando las cortinas.

Por fin, la persiana cayó hacia la calle con un sonido breve pero intenso. La luz penetró entonces en la habitación, revelando el papel pintado de las paredes y los ornamentos dorados de los muebles. Era realmente brillante, y Joe giró la cabeza para ver de qué se trataba.

Descubrió que ahí fuera había una calle, aunque los edificios, ostentosos en su decoración, parecían de principios de siglo. Dirigía miradas breves, girando la cabeza con rapidez para no perder de vista la puerta. Como en el puerto, una serie de farolas arrojaban una luz mortecina sobre la calle, pero la fuente de aquella luz centelleante venía de la ventana de una de las casas del edificio de enfrente. Lo más importante era el descubrimiento de que se encontraba en un segundo piso. A una altura de... ¿cuatro o cinco metros?

Pensó en saltar. David Wright, o el demonio que llevaba dentro (y que, empezaba a pensar, era el mismo que había ocupado el cuerpo de Betsy), probablemente lo seguiría de cerca si se tiraba. Sospechaba que si se dañaba con la caída, que si se quedaba dolorido en el suelo aullando de dolor, Wright se echaría sobre él. Pero no había otro camino.

Justo en ese momento, David irrumpió en el dormitorio a la carrera. Joe reaccionó automáticamente y la pistola escupió una ráfaga de clavos. Ni siquiera supo si habían dado en el blanco hasta que David llegó hasta él, empujado por la inercia, y arremetió contra su cuerpo como un pequeño utilitario. Joe se golpeó contra la pared y su cuerpo se dobló dolorosamente fuera de la ventana. Luego, el peso de su enemigo se hizo evidente. Resbaló entre sus brazos y cayó al suelo como un saco de carne.

Joe se sacudió, resoplando.

Quería... Necesitaba salir de allí. Sin darse tiempo a nada, Joe se encaramó al alféizar de la ventana y pasó ambas piernas al otro lado. Estaba a punto de saltar (con cuidado de mantener la pistola de clavos bien sujeta contra el cuerpo) cuando escuchó un ruido a su izquierda.

Era la mujer. Estaba incorporándose de la cama. A Joe no le importaba la mujer, sabía que pronto saltaría a alguna otra parte apenas recorriera unos metros, pero había algo familiar en ella. Tardó unos segundos en darse cuenta, hasta que la realidad de la dureza de sus facciones y su sonrisa torcida se hizo evidente. Era Betsy. Era David Wright. Era la mujer en camisón blanco y pelo enmarañado que se reía con una risa que parecía brotar de los pulmones, como un perro viejo; era el mismo demonio que le había hecho la cena, adulador y farsante, que al abandonar a Wright había tomado otro cuerpo.

—Joe...

Joe saltó. Lo hizo sin pensar y sin mirar abajo. Se precipitó hacia la calle, cayó limpiamente sobre los cristales rotos y la enmarañada persiana y rodó sobre un

costado. Al hacerlo se hizo un profundo arañazo con el cañón de la pistola, pero consiguió quedar tendido sobre un costado apuntando a la ventana.

El demonio se asomó un segundo más tarde. Su rostro era una máscara petrificada y repulsiva.

Joe disparó. Los clavos volaron raudos e impactaron en el marco de la ventana, arrancando pequeñas esquirlas al ladrillo. La mujer siseó como un gato furibundo y se retiró al interior, y Joe aprovechó para levantarse. Cuando miró alrededor, sin embargo, no supo hacia dónde dirigirse. La calle y las fachadas parecían de la época victoriana, como atestiguaba también un carruaje aparcado hacia el final de la calle. Era posible, incluso, que estuviera en Inglaterra, o quizá Francia.

Todo eso le daba igual, pero necesitaba moverse, intentar regresar a la cueva. Lo único que llamaba la atención era la luz que salía de la ventana del edificio que tenía enfrente. Joe miró la deslumbrante luminosidad, y por un segundo, tuvo un atisbo de comprensión.

El sol de la ciudad devastada, que parecía más grande de lo normal, el faro... imposible en su capacidad para iluminar, la luz en la ventana... Todo aquello no podía ser una coincidencia. Tenía que ser algo, representar algo. Joe aspiró una buena bocanada de aire.

Decidió ir allí, sin perder de vista la ventana. El demonio, sin embargo, no volvió a asomarse. Joe llegó hasta el portal, cerrado por una enorme puerta de madera delicadamente tallada, pero cuando la tocó, la escena volvió a esfumarse ante sus ojos.

El Pozo.

Al menos era una cueva, aunque las paredes estaban recubiertas de un hielo tan límpido que parecía etéreo y sobrenatural; formaba capas y suaves líneas de un millar de tonalidades de azul, espectaculares en su despliegue y formaciones. Su belleza era indescriptible: no había ni una sola angulosidad, todo conformaba una única superficie redondeada, pulida y suave en apariencia. Cuando ese escenario se formó ante él, Joe no pudo evitar abrir la boca de puro asombro.

Una voz le llamó desde algún punto a su espalda.

—¡Joe!

Se dio la vuelta, sobrecogido, esperando ver a la mujer del camisón blanco con una boca enorme y llena de dientes exageradamente grandes. En lugar de eso vio a una figura recortada contra una luz blanca. Tuvo un pequeño instante de confusión. Sin embargo, unos segundos más tarde sus ojos se acostumbraban a la luz y Joe reconoció de quién se trataba.

Era Allen. Allen sin abrigo, sin mochila, con la ropa hecha jirones, sucio y despeinado, con manchas oscuras de mugre en la cara. Y un Allen cuya mirada era, de una manera difícil de precisar, diferente a la que conocía.

Joe se quedó quieto, congelado.

- —¡Allen!
- —¿Eres tú, Joe?

Joe dio un paso hacia él, pero Allen reaccionó dando un pequeño salto hacia atrás y separando las piernas. Ahora tenía algo en la mano: una especie de daga, un cuchillo pequeño.

- —Allen… —exclamó.
- —No des un solo paso o te hundiré esto en el corazón.
- —Pero, Allen...
- —Quédate quieto. Solo alarga el brazo hacia mí.
- —¿Qué?
- —Haz lo que te digo, o me lanzaré hacia ti tan rápidamente que no tendrás tiempo ni de pestañear.
 - —Jesús, Allen —exclamó Joe.

Por un instante, Joe consideró la situación y sus opciones. Aquel Allen podía no ser quien decía que era... Estaba, de hecho, demasiado cambiado para ser Allen, el mismo y viejo Allen que había perdido de vista tan solo veinte, quizá treinta minutos atrás. El hombre que tenía delante tenía el aspecto de haber pasado por diez mil vicisitudes.

Pensó en Betsy y en Peter. Ambos escondían demonios en su interior.

—Alarga el brazo, por Dios, o te mando al puto infierno.

Joe desistió. Estaba exhausto, demasiado cansado para considerar siquiera luchar con aquella versión bárbara de Allen, si acaso era el mismo Allen que perdió en la ciudad devastada. Levantó el brazo y lo extendió hacia él.

Durante un par de segundos, los dos hombres se limitaron a mirarse a los ojos. Los de Allen estaban encendidos, vivaces, iracundos. Joe, en cambio, parecía otear desde el resquicio de su atalaya, a la defensiva.

Inesperadamente, Allen se lanzó hacia delante. Su mano describió una suerte de aspa y el cuchillo descendió, rápido y preciso, deslizándose por el brazo de Joe como el arco de un violín. Joe sintió un relámpago doloroso y retiró el brazo, apretándolo contra su cuerpo.

—¡Joder! —exclamó. Tenía un corte limpio en mitad del antebrazo. La sangre empezó a manar, cálida—. ¿Qué cojones haces?

Allen lo miró con los ojos entrecerrados. Luego examinó su cuchillo. Joe se fijó entonces que su filo era de un tono verdoso.

- —¿Qué es eso? —preguntó.
- —Eres tú... —exclamó Allen—. ¡Eres Joe!
- —¡Joder, zumbado de mierda! —explotó Joe, con el brazo herido levantado para minimizar el sangrado—. ¡Estás como una puta cabra! ¿Quién coño creías que era?
- —Perdona... —dijo Allen—. Tenía que... asegurarme... Podías ser uno de esos demonios...

Joe se quedó mirándolo, perplejo. Ahora que lo mencionaba, Allen tenía razón. Suponía que esa posibilidad había existido. Bajó el brazo para examinar el corte, pero parecía más aparatoso que otra cosa; aunque la sangre descendía hasta el codo y escocía, no era nada preocupante.

Entonces, Allen se acercó a él y lo abrazó.

- —Joder —repitió Joe, pero finalmente aceptó su abrazo y permanecieron así unos instantes.
- —¿Dónde…? ¿Dónde estabas, Joe? —dijo Allen al fin, retirándose para mirarlo con atención—. ¿Estás bien? Parece que estás bien… ¡Te veo bien!
 - —Estaba bien hasta que te he visto... Mamón.

Allen soltó un gruñido que pretendía ser una risa.

- —Dios mío... —dijo—. Pensé que no volvería a verte... Cuando llegué aquí después de tanto tiempo y vi que no estabas pensé que te habías ido sin mí...
- —¿Ido? —preguntó Joe. La voz se le retorció a media palabra y se elevó en un agudo demasiado intenso—. ¡No he parado de irme! ¡He estado yéndome todo el tiempo!

Allen asintió, con una sonrisa torcida en el rostro.

- —Te refieres a... los saltos, ¿verdad? —preguntó.
- —Sí... Joder, me asusté mucho cuando te vi atravesar la pared.

Allen arrugó la frente.

- —¿Yo atravesé la pared?
- —Sí, hombre. En la ciudad... La ciudad destruida y las llamas...
- —Oh... —dijo Allen, abriendo mucho los ojos—. La ciudad destruida. Dios, sí. Ha pasado tanto tiempo...

Joe arrugó el entrecejo.

—¿Qué dices? Te perdí de vista hace solo… ¿veinte minutos, quizá?

Allen lo miró con manifiesta perplejidad.

- —¿Qué?
- —No hace ni veinte minutos que te vi atravesar la pared, en lo alto de aquel edificio... Bueno, seguramente ya no estabas allí cuando te vi. Estabas... a medias. Para ti era ya otro lugar. Oh, todo esto es tan extraño. Resumiendo: bajaste las escaleras cuando te enfadaste conmigo. Salí corriendo detrás de ti... y saltaste a otro sitio.

Allen asintió despacio.

—Sí... Es verdad... He recordado ese momento cada noche. No debí hacerlo... No debí separarme de ti... De repente ya no estaba allí, Joe, y me sentí solo. Escapé hacia otro lugar. Pero, Joe..., de eso no hace veinte minutos... ¡Han pasado semanas enteras!

Joe lo miró fijamente. Allen clavaba su mirada en él.

—¿Semanas? —preguntó Joe—. No... No es posible...

Pero mientras decía aquello, comprobó que el aspecto desaliñado de Allen hablaba por sí mismo. Tenía cortes en la cara y las manos, y su cabello tenía un aspecto grasiento. La ropa era un Santo Cristo.

—Dios mío —dijo Joe—. Allen... El tiempo ha debido funcionar de manera diferente para ti que para mí. Como... Como todo lo demás. Jesús, te aseguro que para mí te perdí de vista en la escalera hace como media hora...

Allen dedicó unos segundos a mirarse y luego echó un vistazo a su compañero. Joe parecía el mismo que cuando lo vio por última vez. Incluso tenía las mismas marcas de sudor bajo las axilas.

- —¿Para ti han pasado veinte minutos, Joe? —preguntó despacio—. ¿Me lo dices en serio?
 - —Sí...
- —Eres un... cabronazo con suerte —dijo entonces—. ¿Sabes lo que he pasado yo?

Joe intentó imaginar un periodo de un par de semanas, con sus días y sus noches, viviendo como había vivido la última media hora: saltando de un lugar a otro cada pocos minutos y con su David Wright particular persiguiéndolo y llamándole por su nombre cada dos por tres («Joe, ¡Joe!, Joe»). Sacudió la cabeza.

- —Dios mío… —exclamó al fin, sobrecogido.
- —Exacto.
- —Pero ¿cómo has sobrevivido? Yo tenía la pistola...
- —Cómo he sobrevivido... —dijo Allen, con la mirada perdida en algún punto de la cueva—. Me... costó entender el esquema... pero cuando lo entendí... regresé aquí.
 - —¿Qué? ¿Qué esquema, Allen?

Allen volvió a fijar sus ojos en él. En ellos se reflejaba la sorpresa.

- —¿No lo sabes?
- —No...
- —No... claro...; No has tenido tiempo! Dios mío, es una suerte que acabaras aquí... Es este lugar, Joe... Pete te dijo que había sido excavado por criaturas que una vez convivieron con el hombre...
 - —Sí...
- —Sé por qué cavaban, precisamente aquí, y tan profundo. Ellos averiguaron cosas. Es este lugar, Joe... Aunque a veces lo haga de una forma bastante extraña, el Pozo responde a tus deseos íntimos, al menos a algunos...
 - —¿Qué?

Joe iba a añadir algo más cuando una inesperada sensación de frío le acarició la nuca. A Joe no le hacía falta mirar para saber de qué se trataba, y en cuanto a Allen, miraba ya por encima de su hombro con los ojos abiertos como platos.

Quiso volverse cuando un golpe en la espalda lo lanzó hacia delante, enérgico, contundente, brutal. Se sintió catapultado sin que pudiera hacer nada, y Allen lo

recogió entre sus brazos. Luego, por unos instantes, no supo más. De repente estaba en el suelo, con un relámpago retumbante recorriéndole el cuello y la espalda.

Su primer gesto instintivo fue echar mano de la pistola, pero no pudo encontrarla en su cinto, ni pudo encontrarla a su alrededor. Esforzándose por ver entre la bruma de su dolor, Joe vio a Allen (creía que era Allen) enfrentándose a otra figura inconfundible: una mujer con pelo largo y negro vestida con un camisón blanco. Una mujer que sostenía algo por encima de su cabeza. Joe se esforzó por enfocar la vista, y aunque le supuso un esfuerzo terrible, cuando descubrió lo que era se sintió desfallecer.

Era la pistola de clavos: el demonio la tenía en su poder.

—Allen... —exclamó. Quería avisarle, advertirle, pero no pudo decir nada más: la espalda le castigaba con latigazos de verdadero calvario, y la cabeza le latía como los tambores que incitan a una danza tribal. Cerró los ojos y apretó los dientes, y mientras escuchaba a la mujer proferir gruñidos animales, sintió que se iba, que se desconectaba, deslizándose por la pendiente de la consciencia a un abismo oscuro y profundo.

Luego ya no supo más.

¡Dolor!

Joe abrió los ojos, despertando a un cataclismo blanco. Lanzó un grito ronco que sonó inhumano y lastimero a un tiempo.

—;Joe!

Recorrido por un espasmo incontrolable, Joe palmeó el aire con ambas manos, intentando zafarse. «¡Joe, Joe!». Sintió miedo y se sintió débil e impotente en su ceguera y su suplicio.

—¡Joe, tranquilo!

Luego sus ojos recuperaron por fin algo de visión. Allí, difuso y rodeado todavía de una neblina pálida, descubrió a Allen. Estaba sentado en el suelo a su lado, cogiéndole de los hombros.

- —Allen...
- —Ya está. Ya pasó...
- —La mujer... El demonio...
- —La mujer está muerta, Joe. Y el demonio que llevaba dentro se ha marchado.
- —No... Ellos vuelven... Siempre vuelven...
- —Vaya que sí. Tenía miedo de que se apoderara de ti. Pero creo que no les es tan fácil como parece. No quiero ni imaginar la pesadilla que tuvieron que vivir los Herron cuando se apoderaron de ellos.

Joe miró alrededor. Estaban todavía en la cueva helada, con la extraña luz brillando, intensa, al fondo. Se encontraba, de hecho, tendido en el mismo lugar donde había caído.

Se quedó inmóvil y en silencio, dejando que las profundas laceraciones remitieran poco a poco. Se concentró en eso. En percibir que el dolor se marchaba y que el frío del suelo en la espalda era agradable.

- —¿Estás bien? Esa cosa te dio un buen golpe.
- —Mejor... —respondió Joe.
- —Son más fuertes aquí en nuestro mundo —dijo Allen—. No sé por qué, pero así es. Quizá por… eso —añadió, señalando la anomalía de luz en la gruta.
 - —¿Cómo lo...? Tenía la... pistola.

Allen sacó entonces un objeto de su cinturón y lo puso ante los ojos de Joe para que pudiera verlo. Joe no pudo enfocarlo al principio, lo percibía como una imagen borrosa, como un rectángulo de un tono indefinido. Después de unos momentos, sin embargo, pudo ver que se trataba del cuchillo con el que le había hecho un corte en el brazo; una daga de alguna clase. Una daga cuya hoja estaba recubierta de algo de color verde.

- —¿Qué es…?
- —Es lo que me mantuvo con vida.
- —Eso… verde…
- —Sí, es lo mismo que tienen tus clavos, Joe —dijo Allen, sonriendo—. Y lo que nos acaba de salvar de esa visita inesperada. Por eso te corté. Si hubieras sido un demonio, esa mierda negra habría escapado de tu cuerpo por el corte como la pasta de dientes. Imagino que esa mujer era alguien a quien conocías, ¿verdad?

Joe asintió levemente.

- —Pero... ¿cómo? —añadió. Luego cerró los ojos. El dolor de la espalda le estaba matando. El golpe que se llevó cuando Betsy lo arrojó a través de la barandilla ya había sido malo, pero este nuevo envite había acabado por descoyuntarlo. Respiró pesadamente, intentando equiparar sus inspiraciones con los picos de dolor, como suelen hacer las embarazadas al parir.
 - —No te muevas —dijo Allen—. Parece que te han jodido bien. Ya veremos.

Pero Joe lo miraba inquisitivamente, y Allen comprendió que quería conocer la historia.

- —Verás, es *Salvia divinorum* mezclada con barro, aunque no un barro cualquiera —dijo—. Tampoco la salvia es una cualquiera. Crece silvestre en Oaxaca, en México, pero la de ahora ha perdido su fuerza. Esta es la que usaban los indios mazatecos hace cientos y cientos de años. La usaban para expulsar demonios, Joe.
 - —Por Dios... —dijo Joe, atónito.
- —Oh, estos me perseguían, puedes jurarlo. Lo hicieron durante días. Tenía mucho miedo, Joe. Era una pesadilla. No podía relajarme ni para dormir, deambulando como un alma en pena a través de múltiples realidades, huyendo, siempre huyendo, deslizándome por la vida de la gente como un fantasma: nadie podía verme, aunque algunos sintieran mi presencia, como cuando de repente tienes esa sensación de que alguien te mira. Empecé a pensar que había muerto.

Joe asintió. Aunque no había vivido esa experiencia de primera mano, ahora que lo mencionaba Allen sí que había tenido la sensación de que la mujer en el dormitorio, de alguna forma, no lo había mirado a él, sino a través de él.

—Sin embargo —continuó Allen—, los demonios me daban caza, y cuando lo hacían, pensaba en tus clavos. No sabía cómo enfrentarme a ellos. Aprendí a saltar... aunque la cueva interpreta tus deseos de una manera extraña, incluso cruel. Creo que si tuviera que ponerle un nombre a esta parte del Pozo la llamaría «Cuidado con lo que deseas».

Joe no dijo nada, pero pensó que Allen tenía razón. De repente, todo tenía sentido. Cuando encontraron la vía del tren habían pasado horas andando, y Joe se recordaba perfectamente deseando disponer de alguna manera de recorrer esa distancia que no fuera a pie. «Cuidado con lo que deseas». Aún estaban lejos de esa zona cero con poder suficiente para hacer los saltos, pero el truco de la cueva empezaba a funcionar y les trajo algo, aunque fuese en forma de broma cruel: una vía del tren; inútil, pero era un sistema para desplazarse de forma segura y rápida. ¿Y después? Alguno de los dos podía haber pensado en el mundo fuera de la cueva, en estar en otra parte. Quizá Allen pudo haber pensado que nunca saldrían de allí; quizá Allen pudo haber tenido un pequeño deseo íntimo de haber conocido Inglaterra antes de morir, y la cueva hizo el resto a su manera, trayendo un cacho de Inglaterra o representándolo de alguna forma. Y cuando tenían frío, la cueva los llevó a un lugar abrasador, a la ciudad agostada por las llamas; y cuando tuvo dificultades para respirar, lo transportó a una bahía apacible con una agradable temperatura nocturna y la brisa del mar. Y después... Cuando quiso ir hacia la luz, la cueva lo trajo a la Luz con mayúsculas.

Joe se estremeció.

—Sin embargo —continuó Allen—, descubrí una cosa. Cuando pensaba en la pistola de clavos y en esa sustancia verde, saltaba al mismo lugar, siempre. Una zona pantanosa, llena de plantas.

—Salvia divinorum...—dijo Joe.

Allen asintió con gravedad.

—Tardé en descubrir que ambas cosas estaban relacionadas, pero sabía que ese lugar encerraba alguna pista porque era el único sitio donde los demonios no me perseguían. Acabé pasando allí la mayor parte del tiempo, con mucho cuidado de no pensar. Naturalmente, era muy difícil, pero me permitió dormir y descansar un poco. Sin eso, creo que no habría sobrevivido. En una de esas veces, sin embargo, encontré algo.

»Había llovido, y una de las paredes rocosas había sufrido un derrumbe. Las hojas aplastadas mezcladas con el barro de la tierra mojada habían creado una pasta de color verde. No sabía por qué el Pozo me traía aquí cuando pensaba en tus clavos, pero me estaba llevando al único lugar del mundo donde podía fabricarlos por mí mismo.

—¡Allen! —exclamó Joe, asombrado.

Allen asintió.

- —Sospecho que tu abuelo estuvo aquí abajo. Debió de saltar de un lugar a otro, y debió de inmiscuirse entonces en los asuntos de esos demonios. Creo que los que cavaron esta cueva debieron de desear conocer más cosas del mundo espiritual que nos espera tras la muerte y acabaron abriendo canales hacia esa dimensión donde Ellos habitaban. Les abrieron la puerta, Joe.
 - —Jesús... Pero... mi abuelo... ¿cómo?
- —Debió sacar la tecnología para hacer su pistola de alguna parte, de otra época y lugar. Y la apañó como pudo para sus propósitos.
 - —¡La pistola! —dijo Joe entonces—. ¡El demonio me la quitó!
 - —No te preocupes —dijo Allen—. La tengo aquí mismo, en el suelo.

Joe soltó todo el aire de sus pulmones, aliviado.

- —Y te fabricaste una daga...
- —Quería algo que me permitiera tener más alcance, como una espada o una lanza, pero era complicado manejarlas con rapidez. No es tan fácil como parece. Este cuchillo es mucho mejor.
- —Jesús, Allen... —exclamó Joe, intentando asimilar toda la información—. Unas hierbas de México mezcladas con barro... ¿Cómo dio mi abuelo con ellas?
- —Como te he dicho antes —dijo Joe—, creo que tu abuelo descubrió este sitio. Estuvo saltando, Joe. Cuando se enfrentó a los demonios, en algún momento tuvo que haber deseado, consciente o inconscientemente, tener una manera de enfrentarse a ellos. Eso lo llevó a aquel lugar, y supongo que sacó sus propias conclusiones.
 - —Es fascinante... —admitió Joe.
- —Luego está esa luz, por supuesto —dijo Allen, girando la cabeza para mirar la luminiscencia.
 - —¿Qué es? —preguntó Joe.
- —Creo que es la madre del cordero —dijo Allen—. No es algo normal, desde luego. Mira esta caverna y todo ese hielo... No sé a qué profundidad estamos, pero sospecho que a mucha...; No hicimos más que bajar! Y sin embargo, no hace frío... ¿Tú sientes el frío?
 - —Solo en la espalda —dijo Joe—. Pero me alivia.
- —Eso es bueno —dijo Allen, asintiendo con la cabeza—. Creo que el hielo es una consecuencia del paso de los demonios, o de lo que sea que esté al otro lado. Por algún motivo necesitan frío…

«Vienen cuando hace frío», se repitió Joe.

- —En la ciudad quemada no vi ninguno —admitió Joe—. Pero ¿qué es la luz, entonces? —preguntó Joe.
- —Creo que es lo que te he contado, exactamente... Un fallo, algo que se ha roto. Una puerta de paso entre mundos. Creo que es ahí donde tu abuelo encontró el corazón y adonde Pete se lo ha llevado.

Joe recordó las palabras de Pete, tiempo atrás, en su cabaña, cuando hablaba de aquellos seres: «Porque..., Joe..., cuando rasgaron el velo de este plano..., nosotros entramos».

Sintiendo un escalofrío, Joe asintió.

—¿Y qué hay que hacer entonces, Allen?

Allen ladeó suavemente la cabeza, exhibiendo una expresión que Joe no reconocía.

—He estado muy confuso, Joe. Mucho —dijo con voz calmada—. Cuando llegaste aquí, estaba lloroso, desorientado, perdido. Intuía que esa luz era la clave, pero de alguna manera no me sentía capaz de hacer nada al respecto. Ahora que te tengo aquí conmigo, sin embargo, veo las cosas de un modo diferente. No me preguntes cómo, pero creo que nuestro viaje continúa ahí dentro. Creo que tenemos que ir a buscar el corazón y encontrar más respuestas.

Joe no respondió. Permaneció quieto y pensativo unos instantes, hasta que por fin hizo un amago de incorporarse. Allen reaccionó con celeridad y le pasó los brazos bajo las axilas para aliviarle parte del peso. El proceso fue bien, con la excepción de alguna dentellada dolorosa; en un par de segundos estaba otra vez en pie. Joe permaneció quieto, escuchando las protestas de su cuerpo. Notaba un calor inusual en la zona lumbar, y los músculos de los hombros tiraban hacia atrás produciéndole incomodidad, pero no era tan malo como había pensado al principio.

Allen cogió la pistola de clavos del suelo y se la puso en las manos, pero mientras lo hacía, Joe acertó a distinguir una figura gris y abandonada en una esquina de la cueva. Era la mujer del dormitorio, con la piel tirante y el cabello encrespado, inerte y mojado como una maraña de algas sucias. Vacío. Esa visión, sin embargo, lo ayudó a decidirse.

—De acuerdo —exclamó—. Intentemos eso. Hemos llegado ya tan lejos que solo podemos ir en una dirección, ¿no crees?

Allen sonrió y le dio una suave palmada en el hombro. Luego adoptó una expresión seria, y con voz fingida, dijo:

—Me gusta que estés aquí conmigo, Joe. Aquí al final de todas las cosas.

Y se echaron a reír.

Capítulo 17

El otro lado

La luz, descubrieron, crepitaba y zumbaba cuando se acercaban. Sonaba como una vieja central eléctrica, como si en alguna parte hubiera cables de alta tensión sobrecargados. Notaban una brisa en el rostro que les revolvía el pelo y olía como si delante de sus narices tuviesen una pila de litio de cien kilos.

—¿Lo…? ¿Lo sientes? —preguntó Allen. Pero su voz sonó distorsionada y replicada en sí misma, preñada de ecos profundos que le hacían sonar como si hablara desde el fondo de un pozo.

Joe llevaba la pistola de clavos en la mano, preparada. Allen caminaba con la daga preparada.

—¡Allen! —chilló Joe para hacerse oír por encima del zumbido—. ¿Estás seguro de esto?

Joe no contestó, no había esperado otra respuesta, por descontado. Simple y llanamente, no había forma de estar seguros, y eso era todo. Podían dar un solo paso más y acabar desgarrados, electrocutados, volatilizados; podían acabar transportados al fondo del océano o al estómago de un dinosaurio del tamaño de un rascacielos. En el fondo, todo eso daba igual. A Joe le habría gustado darle la mano a Allen para terminar de recorrer los últimos metros, pero necesitaba ambas para manejar el arma que su abuelo había sacado de algún posible futuro, y eso era todo en lo que debía concentrarse.

Avanzaron un par de pasos más, y de repente...

Fueron succionados, como el polvo es atraído por la boca de una aspiradora. Sonó un pitido ensordecedor que los hizo apretar los dientes. Allen decía algo; sin saber cómo, estaba delante de él con los ojos abiertos y zarandeándolo, gritando en silencio, pero Joe tenía otra vez cuatro años y se caía de la mesa del comedor donde había subido para robar mermelada. Ahora tenía dieciséis y le daba un beso a una chica por primera vez: un beso casto en los labios, sin abrirlos siquiera, que él registró como dos sonoras explosiones en su corazón y en su cabeza. Ahora estaba otra vez en el remolino blanco, con Allen encogido sobre sí mismo, las manos sobre la cabeza. Se alejaba, flotando ingrávido. Joe quiso advertirle, pero el paisaje cambió al piso de su tía May, en Boston, y la tía May le decía llorando que su marido tenía una deuda de más de veintidós mil dólares. Él pasa la mano, dubitativo, por encima de su hombro y desaparece. Ahora conduce por una transitada avenida. Es un coche

nuevo, al menos para él, porque acababa de adquirirlo en una tienda de segunda mano. Aún tiene doscientos treinta y seis dólares en el bolsillo y todo el fin de semana por delante.

Joe es expulsado.

Cae sobre una especie de fango negro, similar a la bazofia putrefacta de una pocilga donde come una piara de cerdos. Huele a vísceras, a quirófano, a semen. Joe tiene la sensación de estar metiendo la nariz en los intestinos de un animal que acabara de abrir en canal. Es la simiente de todo lo orgánico.

Mira entonces hacia delante y se queda mudo, incapaz de absorber toda la información que se le presenta. Poco a poco, sus ojos recorren la escena y empieza a asimilarlo. Se trata de un espacio inconmensurable, inabarcable, que se extiende hasta donde alcanza la vista. Todo es de un predominante color rojo intenso, vivo, como la sangre. Unas formaciones imposibles bajan desde el techo, invisible a causa de la distancia, hacia un abismo por el que se desplaza una neblina roja. Son como repulsivas columnas que laten y se mecen suavemente, gordas e hinchadas como venas plagadas de pequeños sacos de materia orgánica. Unos conductos negros, similares a arterias, suben por ellas formando espirales, ramificándose y recorriendo toda su superficie.

Entre esas columnas penden unas plataformas recubiertas de un pringue púrpura, colmadas de bolsas de un negro brillante. Parecen latir de una manera sutil que Joe solo capta cuando no las mira directamente. Unos tubos van y vienen de esa plataforma hacia todas partes, cimbreándose en el aire como restos de una telaraña que el viento hubiera deshecho.

Al fondo hay una estructura de un color blanco roto que Joe asocia, por su aspecto pulido, con materia ósea. Está parcialmente recubierta de trazas orgánicas, como los restos de carne pegados a un hueso que un animal hubiera dejado a medio devorar. Los huesos forman una estructura fantástica, intrincada e impresionante como una catedral en vertical pero carente de estilo, proporción o armonía. Es grande. Es enorme. Tiene un pináculo llameante, pero no son llamas, sino unos apéndices que se mueven como algas mecidas por las corrientes submarinas, y en ese pináculo hay un trono borgoña donde Joe divisa algo conocido: el corazón.

Joe experimenta un atisbo de emoción, pero este desaparece rápidamente cuando sus ojos siguen recabando detalles de la escena. Hay formas, manchas negras, flotando por todas partes. Se mueven lentamente por el aire como motas de polvo en una habitación cerrada bañada por los rayos de sol. Son las mismas formas que ya conoce, son los demonios, y ahora que los ha descubierto pululando por todas partes, el desánimo se apodera de él. Los hay a cientos.

—Joe... —dice alguien a su lado. La voz sigue distorsionada, como si le llegara a través del agua (Joe piensa en líquido amniótico), aunque Joe la entiende y la

reconoce. Se gira y ve a Allen a su lado, tiznado del líquido oscuro en el que están hundidos hasta las rodillas.

Joe lo mira, pero no responde. No sabe qué hacer ni qué decir. Ha estado cargando con la pistola y sus clavos durante una eternidad, y ahora que ha llegado el momento se siente como un niño que ha ido a la guerra con un tirachinas.

Después se da cuenta de que una luz blanca baña la cabeza y los hombros de Allen. Inmediatamente, mira hacia arriba y vislumbra la luz; la misma luz irreal que los guio allí. Pero sus bordes son demasiado bruscos, como si se tratara de un recorte. Joe hace tiempo que no ha pensado en su experiencia sobrenatural cuando estuvo muerto pero, al ver la imagen, recuerda al instante la brecha por la que los demonios invadían aquel plano espiritual.

En ese momento, una de las formas negras abandona el portal. No cae al suelo como ellos, pobres sacos de materia orgánica atados a las leyes físicas, sino que sobrevuela el espacio y se dirige a una de las bolsas sobre el pringue púrpura. Allen sigue su mirada y observa, y cuando lo hace, la forma negra exuda un resplandor blanco iridiscente que es succionado por la bolsa-huevo. Allen lo reconoce enseguida: era, en apariencia, lo mismo que Betsy intentó arrebatar de Joe cuando lo acorraló en la casa de los Herron.

Joe se lleva una mano a la boca.

- —Dios mío...
- —Qué... están... haciendo... —exclama Allen, intentando comprender.
- —Era un... Un alma... —dice Joe—. Un espíritu o como quieras llamarlo. Los devoran a través de la brecha y los traen aquí... Los introducen en esos huevos...

Allen no puede apartar la mirada de la bolsa. Ahora parece que se mueve. Débilmente, pero se agita.

- —Es lo que tú viste cuando estuviste... ahí arriba, ¿no?
- —Sí.
- —Jesucristo, Joe...
- —Sí.
- —Pero ¿para qué, por el amor de Dios? ¿Qué hacen con ellos?

Joe mira la catedral de hueso. Hay centenares, quizá miles de tubos saliendo de su base. Conectan con casi todo como si fuesen cables eléctricos: las columnas recorridas por estrías negras, las plataformas púrpuras y las decenas de miles de corpúsculos (que tienen la textura y el brillo de un hígado) que proliferan por todas partes.

Joe arruga la nariz antes de hablar.

- —Creo que... Creo que intentan procurarse huéspedes orgánicos.
- —¿Qué?
- —Mira todo esto... —dice Joe—. ¿Te parece algo que esos demonios necesiten?
- —No te entiendo.

- —Déjame pensar... —dice—. Veamos. Esto no es su... plano, mundo, o como quieras llamarlo. Es una fábrica. Una jodida fábrica. La han construido junto a la brecha. Llevan millones de años haciéndolo, desde que aquellos seres rasgaron el velo y rompieron la realidad.
 - —Una fábrica... ¿de qué?
- —Vamos... Mira toda esta mierda... ¿Te parece que esas formas negras, esas formas de vida, necesiten algo de esta... inmundicia orgánica montada en plan Matrix?
 - —Оh...
- —Piensa en lo que sabemos. Ellos necesitan el frío, pero por lo visto solo en nuestro plano. Por el motivo que sea…
 - —Sí...
- —Porque aquí no hace frío. Aquí hace... Diría que debe hacer esa temperatura cálida y la humedad adecuada para que la vida prospere, como en una jungla.
 - —Es verdad —admite Allen.
- —Así que si quieren entrar en nuestro plano y moverse por él, por todas partes, necesitan carcasas humanas como la nuestra.
- —Oh... Dios —exclama Allen—. Pero ¿para qué quieren hacer eso? Pensé que ellos solo querían las almas cuando... cuando nos vamos arriba, donde quiera que sea.
- —Eso ya lo tienen, Allen. Lo tienen ahí mismo. Una fuente inagotable de almas...
- —Jesús —exclama Allen. Se ha puesto la mano sobre la boca y ahora luce una mancha negra en mitad de la cara, como una pintura de camuflaje—. Pero... ¿cómo? Pensé que eran demonios..., seres inmateriales... ¿De dónde han sacado toda esta materia orgánica?
- —No lo sé. Pienso en todos aquellos desaparecidos, en los alaskos, y en toda la gente que no sabemos que desapareció. A lo mejor los trajeron aquí. Dios sabe qué artes arcanas pueden haber utilizado para replicar el cuerpo humano hasta límites inimaginables, creando toda esta pesadilla de vísceras, estas estructuras orgánicas gigantes, esta... Esta Fábrica de Carne. ¿Tiene eso sentido?

Allen parece ensimismado por unos instantes.

- —Anjikuni... —dice al fin.
- —¿Qué?
- —Las mil doscientas personas que desaparecieron en Anjikuni, Joe...

Joe tarda un par de segundos en recordar, pero el nombre trae a su mente la historia del pueblo que desapareció y que Allen le contó en la cueva, tiempo atrás.

- —¿Crees que... tiene que ver?
- —Toda esta carne, Joe... Estas... vísceras... ¿No crees que sea posible? Se los llevaron como base para esta... repugnante pesadilla orgánica. Luego lo sobredimensionaron todo... ¿No te parece?

—No quiero ni pensar en eso, Allen —responde Joe—. De verdad que no. Es demasiado para mi cabeza en este momento.

Allen no dice nada por unos instantes. Como Joe, está asqueado.

- —¿Qué vamos a hacer ahora? —pregunta al fin.
- —Detener todo esto, supongo.
- —¿Cómo, Joe? ¿Cómo vamos a hacer eso?
- —No lo sé —se limita a contestar Joe, y la conversación termina ahí por un buen rato.

Permanecen callados, intentando asimilar lo que acaban de descubrir, pero se sienten impotentes y desmoralizados. El corazón parece inalcanzable: no solo está lejos, sino que se halla en la cúspide de una aberración ósea por la que no podría escalar ni el alpinista más experimentado, y por el momento se encuentran varados en una cornisa de una enorme pared; una muralla de carne que despide un tufo insoportable a carnicería industrial.

De pronto, una de las formas parece acercarse a ellos, desplazándose dubitativo a través del aire. Allen la ve primero, pero está demasiado asustado para decir nada. De forma instintiva, se lanza sobre Joe y ambos caen hacia delante, hundiéndose en la inmundicia negra. Joe intenta gritar, pero su cara desaparece rápidamente. Son unos momentos de confusión, pero cuando sacan la cabeza del fango, se quedan congelados. Joe ve la forma y entiende lo que pasa.

El torbellino permanece en el aire, estático. Joe y Allen intentan no mirarlo siquiera. Después de unos instantes, empieza a elevarse en el aire, gira bruscamente y se aleja.

Allen abre la boca para respirar.

- —Dios mío... —susurra Joe—. No nos ha visto.
- —Eso creo... —contesta Allen, también en voz baja.
- —Pero ¿cómo lo supiste?

Se incorporan. El lodo pesa sobre sus cuerpos, entorpeciendo sus movimientos.

—No lo sé —dice Allen—. No lo sabía. Solo quería que te agacharas, pero no calculé que nos hundiríamos en esta mierda, sea lo que sea. Pero... ha funcionado, ¿verdad?

Joe se mira las manos. El lodo es denso y oscuro y lo cubre completamente.

- —Sí... Cuando Betsy despertó, en su habitación, sentí que una brisa fría me atravesaba. No pude verlo hasta que estuvo dentro del cuerpo. Supongo que ellos tampoco pueden vernos con facilidad en su plano. Hay demasiada materia orgánica aquí para que destaquemos...
 - —Es verdad —dice Allen—. Pero los torbellinos...

Joe niega con la cabeza.

—Los torbellinos son sus perros guardianes —dice—. No eran como Pete o como Betsy. Pete parecía viejo, muy viejo, y su manera de hablar te ponía los pelos de punta. Los torbellinos solo chillaban... Siempre buscando.

—Sicarios demoniacos —murmura Allen.

Joe se encoge de hombros.

- —En cualquier caso, esto es bueno —dice—. Supongo que tenemos una oportunidad.
 - —¿Una oportunidad para qué?
- —No lo sé, Allen. Para movernos, supongo. ¿Qué otra cosa podemos hacer? No podemos volver, es imposible alcanzar la luz desde aquí.

Joe tiene razón y Allen lo sabe, así que asiente. Mientras tanto, Joe piensa. Su mente trabaja deprisa, se dice que tiene que haber algo que puedan hacer. Se pregunta si el abuelo Cerón se encontró con algo como aquello, porque no entiende cómo sacó el corazón de ese sitio. Se dice que no, que tuvo que ser más sencillo. Seguramente los demonios habían tomado medidas, habían levantado aquella catedral de hueso y habrían retirado cualquier soporte cerca de la brecha. Pete le habló de la inteligencia de los conejos, decía que la mente del hombre no daba para comprender ciertas cosas; tenían que haber aprendido de aquel error.

Sin embargo, no se rinde. Sigue pensando.

De pronto se le ocurre algo. Mira a Allen, que parece haber captado que su amigo estaba centrifugando ideas, y le hace un gesto inequívoco. «Te sigo», dice ese gesto. Y Joe, determinado, se pone en marcha.

Descienden por un pequeño reborde en la muralla de carne. Apesta, y su olor no solo molesta: los aturde. Pero siguen avanzando a pesar de que cada pisada arranca un sonido húmedo y resbaladizo de esa superficie blanda. Joe tiene la sensación de estar caminando sobre filetes crudos.

El reborde gira y gira en una curva constante. Mientras caminan dejan la pared a su derecha. La pistola cuelga del cinto de Joe, que camina delante, y aunque ya no parece tan importante como antes, tiene planes para ella. Mientras camina mantiene un ojo vigilante en las formas negras que vuelan por todas partes. Se pregunta cuál de ellas será Pete, si es que aquello funciona así. Y si alguna lo es, se pregunta además qué ocurrió con su cuerpo. Cuando mira hacia el abismo con su tétrica neblina, piensa en una respuesta probable y siente un escalofrío.

Después ve la oportunidad. Hay una de esas plataformas púrpura a pocos metros del reborde, un poco más adelante. No hay sitio para tomar impulso, pero tendrán que intentarlo de todas formas. Cuando llega el momento, sin embargo, el espacio entre la plataforma y el reborde parece demasiado.

Joe intercambia una mirada con Allen. Allen mira abajo y la visión del abismo se le antoja infinita. La neblina de una tonalidad roja sangrienta que flota allá abajo no la hace parecer menos profunda.

—Está bien —dice Allen.

Joe se prepara. Le lleva unos momentos lanzarse, pero cuando salta, cae limpiamente en el otro lado. Su espalda protesta con un pico de dolor, que remite enseguida. El contacto con el suelo es desagradable, como pisar pasto mojado o podrido, y por un segundo tiene miedo de hundirse en esa materia y traspasarla hasta caer al vacío. Sin embargo, se estabiliza. Allen duda, pero salta también y lo hace con éxito, si bien Joe tiene que tirar de él porque ha caído demasiado cerca del borde.

Ahora están cerca de las bolsas-huevo, que de cerca son mucho más grandes de lo que parecía; hasta tienen la impresión de que podrían albergar un ser humano recogido sobre sí mismo. Tienen una superficie rugosa y húmeda como la piel de un sapo, y hay al menos un centenar.

Allen mira a su amigo. No se atreve a hablar. Las formas negras los sobrevuelan como celosas guardianes de sus huevos. Joe piensa que es lo que son, así que se acerca a Allen y le susurra al oído.

Allen asiente y, mientras Joe prepara la pistola, se acerca a una bolsa y hunde el cuchillo en ella. La hoja atraviesa la superficie con facilidad y, cuando tira hacia abajo, parece que esté cortando un flan. Sin embargo, los bordes del corte se vuelven rápidamente hacia fuera, como los labios de una gigantesca vagina, y empiezan a supurar un líquido transparente de olor penetrante.

Allen retrocede y Joe mira con manifiesta curiosidad. No es lo que había esperado, y por unos segundos siente que su plan se viene abajo.

Pero entonces ocurre. La bolsa-huevo se desinfla como un globo y estalla. Sus lados se abren como la piel de un plátano y caen, rebotan brevemente y se quedan lacios y muertos. Allen retrocede, asqueado; el sonido es como el de dos toneladas de pescado cayendo contra el suelo desde el remolque de un camión. Un segundo más tarde, Allen lo ve: es una luz brillante, idéntica a la que han visto unos momentos antes y a la que Betsy intentó robar del propio Joe. Escapa del huevo y se eleva en el aire, centelleando; suavemente al principio, pero luego con rapidez, como si volviese a la vida. A Joe se le ilumina la cara. Levanta los brazos en señal de triunfo y hasta lanza un pequeño grito de júbilo. La luz, libre y mágica en su natural esplendor, les insufla ánimos renovados.

De pronto, un estridente coro de chillidos explota alrededor. Joe se agacha, superado por un acceso de terror súbito; los gritos le traen vívidos recuerdos de la cabaña y el bosque. Son las sombras, que se acercan desde todas direcciones acelerando en el aire. Joe aprieta los dientes y prepara la pistola.

—¡CORRE! —le chilla Allen a la luz, haciendo grandes aspavientos con los brazos—. ¡ESCAPA!

—¡ALLEN, SIGUE! —le grita Joe.

Allen lo mira, perplejo, pero después continúa con el plan de Joe: liberar a tantas almas como pueda; así que se lanza a la carrera hacia el resto de los huevos chapoteando en la superficie púrpura. Mientras tanto, Joe empieza a disparar contra las sombras. Se acercan cada vez más a la luz, pero no atacan; parecen contentarse

con rodearla a distintas alturas. Vienen de todas partes y hay ya tantas que Joe no consigue imaginar de dónde pueden haber salido en tan poco tiempo.

Los clavos rasgan el aire. Parece que la extraña atmósfera de ese plano los da alas: vuelan alto y lejos, más de lo que Joe habría podido esperar. La primera andanada, de hecho, atraviesa al primer torbellino y sigue su camino, alcanzando a otras tres de las formas con un efecto inmediato: se deshacen en un centenar de pequeñas hebras, delgadas como patas de araña, que terminan enroscándose sobre sí mismas y desapareciendo.

Cuando eso ocurre, estalla la algarabía. Las sombras se revuelven, chillan, se rebelan, tumultuosas y enervadas. Los hilachos negros que giran a su alrededor se estremecen, parecen crecer e hincharse por momentos, como la cola de un gato. A Joe le llega un olor a tormenta: el aire se electrifica.

Animado por su pequeña victoria, Joe sigue disparando mientras Allen corre entre los huevos-bolsa, rasgándolos a su paso. La hoja teñida de verde produce cortes limpios y eficaces, y las bolsas explotan liberando su contenido, más luces que abandonan aturdidas sus prisiones y empiezan a ascender suavemente. El plan de Joe está funcionando: los demonios están demasiado sorprendidos y atribulados. Se obsesionan con las almas escapadas y no se fijan en el hecho de que alguien está rompiendo los sacos.

De pronto, un grupo de torbellinos irrumpe en la escena y arremete contra las almas. Son formas terribles, más grandes que el resto, de un negro intenso, insoportable a la vista. Auténticos campeones del horror, los archidemonios. Mirar su interior es como asomarse al vacío absoluto, a la completa ausencia, al olvido, a la muerte de las muertes. Llegan hasta las luces y, antes de que puedan escapar, las enganchan con sus apéndices terribles. Joe ya ha visto esa escena antes, y aun así, o quizá precisamente por eso, siente una pesadumbre infinita. Antes de que pueda disparar, la forma engulle la entidad luminosa y la quiebra, la deshace.

Luego dispara, pero apenas se convulsionan cuando los clavos los atraviesan, como un estómago que contiene alimentos en mal estado, sin que pase nada más. Al advertirlo, Joe aprieta los dientes.

Pero la mayoría de las otras luces parecen a salvo. Vuelan ahora por todas partes, describiendo círculos alrededor de las poderosas columnas de sangre, sobre y bajo las plataformas y las abominables formaciones orgánicas que Joe no puede identificar. Los torbellinos las persiguen, pero son rápidas: ejecutan giros repentinos, cambian de dirección y aceleran inesperadamente para esquivar a sus captores. Su único némesis son los archidemonios: cuando una de ellas pasa inadvertidamente al lado de alguno, este extiende una lengua negra con la que la atrapa y las devora.

Ahí arriba hay una especie de batalla de almas.

Joe ha disparado mucho ya y, cuando está apretando el gatillo, piensa en ello. Ha destruido varias docenas de demonios, pero parece una batalla perdida: debe de haber

cientos, y su número sigue incrementándose. Hay torbellinos por todas partes, y ahora es consciente que disparando al azar sobre esos seres no va a conseguir nada.

Entonces se gira y lo ve: el corazón, asentado en su trono borgoña, con los apéndices sacudiéndose como serpientes enroscadas. Joe entrecierra los ojos. Ahora la distancia no parece tan grande: no había calculado que en ese plano los clavos pudieran llegar tan lejos. Piensa que tiene quizá una oportunidad, si aún le queda munición: tal vez no pueda robarlo, pero podría intentar destruirlo.

Rápidamente, abre el cargador y echa un vistazo. Su corazón parece detenerse por unos instantes: en la cámara solo quedan cuatro de los clavos de que disponía. Aprieta los dientes y cierra los puños. Se pregunta si no será demasiado tarde, pero sabe que tiene que intentarlo de todas maneras porque hay demasiado en juego.

Está calculando sus posibilidades cuando, de pronto, y sin saber por qué, mira hacia arriba, justo encima de su cabeza. Sus esperanzas se rompen como un espejo de pared; estalla en mil pedazos diferentes que devuelven la imagen invertida de lo que fue: desesperación. Es una de esas formas terribles, un archidemonio que desdibuja la escena a su alrededor y crea un vacío insoportable en su negrura infinita. Ha descendido sigilosamente y levita a pocos metros de donde está él. Joe se queda congelado. El vello de los brazos y la nuca se le eriza. Huele a electricidad.

Paralizado, Joe mira a Allen. Ha corrido tanto que se ha alejado varias decenas de metros, dejando un rastro de bolsas vacías a su espalda. Está mirando hacia arriba, entre fascinado e hipnotizado por la batalla, y no ha visto al archidemonio. Joe no sabe qué hacer. Para él está claro que no los ha visto aún, cubiertos como están de la inmundicia negra, pero comprende que el demonio sabe que las bolsas se han abierto, que hay un problema en alguna parte, y está atento y vigilante. Si Allen utiliza su cuchillo, tardará un segundo en abalanzarse sobre él y desgarrarlo en dos mitades con sus apéndices imposibles.

Joe piensa en gritar e incluso abre la boca mientras el corazón le resuena en el pecho. Se detiene, sin embargo, y se queda parado como una estatua. Sabe que si grita, el superdemonio notará su presencia. No entiende cómo funciona, porque tiene la pistola de clavos en su poder y eso no parece llamar su atención, pero intuye que un grito hará sonar todas sus alarmas, así que se contiene.

«Pero Allen... Allen morirá», se dice.

Por fin, de una manera casi instintiva, hace lo único que se le ocurre: apunta con cuidado y dispara un único clavo.

La pistola emite su característico sonido hidráulico y el clavo vuela sobre los restos de los huevos, yendo a parar a una de las bolsas que están más alejadas de Allen. Se hunde en su carcasa y desaparece limpiamente. Hay un interminable segundo de espera y, mientras transcurre, Joe piensa que el clavo no ha sido suficiente para rasgar la cobertura. Aun peor: es posible que el clavo haya matado a la hermosa luz de su interior, igual que mata a las formas negras. Cuando está ya convenciéndose de que eso tiene sentido y de que acaba de hacer algo horrible, la

parte superior de la bolsa revienta con una explosión de líquido transparente y el resto se desinfla poco a poco, sin sonido. Su prisionero escapa.

El archidemonio se mueve y, cuando lo hace, parece que emite algún tipo de ondas que distorsionan la imagen a su paso, como si emanara un calor espantoso. Se desplaza, ganando velocidad, y cuando está a cierta distancia del huevo lanza sus lenguas oscuras, que empiezan a buscar por todas partes.

A esas alturas, Allen se ha fijado en el archidemonio. Retrocede despacio con una expresión de asombro reflejada en el rostro. Joe espera que haya comprendido, y parece que es así: ahora oculta la daga a su espalda, como un estudiante oculta el cigarrillo cuando el profesor pasea por el patio.

Las lenguas lamen, buscan, hacen barridos alrededor de las bolsas... pero es inútil: Allen no está allí. Ahora mira a Joe y este le hace una señal para que se acerque; se escabulle por el borde de la plataforma y llega hasta él. Joe lo coge del brazo.

- —¡Voy a disparar al corazón! —le susurra al oído.
- —¿Qué?
- —¡Tengo que disparar al corazón! ¡No hay otra manera!
- —Pero...¿cómo?
- —Si pudiera subir a la siguiente plataforma —dice, señalando una estructura que queda varios metros a la derecha y por encima de ellos—, creo que podría acertarle…

Allen mira, aunque no puede evitar echar miradas furtivas al superdemonio que sigue pastoreando las bolsas huevo. Hay unos tubos gruesos, de aspecto venoso, que comunican las dos plataformas. La estructura es alargada y asciende suavemente cuando toca una de las columnas de carne, dejándolo en una posición privilegiada para disparar.

- —¿Estás seguro? —pregunta Allen.
- -No.

Allen asiente mientras exhibe lo que pretende ser una sonrisa, pero no puede evitar dejar entrever su aflicción. Aun así, se ponen en marcha. Se mueven con sigilo, no obstante, para no atraer la atención del archidemonio.

El tubo, cuando lo tienen delante, es más grande de lo que parece, y más nauseabundo también. Es como un gigantesco cordón umbilical de un tono amoratado. Se mueve, además, como si por su interior circulara alguna suerte de líquido. A Joe le preocupa su aspecto húmedo y resbaladizo: si quieren cruzar por él, tendrán que sentarse a horcajadas y ayudarse con piernas y brazos.

Allen quiere ir primero. Le preocupa que el tubo no aguante el peso o que sea imposible agarrarse a él. La caída, por supuesto, es mortal por definición: allá abajo espera el abismo de todos los abismos. Pero Joe se adelanta. Se agacha y pone una mano sobre la superficie, y cuando lo hace percibe una vibración interior, como la de una cañería. En su mente, Joe imagina miles de litros de sangre humana siendo bombeada a través de esos tubos y tuerce el gesto, asqueado.

Sin embargo, el tubo es tan cálido como firme, y cuando se sube a él confirma que puede mantenerse sin resbalar. Joe empieza a desplazarse, abrazándolo con tanta fuerza como puede, y Allen lo sigue; ninguno quiere, o se atreve, a mirar abajo. La cosa funciona muy bien hasta que, cerca del final, el tubo empieza a ascender y el avance requiere un esfuerzo considerable. A Joe le duelen los brazos; tiene que detenerse a menudo para descansar y esperar a que remitan los pinchazos.

—¡JOE! —grita Allen detrás de él. Joe no puede girarse para mirar, pero no le hace falta. Cuando levanta la cabeza, lo ve. Es el archidemonio, que está subiendo hacia ellos desde la plataforma en la que estaban un momento antes. La criatura no tiene ojos, es difícil precisar siquiera si mira hacia ellos o en todas direcciones a la vez porque es básicamente una mancha negra con una forma ovalada, siempre cambiante. Sin embargo, de una manera inequívoca, Joe sabe que los está mirando. Lo siente en el estómago y en la nuca. ¿Cómo?, se pregunta. ¿Por qué ahora los ve? No lo sabe, pero tiene miedo. Mucho miedo.

Se agarra con fuerza.

—;JOE! —dice Allen.

La sombra acelera.

Joe hace lo imposible por mirar a su amigo. Cuando lo consigue, girando el cuello y el cuerpo a la vez, ve a Allen sentado sobre el tubo y comprende qué va mal: la inmundicia negra ha desaparecido parcialmente, ha quedado restregada contra el cordón umbilical. Los brazos, las manos y parte del cuerpo de Allen quedan a la vista. Presa del pánico, Joe se mira las manos. Él está igual.

—¡JOE! —grita de nuevo.

Joe mira otra vez, aturdido, y ve cómo Allen suelta los brazos y empieza a deslizarse hacia abajo. Se aleja de él. Joe no entiende lo que pasa hasta que Allen se pasa la mano por la cara y retira casi toda la porquería.

—¡EH, HIJO DE PUTA, AQUÍ! —grita.

Joe siente cómo todo el calor de su cuerpo le sube hasta la cara. Quiere decir algo, pero no puede. Allen está moviendo los brazos, manchas negras con lagunas donde su carne queda al descubierto. Y entonces lo mira por un par de segundos. Está sonriendo y hace un movimiento con la cabeza cuyo significado es inequívoco. Dice: sigue. Sigue, Joe. Inténtalo.

Joe se gira para no mirar. No quiere verlo. Aprieta los ojos y los dientes y de sus párpados cerrados escapa un manantial de lágrimas que destiñen el lodo de sus mejillas. Empieza a trepar, moviéndose con rapidez. No sabe cuánto tardará lo que sabe inevitable, pero ahora se encuentra inmerso en una carrera contra reloj donde solo hay dos puestos: «primero» y «muerto». Allen sigue gritando, y los exabruptos que lanza lo animan a seguir. De repente, Allen suelta una carcajada, pero Joe no mira. No quiere, y no puede; sigue avanzando.

Toca algo con la cabeza y da un respingo y un pequeño grito, pero cuando mira, sudoroso y dolorido, con los músculos a punto de rendirse, descubre que es la

plataforma.

Se encarama como puede; en su espalda despierta un océano de dolor. La superficie es pegajosa y hay como una membrana roja allí donde el tubo se inserta en la estructura. Despide un olor malsano a putrefacción húmeda y cálida, pero Joe no se detiene; consigue encaramarse y tiene tiempo para echar una mirada hacia atrás. Entonces ve al archidemonio flotando a pocos centímetros de Allen. Este blande la daga como lo haría un pirata subido al palo mayor de su navío, superado por el enemigo. Pero se ríe.

Joe se vuelve. Se quedará con esa imagen aunque su vida dure solamente diez minutos más, pero no verá a Allen caer. Está alejándose e intentando localizar el corazón cuando escucha un grito agónico que se va perdiendo en la distancia. Solo espera que el archidemonio no haya devorado el alma de su amigo, lo que supondría un final definitivo para este. Espera... Desea... que Allen haya optado, en cambio, por arrojarse al vacío.

El corazón no está ahora tan lejos. Sigue en su trono borgoña, cúspide de la catedral ósea. Casi podría intentar un disparo, pero solo tiene tres clavos y decide arriesgarse a llegar un poco más lejos. Cada paso incrementa sus probabilidades de éxito, así que se lanza a una carrera entre todas las bolsas huevo que tiene delante, furioso y sometido por una horrible sensación de vacío por la muerte de Allen. Joe sabe desde hace tiempo que estaban condenados, pero no había asimilado el hecho de manera consciente y la pesadumbre lo invade.

Corre. Corre tanto que la espalda protesta y amenaza con quebrarse, a juzgar por los latigazos de dolor que lo torturan. Entonces se inclina un poco y eso parece aliviar el sufrimiento. Joe se ve obligado a avanzar más despacio, pero eso, paradójicamente, le salva la vida.

El archidemonio se eleva, colérico y terrible, hasta superar la plataforma, pero se enfrenta a un mar de huevos-bolsa que forman un intrincado paisaje. Joe corre entre ellas, acercándose a su objetivo y, agachado como está, pasa desapercibido. Hay muchas cosas que llaman la atención de la superentidad, de todas maneras: las luces brillantes que vuelan por todas partes como pájaros escapados de una jaula y la tormenta de sombras que intentan, sin mucho éxito, darles caza. Eso lo distrae.

Joe sigue avanzando. Piensa en Allen y su sacrificio, piensa en el abuelo Cerón y en aquellas almas encerradas en bolsas repulsivas, en los Pete y Betsy originales que nunca conoció, y también en David Wright y la mujer del camisón. Y piensa en toda la gente que no conoce y que pasará penurias espantosas si aquellos seres consiguen su propósito. Pensar en todos ellos le da fuerzas, así que ignora las punzadas y avanza todavía veinte metros más hacia la catedral de hueso. Luego se derrumba.

Cae al suelo y hunde la cara en la porquería púrpura. Al tacto semeja una masa de arroz echada a perder por el calor del verano, pero huele mucho peor, a marisco podrido. Joe se incorpora como puede, con los ojos anegados en lágrimas, y sabe que ha llegado a su marca final. No puede dar ni un solo paso.

El archidemonio, mientras tanto, lo descubre. Divisa la mitad superior de su cuerpo y acelera, a la caza. Sus apéndices negros parecen hincharse y sacudirse con mayor velocidad.

Mientras tanto, Joe prepara la vieja pistola. Está manchada de lodo y de la mugre púrpura con olor a marisco, pero todavía se siente bien en las manos. Sin embargo, comprueba apesadumbrado que pesa demasiado. Aún le tiembla el pulso por el esfuerzo que ha realizado con los brazos y sabe que será incapaz de hacer un disparo certero, pero eso no lo frena; lentamente, se apoya y se deja caer sobre una de las bolsas y siente un alivio inmediato. Luego, acopla la pistola, apunta con cuidado y acaricia el gatillo.

Joe contiene la respiración. Sabe que el archidemonio debe estar por ahí, a su espalda, pero no puede permitirse pensar en ello. Se concentra tan solo en apuntar. Se dice que es un tiro sencillo, que no hay factores variables como el viento, y que los clavos parecen autopropulsados en ese ambiente extraño, pero disponer de solo tres intentos le supone una gran presión. Aun así, apunta con tanto cuidado como puede y... dispara.

El corazón, asentado en su trono borgoña, permanece inalterado.

Joe no sabe si el disparo ha tenido éxito o no. Está demasiado lejos y el corazón es demasiado pequeño para decirlo. Empieza a sentirse en peligro, la misma sensación que cuando estaba sentado en el tubo. El archidemonio va en su búsqueda, y Joe lo sabe. Vuelve a apuntar. Le da rabia no haber sacado ningún aprendizaje del primer tiro... no sabe si apuntar más alto, o más a la izquierda, o si por el contrario, el disparo fue bueno pero insuficiente. Decide apuntar un poco más bajo y vuelve a accionar el gatillo.

Pero de nuevo, el corazón, asentado en su trono borgoña, permanece inalterado.

Joe siente cómo se le eriza el vello de los brazos. La imagen misma parece doblegarse a alguna voluntad extraña y se cimbrea, se desdibuja. Lo tiene casi encima y lo sabe.

Y entonces hace un último disparo.

Por Allen.

El corazón, que late rítmicamente a una velocidad despiadada, escupe un líquido negro.

Sale como un borbotón por un único orificio, lentamente al principio, para convertirse después en un chorro que alcanza medio metro y desciende como una lluvia apocalíptica que se precipita hacia el suelo. La estructura de hueso de la catedral demoníaca se tizna y se vuelve sucia y húmeda.

Luego, se detiene.

Casi en el acto, los tubos que salen de la catedral dejan de palpitar y empiezan a enfriarse. Las plataformas púrpuras pierden enseguida su color. Todo ocurre muy

rápido, como si alguien hubiera bajado la saturación de toda la escena. Las poderosas columnas de carne detienen su vaivén. Las estrías negras pierden lentamente su grosor y se convierten en escuálidos pellejos flácidos.

Joe cree que se ha quedado sordo. En ningún momento ha sido consciente, pero durante todo el tiempo que ha permanecido en ese plano ha estado soportando un zumbido grave, lejano y constante. Ahora desaparece, y la caída del silencio se le antoja extraña e inquietante.

Se vuelve lentamente.

El archidemonio está encima de él, con sus torbellinos extendidos rodeándolo, como si hubiera querido abrazarlo. Sin embargo, está inmóvil, congelado; casi se diría que alguien ha pulsado un interruptor y ha cortado la corriente.

Con mucha cautela, Joe mira hacia arriba. Las entidades de luz siguen evolucionando como polillas alrededor de una farola, pero las sombras se han detenido casi todas.

Joe percibe todo eso y sabe que algo ha cambiado. ¿Lo ha conseguido? ¿Ha destruido el corazón? ¿Es eso?

De pronto, un sonido acuoso llega hasta sus oídos. Llega desde lejos, ominoso y potente; suena como si estuvieran dejando caer bolsas de agua en el suelo y estas estuvieran explotando. Se pregunta qué es eso, y solo cuando gira la cabeza y ve lo que ocurre lo comprende.

Son las bolsas huevo. Están abriéndose, por todas partes, vomitando el líquido transparente que contenían. Al hacerlo, decenas de miles de almas atrapadas saltan a la libertad. El espectáculo es tan sorprendente como hermoso: cada una de las entidades arroja su pequeña luz sobre el entorno, y Joe tiene la sensación de estar viendo un cielo cuajado de rutilantes estrellas que alguien hubiera acercado para su contemplación.

Entonces comienzan los chillidos.

Las sombras gritan, se estremecen, empiezan a volar en todas direcciones, tan sorprendidas como superadas. Y chillan. Sus aullidos lo llenan todo. Los cordones umbilicales se han vuelto delgados y lacios y pierden su conexión con las plataformas, que ahora son una masa negruzca y chorreante. Empiezan a desprenderse. Algunos quedan colgando como lianas en una jungla de pesadilla.

Joe no puede soportarlo en absoluto. Los sonidos le taladran la cabeza como pistolas hidráulicas. Cae al suelo, de rodillas, con las manos sobre los oídos y la boca tan abierta que parece una aberrante versión de carne y hueso de la obra de Munch. Luego, los tímpanos le estallan. El dolor es tan intenso que no puede pensar, es como si hubiera detonado una bomba dentro de su cabeza, eclipsando cualquier otro pensamiento o sensación. Cuando el dolor va remitiendo, sin embargo, se da cuenta de que se encuentra sumergido en un absoluto silencio.

Se ha quedado sordo.

Mientras tanto, las luces que han sido liberadas empiezan a moverse. Son tantas que inundan el lugar de un tinte azulado y extrañamente hermoso. Joe mira hacia arriba. La visión de todas aquellas formas lo llena de un inesperado alivio. Sonríe. Se dice que lo ha conseguido, que ha debido de acertar en aquel órgano inmundo y que ha liberado a todas aquellas almas, después de todo. Se pregunta si podrán cruzar la brecha y regresar al lugar donde pertenecen, y si pueden, ¿por qué no lo hacen?

Está considerando esos pensamientos cuando la plataforma en la que se encuentra empieza a ladearse. El crujido es espantoso, pero Joe no lo escucha. Alarga la mano hacia la bolsa, ahora vacía, y consigue agarrarse, pero el tejido está demasiado blando y muerto y la bolsa se deshace ante sus ojos.

Joe grita, resbala torpemente y se acerca peligrosamente al borde. La pistola de clavos pasa junto a él y se cae por la repisa, desapareciendo de su vista. Ahora ve cómo el archidemonio se lanza hacia arriba, proyectando sus apéndices oscuros que giran como aspas enloquecidas. Estos alcanzan a su paso a muchas de las entidades de luz y las desgarran con una rapidez aterradora. Su luz se apaga, quizá para siempre, como la llama de una vela.

—No... —dice, y al no escucharse, lo repite—. ¡NO!

Finalmente, el borde de la plataforma se parte bajo su peso. Joe se precipita al vacío, repitiendo una y otra vez la misma palabra: *No, no, no, no...* Se pierde entre la bruma y se estrella contra un infierno de carne y pulpa dos kilómetros más abajo.

Mientras Joe muere, una de las luces se lanza contra la brecha intentando escapar. Está confusa. Recuerda haber sido capturada por uno de los demonios cuando ni siquiera había asimilado su nuevo estado tras la muerte. Pero recuerda el espacio blanco, eso sí, y se dirige hacia allí. La brecha, en cambio, la rechaza como si estuviera recubierta de una capa de plástico superresistente: el impacto hace que la brecha retumbe como un gong y después oscila como el agua de un lago tranquilo. El paso está prohibido, vetado para las energías espirituales. Nadie excepto los demonios conoce las artimañas necesarias. Casi en el acto, la luz regresa, solo para ser expulsada de nuevo, y eso ocurre varias veces más. La imagen recuerda a la de una mosca intentando escapar por una ventana cerrada con un vidrio.

Al poco tiempo, otra luz se le une. La brecha se agita con cada acometida, pero permanece inexpugnable. Sin embargo, el camino está marcado: cada vez son más las entidades que intentan traspasar el portal y son rechazadas.

Los archidemonios corren hacia la brecha. Son grandes, y sus lenguas, ágiles. Aniquilan a las luces con una velocidad espantosa. Pero estas no cesan en su empeño: siguen intentando traspasar el portal. Alrededor, todo se desmorona. Una de las columnas de carne, con el flujo vital interrumpido, se viene abajo con un estrépito ensordecedor. Cae desde arriba a una velocidad desorbitada que la hace parecer una serpiente moviéndose hacia abajo hasta que asoma el extremo, terminado en una obscena punta redondeada que recuerda a un pene. Desaparece al fondo, consumida por la neblina roja.

El portal es golpeado por cientos de luces, y el número sigue creciendo rápidamente. Todas se dirigen hacia allí. Empujan, forcejean, se agolpan formando una luz intensa que ilumina toda la escena. La brecha reverbera a gran velocidad y empieza a emitir un ruido espeluznante, demasiado agudo e intenso para ser soportado por ningún oído humano. Cuando se juntan miles de almas, sin embargo, la luz intensa empieza a tener un efecto: ni las sombras ni los archidemonios pueden soportarlo. Retroceden, vacilan, palidecen, enferman. Su oscuridad interior no puede resistir la increíble luminosidad y empiezan a perder consistencia. Suenan chillidos escalofriantes y se rasgan, quebrados por estrías de un blanco inmaculado. Desaparecen en el aire o se alejan, inmóviles, flotando a la deriva, muertas en esencia. Los demonios, por primera vez en mucho tiempo, recuerdan dos viejos conceptos que tenían olvidados. Uno es la derrota. El otro es el miedo.

Cuatro de los archidemonios de mayor tamaño avanzan resueltamente hacia la brecha. Son viejos, más antiguos que los hombres, y están henchidos de energía. Avanzar entre la luz intensa, sin embargo, les cuesta un esfuerzo considerable. Lo saben todo sobre la anomalía, han vivido con ella durante mucho, mucho tiempo, y han aprendido muchos de sus secretos. Se sitúan cerca de ella, extienden sus lenguas atroces y comienzan a manipular los bordes. Es como un baile, como los pases mágicos de un mago de cabaret, pero trabajan deprisa. Les lleva un rato, pero aguantan bien el desgaste de energía, tienen demasiada. Por fin, la brecha se estremece y cambia de una manera esencial y permanente: ahora ya no es una barrera, es una ventana rota en un avión comercial a veinte mil metros de altura, que lo succiona todo. Las luces se ven arrastradas hacia el portal y desaparecen en su interior.

Si Allen hubiera estado allí, habría dicho que los demonios han tirado de la cadena para que toda la mierda que ya no quieren desaparezca de su casa.

El proceso no tarda mucho en completarse. Cuando casi todas las luces han sido absorbidas, los archidemonios manipulan otra vez los bordes. Realizan sus movimientos con precisión, sin dilaciones: sin el corazón, ya no necesitan el portal. Lo cierran. La brecha se estremece y se colapsa sobre sí misma con un crujido final tan abrumador que su eco reverberará por todo el plano durante cientos de años.

Los demonios han perdido, sí, y la fábrica de carne será desmantelada sin dilación.

Pero tienen otros planes.

Aunque les lleve milenios, siempre tienen otros planes.

Capítulo 18

De regreso, otra vez

Hiperrealismo.

Ascensión.

Joe reconoce el lugar, y sabe, en ese mismo instante, que está muerto. Está otra vez rodeado de una blancura deslumbrante donde nadan forman neblinosas. Pero hay miles. Esta vez, hay decenas de miles.

```
Al instante, empieza a captar las voces.
```

```
«Por fin»
```

«qué ha pasado»

«por qué...».

«gracias gracias gracias»

«¡Joe!».

No necesita volverse. Solo con pensarlo ya está mirando en la dirección correcta.

«¡Joe!».

Alguien le llama.

«¿Abuelo?».

«Oh, Joe... Lo has hecho, Joe...».

«No, yo... Yo... He muerto...».

«Lo has hecho mejor que bien, Joe. Estamos tan orgullosos...».

«¿Qué es lo que...?».

Entonces percibe algo. Calidez. Tranquilidad. Paz. Conocimiento. Belleza. Todos esos conceptos se apoderan de él de una forma que no puede explicar, pero son parte suya. Provienen de una luz dorada que brilla en alguna parte por encima de él. Una luz que, la última vez que estuvo allí, no estaba.

«¿Qué es? ¿Es la brecha?».

«No, Joe. La brecha se ha reparado. Ha desaparecido. Está cerrada por primera vez en mucho tiempo...».

«¿Y qué es eso?».

«Es... Es Lo Siguiente».

«¿Qué es lo siguiente?».

«Es eso. Joe. ¿No lo sientes?».

Joe mira. No entiende muy bien las palabras de su abuelo, pero comprende que, de alguna forma extraña, tiene razón. Es un camino hacia otro plano, un plano superior, e irradia tanta serenidad y tanto amor que se estremece. Puede percibirlo con cada porción de su ser.

```
«Sí —emite—. Puedo…».
```

«Al repararse la brecha, todo se ha restablecido. Ya no estamos atrapados en esta sala de espera. Ahora, el flujo incesante de la vida y sus ciclos puede continuar como siempre ha sido, como siempre debió ser».

Debe de ser así, porque Joe observa cómo las figuras difusas se dirigen suavemente hacia allí, se recortan contra la luz cálida y desaparecen en ella. Joe anhela su tibia presencia. Desea fundirse con la luz dorada.

De pronto siente una acuciante inquietud.

```
«¿Allen?», emite entonces.
«¡Joe!».
```

«¡Allen!».

«¡Joe!».

Joe mira otra vez. Ahora la luz queda abajo, a la izquierda, pero a su lado tiene una forma que identifica rápidamente. No se distingue de las otras, pero sabe a ciencia cierta que es su amigo. Es como si se hubiera transportado con solo pensarlo. Siente una inmensa alegría.

```
«Joe, es esto...».
```

Su voz suena agradable y tranquila.

«Sí».

«Lo que tú dijiste».

«Sí, Allen».

«Entonces... Lo hiciste...».

«Lo hicimos juntos. Me alegro de estar aquí contigo...».

«Yo también... Es tan... Pero ¿qué hacemos ahora?».

Esta vez es el abuelo Cerón Harper quien interviene. Está ahora al lado de los dos. Joe puede percibir cómo sonríe.

«Ahora... pasaremos. Por fin, después de tanto tiempo, vamos a pasar...».

«¿Por allí?».

«Sí. Por allí».

Joe sonríe.

«De acuerdo», emite, y comienzan a moverse. Y cuanto más avanzan hacia la luz dorada, que es final y principio a la vez, mejor se sienten. Y con cada paso, olvidan un poco más. Y luego un poco más. Y Joe olvida su vida en la ciudad y la cabaña en el bosque, y luego olvida a David Wright, a los torbellinos negros, a la tía May de Boston diciéndole que su marido debe veintidós mil dólares, y todas las otras cosas, incluyendo la cueva y hasta la misma brecha. Lo olvida todo.

Y se siente feliz.

Y pasa. Pasa a Lo Siguiente, y regresa a la fuente.

Feliz.

Feliz.



CARLOS SISÍ (Madrid, 1971). Empresario y escritor, vive actualmente en Calahonda (Málaga).

En Málaga ambientó su novela *Los caminantes* (2009), la primera de una exitosa serie de novelas de zombis que ya va por su quinta entrega.

Ha publicado asimismo diversas obras de terror y ciencia ficción: *Edén interrumpido* (2012), *La hora del mar* (2013), *Panteón* (2013), por la que fue galardonado con el premio Minotauro, *Troll* (2015) y *Alma* (2016).

También ha escrito el guion de *Midnight* (2014), un cómic dibujado por Ittai Manero.

Cuando no escribe, le gusta hacer fotos de juguetes y colgarlas en su cuenta de Twitter, enredar con videojuegos y hacer de filósofo urbano en las redes sociales.